

ÁNGEL GUTIÉRREZ

DAVID ZURDO

INÉDITO

Houston ha perdido el contacto con los dos hombres que han llegado a la Luna

97

SEGUNDOS



Lectulandia

Durante la llegada de los primeros seres humanos a la Luna, el 20 de julio de 1969, se produjo un corte en las comunicaciones que impidió a la humanidad seguir por televisión una parte de sus evoluciones en la superficie lunar. Se ha especulado mucho sobre el motivo de esta interrupción, y por qué los periodistas fueron expulsados temporalmente de las salas de control. La NASA ha anunciado recientemente la pérdida del material audiovisual original. Ello ha aumentado las teorías de quienes sospechan que algo misterioso fue hallado en la vasta y fría desolación lunar.

Lectulandia

David Zurdo y Ángel Gutiérrez

97 segundos

ePUB v1.0

Cabensos 01.01.11

más libros en lectulandia.com

© 2009, Ángel Gutiérrez y David Zurdo

© 2009, Random House Mondadori, S. A. Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A

ISBN: 978-84-9908-440-4

Revelar lo ocurrido cuando el Apolo XI llegó a la Luna
sería la mayor exclusiva de todos los tiempos.

Edwin «Buzz» Aldrin
Astronauta del Apolo XI

Sin las vitales comunicaciones mantenidas entre el Apolo XI
y la estación de seguimiento en España, nuestro aterrizaje
en la Luna no habría sido posible.

Neil A. Armstrong
Astronauta del Apolo XI

Quien olvida su historia, está condenado a repetirla.

Winston Churchill

Primera parte

20 de julio de 1969

1

Los tres hombres que ocupaban la extraña nave, en órbita alrededor de la Luna como un satélite ínfimo y silencioso, se miraron entre sí. Estaban a punto de comenzar la última fase de su misión; la fase crítica, que podría llevarlos a la gloria o a la muerte. Sus nombres eran Neil Armstrong, Edwin «Buzz» Aldrin y Michael Collins. Este último dio un fuerte apretón de manos a sus dos compañeros. Su cometido era quedarse esperándolos en el orbitador Columbia mientras ellos se enlataban en el pequeño módulo Águila, antes de descender sobre la inmensa desolación lunar.

Al separarse de Collins y cerrar la escotilla del módulo, los ojos de Armstrong y Aldrin reflejaban la nostalgia de lugares desconocidos que también sintió el Ulises mitológico. Sólo los dos últimos tendrían el privilegio de descender sobre la Luna y hacer historia: convertirse en los primeros seres humanos en hollar la superficie del único satélite natural de la Tierra. Un anhelo presente en el espíritu de cada hombre y mujer que contempló alguna vez la Luna desde la noche de los tiempos.

—Estamos listos para proceder al desacoplamiento —dijo Collins a la base en Houston.

—Recibido —se escuchó decir a una voz metálica, a través del altavoz—. Comprobaciones finalizadas. Luz verde.

Al otro lado de la escotilla que separaba a los tres astronautas del Apolo XI, Armstrong y Aldrin cruzaron una vez más sus miradas.

—Bueno, Buzz —dijo Armstrong, tratando de relajar la tensión—, esperemos que tus cálculos sean exactos y que este maldito chisme se porte como es debido.

Aldrin sonrió y apretó con más fuerza el pequeño crucifijo que llevaba en uno de sus bolsillos.

—No me cabe duda de que lo hará. Lo que yo espero es que tú seas capaz de posarte ahí abajo sin destrozarlo.

—No te preocupes por eso. Llevaré los mandos como si estuviera acariciando a una chica bonita.

La separación, calculada por el propio Aldrin, fue lenta y precisa. Luego, como si se tratara de dos bailarinas de ballet, ambas naves quedaron enfrentadas a una corta distancia, y la segunda, el módulo lunar, comenzó un giro para situarse en la posición adecuada e iniciar el descenso sobre la superficie de la Luna. Armstrong y Aldrin comprobaron que todo estaba en orden y que la computadora iniciaba su secuencia de cálculo para guiarles hacia el punto de alunizaje fijado, que habían elegido dos jóvenes doctores en geología: un lugar llano y seguro, en contra del deseo del director de la NASA, que pretendía conquistar la ladera de uno de los agrestes montes del

satélite.

—Vamos allá... —dijo Armstrong.

Ambos astronautas estaban de pie frente a dos pequeñas ventanillas. No había asientos en el módulo lunar, ni otra clase de elementos no imprescindibles que aumentaran su peso. Armstrong se puso a los mandos y siguió el programa informático. La Luna se le mostraba cada vez más grande, a medida que se acercaban a ella en su órbita descendente.

En cierto momento, Armstrong dijo, con su frialdad habitual, algo que sobresaltó a su compañero y lo dejó perplejo.

—Creo que nos hemos pasado.

No lo creía: estaba seguro. Aunque Aldrin era incapaz de entender cómo podía saberlo. Llamó al control de la misión y preguntó si habían detectado algún error de cálculo en la trayectoria.

—Al parecer, la computadora está siendo incapaz de procesar los datos y sufre un retardo —les confirmaron.

—Tendré que alunizar manualmente —dijo Armstrong.

Si hubiera estado sentado en un sillón con orejeras, degustando un coñac y fumando un puro, no lo habría dicho con mayor tranquilidad. Por eso le habían elegido como jefe de la misión Apolo XI. Se necesitaban hombres con nervios de acero para semejante hazaña. Aldrin también los tenía, pero no hasta ese punto. Pensó en preguntar a su compañero si podría lograr un alunizaje manual, pero no lo hizo. Sabía que estaba capacitado para ello y prefirió mantenerse en silencio, expectante y con sus pensamientos puestos en el Creador, ante cuya presencia quizá estaría muy pronto.

—Vigilen el indicador de combustible —advirtió la voz del control en tierra—. Desde aquí les iremos indicando el tiempo restante.

—Bien —fue la escueta respuesta de Armstrong, con la mirada fija en la Luna, tratando de localizar un sitio llano donde posar el módulo.

—Les queda un minuto.

El módulo lunar seguía descendiendo, con el motor encendido, sobrepasando altos riscos creados por el impacto de meteoritos millones de años atrás. A medida que descendía y se les iba acabando el tiempo, la superficie lunar se les mostraba más oscura, más gris, menos luminosa de como se ve desde la Tierra.

—¡Ahí! —exclamó de pronto Armstrong, con cierta emoción por fin en la voz.

—Tienen treinta segundos. Si no alunizan en ese tiempo, tendrán que abortar la misión y regresar a la órbita superior.

—Aún podemos conseguirlo... —masculló Armstrong.

La nave pasó muy cerca de una de las escarpadas laderas, más pequeñas que las exteriores, en torno a una llanura lo bastante amplia para posar el módulo lunar sin

peligro... Suponiendo que las teorías sobre la solidez y estabilidad de la superficie de la Luna, elaboradas en laboratorios a cientos de miles de kilómetros de distancia, fueran acertadas. Había quien afirmaba que el módulo sería engullido por una enorme capa de polvo lunar, de la que no podría escapar. Una especie de arenas movedizas secas, capaces de tragarse a los primeros hombres llegados a la Luna sin dejar rastro de su hazaña.

Junto a Armstrong, Aldrin permanecía en silencio, con los dientes apretados por la tensión.

—Diez segundos —dijo la voz del control, igual de intranquila.

—Ya casi... —fue la respuesta de Armstrong, un susurro para sí mismo mientras aferraba los mandos y los movía con precisión.

El motor del módulo empezó a levantar el polvo de la Luna. La pequeña nave siguió descendiendo en esos últimos segundos antes del no retorno hasta que los astronautas notaron una sacudida. Por fin sabrían si el suelo era capaz de soportar su peso. Durante un breve instante, ambos contuvieron la respiración. El motor, en el límite de su consumo, estaba ya apagado. Dentro de la cápsula se escuchaban los sonidos del metal enfriándose en la gélida atmósfera cero del satélite.

—El Águila ha alunizado —dijo Armstrong como si no hubiera hecho más que estacionar su coche junto a una acera.

—¡El Águila ha alunizado! —repitió Aldrin con entusiasmo.

El módulo estaba quieto y firme, con sus cuatro apoyos extendidos y apenas unos centímetros cubiertos por el polvo lunar. En Houston, y en el resto de las estaciones de seguimiento de la NASA, todo el mundo respiró aliviado. La primera parte de la misión había sido un éxito. Quizá esos valerosos astronautas nunca consiguieran regresar, pero estaban allí. Habían conquistado la última frontera marcada por la audacia humana.

El coronel norteamericano Dominic Johnson miró el cielo. Faltaban apenas unos minutos para las diez de la noche y la jornada seguía siendo espléndida. Ni siquiera el tráfico del fin de semana en Madrid, con su barullo ensordecedor de automóviles, podía deslucir una noche tan hermosa. Alegre por el buen tiempo, el coronel había ido caminando desde la cafetería en que tomó una cena ligera hasta la embajada de Estados Unidos, en la populosa calle Serrano. Mientras degustaba un buen plato de jamón, ojeó un ejemplar del diario El Alcázar. En la cafetería tenían puesta la radio y sonaba una canción de Janis Joplin. Si el hombre seco y de aire severo que trabajaba como camarero hubiera sabido lo que estaba escuchando, pensó Johnson, se echaría las manos a la cabeza y apagaría el transistor de inmediato. Pero la voz rota de Janis Joplin estaba a salvo. Como buen español, el camarero no tenía ni idea de la lengua de Shakespeare.

Faltaba poco para que Estados Unidos diera su golpe de gracia a la carrera espacial, emprendida hacía más de diez años por los americanos y los soviéticos. De hecho, era domingo 20 de julio, la fecha prevista para el alunizaje. Habían pasado cuatro días desde el lanzamiento del cohete Saturno V, desde cabo Cañaveral, que habría de llevar a tres norteamericanos hasta la Luna. Los primeros hombres en alcanzar el satélite y los primeros también en conquistar un cuerpo fuera de nuestro planeta. El Alcázar recogía la noticia en primera plana. La misión llevaba el nombre de un dios griego y el número de orden correspondiente: Apolo XI.

Lo que decía el periódico era que los soviéticos habían estado a punto de dar un inesperado golpe de mano, capaz de alterar el curso de la historia. En el más absoluto secreto, el día 3 de ese mismo mes de julio, un cohete mayor que el Saturno V y con el mismo objetivo de llevar un hombre a la Luna, había estallado durante el lanzamiento en el cosmódromo de Baikonur. Un avión espía norteamericano captó la gigantesca explosión y los espías del servicio de inteligencia, infiltrados en la Unión Soviética, se encargaron de descubrir el resto.

A diferencia del cohete ruso, el americano sí había logrado despegar en la madrugada del día 16 desde cabo Cañaveral, rodeado por las miles de luces de fogatas que se habían encendido en las playas y áreas próximas. Llevaba en sus depósitos veintidós mil toneladas de combustible y medía casi cien metros de alto. En su extremo superior, tres héroes, dentro de una pequeña cápsula que habría de protegerlos del espacio vacío. Sus nombres quedarían escritos en los anales de la historia: Neil Armstrong, Edwin Aldrin y Michael Collins.

El coronel Johnson entró en la embajada y atravesó los pasillos que llevaban directamente al despacho del agregado militar. Su misión era velar por que las

comunicaciones con el módulo lunar desde Fresnedillas —una de las tres bases principales de la NASA en el mundo, junto a las de Estados Unidos y Australia— estuvieran siempre protegidas y bajo el control del gobierno de Estados Unidos. Sobre todo por si algo salía mal. El coronel había supervisado la instalación de un bucle de seguridad en Fresnedillas, capaz de filtrar las comunicaciones con el Apolo XI con un retardo apenas perceptible. Ante cualquier contratiempo, el bucle les permitiría cortar las emisiones e impedir que el mundo entero contemplara el fracaso de la carrera espacial americana.

La secretaria dijo al coronel que podía pasar al despacho del agregado, aunque éste hablaba por teléfono en ese momento con Washington. Detrás de su mesa de metal y madera había un retrato de Richard Nixon y una bandera de Estados Unidos. El agregado hizo un gesto con la mano al coronel para que se sentara, tapó un momento el auricular y añadió en voz baja:

—Es el jefe de gabinete de la Casa Blanca. El Águila acaba de alunizar.

La fantástica noticia hizo sonreír al coronel Johnson. Aunque con cierta malicia, por quién se la estaba dando a su superior. Conocía bien a H. R. Haldeman, el «Muro de Berlín» de Nixon, como solían referirse a él. Sabía por propia experiencia que las conversaciones con el jefe de gabinete siempre resultaban exasperantes. Era un hombre excesivamente ceremonioso y metódico, hasta el punto de llevar en persona un puntual diario de sus actividades en la Casa Blanca.

El agregado colgó al fin y lanzó un largo suspiro, con la mano aún sobre el auricular del teléfono.

—Buenas noticias —supuso Johnson, aún con su media sonrisa poco humorística.

—¡Sí, pero este hombre es insufrible! Está obsesionado con los detalles. Si algo falla esta noche, van a rodar cabezas. —El agregado se pasó el pulgar por el cuello—. La mía, la suya y todas las que se pongan en medio.

—No hay de qué preocuparse. Todo está en orden. Esta misma mañana he supervisado y ultimado la instalación del bucle de seguridad en Fresnedillas. Ahora regresaré allí en espera del paseo lunar.

El agregado asintió.

—Bien... Si ocurriese algo allí arriba... Dios no lo quiera, pero...

—Si mueren durante la misión, no debe emitirse la señal, por supuesto.

—Un fracaso como ese condenaría nuestro programa espacial. Los rusos han estado a punto de adelantárenos. Sólo faltaría que ahora esos malditos comunistas vieran en directo la muerte de los nuestros por televisión. Y con una señal emitida por nosotros mismos.

En ese momento sonó el zumbador del interfono. El agregado presionó un botón y se oyó la voz de su secretaria.

—Tiene una llamada del mando de la base de Torrejón, señor.

—Ahora no, Gladis. Les llamaré yo en unos minutos.

—Bien, señor.

El agregado interrumpió la comunicación.

—¿Por dónde iba...? —preguntó al coronel mientras sacaba un paquete de cigarrillos de un cajón.

—La posibilidad de un accidente.

—Eso es. Hasta ahora las cosas han ido bien, pero no podemos correr riesgos.

Todo estaba medido al milímetro. Todo estaba previsto. Todo se había repasado una y otra vez. Sin embargo, cuando se trata de alcanzar lo acaso inalcanzable, ninguna preparación garantiza el éxito.

Tras una breve pausa, en la que el agregado encendió su cigarrillo y ofreció uno al coronel, el primero siguió hablando. Era obvio que estaba muy tenso y necesitaba desahogarse diciendo algo que el coronel ya sabía:

—La humanidad cree que la conquista de la Luna se hace por un motivo altruista. Ilusos... Piensan que hemos gastado miles de millones de dólares para poner allí un pie y traer de vuelta un puñado de rocas. Nosotros no somos como esos memos alpinistas que escalan el Everest, miran el paisaje y vuelven a casa con el espíritu lleno de alegres sentimientos de superación personal. Aquí está en juego mucho más. La supremacía del mundo libre, del nuestro, sobre el comunismo internacional y su estilo de vida opresivo e inhumano. Tenemos que demostrar quién manda. Por eso hay que mantener el control de las comunicaciones. Si las cosas salen bien, nadie notará que la transmisión se ha emitido con un pequeño retardo. Y si salen mal... Si salen mal, no permitiremos que nadie vea a nuestros compatriotas muriendo en la Luna.

El rostro grave del agregado cambió de expresión. Ahora lo iluminaba una sonrisa franca.

—Basta de pensar en lo peor. No seamos agoreros. Estoy seguro de que saldrá como está previsto, y esta noche, dentro de pocas horas, asistiremos a un acontecimiento histórico.

—Yo también lo creo, señor.

—Por cierto... —dijo el agregado, y mantuvo una leve pausa teatral—. Esto es un secreto, pero me han comunicado lo que dirá Neil Armstrong cuando se abra la escotilla del Águila y ponga por fin su pie en la Luna. ¿Quiere saberlo? Tenga en cuenta que no puede filtrarlo. Confío en usted.

—Por supuesto. Para eso me entrenaron.

Ambos rieron con complicidad. Sabían que el discurso del primer hombre en hollar la superficie de nuestro único satélite natural había sido un quebradero de cabeza en Washington. No querían hacer el ridículo con algo demasiado rimbombante o pretencioso, ni tampoco desaprovechar la oportunidad que se brindaba de entrar en

los libros de historia por la puerta grande.

—Armstrong dirá lo siguiente: «Este es un pequeño paso para un hombre, pero un gran paso para la Humanidad». ¿Qué le parece?

—Incompleto —dijo secamente el coronel.

—¿Incompleto? ¿A qué se refiere?

—Debería decir «un pequeño paso para un hombre americano».

Antonio Durán, con su pelo negro perfectamente fijado y su traje a medida, se sentó en la barra del Pasapoga. El camarero lo conocía bien. Era cliente habitual. Se acercó a él mientras encendía un cigarrillo mentolado Paxton con su soberbio encendedor Ronson.

—¿Tomará lo de siempre?

—Ajá.

El camarero cogió un vaso ancho y puso en él dos pedazos de hielo hecho con agua hervida. Luego los regó con un doble de whisky Bells.

—Aquí tiene.

Durán levantó el vaso a modo de agradecimiento y bebió un sorbo.

—¿Ha venido sin compañía?

—Sí. Como un solo hombre.

—¿Qué fue de la rubia de ayer? Era realmente bonita.

—Me parece que haces demasiadas preguntas.

—Supongo que tiene razón. ¿Le molesta?

—En absoluto. La rubia de ayer era una estrecha. Y no me gusta perder el tiempo.

—Comprendo.

—¿Algo interesante hoy por aquí? —Durán habló mientras echaba una ojeada alrededor—. No hace falta que respondas. Ya veo que sí.

Al fondo de la barra estaba sentada una joven preciosa, muy bien vestida y de aspecto distinguido. Debía de tener unos veinticinco años. Durán acababa de cumplir treinta y cinco. Prefería una diferencia de edad aún más amplia, pero no iba a hacerle ascos a una mujer tan apetecible como esa.

Cogió su whisky y caminó lentamente hacia ella, en torno a la barra. Enfrente se hallaba la pista de baile y un buen número de mesas bajas circulares. Eran casi las doce de la noche del domingo. Una hora y un día perfectos para disfrutar de la noche madrileña.

—¿Espera usted a alguien, señorita?

La joven levantó la mirada. Parecía triste. Cambió su expresión, tratando de disimular.

—En realidad, sí. Espero a mi novio.

Durán estaba seguro de que era mentira. Estaba tan plantada como los troncos del Brasil que había junto a la entrada.

—¿Le importa si espero con usted? No me gusta beber solo. ¿Quiere acompañarme?

—Gracias, ya tengo una bebida.

—¿Puedo sentarme a su lado, entonces?

—Si le apetece...

La primera resistencia estaba vencida. Con las mujeres, Durán actuaba de un modo similar a como se haría en una guerra: estrategia correcta, batallas ganadas, conquista final. En su juventud había servido en el protectorado español de Marruecos. Participó en la campaña de 1956, que acabó con el tratado de paz y la independencia del país norteafricano. Luego estuvo en el Sahara Occidental y en Guinea, hasta 1968. Volvió a España después de que todos los esfuerzos por evitar la independencia de la rica provincia africana resultaran vanos, y de que fracasara un intento por controlar la situación de un modo poco ortodoxo. Había sido formado en Langley, mediante un acuerdo de cooperación entre la CIA y los servicios secretos españoles. Ahora pertenecía a la Sección Tercera de la inteligencia militar.

Apuró su whisky e hizo un gesto al camarero para que le sirviera otro. Éste lo observaba intentando comprender por qué tenía tanto magnetismo con las mujeres.

—Me llamo Antonio Durán —dijo a la joven—. ¿Y usted es...?

—Lucía Antúnez.

El apellido era muy conocido.

—¿No será usted familia del almirante?

—Sí. Es mi tío.

—¡No me diga! —exclamó Durán, que había preguntado sólo por preguntar—. El almirante es un gran hombre... Y bien. ¿Va usted a ver la emisión de los astronautas americanos en la Luna? Han dicho por la radio que saldrán del módulo lunar hacia las tres de la madrugada, hora española.

—La verdad es que no me interesa.

Mencionar la histórica próxima llegada a la Luna no había funcionado, así que Durán decidió cambiar de estrategia.

—Vamos. La veo muy triste. Si su amigo no ha venido, peor para él. Quizá no sepa apreciar lo bueno, pero yo sí.

La sonrisa de Durán era franca. Extendió una de sus manos y señaló hacia la pista de baile con la mirada. La joven negó con la cabeza, pero finalmente aceptó la invitación. No tenía por qué amargarse, y menos aún cuando un hombre tan atractivo como aquél había aparecido como una especie de ángel salvador... Aunque era preferible no hacerle partícipe de su desdicha.

Estuvieron bailando casi una hora. Durán se mostró muy cortés. Hablaron de trivialidades y de la vida en general, sin entrar ninguno de los dos en detalles personales. A ella le atrajo enseguida su aire distante, a pesar de que se comportaba como un perfecto caballero. Era como si no quisiera nada en especial, lo cual suponía una gran seguridad en sí mismo.

Cuando abandonaron la pista de baile, se sentaron a una de las pequeñas mesas

circulares con una lamparilla en su centro. Durán pidió otro Bells doble y ella un Martini blanco con un chorrito de ginebra Tanqueray.

—También es mi ginebra preferida —dijo Durán.

—Yo no las distingo, pero era la favorita de Pablo...

La repentina alusión a su novio hizo que la joven estuviera a punto de soltar una lágrima. Durán miró a sus ojos trémulos.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha dejado? ¿O le has dejado tú a él?

—No... Sí... No lo sé. Tenía que haber venido aquí esta noche. Le he estado esperando mucho tiempo y... Tengo miedo. Temo que le haya podido ocurrir algo malo.

—¿Por qué dices eso? Seguro que algo le ha impedido venir, mujer. Además, así nos hemos conocido. No debes preocuparte sin motivo.

Ella agachó la cabeza y habló en tono muy bajo, apenas audible por encima de la música.

—Es que sí hay un motivo... Pero no sé si debo decírtelo...

—Puedes confiar en mí. No tengas cuidado.

—Es que... Es que Pablo anda metido en cosas de política. Me dijo que creía que lo estaban siguiendo. Quizá lo hayan detenido. Y encima yo soy sobrina del almirante Nieto Antúnez...

Ya no pudo resistir más y se puso a llorar. Desde una mesa cercana, un matrimonio maduro miró a Durán con gesto de reprobación.

—Bueno, no es para tanto. Estamos en los sesenta. Ya no es tan grave oponerse al Régimen. ¿Quieres que vayamos a otro sitio y me lo cuentas con más calma?

El ambiente del Pasapoga no era el más adecuado para confidencias. Salieron juntos después de que Durán pagara la cuenta y éste pidió al portero que fuera por su automóvil. Al poco regresó con un impoluto Fiat 124 cupé de color azul. Durán le dio una moneda de cincuenta pesetas como propina y abrió a Lucía la puerta del acompañante.

—A estas horas, y con lo de la Luna, debe de estar todo cerrado. Me refiero a los sitios tranquilos, donde se pueda hablar. ¿Quieres venir a mi casa?

—No sé si...

—Te doy mi palabra de que no haré nada que tú no quieras hacer.

El Dodge Dart de color negro, sin ninguna clase de distintivo, se detuvo en el acceso al perímetro exterior de la Estación de Seguimiento Espacial de Fresnedillas. El conductor abrió la ventanilla junto al puesto de guardia y anunció la llegada del coronel Johnson. El soldado hizo el saludo militar y comprobó su documentación antes de abrir la barrera y franquear el paso al automóvil.

El conductor tomó una vía al final de la cual apareció la silueta de una gran antena paraboloïdal de comunicaciones, orientada al cielo de la noche. Dejó a su derecha dos edificios anchos y chatos y una torre coronada por antenas semejantes a gruesos palos verticales, y giró a la izquierda. Un poco más adelante, estacionó en un pequeño aparcamiento junto a otros vehículos oficiales.

El coronel no esperó a que le abriesen la puerta. Cogió su maletín y salió al exterior, al calor de la silenciosa noche veraniega. Encendió un cigarrillo antes de atravesar la puerta de entrada al edificio principal. Mientras avanzaba por su interior no dejaba de preguntarse si los españoles, que se mantuvieron teóricamente neutrales en la última guerra mundial, eran de fiar. Su alianza con Estados Unidos se debía al interés, más que a la afinidad política. Como miembro de la inteligencia militar de su país, sabía que el general Franco escribía elogios a América al tiempo que firmaba con seudónimo críticas encarnizadas que ponían de manifiesto su desprecio hacia el estilo de vida americano y sus figuras políticas. Sin embargo, la colaboración entre ambos países era obligada en este caso, ya que Fresnedillas pertenecía a la Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio —es decir, la NASA estadounidense— en cooperación con el Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial —el INTA español.

Antes de dedicarse a su labor actual, Johnson sirvió en la Fuerza Aérea. Durante la guerra de Corea perteneció a un grupo dedicado a misiones especiales. Desde entonces había ido cambiando la mirada feroz de un comando sediento de sangre por la reflexividad de un agente de la inteligencia militar, aunque nunca perdería su natural desconfianza hacia casi todo.

A pesar de sus recelos, había una cosa que sí le gustaba de los técnicos españoles: eran capaces de improvisar y solucionar un problema mediante el ingenio y una generosa dosis de atrevimiento. Se alegraba, sólo por eso, de que las comunicaciones en Europa se controlaran desde allí, en lugar de cualquier otro país de la zona.

Johnson casi había llegado a una de las salas de control. Siguió avanzando por la galería y, al final del pasillo, descendió por unas escaleras a la planta inferior. La amplia sala, por debajo del nivel del suelo, exhibía orgullosa una enorme computadora y varios dispositivos de almacenamiento de datos en cinta magnética.

Frente a ellos, sobre una mesa, se hallaba una máquina tan novedosa como aquellos equipos electrónicos: un aparato capaz de registrar las imágenes llegadas desde la Luna en gruesas cintas de dos pulgadas de anchura, similares a las de la computadora. Era un invento que prometía sustituir en poco tiempo al celuloide, creado por la innovadora firma Ampex, y que permitía grabar hasta veinte minutos de imágenes en cada rollo.

Asegurarse de que el Ampex funcionaba debidamente era una de las tareas del coronel. Pero había otra mucho más importante. Debía garantizar que las imágenes provenientes de la Luna, y difundidas desde allí por las cámaras del módulo Águila, se redifundieran con un pequeño retardo. El bucle de seguridad que las autoridades estadounidenses consideraban imprescindible en caso de desastre o de cualquier eventualidad que obligara a interrumpir las comunicaciones.

Johnson examinó el Ampex. Estaba listo para registrar las imágenes de esa histórica noche, el primer paseo lunar del ser humano. Los responsables españoles del INTA conocían su existencia, aunque ignoraban que se iba a poner en marcha el bucle de seguridad. Mejor así. Que fuera invisible para ellos evitaba preguntas desagradables y respuestas incómodas. Ni siquiera lo sabía el físico e ingeniero Luis Ruiz de Gopegui, director de la estación de Fresnedillas.

—¿Está todo listo? —preguntó el coronel a un joven ingeniero que comprobaba por enésima vez las conexiones, por debajo de una consola.

El hombre, que estaba de rodillas, reculó hasta quedar libre y se irguió delante del coronel, con un destornillador en la mano y el pelo sudoroso.

—Afirmativo, señor. Sólo estaba chequeando los conectores.

—Bien... ya sabe que no hay lugar para fallos.

—No los habrá. Se lo garantizo.

Evitaron cualquier referencia a lo que estaban haciendo. Pero su conversación llamó la atención de uno de los técnicos españoles, que se encontraba justo por detrás de la consola, comprobando a su vez un cableado. No habían notado su presencia e, instintivamente, el técnico se ocultó todavía más de la vista de los dos americanos. Le extrañaba la seriedad con que el militar se había referido al sistema de registro de imágenes. Al fin y al cabo iban a ser difundidas al mundo y captadas por otros medios, aunque con inferior calidad. Si se tratara de la comunicación y redifusión propiamente dicha, lo comprendería. Pero ellos hablaban de algo que, en principio, no parecía tan esencial. Se preguntó qué estaban tramando, aunque era consciente de que aquello no era asunto suyo.

Al otro lado de la sala, el coronel dio una palmada en el hombro a su compatriota y abandonó el lugar en dirección a los pisos superiores. Quería hablar con Ruiz de Gopegui para conocer las últimas novedades, cualquier incidencia, si todo estaba en orden o existía alguna clase de eventualidad en la estación. El plan comprendía

establecer comunicación con el módulo Águila desde su punto de alunizaje, enlazar las comunicaciones entre el satélite y la base de cabo Cañaveral, en Houston, Texas, y realizar un seguimiento pormenorizado de las actividades extravehiculares de Armstrong y Aldrin. La estación de Fresnedillas era vital para la NASA. De hecho, la primera fotografía enviada desde la Luna a la Tierra, en 1967, había sido captada por las antenas españolas. Los mandos de la agencia espacial norteamericana eran conscientes del valor esencial de las instalaciones madrileñas en aquella conquista que emulaba los viajes de Colón o Magallanes.

El técnico español que había escuchado la conversación entre Johnson y el ingeniero americano esperó a que este último abandonara también la sala. Fuera o no asunto suyo, lo cierto es que le picaba la curiosidad. Todavía medio oculto, lo vio salir por el mismo sitio que el coronel y dirigirse, como él un poco antes, hacia las escaleras que conducían a la zona superior. La puerta se cerró despacio, sin ruido, únicamente con un leve clac final al encajar el pestillo en su hueco.

El Ampex descansaba sobre la mesa en que lo habían instalado el día anterior, ahora cubierto por una tapa y con varios cables emergiendo de su parte trasera. El técnico los siguió hasta el lugar en que desaparecían, bajo un panel de mandos. Se agachó y ocupó el estrecho hueco, con la vista hacia arriba, en busca de los puntos de conexión. Tuvo que encender una linterna para observar los aparatos que habían sido instalados. Algunos le resultaban completamente desconocidos, aunque no todos. Eso le bastó para comprender. Habían instalado un sistema para introducir un retardo en la señal proveniente de la Luna, que también afectaría a las comunicaciones recibidas desde la base de Houston. Así nadie notaría desfase alguno.

Al técnico no le pareció una mala idea. Era comprensible que trataran de protegerse en un asunto tan importante. Sólo se preguntó cuánto pagaría la prensa por este tipo de información. Era únicamente una idea, porque si filtraba algo y le descubrían, no sólo acabaría su carrera de un modo inmediato, sino que seguramente iría a la cárcel. O algo peor.

Aun así sintió una especie de satisfacción por saber algo que, posiblemente, nadie más que él sabía entre el personal español del INTA. Quizá algún día tuviera ocasión de revelarlo. Decirle a alguien, a media luz, en tono de confidencia: «Yo, Orestes Valbuena Gómez, estuve allí y vi cómo instalaban un bucle de seguridad en las comunicaciones con la Luna».

21 de julio de 1969

Antonio Durán fue sincero cuando dijo a Lucía que no haría nada que ella no quisiera hacer. Se consideraba un caballero español y nunca, bajo ningún concepto, daba su palabra en vano. Aún tenía en el rostro la cicatriz que eso le había acarreado en cierta ocasión, siendo adolescente, por proteger a un compañero del estricto colegio religioso en que estudiaba.

Llegaron a su domicilio en pocos minutos. No había apenas tráfico en Madrid. Durán vivía en una casa heredada de sus abuelos, en la colonia de El Viso. Habían sido dueños de una fábrica de cementos antes de la guerra civil. La familia vino a menos, pero aún mantenía un cierto estatus. De otro modo, con el sueldo que cobraba del ejército, Durán no habría podido permitirse la mayoría de sus lujos.

Su desahogado estilo de vida le había acarreado envidias y problemas. Pero siempre salió bien librado, en parte por ser el mejor agente de la inteligencia militar en territorio español.

—Me gusta este sitio —dijo Lucía mientras aparcaban en el garaje, donde también había una motocicleta Norton.

—Es acogedor. Y tranquilo.

Ya dentro, Durán encendió el televisor. A los pocos segundos se escuchó la voz de Jesús Hermida, uno de los locutores más populares de la televisión, corresponsal en Estados Unidos y encargado de retransmitir el histórico acontecimiento de la conquista de la Luna.

—Siéntate. Tengo champán en la nevera. Tomemos una copa y me cuentas lo de tu novio.

Durán regresó con una botella de Krug en una cubitera con hielo. Cogió dos copas altas de un mueble y se sentó junto a Lucía. Descorchó el champán y lo sirvió, con cuidado de no derramarlo.

—Bueno. ¿Estás a gusto? —dijo, entregándole su copa a la joven.

—Sí. Pero no tenía que haberte hablado de mi novio y sus tonterías.

—No son tonterías. Las cosas están cambiando en España. Es sólo cuestión de tiempo. Mientras no sea uno de esos terroristas que asesinan sin...

—¡No, por Dios, eso nunca! Pablo sería incapaz de matar a una mosca.

—Entonces será sólo que es joven e inconformista. Vamos, cuéntamelo todo.

Lucía dio un largo suspiro y luego le explicó que su novio, Pablo Vidal Cornejo, acababa de terminar la carrera de derecho. Durante sus estudios había entablado amistad con otros jóvenes de tendencia izquierdista. Sin ella saberlo, llevaba trabajando varios meses en un local clandestino, donde celebraban reuniones subversivas y preparaban actos contra el Régimen. A él nunca lo habían cogido. No

estaba fichado, pero hacía unos días detuvieron a varios compañeros, y mucho se temía que hablaran y revelaran la identidad de los otros.

—Seguramente hayan cantado, sí. Es lo más probable.

Durán conocía perfectamente las técnicas que empleaba la policía en los interrogatorios. Y eso que en España y con españoles las cosas eran muy suaves. Él mismo había visto cómo destrozaban la cara a un muchacho guineano, y le apagaban cigarrillos en el pecho y los brazos, por negarse a hablar. Nunca compartió ese modo de actuar, pero era lo que había.

—¿Tu novio ha cometido algún delito grave?

—Si no hace otra cosa que escuchar discursos y leer panfletos...

—Bueno, entonces mañana mismo haré una llamada a un... ejem... amigo, y espero que todo se solucione. ¿Vale?

La expresión de Lucía cambió. Ahora su rostro mostraba sorpresa y desconcierto.

—¿Quién eres realmente? ¿A qué te dedicas?

—No puedo decírtelo. Debes confiar en mí, ¿de acuerdo? Si tu novio no ha cometido ningún delito serio, no creo que haya problema. Podrás volver a verlo dentro de poco. Estoy seguro.

La joven se puso de nuevo a llorar. Era tan raro que un desconocido se comportara de un modo tan generoso que aquello la emocionó.

—Vamos, vamos, no llores —dijo Durán, y le secó las lágrimas con sus dedos—. ¡Mira! Parece que se abre la escotilla del módulo lunar. Voy a ponerlo más alto. ¿Quién lo iba a decir?: ¡el hombre en la Luna!

Casi se alegró de que el televisor desviara su atención. De otro modo le habría sido muy difícil resistir la tentación de besar a Lucía. Y eso era algo que no podía hacer. Era una joven enamorada y él le había dado su palabra de no hacer nada que ella no quisiera.

Aunque, por un momento, creyó que lo miraba por detrás de las lágrimas con auténtico deseo.

«Un pequeño paso para un hombre, pero un gran paso para la humanidad.»

El coronel Johnson sonrió al escuchar las palabras de Neil Armstrong, nada más hollar la Luna. En la sala de control de Fresnedillas, todos se mostraban embelesados, como niños que hubieran encontrado un tesoro de incalculable valor. La voz aguda y emocionada de Jesús Hermida rasgaba el aire, tan denso por la expectación y el humo de los cigarrillos que casi podría cortarse con un cuchillo.

En la Luna, Armstrong comenzó su paseo por la fría y desolada superficie, dejando sus huellas en el polvo oscuro e inerte. Como antes los astronautas, el mundo veía ahora también que el aspecto del satélite era muy distinto del que se contemplaba desde la Tierra: en vez de blanquecina, la capa superficial de la Luna era grisácea.

Veinte minutos después de Armstrong, Buzz Aldrin emergió por la escotilla del módulo Águila. Ambos astronautas, de treinta y ocho y treinta y nueve años, saltaban como adolescentes en un campo de juegos. No en vano la gravedad lunar era seis veces menor que la terrestre, lo que a pesar de sus aparatosos trajes les hacía sentirse ligeros en el satélite, a más de trescientos mil kilómetros de su hogar.

Todo parecía transcurrir según lo esperado. Quedaba atrás el problema técnico que hizo a Armstrong alunizar manualmente en el Mar de la Tranquilidad, un punto bastante lejano al previsto. Si hubiera tardado veinte segundos más, sólo eso, en localizar un lugar válido para posar el Águila, la misión habría tenido que abortarse por falta de combustible. Los tanques eran limitados, y necesitaban una cantidad exacta para regresar a la órbita lunar, terminada su misión, y conectar con el módulo de mando, el Columbia, pilotado por el hombre más triste del mundo en aquel momento: Michael Collins, que giraba en torno a la Luna sin poder poner su pie en ella.

Sus dos compañeros seguían explorando las yermas inmediaciones del lugar del alunizaje. Habían plantado la bandera estadounidense e instalado varios aparatos científicos, y ahora tomaban muestras de rocas. Se sentían felices y entusiasmados. Pero algo inimaginable estaba sucediendo allá arriba en ese momento, algo de lo que Armstrong y Aldrin todavía no eran conscientes.

En tierra, en el centro de mando de Houston, un técnico abandonó su consola de trabajo, en medio de un mar de monitores y operarios que seguían el transcurso de los acontecimientos ante dos pantallas gigantes. El técnico se dirigió a su superior para comentarle la anomalía que estaba captando, y éste fue como una flecha en busca del director del programa Apolo, el general Samuel Phillips. Junto a él se hallaba el verdadero artífice de aquella conquista y diseñador del cohete Saturno, el científico

alemán Wernher von Braun, al que su pasado nazi le había sido vergonzosamente perdonado por su inmensa brillantez intelectual.

El ingeniero a cargo de las comunicaciones se acercó al general, un poco amedrentado. Le habló en voz baja. Su gesto denotaba preocupación.

—Tengo que mostrarle algo, señor.

El general no movió un músculo del rostro. No se quitaba el uniforme ni para dormir. Era un militar de pies a cabeza, con los galones cosidos a la piel.

—¿De qué se trata?

—Será mejor que lo vea usted mismo.

—¿Ocurre algo, Samuel? —preguntó Von Braun.

—Es sólo una comprobación —dijo el general, sin saber aún qué sucedía.

Acompañó al ingeniero hasta la consola del técnico que había dado la voz de alarma. Era apropiado decirlo de este modo. El técnico había captado una especie de voz en la Luna, tan misteriosa como inexplicable. Era una señal simple, que se colaba en las comunicaciones, como un pitido de cadencia variable.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó el general, con un auricular en la oreja.

El ingeniero le respondió con la mirada puesta en la cara de perplejidad del técnico.

—No tenemos la menor idea. Pero viene de algún lugar muy próximo al punto de alunizaje del Águila. De eso no hay duda. Lo está captando el sistema de comunicación del propio módulo.

—¿Los rusos? —dijo el general, más como un temor expresado en voz alta que como una auténtica pregunta.

—Imposible. La zona establecida para el alunizaje ha sido alterada sobre la marcha.

—¿Entonces...? Tiene que tratarse de algún fallo.

—Lo he comprobado —intervino el técnico, casi atragantándose—. No hay ningún fallo. Y además...

—Continúe —dijo el general.

—Creo que... Señor, creo que la señal sigue un patrón lógico. Mire. Es una serie de pulsos que se repite regularmente: uno, uno, dos, tres, cinco, ocho. Y vuelve a empezar.

El general escrutó las notas del joven técnico. Repitió la serie entre dientes. No le decía nada.

—¿Como si fuera morse?

A su lado, el ingeniero jefe de las comunicaciones se quitó las gafas y las dejó caer sobre su pecho, colgando de un cordón. A él sí le decía algo aquella sucesión de números.

—No puede ser...

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó el general, irritado.

—¡Se trata de la serie de Fibonacci! Fíjense: cada elemento resulta de la suma de los dos anteriores. Sólo falta el cero, que es el valor nulo, y se detiene en el ocho, que es el último valor por debajo de diez. Está claro que la señal es inteligente.

La excitación que sentía el ingeniero estaba muy lejos de asemejarse a la que experimentaba el general Phillips. La suya era de otra clase. Su mirada se hizo abismal. Antes de abandonar la sala para encerrarse en su despacho y usar el teléfono que comunicaba directamente con Washington, dijo sólo tres frases, con la mandíbula muy apretada:

—Manténganme informado de cualquier cambio. Y no lo comenten con nadie más... Es una orden directa.

Desde el centro de control de Houston, varias comunicaciones apresuradas se produjeron de un modo casi simultáneo. El jefe de la misión, el general Phillips, había informado a la máxima autoridad del hallazgo de una señal inesperada en la zona de alunizaje del Águila. La señal había sido rastreada y podía localizarse con precisión desde la Luna. Nadie sabía qué diablos era. Pero no podía ser ignorada.

Ahora recibió sus órdenes el coronel Johnson, en Fresnedillas. Pronto llegaría el momento de interrumpir las comunicaciones con la Luna, cuando los astronautas que estaban ahí arriba fueran informados de la situación y se les dieran instrucciones precisas. Por el momento, Houston ordenó a Neil Armstrong pasar a un canal de seguridad. Un canal cifrado que nadie podría escuchar aunque se interceptara la comunicación.

—Tenemos una señal que proviene de una zona próxima al Águila.

El general Phillips en persona informó a Armstrong por el canal seguro. Lo hizo con discreción. Tuvo que decirle a Von Braun que se trataba de una maniobra prefijada y secreta, de carácter militar. El alemán montó en cólera, aunque tuvo que contenerse y resignarse. Todo el mundo sabía que la NASA era civil, pero en la sombra, y en última instancia, la controlaba el ejército con su férrea mano invisible.

A cientos de miles de kilómetros de distancia, y casi dos segundos después de que el general Phillips pronunciara esas primeras palabras, Neil Armstrong las escuchó rodeado de un cielo negro y la desolación de un mundo estéril. Las señales radioeléctricas emitidas desde Houston pasaron por Fresnedillas. La estación española era, por su ubicación en el planeta Tierra, la que estaba dando cobertura en ese momento a las comunicaciones con la Luna. En Fresnedillas nadie supo que semejante transmisión se estaba produciendo. Sencillamente dejaron de oír a Armstrong para escuchar lo que decía Aldrin. Pero el primero siguió hablando en privado con el control.

—¿Qué quiere decir con una señal, señor?

La voz de Armstrong sonó dura y contenida. Realmente era un hombre con nervios de acero. Sólo pudo percibirse que era humano, en lugar de un frío robot, en el arriesgado momento del alunizaje manual. Con todo, su corazón alcanzó entonces nada más que ciento cincuenta pulsaciones. Y eso que se estaba jugando su vida y la de Buzz Aldrin, en un ambiente inhóspito e inexplorado, haciendo algo que no tenía parangón.

—Aquí no sabemos mucho más de lo que le he dicho. Comandante Armstrong... Neil, no tenemos ni idea de qué demonios es. Tendrá que ir usted a averiguarlo.

El general se sentía impotente por la barrera inseparable que suponía tener a esos

hombres en la Luna. En otra circunstancia, si se hubiera tratado de un comando en cualquier parte del mundo, no habría experimentado tal desasosiego.

Con ayuda de un radiogoniómetro, Armstrong detectó la pulsante señal y el lugar del que provenía. Levantó la mirada del instrumento. La dirección indicaba un pequeño cráter, en el este lunar, a unos ochenta metros del punto de alunizaje del Águila.

Empezó a caminar hacia allí con decisión. No era de la clase de hombres que se pierden entre especulaciones. Esperaría a llegar al cráter y verificar el origen de la señal para decidir lo que debía hacer e informar a sus superiores. Aldrin seguía con sus actividades normales. Le extrañó ver alejarse a su compañero. Aún no sabía nada de la señal.

—¿Adónde va, comandante? —le preguntó.

Armstrong pasó un momento al canal abierto.

—Quiero tomar unas fotografías de ese cráter.

—Bien, comandante.

La comunicación de Armstrong volvió al canal seguro. Cada paso que daba sobre el polvo lunar quedaba marcado como en la arena de una playa. Pero allí no había mar ni atmósfera. Esas huellas —las primeras de un ser humano en el satélite— se mantendrían imperturbables hasta que un meteorito impactase sobre ellas; lo cual podía ser dentro de muchos miles de años.

El radiogoniómetro seguía marcando hacia el interior del círculo del cráter.

—Houston, estoy a unos treinta metros... Aún no soy capaz de ver si hay algo ahí... Continúo avanzando...

La tensión en el control de tierra era extrema. Había llegado el momento de cortar las comunicaciones, salvo las protegidas con Houston. En España, el coronel Johnson apretó un pulsador dentro de uno de los bolsillos de su chaqueta. Las imágenes procedentes de la Luna desaparecieron al instante de los monitores. El revuelo fue inmediato y generalizado. Los ingenieros del INTA no sabían si se trataba de un problema de la estación de seguimiento o si su origen estaba en la propia emisión. Los periodistas abandonaron la sala, así como el personal no esencial. El coronel informó al resto de que no se trataba de ningún problema técnico. Todo se debía a una cuestión de seguridad, ordenada por el control de la misión. Nada más. A la prensa se le diría que se había estropeado una antena, o algo similar.

Ahora Armstrong estaba realmente solo. Las emisiones desde la Luna llegaban a Fresnedillas, pero no se redifundían. Sólo iban quedando registradas en el Ampex, mientras su voz codificada seguía dando cuenta a Houston de sus pasos.

—Veinte metros... Me aproximo a un desnivel... La oscuridad dentro del cráter es total... Diez metros... Parece que distingo algo... Una forma...

El general Phillips sudaba copiosamente y se frotaba las manos. Su rostro de

mármol se había encogido. Ahora él también parecía humano. Era incapaz de hablar mientras las venas de su cuello se hinchaban cada vez más por la tensión.

—Sí, afirmativo, se trata de una forma... un objeto rectangular... Voy hacia él... No tiene más de cincuenta centímetros de lado... Su geometría es... Parece un cubo blanco en medio de la oscuridad... Sigo avanzando... Estoy ya muy cerca... Me agacho delante del objeto... Lo cubre una capa de polvo lunar... Lo retiro con mi mano... ¡Dios mío!

—¿Qué sucede comandante?! —fue el grito ahogado del general Phillips.

El silencio duró unos segundos.

—¡Neil! ¡Responda, por lo que más quiera!

Lo que apareció sobre la lisa superficie del cubo hizo que a Neil Armstrong se le acelerara el pulso más aún que en el momento del alunizaje. Los detectores de sus constantes vitales movían las agujas frenéticamente, hasta superar la barrera de ciento sesenta pulsaciones.

—Señor... No va a creerlo, pero...

Una vez más se detuvo. El tiempo y el espacio lo hicieron con él. Casi se solidificaron. Fue un segundo eterno, que precedió a las palabras más increíbles que se puedan imaginar:

—¡Tiene grabado el sello de Estados Unidos!

Una caja cerrada en medio de la Luna, con el sello de Estados Unidos en la tapa. Era imposible... Pero lo tenía ante sus ojos.

Neil Armstrong trató de recobrar la serenidad. El corazón le estallaba en el pecho y su cerebro estaba demasiado oxigenado. Respiró hondo un par de veces y notó cómo disminuía un poco su tensión.

—Houston, ¿cuáles son las órdenes?

—¿El objeto tiene algún mecanismo de apertura?

—Parece que sí. Es una especie de cofre.

Un cofre en la isla desierta más desierta y más aislada que el ser humano pudiera concebir. Quizá contuviera un tesoro. Quizá la muerte.

—Ábralo, comandante. Con extrema precaución.

Armstrong llevaba una cámara colgada del pecho de su traje espacial. Adoptó una postura que permitiera captar las imágenes y luego accionó cuidadosamente el cierre del cofre. Cuando lo hizo, el polvo lunar acumulado en las comisuras de la tapa salió despedido hacia fuera, al igualarse las presiones.

—La cubierta parece encajada... Tiro de ella con ambas manos... Noto que cede... Está suelta... La dejo a un lado... ¡Oh...! ¡No puede ser!

—¿Qué hay dentro, comandante?

Lo que veía en el interior del cofre, colocado en posición horizontal, como una especie de segunda tapa sobre lo que fuera que estaba por debajo, conmocionó a Armstrong más aún que el sello de Estados Unidos en el exterior del objeto.

—Es... Es un ejemplar del New York Times.

—¿Un ejemplar del periódico?!

—Afirmativo, señor. Pero...

—¿Qué sucede?

—Que es de... La fecha es 21 de julio de 1969. Es de mañana, señor.

El director del programa Apolo, el general Phillips, tenía sobre la mesa de su despacho un teletipo con las primeras planas de los diarios que, al día siguiente, saldrían a la venta con la noticia de la conquista lunar.

—¿Cuál es el titular, Neil? —dijo, con los puños apretados, deseando que todo aquello no fuera más que un sueño o un espejismo.

—«Hombres caminan en la Luna.»

Una explosión inundó la mente de Phillips y anuló sus sentidos por un momento, como cuando le alcanzó una granada de mortero en la Segunda Guerra Mundial. Oía ahora el mismo zumbido en sus oídos. Sentía la misma confusión y desorientación. Agachó la cabeza hasta tocar la mesa con la frente.

—¡Es auténtico!

Sólo su sentido marcial, hondamente grabado en su espíritu, hizo al general volver en sí, aclarar sus ideas y dar las órdenes lógicas en una situación que carecía en absoluto de sentido.

—¿Qué más contiene?

A la enorme distancia que los separaba, Armstrong retiró el diario y comprobó lo que había debajo. Varios objetos quedaron a la vista.

—Una libreta... Y un sobre... Con un nombre escrito...

—¿Un nombre?!

—Stephen Lightman.

El general lo repitió, en un susurro que más parecía una oración.

—Stephen Lightman.

—¿Le dice algo señor?

—Nada en absoluto. ¿No hay nada más?

—Negativo. Esto es todo lo que contiene.

—Bien, comandante. Lleve el cofre al Águila y déjelo allí. Siga con sus actividades normales. En cuanto tenga nuevas instrucciones, se las comunicaré.

El general se secó el sudor del rostro con un pañuelo. Las mangas de su camisa y su espalda estaban empapadas. Miró una vez más la primera plana del New York Times. Era incapaz de comprender nada de lo sucedido. Tenía que informar al secretario de Defensa, y que él decidiera. En todos sus años de servicio, jamás se había enfrentado con algo tan misterioso, tan desconcertante, tan... peligroso.

En España, las comunicaciones fueron restablecidas poco después. A ojos del mundo, nada extraordinario había ocurrido, más allá de la propia conquista de la Luna. Armstrong volvió al canal abierto y se unió a Aldrin en sus actividades extravehiculares por su superficie. Éste vio cómo aparecía con el cofre y lo introducía en el Águila. Fuera lo que fuese aquello, no lo habían traído desde la Tierra. Consciente de eso, los pensamientos de Aldrin sólo pudieron orientarse hacia Dios. Era un hombre muy religioso, que incluso llevaba consigo un pedazo de pan consagrado para comulgar en la Luna.

No hizo ningún comentario. Pero sí una pregunta, que formuló a Armstrong de un modo ambiguo, aunque para ellos poseía un enorme significado.

—¿Todo OK, comandante?

—Todo OK —respondió secamente Armstrong.

Abajo, en España, el coronel Johnson recibió nuevas órdenes. Recoger esas cintas únicas, que habían registrado el período en que las comunicaciones fueron cortadas intencionadamente, y conducir las en persona hasta la base aérea americana de Torrejón de Ardoz, donde ya lo esperaba un avión para llevarlo directamente a Washington.

Por si surgía esa contingencia, el coronel tenía preparado un grueso maletín con cierre de seguridad y un sistema adicional para garantizar que nadie pudiera abrirlo. O, mejor dicho, para que si lo hacía sin conocer la combinación de apertura, se destruyera su contenido. Dos ampollas con distintos líquidos estaban conectadas a una pequeña carga explosiva. Si se forzaba el cierre o se perforaba el exterior, la carga estallaría rompiendo las ampollas, cuyo contenido mezclado formaba un potente ácido capaz de disolver el plástico de las cintas y dejarlas inservibles.

El coronel cumplió las instrucciones con precisión. Cuando tuvo las cintas en el maletín, lo cerró y lo esposó a su muñeca. Luego fue hasta el exterior de la estación, donde aguardaba su chófer, que le abrió la puerta del Dodge y regresó a su puesto. El cielo estaba todo lo negro que las luces de Madrid permitían. La Luna se mostraba en lo alto, majestuosa. Costaba creer que allí hubiera alguien. Pero lo había. Dos de sus compatriotas caminando por su superficie y un tercero en órbita, esperándolos como una amante madre.

—¿Cuánto cree que tardaremos, John? —preguntó el coronel al conductor.

—No mucho, señor. A estas horas no hay tráfico. Calculo que menos de una hora.

—Bien.

La voz de Johnson era taciturna. A pesar de todo su entrenamiento militar, de su hábito de cumplir órdenes y de su frialdad ejecutiva, no era ajeno a la curiosidad. Habría dado mucho por conocer lo que se había grabado en las cintas que llevaba dentro de su maletín. Estaban a su alcance, sobre su regazo. Y, sin embargo, jamás llegaría a saberlo. No entraba en sus competencias. Él sólo tenía que garantizar su seguridad y entregarlas en el Pentágono.

Acarició el exterior del maletín con la mano izquierda y luego se frotó la muñeca derecha. El aro metálico le irritaba la piel. No podría quitárselo hasta llegar a Estados Unidos. Se trataba de unas esposas sin llave, cerradas mediante una combinación, al igual que el maletín. Si alguien quisiera arrebatarárselo, sólo podría hacerlo cortando la cadena o cercenándole la mano.

A pocos kilómetros de distancia, un coche encendió las luces. Lo hizo sólo un instante. Estaba medio oculto entre los matorrales de una carretera próxima a Boadilla del Monte. El vehículo que tenía enfrente había hecho la señal convenida y ese era el modo de devolvérsela.

Los dos coches quedaron estacionados uno junto al otro, ambos con las luces apagadas. De ellos bajaron cuatro hombres en total, tres del primero y uno del que acababa de llegar. Todos iban armados.

—Ésta es la información que necesitamos —dijo el recién llegado, y mostró unos papeles a los otros.

—Déjame ver: marca y modelo, matrícula, ruta, destino... Bien hecho. Buen trabajo, camarada.

Los datos escritos en las amarillentas hojas holandesas hacían referencia al automóvil del coronel Johnson.

—Las instrucciones son precisas —volvió a hablar el primer hombre—. Liquidar al conductor y capturar al militar yanqui, con el maletín que debe transportar con él. Lo esconderemos en el punto prefijado. Quizá lo necesitemos con vida. Habrá que esperar a que las cosas se calmen antes de enviar el contenido a Moscú. Nuestros compañeros soviéticos cuentan con nosotros. No quiero fallos.

La lucha duró poco. El Dodge del coronel Johnson recibió de improviso el impacto lateral. Estaba dando una curva lenta, cuando otro vehículo apareció desde la maleza y lo embistió sin contemplaciones. El conductor perdió el control. Se fue al carril contrario, reculó y dio una vuelta de campana al salirse del asfalto, yendo a caer por un ligero terraplén hasta impactar contra un árbol.

El otro coche, que lo embistió, tenía el morro destrozado pero aún funcionaba. Era robado. Sus ocupantes lo dejaron justo arriba, en el arcén, y corrieron por la ladera hacia el Dodge, que estaba boca abajo y apoyado contra el tronco de un pino. Un humo denso salía del motor y pequeñas llamas crecían poco a poco en la parte trasera.

—Tú por ahí. Tú por la otra parte. ¡Rápido!

El hombre al mando dio las instrucciones a los otros dos. Les ordenó que fueran cada uno por un lado del automóvil. Él se aproximó desde atrás.

Las llamas eran cada vez más grandes. Tenían que darse prisa; el depósito podía explotar. Al jefe de los atacantes le traía sin cuidado la vida de los dos americanos que había en su interior, pero no podía permitir que se destruyera el maletín.

Un disparo repentino estuvo a punto de alcanzar a uno de los hombres, el que iba por el lado del conductor. Éste, que había recobrado la orientación, había disparado, tratando de repeler el ataque. Sangraba por una profunda brecha en la frente. Estaba tumbado sobre el techo del Dodge. Había logrado sacar medio cuerpo fuera del coche, reptando por el hueco de la ventanilla. Mantenía a raya a su atacante. Pero no logró ver al jefe de éste, que llegó de un salto desde atrás y se colocó sobre él apuntándole.

El conductor se dio la vuelta y levantó la mano armada. De una patada, el revólver salió volando por los aires.

—¿Quiénes sois?! —gritó, desarmado e indefenso.

No hubo respuesta. La única que habló fue la pistola del jefe de los atacantes. Su voz seca y potente, y un fogonazo, significaron la muerte del chófer. Parte de su cráneo y sus sesos quedaron desperdigados por la tierra seca, que se empapó de sangre.

El coronel había perdido el conocimiento. Los otros hombres abrieron una de las puertas traseras, la única que no estaba atrancada por el golpe, y lo sacaron a rastras. El fuego consumía ya una buena parte del automóvil. Les dio apenas tiempo a alejarse antes de que se produjera la explosión. Todos cayeron al suelo por la onda expansiva. Una llamarada de un rojo intenso ascendió por encima de las copas de los árboles.

—¡Aprisa! —dijo el hombre al mando—. Esto debe de haberse visto desde medio Madrid.

Los tres, con el coronel a cuestas y su maletín esposado a la muñeca, regresaron a la carretera. Encendieron una linterna tres veces, en destellos rápidos. Al poco tiempo, apareció un furgón que se detuvo junto a ellos en el arcén. El otro coche, con el que habían embestido al Dodge del militar, quedó allí abandonado. Subieron a la parte trasera y dejaron el lugar sin perder tiempo.

El timbre del teléfono sonaba como una taladradora de cadencia regular. Por fin una mano se alargó hacia él desde la cama, tanteó la mesilla de noche y descolgó el auricular. La voz que contestó fue la normal en alguien que está dormido y que acaban de despertar. Aunque, en menos de un segundo, se transformó en justo lo contrario.

—¿Un coronel americano? ¿Secuestrado...? ¡Joder! Voy para allá enseguida.

Era Antonio Durán, que se había acostado hacía apenas una hora. Lanzó las sábanas a un lado y se levantó como accionado por un resorte. No había tiempo ni siquiera de tomar una ducha. Se vistió con rapidez, cogió su revólver y bajó del primer piso a la planta baja. Antes de salir escribió una nota, que dejó sobre el aparador de la entrada. Era para Lucía. Le explicaba que había tenido que marcharse y que se quedara todo el tiempo que quisiera. Le pedía, además, que le escribiera su número de teléfono, para contactar si era preciso. Ella dormía en la habitación de invitados y no quiso despertarla.

Luego fue al garaje, se puso una cazadora de cuero, se enfundó los guantes y montó en su Norton Commando. El motor emitió un gemido ronco antes de ponerse en marcha. En pocos minutos enfilaba la carretera de Fuencarral, en dirección a El Pardo. El vigilante de la portillera estaba avisado para abrirle el paso y dejarle atravesar la verja de hierro que, por las noches, impedía la circulación de vehículos por esa vía.

Durán llegó a su destino antes de que despuntara el alba. Dejó el Palacio a su derecha y lo bordeó hasta el cuartel de la guardia de Franco. Un centinela lo detuvo en el acceso. Después de identificarse, entró y dejó la motocicleta frente a las cocheras. Tenía órdenes de ir directamente a la sala de reuniones tácticas. Allí lo esperaban varios oficiales de la inteligencia militar y alguien que sorprendió a Durán al encontrárselo de pronto frente a él: el almirante Luis Carrero Blanco, vicepresidente del gobierno y mano derecha de Franco.

—El Caudillo está muy preocupado —dijo con su voz arisca, sin ni siquiera saludar al recién llegado—. Hay que actuar pronto. Los americanos nos presionan.

Un general, que estaba de pie y con gesto grave, encendió un cigarrillo y se dirigió hacia Durán con una carpeta en la mano.

—Aquí tiene un informe de la situación. De momento, es todo lo que tenemos.

Apenas nada. Pero ya estamos trabajando para ampliar nuestra información. — Esbozó una sonrisa torcida que Durán comprendió bien—. Léalo mientras lo conducen a la Dirección General de la Policía.

—Sí, señor —respondió Durán con la vista al frente—. ¿Se sabe quién ha sido?

—Sospechamos de los rusos. El KGB —dijo otro de los militares, desde el fondo de la habitación.

Carrero miró a Durán como si lo escrutara.

—Dicen que es usted el mejor agente que tenemos. Espero que sea cierto. Los americanos han extraviado algo que les pertenece, y será usted quien deba recuperarlo.

—Un coche le espera en la puerta —dijo el primer militar.

—Si no tiene inconveniente, prefiero usar mi moto, señor.

—Deberá dejarla por el momento. Necesitará el tiempo del trayecto para leer el informe y ponerse al tanto de todo. Puede retirarse.

Durán hizo el saludo militar y abandonó la estancia. Ya en el asiento trasero del coche, leyó el exiguo informe, de apenas dos páginas. La situación pintaba mal. Peor que eso: un militar americano secuestrado en suelo español, y con un material indeterminado pero extremadamente valioso en su poder.

Sí, la cosa pintaba muy mal.

Los gritos del joven se escucharon por toda la escalera. Algunos vecinos contemplaban la escena desde el ojo de pez de sus mirillas. Pero nadie se atrevió a abrir la puerta de su vivienda. Dos policías de paisano acababan de subir hasta el tercer piso y habían golpeado con furia la puerta hasta que el ocupante del apartamento la abrió.

Le dieron un empujón que le hizo caer al suelo, entraron en la casa y le ordenaron que se vistiera sin perder un segundo, mientras husmeaban en el interior. El joven trató de escapar por una ventana, pero se lo impidieron. Ahora bajaban con él a golpes por la escalera. En la calle los esperaba un coche de la temible policía secreta del Régimen.

Esa misma escena se repetía, simultáneamente, en otras zonas de la capital y las principales ciudades de toda la nación. Cualquier individuo relacionado con el espionaje de la Unión Soviética o las altas esferas del Partido Comunista clandestino estaba siendo detenido y llevado a las dependencias de la Dirección General de la Policía.

Allí los esperaba Antonio Durán y un interrogatorio cuyos métodos algunos ya conocían. Y los que aún no habían tenido el gusto de probarlo lo harían muy pronto.

No fue difícil arrancar información a los detenidos. Durán conocía bien su trabajo. Sus métodos podían no ser muy éticos, pero sí efectivos. Eso era lo único que les importaba a quienes daban las órdenes. Un poco de sangre y huesos rotos no les parecían una factura demasiado elevada. Sobre todo cuando eran huesos y sangre de otros.

En El Pardo, la noticia llenó de júbilo al impenetrable almirante Carrero. Mandó llamar de inmediato a los altos mandos de la inteligencia militar. Ya sabían el dónde. Y estaba claro lo que había que hacer. Sólo faltaba decidir el cómo.

—El americano está preso en una casa de la sierra de Madrid —empezó diciendo el general nombrado jefe de la operación—. Se trata de una finca en el municipio de Villalba, con una parcela de bosque alrededor. No será fácil entrar sin que se den cuenta.

—¿Está ya Durán informado de esto? —preguntó Carrero.

—Ha salido un despacho para él hace unos minutos.

—Bien. Pero no le dé nuevas órdenes hasta que tengamos claro el plan de acción. Que espere instrucciones. ¿Alguna idea sobre cómo afrontar esta situación?

El general al mando estaba de pie, ante un mapa de España. Vaciló antes de responder. Pero luego señaló con decisión la isla de Mallorca.

—Aquí está nuestro hombre. Basta una orden suya para que lo traigan y elabore un plan de acción. No hay nadie más preparado que él. Lo sabe tan bien como yo, señor.

—Sí, eso cree también Su Excelencia. Aunque no le tiene el menor aprecio.

El tono de Carrero Blanco dejaba claro que tampoco él.

—¿Y bien, almirante?

—Que lo traigan. Quiera o no quiera. Bastante nos debe por haberlo librado de los cazadores de nazis. Y no sólo nos debe eso...

Otto Skorzeny disfrutaba de un paseo matinal por la playa de Alcudia. Le agradaba sentir la brisa marina en el rostro. Y la visión del mar. Apaciguaba su espíritu, torturado desde hacía muchos años. Pero no por el horror del que había formado parte como miembro de las temibles SS, sino por haber perdido la guerra. Acababa de cumplir sesenta y un años, pero aún se mostraba tan duro y recio como cuando rescató a Mussolini de su cautiverio en un inaccesible risco de los Apeninos, cumpliendo órdenes personales de Hitler.

Dos hombres trajeados se acercaron a él. Les habían dicho que estaba en la playa. El día era precioso. La atmósfera parecía más transparente de lo habitual, y el oleaje formaba brillos multicolores a la luz del sol de la mañana.

—Señor Skorzeny —dijo uno de ellos, a su espalda.

El alemán se volvió y miró a ambos sin mover un músculo de la cara.

—Sí. ¿Qué quieren?

El acento teutón no le había abandonado, a pesar del tiempo pasado en España. Más de veinte años.

Los hombres se presentaron como agentes de la inteligencia militar. Le explicaron que tenían órdenes de conducirlo a El Pardo. El almirante Carrero requería su presencia.

—¿Qué coño querrá ese meapilas...? —dijo Skorzeny por lo bajo. Luego subió el tono para añadir—: ¿Y si me niego?

—Nuestras órdenes son claras. Debe acompañarnos sin perder tiempo. Su maleta debe estar ya preparada. Pasaremos por su domicilio a buscarla.

—No tengo la menor intención de ir con ustedes...

—El almirante ha dicho que mencionemos Odessa.

El gesto de Skorzeny cambió al instante. Soltó un par de juramentos en alemán y por fin movió la cabeza en señal de asentimiento.

En menos de diez minutos, los tres hombres se dirigían en coche al aeropuerto de la isla. Skorzeny iba refunfuñando. Pero sabía que no podía negarse. Odessa era la organización que había sacado a muchos antiguos nazis de las zonas de peligro en Europa, evitando así su detención. Gracias a hombres como Skorzeny, ahora vivían tranquilos, con identidades falsas y en lugares donde nadie les molestaba. Pero esa situación podía cambiar en cualquier momento.

Antonio Durán estuvo más de media hora lavándose en uno de los cuartos de aseo de la Dirección General de la Policía. Sentía asco hacia sí mismo por lo que acababa de hacer. Por mucho que se limpiase la sangre, las babas y las lágrimas de aquellos tipos a los que había torturado hasta arrancarles lo que sabían, su huella nunca podría borrarse.

Y cada vez era peor. Cada vez notaba más honda esa huella, dentro de su piel, hasta los huesos.

—¿Qué Durán, quitándote la mierda de esos rojos?

A pesar de que las palabras del hombre que las pronunció fueron como ácido en el alma de Durán, éste no dijo nada al respecto. Se limitó a asentir.

—Oye, Sánchez. ¿Tú podrías hacerme un favor?

—Claro, chico. Lo que tú mandes.

—No se trata de una orden. Es un favor personal.

—Es lo mismo, hombre. ¿Para qué están lo amigos?

Sánchez era un poco bruto pero digno de confianza. Durán sacó de su billetera un pedazo de papel. En él estaba escrito el nombre del novio de Lucía, la chica a la que había conocido la noche anterior en el Pasapoga: Pablo Vidal Cornejo.

—Toma, Sánchez —dijo, tendiéndole el papel—. Es un estudiante de derecho un poco rojillo. Ya sabes... Por lo visto se ha metido en un lío de pasquines políticos, o algo parecido. Nada serio. El chico es amigo de una sobrina de Nieto Antúnez.

El otro hombre abrió tanto los ojos que parecían huevos de gallina.

—¡Joder! —exclamó.

—Sí... Bueno, tú ya entiendes lo que quiero... Con discreción, ¿eh?

—No hay ni que decirlo. Yo me encargo. Si no hay nada gordo contra él, que no se apure su novia.

—Gracias, Sánchez. De verdad.

—Bah... ¿Para qué están los amigos? Además, conociéndote, seguro que te sientes obligado a corresponder al favor. ¿Cómo se llama ese champán raro que tú tomas? ¿Aquel de la fiesta en tu casa y que le gustó tanto a mi señora?

—Krug. Creo que tengo una caja en mi bodega. Puedes decir a tu esposa que su gusto es exquisito, y los gustos exquisitos se merecen lo mejor.

El hombre se rió con ganas y dio una palmada en la espalda de su compañero antes de salir del lavabo. Durán se quedó solo de nuevo. Se sentía un poco más tranquilo. Al menos había hecho una buena acción, aunque fuera como una isla en un mar de injusticia.

Terminó de secarse y salió del cuarto de baño. Fue hasta un teléfono y marcó el número de Lucía.

—Por favor, ¿señorita Lucía Antúnez? —dijo cuando contestaron—. De parte de Antonio Durán.

La joven apenas tardó en ponerse. Seguía muy nerviosa. Durán se alegró de poder darle algo de esperanza.

—Van a mirar lo de tu novio. Tengo mis contactos. Así que no te apures, ¿de acuerdo?

Al otro lado de la línea, Lucía se puso a sollozar y a darle las gracias. Durán le pidió que se calmara. No era del tipo de hombre al que le complace que le agradezcan los favores más de una vez.

—Ya te llamaré cuando sepa algo más. Cuídate.

Acababa de colgar cuando Sánchez apareció delante de él con una expresión patibularia en el rostro.

—¿Qué pasa? —le preguntó Durán, extrañado.

—Tu chico... Que acaban de llevárselo de aquí. Estaba en los calabozos. He estado preguntando y resulta que lo detuvieron ayer.

—¿Sabes si ha hecho algo grave?

—Pues la verdad es que sí. Estaba prestando apoyo a la célula comunista que estamos buscando. Le pillaron siguiendo a un militar americano de la embajada. Lo han interrogado y...

El temor se reflejó en el rostro de Durán. La palabra «interrogar» podía significar muchas cosas, como él sabía mejor que nadie.

—El chico no quería hablar. Le han dado demasiado fuerte... Va camino del depósito.

Durán tomó aire y abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma.

—¿El depósito de cadáveres...? ¿Ha muerto?

—Me temo que sí.

Hubo un largo silencio. Los brazos de Durán colgaban inertes a ambos lados de su cuerpo. Por fin reaccionó.

—Ni una palabra a nadie de todo esto, Sánchez. Y menos aún de la sobrina de Nieto Antúnez.

—Puedes estar tranquilo.

En diez minutos, Durán salía a la calle con los ojos vidriosos, acompañado de Sánchez. Encendió un cigarrillo ante la Dirección General de la Policía y contempló la calle, sin verla realmente. No sabía cómo iba a dar la noticia a Lucía.

—Oye, Durán —le dijo su compañero, agarrándole por un brazo—. Nosotros no hacemos las normas, pero todo esto se está saliendo de madre. Lo siento, de verdad.

Durán asintió, igual de ensimismado. Un poco después estaba solo. Terminó su cigarrillo y caminó por la acera hacia el coche oficial, que lo esperaba cerca. El conductor salió al verle y corrió a abrirle la puerta. Debía regresar a El Pardo. Se acercaba la hora de actuar.

Las sogas eran recias y ásperas. La estancia se hallaba a oscuras y olía a humedad. A ciegas y casi sin capacidad de movimiento, el coronel Dominic Johnson trató de analizar la situación. Le dolía terriblemente la cabeza y notaba en ella alguna clase de vendaje. La luz que se le negaba a sus ojos fue llegando poco a poco a su mente. Recuerdos que fueron componiendo los hechos. Reconstruyéndolos desde el momento en que abandonó la estación de Fresnedillas hasta que fue atacado en la carretera.

Oyó un murmullo cercano que le hizo aguzar el oído. Era una voz débil, de un hombre, que hablaba en español con un marcado acento. Le costaba reconocerlo. Al fin y al cabo, esa no era su lengua nativa. Pero de pronto lo identificó. El dueño de la voz era ruso.

Dio un respingo en la silla a la que lo habían atado. Otro hombre habló, ahora en voz alta y perfectamente audible.

—¡Vaya! Ya te has despertado, ¿eh, cabrón?

—¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes?

Una fuerte palmada precedió a la contestación del primer hombre, el ruso.

—¿Quién te ha dado a ti derecho a hacer preguntas? —dijo con desprecio.

El coronel creía que la habitación estaba a oscuras, pero sus captores se movían y se comportaban como si el lugar estuviera iluminado... Entonces lo comprendió. Johnson abrió los ojos cuanto pudo y supo que la negrura que lo envolvía todo era interior.

—¡No veo!

—¡Déjate de trucos! —gritó el ruso.

—Es verdad. No puedo ver nada...

—Pues peor para ti. A nosotros no nos hace falta que veas. Mejor así.

Aquel ruso parecía el jefe. Se acercó tanto a Johnson que éste podía notar su respiración en el cogote.

—Ahora vas a decirnos cómo abrir tu maletín y lo que contiene. Si no, vas a pasarlo muy mal. Sé cómo hacer que una muerte resulte muy, muy lenta. Tú eliges: algo rápido, y quizá vuelvas a ver a quien sea que te espere en tu podrido país, o morir despacio y con tormentos que no puedes ni imaginar.

—No sé lo que contiene el maletín, ni tampoco la combinación —dijo el coronel, y no mentía—. ¿Creen que mi gobierno es tan estúpido para darme esa información? Si quieren saber lo que contiene, tendrán que forzarlo.

—Claro que tu gobierno no es tan estúpido para eso... Ni tampoco nosotros somos tan idiotas para forzar el maletín. Tú sí que has demostrado ser un idiota si has

pensado que podrías engañarnos tan fácilmente. Ese maletín debe de contener una bomba o algún sistema de autodestrucción. Así que pórtate bien, sin trucos, y dinos cómo abrirlo.

El coronel estaba entrenado para dominar el miedo. A lo largo de su carrera se había visto en situaciones críticas. Conocía los efectos de la tortura y de las drogas. La resistencia de un individuo no dependía sólo de su entereza y su valor. Al final, casi siempre se conseguía arrancarle lo que supiera, cuando el cerebro llegaba al límite de aguante físico y psíquico. Por eso, la mejor manera de preservar un secreto era no revelárselo al mensajero. El coronel ignoraba realmente la combinación del maletín o cualquier clase de truco para abrirlo sin dañar el contenido. Sólo sabía que dentro estaban preparadas las ampollas de ácido para disolver las cintas en caso de ser forzado.

—Hagan lo que tengan que hacer, malnacidos... —dijo Johnson, preparado para lo peor.

—Muy bien —dijo el ruso—. Lo haremos, no lo dudes. Lo haremos.

Antonio Durán acababa de dar a Lucía la noticia de la muerte de su novio. Lo hizo como si se tratara de un soldado caído en combate. No supo qué hacer para consolar a la joven, que se puso a llorar y a gritar al otro lado del teléfono. Sólo pudo quedarse en silencio, escuchándola, sintiendo su dolor que también a él le hería. Después tuvo que colgar y olvidarse de todo aquello. Lo esperaban en la sala de operaciones del cuartel de la guardia de Franco, en El Pardo. Antonio Durán fue informado de la llegada inminente de Otto Skorzeny, y se mostró contrario a ello abiertamente.

—Ese hombre es un criminal de guerra.

—Durán, guárdese sus escrúpulos para su vida privada. Aquí nadie tiene las manos limpias de sangre.

Habló el general al mando, y con sus palabras hizo que Durán recordara que él había tenido esa mañana las manos manchadas literalmente de sangre.

—Sé cumplir órdenes, señor —dijo.

—De eso no tengo dudas. Pero necesito que colabore con Skorzeny sin reservas. Está en juego algo mucho más importante que cualquier antipatía personal. ¿Lo comprende?

—Por supuesto, señor. Sólo quería decir que no creo necesaria su intervención.

—Él es la persona más capacitada para diseñar esta operación. Usted estará al mando en el operativo, pero seguirá sus instrucciones al pie de la letra. Recuerde que Skorzeny logró sacar a Mussolini de un lugar inexpugnable. Es un genio de los golpes de mano.

Un ruido en la puerta anunció la aparición en el umbral de uno de los hombres que acompañaban al alemán. Dijo a los presentes que ya había llegado y se retiró, no

sin antes avisar también de que el almirante Carrero se les uniría en breve. Tras él estaba Skorzeny, con cara de pocos amigos. Entró en la sala con una carpeta debajo del brazo, caminando muy erguido y con un gesto de desprecio en la boca.

—Bien. Aquí me tienen.

—Ante todo, señor Skorzeny, debe saber que esta operación es estrictamente secreta —dijo el general al mando—. En ningún caso deberá usted, en el presente o en el futuro, revelar el menor detalle. A todos los efectos, nunca ha existido.

El alemán asintió sin decir nada y dio un fuerte taconazo, que a Durán le pareció más una chanza que el residuo mental de una época pasada.

—Le presento a Antonio Durán —continuó el general—. Es nuestro mejor agente. Seguirá sus indicaciones, pero él estará al mando de la operación. Espero que sepan actuar a la altura de las circunstancias. No tiene por qué gustarles, pero deben hacerlo. Respecto al plan, Skorzeny, ¿ha tenido tiempo de estudiarlo durante el vuelo?

—Ja! —afirmó en alemán—. Está resuelto. Será complejo, pero posible. Si el mando de la operación sabe ejecutarlo, claro.

La gélida ironía hirió a Durán, aunque prefirió no replicar. Se limitó a mirar al alemán con gesto impasible. Su expresión mordaz sólo cambió al ver entrar al almirante Carrero. Todos se pusieron en pie y le hicieron el saludo militar, incluido Otto Skorzeny.

No había tiempo que perder. El alemán explicó a los presentes su plan de asalto. El perímetro exterior de la parcela que rodeaba la casa era amplio. Eso tenía una ventaja para los defensores del sitio, pero también un inconveniente. Y más en una zona boscosa. El ataque se produciría nada más anochecer, aprovechando el abrigo de las sombras, con un pequeño grupo de sólo cuatro hombres. Durán iría a la cabeza. El objetivo: recuperar el maletín y, si era posible —sólo si era posible—, al coronel Johnson con vida.

El calor resultaba sofocante incluso en la sierra. Ni siquiera la noche, que había caído hacía más de una hora, mitigaba apenas la sensación de agobio. Una tormenta de verano había humedecido el terreno, pero la poca agua caída se evaporó rápidamente aumentando la sensación de humedad pegajosa.

Antonio Durán estaba reunido con sus hombres en la parte trasera de un furgón camuflado, a las afueras del pueblo de Collado Villalba, ultimando el plan de ataque ideado por Otto Skorzeny.

—A las doce en punto iniciaremos el asalto. Lo primero será acceder al perímetro exterior. Usaremos sólo las ballestas para abatir a los centinelas. Nada de armas de fuego hasta que hayamos entrado en la edificación. Disparad a matar. No hay que permitir que se dé la voz de alarma antes de tiempo y perdamos el factor sorpresa.

Los tres hombres que habrían de acompañarlo escuchaban con atención. Uno de ellos, muy joven pero con el aspecto endurecido de un legionario curtido en la batalla, comprobaba la mira telescópica de su ballesta. Los otros dos observaban a su líder como beatas en una misa solemne.

—Una vez eliminados los centinelas —prosiguió Durán—, tomaremos posiciones cerca de las cuatro ventanas principales del único piso de la casa. A la hora prefijada, cada uno romperá un cristal y lanzará dentro una bomba de humo. Ocuparemos la posición de las puertas lo más rápido posible. Julián y yo la principal, y Anselmo y Gerardo la trasera. Hay que entrar sin perder un segundo, aprovechando la confusión, con las máscaras antigás. Disparad a todo el que os salga al paso. El coronel debe de estar preso en alguna habitación. Nuestras órdenes son precisas. La prioridad es recobrar el maletín que llevaba consigo, y sacar al americano con vida sólo si es viable. Prefiero que lo abatáis por error a perder a uno de vosotros y dar la oportunidad a alguno de los secuestradores de huir hacia el campo con el maletín. ¿Entendido?

Todos asintieron.

—Bien. Entonces sólo nos queda sincronizar nuestros relojes. Serán las 23.25 en cuarenta segundos.

A una orden de Durán, el furgón inició su camino hacia las proximidades del objetivo. Todos se mantuvieron en silencio, repasando el plan mentalmente. Excepto el propio Durán, que tenía instrucciones especiales. Cuando acabó la reunión esa tarde en el cuartel de El Pardo, el vicepresidente del Gobierno en persona lo hizo llamar a su presencia. En un oscuro despacho del palacio-residencia de Franco, Carrero le informó de algo que sólo él debía conocer, y de lo que únicamente respondería ante su autoridad. Ni siquiera los mandos de la inteligencia militar

sabrían nada de ello. Nunca.

Después de varias horas torturándole e inyectándole drogas, el ruso que mandaba a los secuestradores del coronel Johnson había perdido la paciencia. Sus métodos hasta el momento habían sido moderadamente blandos. No quería provocarle la muerte y quedarse sin la información que necesitaba obtener de él.

Sus instrucciones desde Moscú eran abrir el maletín en persona y extraer su contenido. Eso era mucho más seguro que tratar de sacarlo del país directamente, ya que podía ser reconocido con facilidad en una inspección de equipajes y con las autoridades alerta. Además, convenía dejar las cosas enfriarse un poco. No había demasiada prisa. Contaba con unos días para arrancar al americano el modo de abrirlo con seguridad.

—Eres un tipo duro, ¿eh? —dijo el ruso al coronel Johnson con una enorme sonrisa capaz de helar la sangre a cualquiera.

El militar no respondió. Se mantenía en silencio desde que empezaron a torturarlo. Aunque sabía que sólo era cuestión de tiempo que su resistencia llegara al límite. Y eso era lo que más le asustaba. Desconocía lo que ellos querían saber, de modo que el tormento acabaría, irremisiblemente, con su muerte.

—Ahora vas a probar la medicina de un doctor que ha tratado a muchos pacientes en Siberia. Claro que curarles no les ha curado...

Se refería a sí mismo. En los últimos años había refinado sus técnicas con muchos ciudadanos soviéticos que fueron deportados, y que tuvo bajo su mando en el Gulag. Allí diseñó algunos instrumentos muy útiles para provocar auténtico dolor.

—Mira esta pinza, cerdo... Oh, perdón, no recordaba que estás ciego. Pero yo te la describiré. Es ancha y de extremos planos. Las dos barras están unidas por un eje con un tornillo que permite ir cerrándolas. El mecanismo está desmultiplicado. Cuesta muy poco mover la tuerca que junta las piezas planas... Creo que es mejor que lo pruebes. La experiencia supera a las palabras.

El ruso entregó el artefacto a su ayudante. Éste se agachó, levantó una de las perneras del pantalón del Coronel y le quitó el zapato y el calcetín. Después colocó la pinza a ambos lados del tobillo. La ajustó con la tuerca hasta que quedó sujeta por sí misma, con las piezas planas presionando los huesos.

—En mi trabajo he aprendido cosas que sorprenderían a muchos —dijo el ruso al tiempo que con un gesto de la mano indicaba a su ayudante que diera la primera vuelta de tuerca.

El coronel notó una presión moderada. Desagradable, pero no dolorosa. Frente a él, el ruso sonrió. Había visto esa misma expresión de desconcierto en muchas ocasiones.

—El sufrimiento es un enigma, y cómo provocarlo, un arte. Los antiguos chinos descubrieron que los más terribles padecimientos no son fáciles de causar.

Una segunda vuelta de tuerca convirtió el desagrado en un atisbo de dolor.

—Hacían competiciones entre los verdugos para ver quién lograba mantener con vida a su reo durante un período más prolongado. Cortaban los cuerpos en pedacitos, los cuellos con serruchos... No les gustaba ir rápido. Igual que a mí. Hay que tomarse las cosas con calma. Dedicarles su tiempo.

El primer grito del coronel llegó a la tercera vuelta de tuerca. Las pinzas empezaban a ejercer una gran presión en los huesos del tobillo.

—¿Lo ves? Esos chinos eran unos genios de la crueldad. Se dieron cuenta de que el peor dolor que un ser humano puede experimentar no tenía que ver con amputar miembros, ni abrasar la carne con hierros al rojo vivo o estirar las articulaciones hasta el límite.

Los gritos del recio militar llenaban ahora la habitación. Aun así, el ruso siguió hablando.

—Ellos descubrieron que los pequeños huesos del tobillo, al apretarse uno contra otro, producen un dolor terrible y, a la vez, lo bastante controlado para evitar el desmayo. De nada sirve torturar a alguien que ha perdido el conocimiento. Tú no lo perderás. No lo perderás hasta que yo quiera. Pero esto puede acabar ya si me dices lo que quiero saber.

El furgón con Durán y sus hombres se detuvo a un lado del camino de tierra que llevaba hasta la casa de campo. Lo hizo a distancia prudencial y después de comprobar que no había más vehículos cerca. Abandonó la vía para internarse unos metros entre los árboles. Su color oscuro y su pintura mate lo hacían imposible de distinguir incluso a dos palmos.

Los cuatro hombres descendieron de la parte trasera sigilosamente. Iban vestidos con ropas oscuras y habían untado sus rostros y manos con betún. Las ballestas colgaban a sus espaldas y las armas de fuego bajo sus axilas. En fila india, recorrieron el tramo que los separaba de la casa, siempre de árbol en árbol, sobre todo al aproximarse. La valla exterior era de alambre y de unos dos metros de altura. Por uno de sus flancos, varios árboles la cubrían parcialmente. Era el mejor lugar para saltarla sin ser detectados. Lo hicieron uno por uno. Luego, ya dentro, se separaron.

Los centinelas eran dos. Caminaban en torno a la pequeña edificación con un rifle colgado del hombro. Hacían caminos inversos, de modo que dos veces en cada vuelta se cruzaban. Hubo un momento en que, en uno de esos encuentros, se detuvieron para fumar juntos un cigarrillo. Se sentían seguros. No imaginaban que ése era el peor error que podían cometer.

Con una fracción de segundo de diferencia, sendos dardos disparados con las ballestas de mira telescópica atravesaron sus gargantas. A uno, que estaba de espaldas, desde la nuca, y al otro destrozándole la nuez. Ambos cayeron al suelo fulminados, sin hacer el menor ruido salvo una especie de angustioso gorjeo entre el

chorro de sangre que emergía de sus cuellos.

Dentro nadie oyó nada. Todo se mantuvo como estaba. Sólo había luz en una de las habitaciones. Se veía a través de un fino hilo entre las gruesas cortinas, que estaban corridas.

Los cuatro hombres, agachados, se movieron hacia las esquinas, donde los ángulos de visión desde la casa eran más cerrados. Cada uno avanzó después hasta situarse al lado de una de las ventanas. Esperaron el momento prefijado. Con una sincronización perfecta, quebraron los cristales e introdujeron las bombas de humo. Luego corrieron para reunirse, dos a dos como ordenó Durán, frente a las puertas de la casa.

El ruido de los cristales y la nube de humo alertaron de inmediato a sus ocupantes. Se escucharon gritos y maldiciones. Todo sucedió muy rápido. Los asaltantes entraron disparando y abatieron a dos hombres. En su avance, aparecieron otros, que también cayeron abatidos. El fuego de los defensores no alcanzó a ninguno de los hombres de Durán. A éste una bala le rozó un hombro al entrar en una estancia en la que, entre la humareda, pudo distinguir a dos hombres de pie y a un tercero sentado en una silla. Comprendió la escena de inmediato, a la vez que oprimía el gatillo de su arma contra los dos primeros. Uno de ellos llegó a abrir fuego. Era el ruso que mandaba a los secuestradores. Él falló, pero no Durán, que le metió dos balas en medio del pecho, y a su ayudante le voló la cabeza un segundo antes.

El ruso cayó desplomado a los pies del coronel. Al aproximarse, Durán vio que el rostro de éste estaba desfigurado. Tenía la camisa abierta y graves heridas en el pecho. Lo habían atado a la silla con sogas recias que ahora estaban empapadas en sangre. Al mirar hacia abajo, vio también que sus tobillos estaban machacados.

—¡Qué le han hecho esos...! —profirió, ahogando el juramento que estaba a punto de soltar.

Los ojos del coronel lagrimeaban, y una tos de asfixia convulsionaba su cuerpo maltrecho. Durán se apresuró a abrir una ventana para que se disipara la nube de humo y se quitó la máscara antigás. Al volver hacia el americano, distinguió el maletín sobre una mesa, al fondo de la habitación.

—Todo despejado, señor. Ninguna baja propia —dijo uno de los hombres de Durán desde la puerta, también ya sin su máscara.

—Hemos de felicitarlos. Estamos bien y hemos cumplido la misión.

—Pero usted... —dijo el hombre al ver la herida en su hombro.

—No es nada. Sólo un rasguño. Llame a la base e informe de la situación. Que envíen los vehículos para abandonar la zona.

—¿Los vehículos?

—Yo no iré con ustedes. Mis órdenes son otras.

—Bien, señor. A la orden.

Durán se quedó de nuevo a solas con el coronel. Éste emitía una especie de débil lamento, casi inaudible. Lo primero era desatarle. Con su navaja, Durán cortó las ataduras. Luego cogió al americano en brazos y lo tendió cuidadosamente en un sofá que había en la estancia. Entonces fue por el maletín y lo dejó a su lado.

¿Qué contendría?, se preguntó. Lo ignoraba, pero debía tratarse de algo extremadamente importante. Más incluso de lo que podía imaginar. De otro modo, el gobierno de España no habría decidido asumir el riesgo de engañar a su poderoso aliado estadounidense.

Ni de traicionar a su mejor agente.

22 de julio de 1969

Antonio Durán cumplió las instrucciones especiales del almirante Carrero. Lo primero que hizo fue esperar a que llegara el vehículo que habría de transportarlo con el maletín a El Pardo. Acomodó en la parte trasera al malherido coronel y pidió al conductor que antes lo llevara a La Paz. Aquel hombre tenía que ser ingresado de inmediato en un hospital. Contuviera lo que contuviese el maletín, debía anteponerse ese acto de humanidad. Aunque el español dudaba de que la vida del coronel pudiera ya salvarse.

Tan pronto como llegaron al hospital, fue el mismo Durán quien avisó a los médicos de urgencias, que transportaron al herido en una camilla directamente a una unidad de vigilancia intensiva. En todo el trayecto, el americano no había dicho una sola palabra inteligible. Apenas estaba consciente. Durán había cumplido con su obligación moral dejándolo ingresado. Ahora debía terminar su misión.

En ningún momento se separó del maletín. Bajó con él del automóvil en el cuartel de la guardia de Franco y se dirigió a un pequeño aposento habilitado cerca de la enfermería. El médico de guardia, al que tuvo que despertar, lo examinó y le curró con rapidez la herida de su hombro. Era muy tarde. Pero Carrero Blanco ya había sido avisado de su llegada, y se dirigía hacia El Pardo para encontrarse primero con Durán y luego con el Caudillo. Eso le daba a aquél un poco de tiempo en el que disfrutar de un merecido descanso, antes de entregarle por fin el maletín al almirante. Se sentó cansinamente en una silla, a la espera. Aunque estaba exhausto, la tensión acumulada seguía inundando todo su cuerpo. Además, la herida, por leve que fuera, empezaba a dolerle. Por ello no esperaba dormirse, aunque lo hizo casi al instante, recostado en una mesa. Unos golpes en la puerta lo despertaron con brusquedad minutos después. El soldado que había llamado entró en la habitación sin más preámbulos.

—Comandante, tiene una llamada.

Durán se levantó con un sobresalto. Aún desorientado, y creyéndose en la cama, buscó su ropa y sus zapatos antes de darse cuenta de que los llevaba puestos.

—Señor, han dicho que es urgente.

La mención de la palabra «urgente» hizo que Durán se despejara por completo. Pensó que debía de tratarse de una comunicación del mando y bajó corriendo al piso inferior, junto con el soldado. Éste le indicó el despacho adonde le habían pasado la llamada y lo dejó solo mientras Durán se sentaba en una vieja silla de hule y tomaba el auricular.

—Durán al aparato.

La sorpresa se dibujó en su rostro cuando oyó la voz de la persona que estaba al

otro lado, en un susurro.

—Soy Lucía.

—¿Lucía...? ¡¿Estás bien?!

—Escúchame con atención. Llevo horas intentando hablar contigo. No hay tiempo que perder.

—¿A qué te refieres, Lucía? ¿Y cómo has sabido dónde estoy?

—Por mi tío, el almirante. Ha estado en casa esta tarde, hablando con mi padre. Te llamo por eso. Sin que ellos los supieran, y casi por casualidad, he escuchado en parte una conversación que han mantenido. Y han hablado de ti.

—¡¿De mí?! ¿No te estarás confundiendo?

—Ya sé que eres un agente secreto. Mi padre es empresario y comercia con Estados Unidos. Mi tío le estaba diciendo que se aproximaban malos tiempos para las relaciones con ese país, porque el vicepresidente del Gobierno —Lucía bajó aún más la voz al decir esto— quiere quedarse con algo que es de los americanos. Algo relacionado con un coronel secuestrado. Luego pronunció tu nombre. Estoy segura. Y añadió que te habían encargado encontrar eso que pertenece a los americanos, y que luego se desharían de ti para no dejar testigos de que España se lo había quedado. Yo quiero mucho a mi tío, pero sospecho que él tiene algo que ver con la operación. Y no podía dejar que te mataran. A ti también, no...

En la soledad del despacho, Durán sintió cómo le asestaban un duro golpe a su moral. Siempre había tratado de comportarse como un hombre decente, pero eso en un estado totalitario servía de poco.

—Gracias por contármelo, Lucía. Y ahora vete a dormir. Yo sabré arreglármelas.

Sin dejar a la muchacha replicar, colgó el teléfono. Se quedó unos segundos con la mirada dispersa y una mano acariciando la barbilla. Hasta que un pensamiento imperioso lo arrancó de su ensimismamiento. Carrero debía de estar a punto de llegar y, si Lucía estaba en lo cierto, eso significaba que tenía muy poco tiempo para librarse de una muerte segura. Tenía que ponerse en marcha y actuar. No iba a permitir que lo liquidaran en aquella ratonera.

Entonces reparó en la causa de todo aquello: el maletín. Si contenía algo tan importante para que el gobierno de España lo deseara con tanto afán, seguro que él podría utilizarlo también en su propio beneficio. Usarlo como moneda de cambio o seguro de vida.

Aparentando una calma que no sentía en absoluto, abandonó la estancia con el maletín en la mano y caminó en dirección a las cocheras, atravesando el patio del cuartel. Durante todo el trayecto esperó oír una voz que le diera el alto, pero nada ocurrió. De hecho, el lugar parecía extrañamente desierto. El corazón le dio un vuelco de alegría al llegar hasta su motocicleta, que seguía allí aparcada. Debajo del asiento tenía unos pulpos de goma elástica. Aseguró con ellos el maletín a la parte trasera y

luego se montó. Acababa de arrancar la moto cuando la calma del patio se transformó de pronto en un agitado revuelo. Durán sabía la razón. Su pensamiento pareció materializarse al ver el coche oficial de Carrero Blanco atravesar a toda prisa la verja de entrada al recinto del palacio. Era ya demasiado tarde para volverse atrás. Se apresuró a cubrirse el rostro lo mejor que pudo con las solapas y luego se dirigió a la puerta de salida, muy despacio, sin brusquedades. Un soldado de guardia emergió de la garita y se interpuso en su camino.

—No puede salir ahora, señor. He recibido órdenes de que nadie abandone el palacio.

Durán reunió toda su sangre fría para decir:

—¿Órdenes, dices? Yo tengo órdenes directas del almirante Carrero Blanco, y tengo que salir ahora mismo... ¿Quieres ir a preguntarle tú si tengo o no permiso?

El soldado lanzó una mirada fugaz y nerviosa a su espalda, hacia el almirante que, unas decenas de metros más atrás, descendía de su vehículo en ese momento. La mirada de Durán, cubierta por las sombras, no era menos aprensiva que la suya.

—Adelante, señor. ¡A la orden, señor!

El soldado le abrió la barrera y le despidió cuadrándose a su paso y con el saludo militar. En menos de cinco minutos, Durán había salido de El Pardo y estaba en la carretera que lo unía con la ciudad de Madrid por el barrio de Moncloa. Antes de llegar, tomó la desviación que conectaba con la carretera de La Coruña. Conocía un lugar perfecto para esconder el maletín, a varios kilómetros de allí. Ésa era la primera medida. Después, necesitaba que alguien de confianza, pero no directamente relacionado con él, conociera también su paradero. Aquella era la única forma que tenía de evitar lo acaso inevitable.

24 de julio de 1969

El mar estaba en relativa calma, pero la tensión de la espera iba en aumento sobre la cubierta del USS Hornet. A unas mil millas náuticas al suroeste de Hawai, en el océano Pacífico, el veterano portaaviones aguardaba la aparición en el cielo de la cápsula espacial. Eran poco más de las seis cuarenta y cinco de la tarde. Las comunicaciones entre el control de la misión en Houston y la cápsula se habían interrumpido durante la reentrada. Eso ya estaba previsto, pero aun así muchos esperaban lo peor.

Se equivocaban. A tres mil grados centígrados y una velocidad endiablada, la cápsula volvió a emitir señales, ya dentro de la atmósfera terrestre. A la altura de vuelo de un avión comercial, se desplegaron los dos primeros paracaídas. Tras cinco mil metros más de descenso, se abrieron los tres restantes, gigantescos como carpas de circo. A las 18 horas y 50 minutos, la cápsula impactaba en medio del océano, levantando una columna de agua y vapor.

El módulo de reentrada quedó temporalmente boca abajo, hasta que los astronautas accionaron los tres dispositivos de flotamiento de su zona inferior, que consiguieron ponerlo derecho en siete minutos. Para entonces, ya volaban por encima de sus cabezas dos helicópteros Sikorski Seaking, procedentes del Hornet. Desde uno de ellos saltaron al agua cuatro buceadores, que terminaron de estabilizar la cápsula e inflaron dos botes. Justo después, un cuarto hombre se lanzó al agua desde otro helicóptero. Llevaba un extraño traje de contención biológica, el mismo que hizo vestir a los tres astronautas del Apolo antes de permitirles salir de la cápsula y ayudarles a subir a uno de los botes. La NASA consideraba remota la posibilidad de que la nave o sus tripulantes trajeran consigo gérmenes peligrosos de la Luna, aunque era mejor no arriesgarse. El especialista en contención biológica se apresuró a cerrar la escotilla. Luego roció a los astronautas con un líquido anti-gérmenes, que también aplicó al exterior de su traje. Pero la tarea del especialista aún no había terminado.

Los tres héroes le observaron atentamente desde su posición en el bote hinchable. Se sentían aliviados y felices por estar de regreso en casa, sanos y salvos. Pero en las cabezas de Armstrong, Aldrin y Collins —al que los dos primeros no habían tenido otra opción que mostrar el enigmático cofre— había lugar también para un sentimiento contrapuesto de gran inquietud. El especialista usaba ahora otro producto antiséptico para limpiar con esmero ciertas partes de la cápsula. Él nunca podría imaginar lo que habían traído con ellos desde la Luna. Ese inexplicable cofre, que quizá representara una amenaza mayor para la humanidad que el más letal germen que pudiera encontrarse en el satélite. Sólo el tiempo lo diría. Por el momento, a los astronautas no les quedaba más remedio que seguir las órdenes. Y éstas indicaban

claramente que el cofre debía llegar cuanto antes a las manos del Gobierno.

Su mayor representante, el presidente Richard Nixon, se encontraba en el puente de mando del Hornet siguiendo todo el proceso con gran interés. A pesar de su perenne sonrisa de político y del recio estrechar de manos, mil veces repetido, también él estaba inmerso en preocupadas reflexiones acerca del cofre y lo que éste podría significar.

De las preocupaciones de uno y otros nada se dejó traslucir cuando Nixon se encontró por fin con los tres astronautas, agolpados frente al cristal de la pequeña cabina móvil de cuarentena biológica a la que fueron trasladados, una vez en el portaaviones. Las decenas de periodistas y los flashes de sus cámaras sólo recogieron sonrisas y una conversación jovial, salpicada de emocionados comentarios sobre la fraternidad mundial. Los diez minutos que duró el encuentro dieron la vuelta al mundo y fueron portada en noticiarios y periódicos de los cinco continentes. Nadie registró, sin embargo, una fugaz conversación que Armstrong y Aldrin habían mantenido con un alto oficial del ejército, antes de entrar en la cabina de contención. Éste había sido enviado al Hornet con una misión especial. Les transmitió órdenes estrictas y directas del propio presidente, cuya esencia era que aquel cofre no existía ni había existido jamás.

El oficial no estuvo presente en la conferencia de prensa. Las maniobras para recuperar del océano la cápsula espacial ya habían comenzado. Después de que Nixon emprendiera su regreso a Washington, el portaaviones se situó junto a la cápsula y la izó por medio de una grúa. Todo su contenido, incluido el cofre, se trasladó cuidadosamente hasta una cámara de cuarentena a través de un túnel plastificado. El oficial se encargó personalmente de sacar el cofre e introducirlo en un contenedor sellado. No le interesaban en absoluto los veintidós kilos de rocas y muestras del suelo lunar con los que otros harían lo propio antes de enviarlas, para su estudio, al Centro Espacial Johnson de la NASA.

Sin perder más tiempo, abandonó el portaaviones en un helicóptero con destino a la base aeronaval de Pearl Harbor. Nadie le preguntó qué contenía el voluminoso contenedor blindado que no perdía de vista ni por un segundo. Su alto rango y la expresión amenazadora de su rostro fueron más que capaces de disuadir a los curiosos. De Pearl Harbor tomó un avión militar, que ya lo estaba esperando y le conduciría a su destino final: una polvorienta base militar, aislada en medio del desierto de Nevada, ciento veinte kilómetros al noroeste de Las Vegas. Ninguna otra base era más secreta o segura que ésta. Siempre envuelta en un misterio insondable, era conocida simplemente por el nombre de Área 51.

Mientras el oficial a cargo del cofre sobrevolaba el océano Pacífico, en el Pentágono tenía lugar un encuentro de extremo secreto. El secretario de Defensa entró en una sala de reuniones, ocupada por un puñado de militares y civiles con

caras circunspectas. Sin entretenerse en saludos, ocupó la cabecera de la mesa y colocó sobre ella su maletín. Acababa de hablar con el presidente Nixon, al que había informado de que el cofre ya estaba camino del Área 51. Ahora era preciso tomar algunas decisiones de la máxima importancia.

—Señores —dijo con voz cansada; llevaba sin dormir cuarenta y ocho horas—, están todos al tanto de los últimos acontecimientos. Del cofre hallado en la Luna por nuestros astronautas y de la pérdida en España de las cintas con la grabación de las comunicaciones censuradas. Nuestros aliados europeos nos aseguran que han sido destruidas, de modo que no hay de qué preocuparse a ese respecto. Lo único que importa ahora es el cofre en sí. Aún no ha podido realizarse un examen exhaustivo de su contenido, pero el general Phillips me ha hecho saber, desde Houston, que el comandante Armstrong le transmitió que contenía un ejemplar del New York Times, una libreta y un sobre. Parece claro en este momento que el origen de todo ello y del propio cofre es terrestre.

Uno de los presentes, Richard Helms, director de la CIA, intervino para que el secretario le aclarara una cuestión que les rondaba a todos en la cabeza.

—¿Se ha confirmado que no se trata de ninguna estratagema soviética?

—Así es —reconoció el secretario—. El contenido del cofre y el hecho de que estuviera tan cerca del lugar real de alunizaje, que era imposible de prever, demuestran que los rusos no están involucrados.

Esas palabras no convencieron del todo al director de la CIA.

—Entonces ¿cómo es posible que llegara a la Luna? Ninguna otra nación, al margen de nosotros y la Unión Soviética, dispone de la tecnología necesaria para hacer algo así. Eso es un hecho.

Al secretario le costó responder. A pesar de las pruebas y de los férreos argumentos que le habían dado los expertos, hasta a él mismo le resultaba difícil aceptar su propia explicación sobre la naturaleza del cofre. Aunque era precisamente para exponer esas explicaciones por lo que había convocado aquella reunión.

—Repito que los rusos no están involucrados, Richard. Como sabe, su cohete lunar explotó el 3 de julio en el cosmódromo de Baikonur. En realidad, nadie de nuestro tiempo está involucrado.

—No estoy seguro de comprenderle, señor.

—Nuestros expertos han llegado a la conclusión de que el cofre proviene del futuro.

La expresión de total sorpresa e incredulidad que embargó a los asistentes a la reunión era indescriptible. Durante unos segundos, ninguno se atrevió a hablar. Hasta que Helms, el director de la CIA, volvió a intervenir, esta vez de un modo vacilante.

—Pero... pero eso es absurdo. Tiene que haber otra explicación. Es totalmente inverosímil que ese cofre provenga del futuro. ¡Estamos hablando del viaje en el

tiempo, por amor de Dios!

Helms miró a la cara a todos los presentes, uno por uno, con las palmas de las manos hacia arriba y la espalda muy recta. Creyó leer en sus rostros las mismas reticencias que él mismo sentía. Pero el secretario fue tajante.

—Inverosímil o no, esa parece ser la realidad. Y la única explicación plausible. En cualquier caso, nadie fuera de esta sala, además del presidente y algunos hombres de confianza, debe saber nada de todo esto... ¡Nunca!

Segunda parte

Hoy

Con toda la energía que daba haber hecho el amor esa misma noche, despertar en un día radiante y estar en el mejor momento de su carrera como escritor, Ned Horton abandonó en su coche de alquiler el aparcamiento del hotel Plaza, en pleno centro de Madrid. Conocía bien la ciudad porque durante varios años había sido corresponsal de Associated Press en España. Ahora estaba allí para presentar su último libro, una investigación profunda y exhaustiva de las grandes conspiraciones de la humanidad: el asesinato de Kennedy, los oscuros manejos de la CIA, los experimentos secretos del gobierno de Estados Unidos, la llegada del hombre a la Luna, los ataques del 11-S... Un libro que se había convertido ya en un éxito mundial, con ediciones en cuarenta países.

Su éxito no se debía a la exageración. A diferencia de la mayoría de sus competidores literarios, Ned seguía a rajatabla el código del periodismo ético, y jamás se dejaba llevar por el sensacionalismo. Eso le hizo vender menos libros al principio, pero cuando los lectores se dieron cuenta de que podían confiar en sus fuentes y en el modo en que trataba la información, la tendencia se invirtió. Ahora, sin haber cumplido aún los cuarenta, estaba considerado uno de los mejores exponentes mundiales en periodismo de investigación, lo que le había valido incluso una nominación al Pulitzer.

Había descubierto que la realidad casi siempre supera a la ficción. Este famoso tópico no era tal, sino una verdad que cualquier investigador serio constataba a menudo en su trabajo. No hacía falta recurrir a la imaginación, salvo como medio de unir los hilos disgregados de la historia, de los hechos, de acontecimientos que, como un puzzle, componen la realidad oculta que se pretende sacar a la luz.

Eran las once de la mañana. Antes de la presentación del libro propiamente dicha, tenía una conferencia en la Facultad de Periodismo de la Universidad Complutense de Madrid. Al enterarse de su visita a España, una asociación de estudiantes, aficionados a los enigmas, se puso en contacto con él a través de su antigua prometida, María Rojo, profesora en la facultad y jefa del archivo histórico. No imaginaban que fuera a aceptar la propuesta de ofrecerles una charla, pero a él siempre le había gustado atender las peticiones de la gente más joven y entusiasta, de modo que les dio un sí que los dejó boquiabiertos.

Ned atravesó la Gran Vía y la calle Princesa hasta la glorieta a cuya derecha se hallaba la avenida Complutense. Se equivocó de desvío y tuvo que rodear por completo el paraninfo para dar la vuelta. El aparcamiento de la facultad quedaba a un nivel inferior que la calle principal. Ned dejó el coche a la sombra. En los primeros días de junio el calor podía ser ya sofocante en Madrid. Cogió su portafolios del

asiento del copiloto y salió afuera. Antes de entrar en el edificio se detuvo un momento y contempló su estructura. Se decía que aquella facultad, construida en tiempos del general Franco, había sido un proyecto de cárcel canadiense. Ned lo comprobó por curiosidad y averiguó que era cierto. Tenía una carga alegórica interesante, ya que el periodismo libre siempre es enemigo de todo gobierno autoritario y dictatorial. Así que aquello había sido como encarcelar simbólicamente a los futuros periodistas.

Pensaba dar inicio con eso a su conferencia, para contraponerlo a la labor más importante que debe asumir un verdadero periodista: la de servir a la sociedad en la que vive y desempeñar su labor como un heraldo de la verdad. Equivocarse es humano, pero mentir convierte a un periodista en lo contrario de lo que debería ser. Algo así como un policía que acepta sobornos o un médico que se niega a atender a un enfermo.

—¿Ned? —dijo una voz a su espalda.

Era María Rojo. Su liso pelo negro resplandeció bajo el sol. Era una mujer realmente hermosa. Ned la miró de arriba abajo y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

—¿No has tenido bastante con lo de esta noche? —dijo María, quien a pesar de su ruptura, años atrás, seguía manteniendo una excelente relación con él, hasta el punto de acostarse juntos de vez en cuando.

—Contigo nunca tengo bastante —respondió Ned—. Quizá debimos casarnos...

—Eso es agua pasada.

—Ya...

María se mordió el labio inferior un momento, con la cabeza ladeada, y cambió de tema.

—Si me acompañas, te presentaré a los organizadores de tu conferencia. Son un grupito de jóvenes brillantes. Han creado una asociación muy activa dentro de la facultad. Están impresionados de que aceptaras la conferencia.

—Sí, bueno, es por ver a jovencitas guapas...

No podía evitarlo. A Ned le gustaban las mujeres por encima de todas las cosas. Quizá después, a mucha distancia, una motocicleta Triumph.

—Eres un mujeriego incorregible —dijo María—. Nunca cambiarás.

—Eso es lo que te gusta de mí, ¿verdad?

—¿El qué? ¿Que seas un mujeriego?

—Que soy un sinvergüenza.

La sonrisa de Ned ocupaba toda su cara. María se puso seria, pero sólo bromeaba. Era cierto que esa forma de ser de Ned la atraía. Y también fue, en parte, la causa de que lo suyo no llegara a buen fin. Si no habían perdido del todo el contacto, a pesar de que su relación personal se convirtió en una especie de batalla a distancia, fue porque, por encima de todo, primaba el sincero afecto mutuo que sentían el uno por el

otro.

—No voy a negarlo. Es verdad. Me gustan los sinvergüenzas. Como a todas las mujeres... que se acaban casando con hombres respetables.

—Y así acaban teniendo una vida tranquila, segura y mortalmente aburrida.

—Supongo que tienes razón.

María volvió a sonreír y a ladear la cabeza. Era tan guapa y tenía unos ojos tan expresivos que resultaba difícil no sucumbir bajo su hechizo. Sobre todo para un mujeriego incorregible como Ned.

El sonido del timbre del móvil de María evitó que Ned siguiera diciendo tonterías. Antes de descolgar, ella miró la pantalla. Era una llamada de la asociación de estudiantes.

—Estoy con Ned Horton. Acaba de llegar. Ahora mismo lo acompaño hasta allí y os lo presento.

—Bien —dijo Ned, una vez terminada la conversación de María—. ¿Tenemos tiempo para tomar un café?

—En el local de la asociación hay una máquina de expreso. Es mejor que el de la cafetería, créeme.

Entraron juntos en el edificio de la facultad, de aspecto agobiante y oscuro, y atravesaron los pasillos del piso inferior hasta las dependencias de la asociación. No eran gran cosa: un par de habitaciones y varios ordenadores algo anticuados sobre sencillas mesas de madera.

—Ned, te presento a Julián y a Alejandro.

Los dos muchachos, con pinta de empollones, se quedaron petrificados al ver a Ned Horton en persona delante de ellos.

—Se... señor... Horton —acertó a decir uno de los estudiantes.

El otro se limitó a balbucear una especie de «hola» en un tono tan bajo que no habría podido oírlo ni el cuello de su camisa, si hubiera llevado una en lugar de una desgastada camiseta de AC/DC.

—Encantado de conoceros, chicos.

—¿Quieres ese café? —dijo María—. Ahí está la máquina.

Ned eligió la carga más fuerte y se puso dos terrones de azúcar.

Cuando se relajaron un poco, Julián y Alejandro explicaron a Ned lo contentos que estaban por que hubiera aceptado la propuesta. Estaban seguros de que el salón de actos iba a llenarse de asistentes a la conferencia, que había despertado una gran expectación y valido a los organizadores toda clase de felicitaciones del decanato. No todos los días visitaba la facultad un periodista y escritor tan famoso como Ned Horton. Incluso se habían presentado medios de prensa escrita y televisión para cubrir el acto.

Llegó la hora. El mismo decano, en persona, esperaba a Ned en la antesala del

salón de actos. Afuera se encontraban muchos estudiantes que no habían conseguido una butaca. Las puertas se dejaron abiertas para que pudieran escuchar la conferencia desde los pasillos. María presentó a Ned al decano y al resto de los miembros de la asociación, y luego ellos tres salieron a la platea. Habían dispuesto una mesa con micrófonos. En el centro se sentó Ned, a su izquierda, el decano y a su derecha, María. Por detrás colgaba un gran póster con una reproducción de una fotografía muy entrañable para Ned. Seguramente había sido la propia María quien se la había proporcionado a los chicos de la asociación. Se le veía a él delante de uno de los accesos restringidos de la célebre Área 51. La gigantesca instalación militar de la fuerza aérea, en el estado de Nevada, que las leyendas populares habían convertido en el centro de un sinfín de secretos, desde disecciones de extraterrestres o tecnología alienígena, hasta experimentos biotecnológicos o de control mental con microchips, realizados incluso en seres humanos.

Ned sabía que la mayor parte de esas historias no eran más que leyendas. Pero algunas no. Al menos en su parte esencial. Él lo sabía porque una vez logró colarse allí dentro, jugándose el tipo, y pudo consultar algunos de sus archivos secretos. Eso era un delito, así es que no podía contarlo directamente, aunque lo que averiguó en el Área 51 había sido crucial para completar o proseguir un gran número de sus investigaciones. Muchos se preguntaban cómo podía saber tanto de cuestiones tan confidenciales. Quizá en otro país le hubieran hecho desaparecer, pero en Estados Unidos la prensa tiene tanto poder que es capaz de tambalear a un gobierno o incluso derribar a un presidente, como sucedió con Richard Nixon y el caso Watergate.

Quizá lo más impresionante que Ned descubrió en su visita al Área 51, con independencia de las actividades realizadas allí en el pasado, era un programa completamente serio de investigación sobre los viajes en el tiempo. Saltos temporales hacia el pasado, ya que el viaje hacia el futuro, en contra de la creencia habitual, es una realidad común predicha por la Teoría de la Relatividad de Einstein. Cuando más rápido se mueve un objeto, más se comprime su tiempo. La cuestión es sólo a qué velocidad es capaz de hacerlo. Todos los satélites en órbita alrededor de la Tierra ven corregidos sus relojes atómicos para ajustar los desfases debidos a que viajan en el tiempo hacia el futuro. A sus velocidades, el efecto es muy pequeño y, sin embargo, real.

Lo que se proponían en el Área 51 era mucho más ambicioso: el viaje en el tiempo al estilo de las novelas de H. G. Wells. Crear una máquina que permitiera saltar de una época a otra. Algo que daba vértigo sólo de pensarlo. Ned esperaba que no lo consiguieran. Le gustaba saber que su futuro era incierto, pero quería que su pasado se mantuviera inamoviblemente escrito. Una base sólida sobre la que proyectar la vida. Lo contrario sería como estar en una barquichuela sin remos en medio del océano.

Pero esa era otra historia... Ahora tenía delante una sala repleta de estudiantes que esperaban, con expectación, lo que tuviera que decirles una estrella del periodismo de investigación como él. Vio a muchos de ellos con su último libro en las manos. Al fondo había varias cámaras de televisión y los fotógrafos de prensa comenzaron a pulular con sus flashes.

El decano fue el primero en hablar para agradecerle su visita. Ned se entretuvo en examinar a los asistentes. Le gustaba observar las diferencias entre personas que realizan una misma acción, aunque ésta fuese simplemente acudir a una conferencia. En realidad, no prestó atención a las palabras del decano. Sólo volvió al presente cuando María tomó la palabra. Se dirigió a él como señor Horton, y siempre de usted y con gran cortesía. No quería apuntarse un tanto haciendo ver a los demás profesores que lo trataba con tanta familiaridad. Por fin, Ned comenzó su charla.

—Todo lo que soy se lo debo al periodismo. Los periodistas no somos únicamente testigos de nuestra época. Hacemos que se conozca la verdad. Y eso es cambiar el mundo. Convertirse en protagonistas de la historia. Algo que vosotros haréis dentro de poco.

Ésas fueron sus primeras palabras, que le hicieron ganarse de inmediato al público. Los aplausos duraron casi un minuto. A partir de ahí, todo fue sobre ruedas.

Pero sólo era la calma que precede a la tempestad.

—Y éste es el modo en que podemos extraer los datos objetivos de una investigación. A menudo nos veremos tentados de completar con la imaginación aquello que nos falta. En ocasiones nos parecerá tan evidente que trataremos de convencernos a nosotros mismos de que tuvo que ser así. Pero hay que huir de la seducción de lo probable y aceptar sólo la frialdad de lo comprobado.

Ned estaba a punto de terminar su conferencia. Los centenares de estudiantes que asistían a ella mostraban, en su silencio y en las expresiones de sus rostros, que estaban totalmente entregados, embelesados por sus palabras.

—Especulemos, juguemos con las ideas como con las piezas de un puzzle. Aportemos esas conjeturas. Podrían ser ciertas y abrir una nueva vía de investigación. Pero hagámoslo como debe hacerlo un buen periodista: sin falsedad, sin borrar las huellas que nos llevaron hasta allí. Nunca dejéis de contrastar vuestras fuentes. Os llevaréis la sorpresa de que la verdad supera a la invención. Además, descubrir una realidad oculta es incluso mejor que un orgasmo.

Las risas llenaron la sala, hasta que se fueron convirtiendo en una nube de aplausos y silbidos. El decano estaba serio. Era un hombre estirado. Ned miró hacia María. Ella sonreía con un gesto encantador, entre satisfecho y pícaro. Sus ojos se cruzaron un momento. En ellos había algo indefinible, una conexión que a veces nunca se logra con alguien y otras veces aparece desde el primer momento. Pero había también una distancia insalvable. Muy estrecha y, no obstante, imposible de superar.

María esperó a que la intensidad de los aplausos disminuyera y luego tomó la palabra.

—El señor Horton responderá ahora a vuestras preguntas. Por favor, sed breves, concisos y respetad el turno.

Al menos cien manos se levantaron como accionadas por un resorte. Ned las recorrió con la mirada, buscando alguna diferencia para elegir una de ellas. Y la encontró. En medio de la sala, rodeada de jóvenes, había una mujer aproximadamente de su edad, con aspecto delicado y elegante. Durante toda la conferencia se había mostrado seria y circunspecta. Era una nota disonante en ese mar de juventud complacida. Por eso Ned le dio a ella la palabra.

—Señor Horton, ante todo felicitarle por su brillante ponencia. También por su nuevo libro. Creo que usted cumple en él todo lo que predica. Mi pregunta se refiere al capítulo titulado «97 segundos». En sus páginas cuenta que la llegada del hombre a la Luna en 1969 fue una realidad. Algunas fotos se trucaron, e incluso muchas eran falsas. Pero lo principal, el alunizaje del Águila y el éxito de la misión Apolo XI, son

hechos auténticos. Luego entra usted en la cuestión polémica del corte de emisión en las comunicaciones. La NASA adujo que no fue más que para evitar a Aldrin la vergüenza de que el mundo contemplara cómo hacía sus necesidades dentro del traje espacial. Usted dice que allí sucedió algo más. El pulso de Armstrong se disparó durante esos 97 segundos hasta superar las ciento sesenta pulsaciones, más aún que en el momento mismo del alunizaje. Han quedado registros de ello. Pero... ¿qué cree usted que pudieron encontrar allí arriba? Acaba de terminar su charla animando a estos estudiantes a la especulación, siempre que no se mezcle con la realidad contrastada. Usted no especula en su libro. ¿Por qué? ¿No tiene una teoría propia, algún indicio, de lo que pudieron encontrar en la Luna los astronautas del Apolo XI?

Ned frunció el ceño y emitió un chasquido con la boca. Nunca habría sido un buen jugador de póquer. Siempre hacía ese gesto cuando algo le apasionaba, o cuando tenía que sopesar una respuesta.

—He de reconocer que no hago ninguna especulación en mi libro porque, verdaderamente, no tengo la menor idea de lo que ocurrió en la Luna durante los minutos de corte de comunicación. Concretamente me refiero a esos «97 segundos» porque, en un informe desclasificado, existía un fragmento en que se decía expresamente que nunca deberían salir a la luz. Había también una referencia indirecta a algo no determinado que se encontró en la Luna. Algo que, una vez los astronautas del Apolo XI fueron recogidos en el Pacífico, se condujo de inmediato hasta una base secreta de la fuerza aérea de Estados Unidos. Entrevisté a un sinfín de personas que trabajaron en la NASA en aquel período, escarbé cuanto pude y sólo averigüé un dato relevante más. Me lo reveló un técnico español de la base de Fresnedillas. Sus palabras, que recojo literalmente en mi libro, fueron éstas: «Yo, Orestes Valbuena Gómez, estuve allí y vi cómo instalaban un bucle de seguridad en las comunicaciones con la Luna». Tuvieron tiempo de cortar la emisión porque no era del todo en directo. Pero sí se grabaron las imágenes en un antepasado del vídeo. En todo caso, lo que ocurrió allá arriba queda, por ahora, en el terreno de la especulación. Como he dicho, me reservo las especulaciones para mí mismo, en lugar de trasladárselas a mis lectores.

—¡Restos de una civilización extraterrestre!

El grito socarrón de uno de los chicos de las últimas filas hizo reír a todos. Salvo a la mujer, que se mantenía igual de seria y grave que en toda la conferencia.

—Sí, eso afirman algunos —dijo Ned refiriéndose a la teoría de las supuestas ruinas de construcciones alienígenas halladas en la Luna—. Pero no tiene fundamento. Ignoro por completo qué es lo que encontraron, ya lo he dicho. Ojalá supiera algo más. Reconozco que es un asunto que me intriga, me apasiona y me ha absorbido durante muchos meses. No pienso abandonar, por supuesto. En el libro recojo el punto hasta el que he llegado. No sé si descubriré algo más, aunque lo

intentaré por todos los medios a mi alcance.

Sin volver a decir nada más, y ante la mirada atónita de Ned, la mujer se levantó de su asiento y abandonó la sala, caminando lentamente. En ese momento, Ned tuvo deseos de mencionar el Área 51 y sus oscuros proyectos secretos. Su orgullo de investigador se sintió herido por aquella reacción. Parecía que su franca respuesta no la había satisfecho, y por eso se marchaba sin mirar atrás.

Aunque sí miró atrás. Un instante muy breve, en el que, sin embargo, Ned pudo ver en sus ojos un brillo tan intenso como fugaz. Luego se volvió de nuevo y salió.

—Me gustaría poder decir más —continuó Ned hacia los estudiantes—, pero no puedo. A menudo se topa uno con obstáculos que lo frenan. Lo importante es no darse por vencido. La fe mueve montañas. Puede que esto sea algo exagerado, pero no carece de fundamento. La fe y la perseverancia vencen cualquier obstáculo. ¿Alguna cuestión más...?

Ned estuvo casi una hora respondiendo a las preguntas de los estudiantes. Querían saberlo todo: su manera de abordar una investigación, el modo en que planteaba uno de sus libros, anécdotas de todo tipo, situaciones comprometidas... En ese tiempo, no obstante, Ned tuvo permanentemente en la cabeza a aquella mujer enigmática que se había largado sin decir adiós. Era como una oveja descarriada. Todos los vítores y aplausos del resto de asistentes a su conferencia no bastaron para aliviar su frustración por el modo en que ella había reaccionado. A Ned le recordaba a aquel piloto polaco que salía del teatro justo cuando el actor que representaba el papel de Hamlet empezaba a recitar el monólogo de «Ser o no ser», en la película homónima de Lubitsch.

Al filo de las dos de la tarde, el decano dio por terminado el acto. Agradeció una vez más a Ned haber aceptado el ofrecimiento de la Facultad de Periodismo, le presentó a algunos otros cargos del centro y, tras una breve charla educada y aburrida, Ned volvió a unirse a María y a los muchachos de la asociación, que habían formado un corrillo.

—Magnífica conferencia. Ahora supongo que tienes que irte —dijo ella.

—Sí. Dentro de... Dentro de menos diez minutos tengo una comida con periodistas en un restaurante del centro. Bueno, que esperen. ¿Tú y yo nos vemos esta noche? ¿Vas a ir a la presentación del libro?

—Estás empezando a olvidarte de las cosas...

—¿Por qué lo dices?

—Me marchó a Barcelona en el AVE esta misma tarde. De hecho, tenía que haberme ido ayer, pero me quedé para verte y por tu conferencia. Ya no puedo demorarlo más. Mañana a primera hora tengo que unirme al jurado...

—... del premio ese de reportajes —terminó Ned las palabras de María.

—El premio ese, efectivamente. En fin, tengo que recoger material del archivo.

—¿Nos veremos cuando vuelvas?

—¿No te marchas a Estados Unidos dentro de un par de días?

—Sí, claro, también lo había olvidado.

El gesto de María era entre melancólico y aliviado.

—Mejor así. Vernos demasiado podría ser peligroso... para mí.

Ned se acercó a ella y la besó en los labios. Fue un beso de auténtico cariño. Más de una vez había evocado lo que pudo haber sido una vida con ella. Aunque estaba claro que no habría funcionado. Por ninguna de las dos partes. Ella era una mujer reflexiva y él un adicto al trabajo de campo. Mejor una verdadera amiga para siempre que un breve período de felicidad sin futuro.

—Te llamaré —dijo Ned—. La distancia reduce el peligro.

Ambos rieron. María bajó un poco la mirada y luego la levantó.

—Tienes razón. Espero que tu presentación sea un éxito.

Se despidieron con un abrazo. Luego, con el corazón alegre y contagiado por el espíritu juvenil de la facultad, Ned salió del edificio en dirección al aparcamiento. Caminaba ligero, silbando, cuando una voz a su espalda le hizo detenerse. María le había hecho olvidar a la mujer que abandonó la conferencia. Pero ahí estaba ella de nuevo.

—Señor Horton —dijo ella con su voz pausada.

—Siento no haber podido satisfacer su curiosidad —respondió Ned.

La mujer no contestó. Se limitó a mirarle fijamente a los ojos. Una mirada parecida a la que cruzó con él cuando abandonaba la sala.

—Quizá sea yo quien satisfaga su curiosidad.

—¿A qué se refiere?

El olfato de periodista de Ned se activó. Las alusiones de esa mujer al enigma de la Luna, durante la conferencia, le decían que podía estar ante el germen de una nueva investigación.

—Me llamo Olga Durán. Mi padre era agente de la inteligencia española en la época del Apolo XI. Ignoro lo que sucedió en la Luna, o si realmente los astronautas encontraron algo allí arriba. Lo que sí sé es que mi padre tuvo que rescatar a un militar americano al que secuestraron agentes del KGB en España, y que había estado destacado en la base de Fresnedillas. El militar murió, al parecer, pero mi padre recuperó un maletín que él llevaba consigo, y que no entregó a las autoridades. Nunca quiso decirme por qué, ni dónde lo escondió o por qué era tan importante. Tampoco lo que había dentro, si es que lo sabía. Pero sospecho que debe de tener que ver con el misterio de la Luna. Quizá con esos 97 segundos perdidos de los que usted habla en su libro.

Las palabras de Olga Durán evocaron un vivo recuerdo en la mente de Ned. Orestes Valbuena Gómez, el técnico de Fresnedillas que vio cómo se instalaba el

bucle de seguridad en las comunicaciones con la Luna, le había contado que las imágenes censuradas sí fueron registradas por medio de un Ampex, y que había un militar norteamericano supervisándolo todo. Si lo que decía ahora aquella mujer era cierto, ese militar bien pudiera ser el mismo a quien secuestraron los agentes del KGB. Y el maletín...

—¿Sabe usted el nombre del militar americano? —preguntó, interrumpiendo sus propios pensamientos.

—Por desgracia, no. Mi padre sólo me contó lo que le he dicho. Y he tenido que reconstruirlo a base de fragmentos.

—Sería importante averi...

—Antes de seguir, señor Horton —le cortó ella—, quiero dejar claro que mi única intención es que se descubra la verdad. Y que el honor de mi padre quede restaurado. A raíz de aquellos acontecimientos fue expulsado del ejército y, desde entonces, pasó su vida amedrentado. Soportando una carga que parecía superarle.

—¿Cuándo murió? —dijo Ned.

—Aún vive. Padece Alzheimer desde hace algunos años. Apenas queda de él el envoltorio de lo que fue.

—Lo siento mucho...

Olga se mantuvo en silencio, evocando su niñez y a un padre amante que siempre veló por ella. Esperaba estar haciendo lo correcto al revelar a Ned el secreto más oscuro de su padre.

—¿Tengo su palabra de que me tendrá al tanto de lo que descubra?

—Por supuesto. La tiene.

—Aquí está mi número de teléfono.

Olga Durán sacó un papel de un bolsillo y se lo tendió a Ned. Luego asintió con la cabeza, como queriendo reafirmarse en lo que estaba haciendo, y se dio la vuelta sin decir nada más. Ned la contempló mientras ella se marchaba caminando hacia la salida del aparcamiento y subía luego las escaleras que comunicaban con el nivel de la calle principal, la avenida Complutense. Poco después, había desaparecido como una sombra bajo el luminoso sol que lucía en lo alto.

Aquello ponía a Ned ante una pista sorprendente, que cambiaba por completo sus planes. Cogió el teléfono móvil e hizo algo que odiaba hacer. Llamó a la responsable de prensa de su editorial en España y le pidió que lo excusara ante los periodistas que habían acudido a la comida. No por llegar tarde, sino porque no tenía intención de ir.

Horas después, durante la presentación de su libro, Ned Horton se había mostrado ausente. Su cabeza estaba demasiado cargada de ideas que se agolpaban, revueltas y entremezcladas como en una olla a presión a punto de estallar. Desde que llegó al hotel, tras la conferencia en la Facultad de Periodismo y su encuentro con Olga Durán, había estado buscando el modo de averiguar el nombre del militar norteamericano que transportaba el enigmático maletín. Llamó por teléfono a una amiga que trabajaba en la NSA, la Agencia de Seguridad Nacional del gobierno de Estados Unidos. Le debía un favor y esperaba que ella pudiera ayudarle.

Repasó mentalmente lo que sabía: el bucle de seguridad establecido en la estación de Fresnedillas era bien conocido por los historiadores y los investigadores. Y el hecho es que se hizo necesario. Había un militar americano que supervisó la instalación del mismo. Eso lo presenció Orestes Valbuena en la noche del mismo 20 de julio. El militar entró en acción cuando, algo más tarde de las tres de la madrugada del 21, se produjo el famoso corte en la comunicación desde la Luna, sin causa aparente, que hizo a los periodistas desalojar la sala de seguimiento. No se trató de un corte fortuito. Hubo que interrumpir la comunicación por algo concreto, y la orden llegó desde el control de la misión. Lo que fuera que propició el corte quedó grabado en los rollos de cinta magnética del Ampex. Era fácil deducir que, una vez restablecida la emisión, el militar recogió los rollos de cinta y los depositó en un maletín, para conducirlos personalmente a algún lugar seguro al que nunca llegó, ya que fue asaltado por agentes del KGB infiltrados en España. Luego entró en escena Antonio Durán, el padre de Olga, que recuperó el maletín aunque no pudo salvar al militar americano. Finalmente acabó escondiendo el maletín en vez de entregarlo a las autoridades españolas. Pero ¿por qué haría algo así...?

—Dos sándwiches de foie-gras, dos de salami y una Coca-Cola, por favor. Y también unas croquetas de jamón.

Ned no había comido nada desde el desayuno. Se excusó también con la gente de la editorial, que le había preparado una cena de homenaje, y se fue solo al Rodilla de la plaza del Callao. Ahora tenía un hambre atroz.

Sonó su teléfono. Era Sandra, su amiga de la NSA. Oprimió el botón del móvil para responder la llamada con tanta vehemencia que a punto estuvo de caérsele al suelo.

—Hola, Sandra. ¿Has podido averiguar algo?

—Creo que sí. Me dijiste que la instalación del bucle de seguridad en la estación de Fresnedillas estuvo supervisada por un militar americano. He estado indagando. Busqué información sobre los militares destacados en España en esas fechas. Y he

localizado los datos de un coronel de la fuerza aérea que murió el 30 de julio de 1969. Está enterrado en el cementerio nacional de Arlington. Su nombre es Dominic W. Johnson. También he averiguado que estuvo ingresado en un hospital español, la Ciudad Sanitaria de La Paz, a finales de julio de 1969. Su misión era entregar cierto material sensible en la base aérea de Torrejón de Ardoz. Lo demás está clasificado.

—¡Tiene que ser él! Gracias, Sandra. Eres fantástica.

—Eso me decías cuando solíamos acostarnos... ¿En qué estás metido ahora? ¿Por qué querías saber todo esto?

Era obvio que Ned no podía revelar a su amiga nada en concreto sobre su investigación.

—No tengo mucho que contar. Pero no dudes que compartiré contigo lo que descubra, cuando esté seguro de ello. Ahora, lógicamente, trataré de descubrir que pasó exactamente con el coronel. Cómo llegó a ser ingresado en el hospital y si el material sensible que has mencionado llegó efectivamente a la base de Torrejón.

—¿Qué crees que podía ser ese material?

—Aún no tengo la menor idea.

Ned seguía mintiendo. Sabía por experiencia que siempre era mejor ser discreto. Y más con alguien que trabajaba en la todopoderosa NSA.

—Bien, Ned. Celebro haber podido serte útil. Llámame un día cuando vuelvas a casa. Podemos divertirnos juntos.

—De acuerdo, Sandra, lo haré. Gracias por todo.

Ned colgó el teléfono y se mantuvo unos instantes con la mirada perdida. Al otro lado del ventanal del restaurante, el gentío cruzaba la plaza del Callao bajo la espléndida noche.

—Muy bien —dijo Ned en voz alta; era algo que le ayudaba a pensar—. La información sobre ese tal coronel Johnson concuerda con lo que sé. Intentó llevar las cintas a la base de Torrejón, donde es de suponer que un avión estuviera preparado para transportarlas de España a Estados Unidos. Ignoro por completo lo que estará registrado en ellas, pero está claro que tenía que ser muy importante.

Contuvieran lo que contuviesen, las grabaciones del primitivo Ampex debían de ser de alta calidad. Se trataba de un sistema de bobina abierta, como los magnetófonos o los proyectores de cine, capaz de grabar en color. Muy pocos sabían que las imágenes emitidas originalmente desde la Luna eran en color. Un complicado sistema de redifusión las convirtió en blanco y negro y les restó casi toda su calidad inicial. En 1969, la práctica totalidad del mundo disponía, como mucho, de televisor en blanco y negro, de modo que ese cambio no resultó demasiado importante. Salvo porque los teóricos de la conspiración creyeron ver en ello una táctica premeditada e intencionada, con el objeto de ocultar el fraude. Según ellos, la deficiencia de las imágenes hacía más fácil que pasaran por verdaderas.

Como todos los investigadores serios y rigurosos, Ned sabía que no hubo ningún fraude en la llegada del hombre a la Luna. Fue un acontecimiento público. Miles de antenas del mundo entero apuntaron de inmediato al lugar del alunizaje, una vez se conoció su posición exacta. Si hubiera existido el menor atisbo de fraude, los propios rusos, principales interesados en que la misión fracasara, habrían puesto el grito en el cielo. Por el contrario, jamás negaron el éxito de los americanos. Cuestión distinta era la referente a las fotografías tomadas en la superficie lunar. Muchas estaban retocadas o claramente trucadas. No obstante, la principal teoría a ese respecto decepcionaba a los conspiranoicos: sencillamente se hizo eso para no carecer de imágenes en el caso de que las cámaras sufrieran algún daño o no fueran capaces de resistir las duras condiciones del satélite. Que el genial director Stanley Kubrick, creador de la versión cinematográfica de 2001, una odisea del espacio, tuviera o no algo que ver en todo aquello pertenecía al mundo de la mera especulación, a pesar de las sospechas.

Ned sacó de su cartera la nota de Olga Durán con su número de teléfono. No sabía si era muy tarde para llamarla pero decidió hacerlo de todos modos. Al ver que nadie respondía estuvo a punto de colgar, hasta que la mujer finalmente respondió.

—Siento llamarla a estas horas —fue lo primero que le dijo Ned.

—No se preocupe. Suelo acostarme tarde. Una costumbre heredada de mi padre. ¿Ha descubierto ya algo?

—El nombre del militar americano. Era un coronel. Dominic Johnson. Fuerza aérea, inteligencia militar, ya sabe...

—Veo que su fama no es inmerecida. Y que no me he equivocado con usted.

—Tengo mis contactos... Mañana iré al hospital de La Paz, donde al parecer estuvo ingresado el coronel Johnson antes de morir. Intentaré averiguar algo más. La mantendré informada.

—Bien. Gracias, señor Horton.

—Llámeme Ned.

—Entonces, gracias, Ned.

—Hasta mañana, Olga.

Ella no le había pedido que la llamara por su nombre de pila, pero Ned decidió unilateralmente rebajar los formalismos. Aquella mujer le atraía de un modo magnético. Era muy hermosa, desde luego, pero había algo más. Algo en sus ojos, en su mirada, en lo que se veía en ella cuando miraba hacia cosas que no estaban allí.

Ned terminó sus sándwiches y su refresco y se encaminó hacia la Gran Vía. Tenía su coche de alquiler en un aparcamiento cercano. La noche era cálida y despejada. El ruido del tráfico y el murmullo de las gentes que caminaban por las calles le hacían sentir vivo. Estaba ilusionado. Ése era un sentimiento al que nunca podría renunciar. Ilusionado como un niño o un adolescente, sin comprender aún los peligros con los que estaba a punto de enfrentarse.

El teléfono de la mesilla sonó a las diez en punto de la mañana. El sol penetraba los resquicios entre las cortinas de la lujosa habitación del hotel Plaza. Los rayos eran estrechos, pero potentes, y entraban anunciando otro nuevo día espléndido en el Madrid del final de la primavera.

—¿Sí? —contestó Ned tras unos segundos de transición entre el sueño y la vigilia. Tenía las sábanas enrolladas en torno al cuerpo y la boca pastosa.

—Soy María.

—Hola, María. Buenos días.

—Son las diez de la mañana. ¿Todavía estabas durmiendo?

—Pues sí. He de reconocerlo... Me acosté un poco tarde. Y tomé un par de copas... de más.

—Te llamo para saber qué tal fue la presentación.

Ned tosió y carraspeó antes de soltar una carcajada.

—¡Apenas me enteré de nada!

—¿Y eso...?

—¿Te acuerdas de la mujer que me hizo ayer una pregunta en la conferencia de la facultad, y que luego se marchó sin esperar a que terminara?

—Claro. ¿Por qué? No me digas que te has liado con ella...

María dijo esto con fingido humor. Como mujer, odiaba que un hombre le hablara de otras mujeres. Y más si eran guapas y atractivas.

—Nada de liarme con ella. Aunque no lo descarto... —imitó Ned el tono de burla de María—. Me estaba esperando fuera. Resulta que sabía cosas muy interesantes sobre el corte de comunicaciones con la Luna. Me ha puesto sobre la pista de algo que parece grande de verdad. Por eso no presté demasiada atención anoche cuando presenté mi libro. Tenía la mente ocupada en cuestiones mucho más apasionantes.

—Ya veo. Te noto ilusionado.

—Lo estoy. Ésta es mi fe y la fe mueve montañas. En fin, voy a darme una ducha y a beberme un litro de zumo de naranja.

—Ya me contarás tus avances. A mí hoy me espera tragarme varios documentales. La mayoría, un auténtico tostón. Cuídate.

—Lo mismo digo. Y que te sea leve.

Después de colgar el teléfono, Ned estuvo un momento pensando en las palabras de María, al respecto de si se había liado con Olga Durán. Habría sido estupendo tenerla esa noche en su cama. Haberle hecho el amor y haber despertado, por la mañana, con ella al lado. Lo que más le gustaba de las mujeres no era el sexo en sí —aunque eso era una parte muy agradable—, sino precisamente el hecho de que fueran

mujeres. Descubrir las, conocerlas, su feminidad, sus gestos, sus caricias, sus miradas, su risa o hasta el modo particular en que se sentaban. También que tuvieran que levantarse por encima de un mundo en el que aún lo tenían más difícil que los hombres.

Pasaban cinco minutos de las diez y media cuando Ned salió del ascensor a la recepción del Plaza. Su aspecto había mejorado tras la ducha de agua muy caliente. Fue a desayunar a la cafetería del hotel y luego bajó al aparcamiento subterráneo, donde le esperaba su coche de alquiler. Con aire jovial, Ned oprimió el botón de apertura del mando a distancia y el coche pareció responderle con el mismo buen humor, en la forma de un pitido y el destello de sus cuatro intermitentes. Se sentó al volante, salió lentamente del aparcamiento y enfiló el paseo de Recoletos, hacia Castellana.

En sus buenos tiempos, la Ciudad Sanitaria de La Paz había sido uno de los complejos sanitarios más importantes de Europa. Al menos la España de Franco había dado algo bueno a los ciudadanos: una sanidad universal de gran calidad para la época. El mismo dictador fue operado allí, y allí murió, un 19 de noviembre de 1975, aunque sólo se hiciera público al día siguiente.

Ned quería consultar el informe médico del coronel Dominic Johnson. Por la noche, antes de embotarse con alcohol, estuvo buscando información en Google. Encontró diversos enlaces sobre historiales médicos de los hospitales españoles, pero ninguna base de datos que los recogiera. Era de esperar, en realidad, puesto que se trataba de información confidencial entre médicos y pacientes.

En medio del siempre intenso tráfico madrileño, Ned atravesó la plaza de Castilla, con sus dos moles de cristal inclinadas, para continuar por el tramo final del paseo de la Castellana. Ante él quedaban los cuatro imponentes rascacielos construidos en lo que fuera ciudad deportiva del Real Madrid. La Paz estaba justo al lado y, gracias al cielo, contaba con un gran aparcamiento subterráneo, por lo que no tendría que dar mil vueltas para encontrar un sitio libre en la calle. Dejó allí el automóvil y subió hasta el nivel del edificio principal, una construcción con forma de polígono, coronada por un helipuerto fuera de servicio.

—Se ve que esto es viejo... —masculló Ned.

Aunque recordó de nuevo que España disfrutaba de sanidad pública universal, lo que ya era un enorme logro. Estados Unidos, con todo su potencial económico e industrial, aún no había sido capaz de implantarla, salvo en algunos estados. La sanidad privada americana era la mejor del mundo, de eso había pocas dudas, aunque sólo estaba al alcance de quienes podían costearla.

En la planta de acceso, Ned se colocó en la fila de personas que esperaban frente al mostrador de información. Cuando éste quedó libre, se acercó a la señorita que lo atendía y le preguntó por los expedientes médicos.

—Pero, señor —dijo ella—, los expedientes de los enfermos no son de acceso público.

—Éste es un caso especial. Se trata de un militar norteamericano que estuvo ingresado en 1969. No creo que nadie vaya a quejarse si echo un vistazo a su historial.

Ned le guiñó un ojo con complicidad. La funcionaria torció la expresión. Pero no porque reprobara el gesto de Ned o su discutible argumento, sino porque trataba de recordar de qué conocía esa cara.

—¿Es usted Ned Horton?! —dijo, acordándose por fin.

—El mismo. Para servirla.

A la mujer se le iluminó el rostro.

—Oh, lo vi ayer en las noticias. Qué ilusión...

Ned se alegró de que la funcionaria lo reconociera. No se trataba de vanidad personal. Sabía por experiencia que eso era bueno para abrir una puerta cerrada. Donde en Estados Unidos se conseguía casi siempre un sí, en España uno se topaba casi siempre con un no. Era el carácter español, excelente para unas cosas y terriblemente desafortunado para otras.

—De todos modos, señor Horton, me temo que sigo sin poder ayudarle. Como le he dicho, las historias clínicas de los pacientes son privadas; no importa lo antiguas que sean.

—Vamos, vamos. Seguro que a usted le encantaría ayudarme en mi investigación. ¿No le gustaría ver su nombre en el apartado de agradecimientos de mi próximo libro?

Si antes había aparecido un destello de luz en la cara cuarentona de la recepcionista, ahora fue un foco antiaéreo el que pareció iluminarla directamente.

—¿Mi nombre...? ¿En su libro...?

Ned asintió, y sacó su libreta de notas y un bolígrafo.

—Concepción Vargas Cámara. Vargas con uve. Pero... Déjeme que haga una llamada. Será un momentito.

Ned arqueó las cejas y apretó los labios. Aquellas eran las ventajas de la fama.

—Tengo una amiga en el registro. Le permitirá ver el informe médico que busca. Pero tendrá que ser rápido. Esto es muy irregular. ¿La mencionará a ella también en su libro?

—Prometido, Concepción.

—Concha, por favor. Todos me llaman Concha.

—Está bien, Concha. Ambas verán sus nombres en los agradecimientos de mi futuro libro.

—Ay, qué bien. Cuando se lo cuente a mi marido... Él es un fan suyo. Ha leído todos sus libros... Perdón. Es que estoy emocionada. El registro está en la segunda

planta. Pregunte allí por Mónica. Es la persona con la que acabo de hablar.

La funcionaria miró a Ned con cara beatífica mientras éste desaparecía por las escaleras. El mármol oscuro de los peldaños estaba desgastado por los cientos de miles de pasos que habían llevado arriba y abajo a pacientes, familiares y personal sanitario desde que el hospital fue construido.

—Aquí es —dijo Ned para sí, y echó mano del tirador de la puerta—. Vamos allá.

En cuanto atravesó el umbral, una mujer un poco más joven que la que le había atendido abajo apareció justo delante. Ned estuvo a punto de darse de bruces con ella.

—¿Mónica?

—¿El señor Horton?

—Ajá.

—Acompañeme, si es tan amable. Concha me ha dicho que necesita usted consultar una historia clínica antigua. Sólo podrá estar un ratito. Si me pillan, tendré problemas. ¿Cuál es el nombre del paciente? ¿Sabe su fecha de hospitalización?

—Dominic Johnson. 1969. ¿Le basta con el año, o necesita que precise más?

—¿Sabe el mes?

—Julio. A finales.

La encargada del registro se atusó el cabello y miró a Ned con tiernos ojos de cordero degollado. Aquello debía de ser contagioso.

—Creo que no será difícil localizarlo. Es por aquí.

Atravesaron un estrecho pasillo con estanterías metálicas hasta el techo, rebosantes de cajas y carpetas.

—Los expedientes antiguos no están informatizados —explicó la mujer—. A ver... Sí, 1969... Es esta parte. Julio, julio... Estos son los historiales de ese mes. ¿Me ha dicho Johnson? Con jota, ¿verdad?

Se notaba que la encargada tenía oficio. Bajó una caja de la estantería, que tenía marcada en su cara exterior la letra jota. Luego avanzó por las carpetas como si éstas fueran naipes y ella una experta crupier, y finalmente sacó un expediente de la caja.

—Aquí lo tenemos: Dominic Johnson. Ingresado el 22 de julio de 1969. No podrá sacar fotos ni le puedo permitir que haga fotocopias. Lo siento.

—No será necesario —dijo Ned—. Me bastará con mis notas.

—Por favor, no tarde mucho.

La encargada regresó a su puesto, dejándole por fin solo. Ned empezó a leer el historial. Decía que Johnson había ingresado con graves lesiones, hematomas, una fractura... Estuvo en la unidad de cuidados intensivos hasta que murió, el día 30 de julio, la fecha inscrita en su tumba de Arlington. La información que le había procurado su amiga de la NSA era exacta. También debía de serlo que las cintas del Ampex nunca llegaron a su destino. Resultaba obvio que el objetivo de los agentes soviéticos cuando atacaron al coronel tenía que ser arrebatárselas.

Aquello era excitante. Ned se agachó con el informe entre sus manos, concentrado por entero en su lectura. Le sorprendió que hubiera sido el propio Antonio Durán, padre de Olga, quien ingresara allí al militar americano. A éste le habían interceptado antes de llegar a su destino, la base aérea de Torrejón. Luego fue rescatado por Durán, que llevó al americano a La Paz y, en algún momento, escondió el maletín con las cintas. Esto último era algo que Ned no comprendía bien. ¿Se había tratado de una orden encubierta del gobierno español, o bien lo hizo por otro motivo?

Cualquiera que fuese la respuesta, se planteaban dudas importantes. La España de Franco era aliada de Estados Unidos. Aliada, aunque no amiga. En aquellos tiempos, España estuvo a punto de fabricar la bomba atómica. Franco disponía de un reactor de fisión nuclear que producía Plutonio 239 a partir de Uranio enriquecido. Estaba ubicado muy cerca de la Ciudad Universitaria de Madrid, en las instalaciones de la antigua Junta de Energía Nuclear, hoy denominada CIEMAT. Los yacimientos de uranio natural eran muy ricos en España. Aún hoy es uno de los mayores productores de Europa. Franco vio la oportunidad de presionar a Estados Unidos con la amenaza de la bomba atómica, aunque nunca tuvo intención de fabricarla realmente. Lo que quería era obtener una ventaja política. Quería que Estados Unidos lo apoyara frente a Marruecos y le concediera acuerdos favorables en otras áreas.

Sin embargo, muchos investigadores históricos opinaban que Franco apretó demasiado las tuercas a la potencia americana. No se trataba de un hecho confirmado, pero algunos de esos historiadores sostenían que el asesinato, en la Navidad de 1973, del presidente del gobierno, el almirante Carrero Blanco, tuvo que ver con todo aquello. La famosa Operación Ogro, llevada a cabo por ETA, fue un atentado demasiado perfecto. Era difícil aceptar que ETA tuviera la infraestructura y la capacidad de montar semejante operación en medio de Madrid y contra un personaje tan relevante. Resultaba un tanto inverosímil.

Teniendo en cuenta ese tira y afloja, no resultaba inverosímil que el gobierno español hubiera llevado a cabo un doble juego con los americanos. Si por un lado colaboró con ellos para rescatar al coronel, por otro pudo decidir quedarse el maletín, una vez recuperado. Pero la hija de Durán le había dicho que su padre no entregó las cintas a las autoridades, sino que las escondió él mismo en algún lugar. Además, Olga le contó también que su padre fue apartado del ejército después de rescatar al coronel Johnson y el maletín, y que vivió desde entonces amedrentado. Quizá era más plausible la opción de que Durán hiciera desaparecer el maletín por iniciativa propia, en vez de por orden de sus superiores. De ser eso cierto, estaba claro que debió verse forzado a ello por un motivo de peso...

—¡Señor Horton!

La voz de la encargada del archivo llegó en un susurro y acompañada por el ruido de sus pasos acelerados.

—¿Sí? —dijo Ned, que la miró extrañado por su gesto de alarma.

—¡Chist! No diga nada. Guarde el informe y escóndase ahí detrás. ¡Mi jefe...!

Ned obedeció. Se quedó agachado detrás de un mueble de madera cuya función resultaba difícil de imaginar. La mujer regresó por donde había venido, resbalando en su atropellado trayecto y colocándose, una vez más, los mechones de su pelo. Después de un par de minutos sin novedades, Ned estaba a punto de salir de su escondrijo. Hasta que le llegó una voz ronca y desagradable a través de las estanterías y las cajas. Y el dueño de esa voz estaba cada vez más cerca.

—Sí, sí, mi conejita. Vamos un rato ahí detrás.

—Luis, no, por favor...

Era la amable encargada, Mónica. Y no había ninguna duda acerca de las intenciones del hombre que la acompañaba.

—Luis, tu mujer...

—Mi mujer es tan tonta como gorda. La vieja vaca no se imagina nada de esto. En el fondo es mejor para ella. Así consigo aguantar su mal humor con una sonrisa.

—Pero es que...

—Nada de peros. Ven conmigo.

Ned podía ver perfectamente a los dos tortolitos. De hecho, parecía que se dirigieran justo hacia donde él estaba. Cuando tomó su avión en el aeropuerto JFK de Nueva York, de camino para presentar su último libro en España, ¿quién iba a decirle que acabaría escondido detrás de un archivo médico y obligado a contemplar el principio de una escena tórrida de sexo? Eso era lo mejor de no tener una profesión predecible. A pesar de los riesgos, los peligros, los sinsabores y los sacrificios.

El adúltero Luis se encontraba de espaldas, tirando de la encargada, que se resistía como un animal que va al matadero. Mientras, Ned se preguntaba cómo iba a salir de aquella embarazosa situación. Y entonces se le ocurrió un modo de hacerlo.

—¡Soy detective privado! —espetó al hombre, que se volvió como una peonza—. Me ha contratado su esposa para comprobar si la engaña. Me verá obligado a informarla de esto. Y le diré que la ha llamado «vieja vaca». Además de infiel, es usted un mal hombre.

—Yo... Yo, no...

El rostro de aquel tipo casi dio pena a Ned. Era como el de El grito de Munch, pero mucho más patético.

—Adiós, caballero. No tengo nada más que hablar con usted.

Ned salió a paso ligero del archivo y se lanzó hacia las escaleras. Antes, pudo ver por un momento fugaz el rostro de la funcionaria. Estaba tan atónita como la víctima de su engaño.

De nuevo en el aparcamiento, y resoplando por la carrera, Ned se dijo que las cosas no habían salido nada mal, a pesar de la ridícula escena que se había visto

obligado a interpretar. El informe médico original del coronel Johnson había confirmado sus informaciones, de modo que ya podía dar el siguiente paso en su investigación. Pretendía llamar a Olga Durán y averiguar si la demencia senil de su padre no había borrado por completo sus recuerdos lejanos, entre los que Ned confiaba encontrar algo útil. De no ser así, se hallaría en un callejón del que difícilmente podría salir. Aún jadeando un poco, marcó en su móvil el número de Olga. Junto a su coche, abrió la libreta de notas sobre el capó y esperó a que ella atendiera el teléfono.

—Su padre fue quien ingresó en persona al coronel Johnson en el hospital de La Paz —dijo Ned, tras el preceptivo saludo—. Johnson estaba herido de mucha gravedad y murió a los pocos días... Necesito pedirle un favor.

Olga se quedó en silencio unos segundos. Parecía ya sopesar lo que sin duda Ned iba a pedirle.

—Imagino que quiere ver a mi padre.

Era una mujer inteligente y sagaz. Había comprendido que era la única vía por la que continuar la investigación.

—Sólo su padre puede arrojar algo de luz sobre este enigma. Él tiene todas las claves.

—Su cuerpo vive, pero su mente está casi muerta. Apenas es capaz de reconocerse. De hecho, hace ya un tiempo que ni siquiera sabe quién es la persona que va todas las tardes a visitarlo... Y han pasado cuarenta años desde todo aquello.

—Creo que merece la pena intentarlo. A menudo, los enfermos de Alzheimer recuerdan cosas que están escondidas en el fondo de sus memorias. Hechos lejanos, acontecimientos que afloran de pronto, datos inconexos que podrían darnos una pista. Usted dijo que quería restaurar el buen nombre de su padre. ¿No cree que al menos vale la pena intentarlo?

—Sí. Supongo que tiene razón. Le daré la dirección y nos encontraremos allí después de comer. Tome nota.

La residencia de lujo para ancianos estaba situada a un lado de la carretera de La Coruña. Era un edificio de aspecto impresionante, rodeado por jardines y aislado de los ruidos continuos de la autopista por medio de altas barreras sónicas.

Ned tomó una comida ligera en la zona de plaza de Castilla, hizo algo de tiempo y luego se dirigió hacia allí con la ayuda del GPS del automóvil. Había vivido en Madrid durante varios años, pero las afueras no le resultaban tan conocidas como el centro de la capital. Desde donde estaba, y gracias a que el tráfico le dio un respiro, tardó apenas media hora en llegar.

Olga ya lo esperaba ante la puerta del edificio. Se veía en su cara que aquello era un mal trago para ella. Aun así, se mostraba tan hermosa como cuando Ned la conoció, el día anterior.

—Le presentaré como un amigo de la familia —dijo a Ned, levantando su mano hacia la bonita construcción principal—. A los administradores no les gustaría saber que un periodista entra aquí. Podrían sentir amenazada la paz de la residencia.

—Como quiera.

La mirada de Ned seguía fija en el edificio y las instalaciones. De pronto dijo:

—Espero que no se ofenda, Olga, pero esto es... Es como un cementerio para vivos.

—Puede... Pero no hay sitio mejor donde mi padre pueda pasar los últimos años de su vida. Éste es un lugar tranquilo. Aquí le cuidan muy bien y se siente protegido.

La entrada estaba formada por un falso arco sobre una gran puerta de cristal. A ambos lados había maceteros con una especie de arbustos de tronco recto y copa perfectamente esférica. En el interior, un hombre de mediana edad, que ocupaba su puesto detrás de un mostrador, les dirigió una sonrisa tan amplia como falsa. En realidad tenía cara de pocos amigos, pero se esforzaba por disimularlo.

—Buenas tardes, señorita Durán —saludó—. Veo que hoy ha venido acompañada.

A Ned le complació escuchar que el hombre se había dirigido a Olga como «señorita». Aunque él ya se había fijado, desde el primer momento, en que no llevaba anillo de casada.

—Buenas tardes, Sebastián. Le presento a Ned. Es hijo de un viejo amigo americano de mi padre. Ha venido a saludarle de su parte, aprovechando un viaje a España.

El gesto de indiferencia del hombre molestó a Ned. Quizá más de lo debido, pero así fue. Aquel tipo se comportaba con él como si se creyera una especie de relamido mayordomo inglés. Descolgó un teléfono y marcó una tecla de comunicación interna.

—Su padre está en el jardín, disfrutando del espléndido día —anunció, mirando hacia Olga y sin perder un ápice de su sonrisa.

—Gracias, Sebastián. Supongo que estará junto a la fuente, como siempre.

—Es su rincón favorito.

Ned siguió a Olga a través de un pasillo que comunicaba con la parte trasera del edificio.

—Le recuerdo que mi padre está muy limitado en sus facultades cognitivas. Apenas tiene conciencia del mundo que le rodea.

—Bueno, confiemos en que, si apenas tiene conciencia del mundo, quizá mantenga alguna conciencia...

Salieron a un cuidado jardín donde un paseo de adoquinado francés se extendía a ambos lados y rodeaba una fuente en el centro. Un poco más adelante, bajo la sombra de un sauce, se encontraba Antonio Durán. Estaba dormido en su silla de ruedas. Su aspecto era impresionante, a pesar de la edad. Si no fuera por la decrepitud de su cerebro, físicamente parecería quince o veinte años más joven.

—Papá... —susurró Olga al oído del anciano, al tiempo que le sacudía levemente el hombro.

Durán movió la cabeza y abrió un solo ojo.

—Hola, guapísima —dijo.

Al menos parecía haber reconocido a su hija. Era un buen comienzo. Olga le dio un beso y sacó del bolso un ejemplar de la revista Avion Revue, que le entregó, con una selección de los mejores cazas del siglo XX. Su padre abrió por fin el otro ojo y frunció el ceño. Hasta ese momento no daba la impresión de estar tan mal como lo había pintado Olga. Pero esa buena impresión duró poco.

—¿Me has traído la vela? —preguntó de pronto a su hija.

Ella se quedó extrañada.

—¿Una vela? ¿Qué vela...?

—No, eso no. ¡Eso nunca! ¿Quiénes son ustedes?

El rostro de Olga se ensombreció con un gesto resignado. Después de la extraña reacción, Antonio Durán recobró la compostura igual de abruptamente. Ned se acercó a él y se agachó delante de la silla de ruedas, para ponerse a su mismo nivel.

—Señor Durán. Soy periodista y me gustaría hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente.

—¿Periodista? ¿Unas preguntas...?

—Sólo quiero saber qué sucedió en 1969, cuando usted ingresó en La Paz a un coronel de la fuerza aérea de Estados Unidos.

—¡Dominic Johnson! Lo recuerdo...

Ned miró a Olga con aquiescencia. Sacó su libreta de notas y un bolígrafo.

—Eso es, señor Durán: Dominic Johnson. ¿Qué fue lo que pasó con su maletín?

—Hace tanto tiempo...

—Por favor, haga un esfuerzo. Es muy importante.

—¿Para qué? ¿Qué quiere usted averiguar?

—El coronel Johnson salió de la Estación de Seguimiento Espacial de Fresnedillas con un maletín, en dirección a la base de Torrejón —dijo Ned, en un intento de avivar su memoria.

—Yo era agente de la inteligencia militar.

—Sí, eso lo sé. Pero ¿qué pasó con el maletín del coronel?

Los ojos del anciano se tornaron vidriosos. Era cierto que su mente estaba en el ocaso. Sin embargo, Ned habría podido jurar que en su mirada había un claro atisbo de lucidez aunque empezara de nuevo a decir cosas sin sentido. Ahora estaba fingiendo, se dijo Ned, que creyó saber el porqué. No podía estar seguro, pero pensaba que aquel hombre escondía algo que, ni siquiera en sus últimos días, estaba dispuesto a revelar.

—Tengan cuidado con las serpientes —dijo el antiguo agente secreto—. Se esconden en la tierra, en los huecos más recónditos. Son maliciosas... Saben qué les conviene...

O quizá tratara de comunicar algo mediante una especie de extrañas metáforas. «Tener cuidado» y «saber lo que a uno le conviene» podría significar precisamente lo que parecía. Ned insistió de nuevo. No iba a darse aún por vencido.

—Lo tendré en cuenta. No hay que acercarse a ninguna clase de serpiente. Pero volvamos a 1969 y al coronel Johnson. ¿Qué hizo usted con el maletín?

El viejo no respondió. Cerró los ojos como si durmiera, aunque era evidente que no lo hacía. La voz que en su lugar contestó fue la de su hija.

—No creo que mi padre pueda o quiera decir nada más.

Ned se incorporó. Ella estaba en lo cierto. O bien aquel anciano se había sumido completamente en la demencia, o bien no deseaba revelar nada. En cualquiera de los dos casos, la situación era definitiva.

—¿Quién es usted?! —preguntó de pronto Durán a su propia hija, muy alterado.

—Soy yo, papá, Olga. He venido a ver cómo estabas.

—Ah, Olga, sí, sí...

Durán dijo esto de un modo vacío. Se notaba que era incapaz de reconocerla. Dos lágrimas afloraron a sus ojos y causaron el mismo efecto en su hija, que se puso a llorar suavemente. Olga se inclinó hacia su padre y le abrazó, al tiempo que lo besaba de nuevo en una mejilla. Durán reparó entonces de nuevo en la revista que Olga le había llevado, que estaba sobre su regazo. La abrió y se puso a ojearla con avidez, ya distraído y ajeno a Ned y a las muestras de cariño de su hija.

La dulzura con la que la mujer abrazó y besó a su padre mostraron a Ned el lado más amable y cariñoso de la personalidad de Olga Durán. Todo esto debía de estar

siendo muy duro para ella. Pero aquel hombre era la única esperanza que Ned tenía de seguir adelante con la investigación. Por más que le doliera en el alma, no le quedaba otro remedio sino insistir.

—Olga, lo siento de veras. ¿No podríamos hacer un último intento?

—Creo que no servirá de nada, pero... ¿Papá? ¿Aún guardas secretos de tu época de espía?

Absorto en las fotografías de un F-14, Antonio Durán no respondió. Una baba se escurría en ese momento desde sus labios y fue a caer sobre las páginas abiertas de la revista. Olga le limpió con un pañuelo y desvió luego la mirada hacia el otro extremo del jardín. Sí, aquella situación estaba siendo extremadamente dura para ella.

—Es inútil... —dijo, y se volvió hacia Ned—. Aunque quizá haya otra opción. Yo sigo viviendo en la casa de mis padres. Desde que mi madre murió y mi padre empezó a mostrar síntomas de Alzheimer, vivo allí sola. Pero he mantenido una parte tal y como estaba. Si quiere, puede acompañarme y consultar el archivo de mi padre. Quizá consiga encontrar algo allí.

—Claro —exclamó Ned tratando de contener su excitación; aquello ofrecía una nueva esperanza—. Quién sabe si ocultó algo, lo que sea, que nos dé una pista para localizar el maletín.

Olga sonrió. Era la primera vez que lo hacía en toda la tarde.

—Es usted tan entusiasta como un adolescente.

A su lado, Ned sintió una leve punzada en el corazón. Una punzada muy pequeña. Pero significaba, claramente, que empezaba a sentir algo por Olga. Apenas la conocía, y sin embargo, tenía la sensación de saber quién era.

—Debe de ser duro ver a un padre que no es capaz de reconocerte —le dijo.

—Sí. Es muy duro. Una vez me preguntaron por qué seguía visitándolo cada día, sin faltar uno solo, salvo por causa de fuerza mayor.

—¿Y qué respondió?

—Es cierto que él ya no sabe quién soy yo. Pero yo sí sé quién es él.

La casa en que vivía Olga Durán, heredada de su padre, era un chalé que había visto tiempos mejores. La fachada pedía a gritos un enlucido, y el tejado mostraba algunos parches no demasiado estéticos. Por el contrario, el pequeño jardín, aunque sencillo, se veía muy bien cuidado.

Olga abrió la puerta del garaje e hizo un gesto a Ned para que la siguiera. Dentro había sitio para los coches de ambos.

—El despacho de mi padre está en la primera planta. Pero todo su archivo lo tenía aquí abajo —dijo, señalando la puerta de una estancia contigua.

—Podemos empezar por el archivo —contestó Ned, y la miró para recibir su aprobación.

—¿Le apetece tomar algo? ¿Café, té, un refresco...?

—Prefiero empezar con el archivo cuanto antes, si le parece bien.

—Por supuesto. La puerta está abierta. Yo haré de guía. No es demasiado extenso, pero sí está un poco desordenado. Hace falta saber dónde se encuentra cada cosa.

Entraron en la habitación. Primero Olga, que accionó el interruptor de la luz. Dos tubos de neón amarillentos hicieron varios guiños en el techo y por fin se encendieron. La desagradable luz puso al descubierto las estanterías que cubrían la pared, y también una mesa situada en el extremo opuesto; poco más que una tabla, tosca y sin barnizar, sobre dos patas dobles. Olga puso una mano sobre su mejilla y suspiró, mientras contemplaba el interior de la habitación.

—Hace mucho que no entro aquí. En realidad, desde que ingresé a mi padre en la residencia... ¿Qué es lo que buscamos?

—No tengo ni idea —dijo Ned—: 1969, un coronel americano, víctima de un asalto, acaba ingresado en el hospital gravemente herido, y es su padre quien lo lleva hasta allí. Su maletín desaparece. ¿De qué modo sucedieron los hechos? ¿Por qué su padre no entregó el maletín a las autoridades? ¿Y qué hizo con él? Éstas son las preguntas.

Olga nunca supo por qué su padre fue apartado del servicio activo en la inteligencia militar. Eso sucedió antes de que ella naciera. Aunque recordaba las conversaciones de sus padres. Ellos creían que, por su corta edad, estaban fuera de su comprensión. Así era en parte, pero no por completo. Había sido una niña precoz.

—En una ocasión oí a mi padre mencionar al militar americano. Mi madre estaba muy asustada. Eso debió de ser hacia 1977. Lo sé porque en esas fechas se votó la constitución española. Yo tenía apenas cuatro años, pero se me quedó grabado. Lo que les preocupaba tenía relación con ese hecho, estoy segura. Como si alguien fuera a hacerle algo malo a mi padre. Aunque ignoro por completo si eso puede tener

sentido.

—El año 1977 marcó el inicio del verdadero cambio de poder en España. Un cambio de poder siempre supone una conmoción —dijo Ned.

—Sí, eso es lógico —respondió Olga—. Quizá lo que él sabía podría utilizarlo en su provecho quien viniera después.

—¿Recuerda algo más sobre el maletín?

—De eso me enteré mucho más tarde. Yo ya tenía catorce o quince años. Escuché otra conversación sin que mis padres lo supieran. Hablaban de que el maletín estaba seguro. Ya le he dicho que nunca supe qué contenía, pero siempre he creído que se trataba de alguna clase de documentos comprometedores que, en un momento determinado, podrían convertirse en una especie de seguro de vida. Mi padre fue agente secreto, así que eso tenía sentido para mí. Los servicios de inteligencia son como la mafia. Si le expulsaron sin tomar represalias, debía de poseer algo que... Debía de tener la sartén por el mango, como suele decirse. Lo que siento es no conocer más datos. Mi padre muy raramente hablaba de ello, y lo hacía de un modo inconexo. Le he contado todo lo que sé.

Ned, en cambio, aún no lo había hecho.

—Tiene usted razón. Ese maletín contenía documentos comprometedores. Pero no en texto ni en papel.

Olga lo observó con una mezcla de extrañeza y admiración.

—¿Ya ha conseguido averiguar qué había dentro?!

—Bueno, es sólo una teoría, pero estoy convencido de que el coronel americano transportaba en el maletín unas cintas en que se grabaron las comunicaciones interrumpidas desde la Luna, en 1969. Lo que no consigo imaginar es qué pueden mostrar esas cintas, aunque, por lo que usted dice y por todo lo que ocurrió, tiene que ser algo importante...

El motivo de que Antonio Durán no entregara el maletín a sus superiores posiblemente seguiría siendo un misterio para siempre. Sin embargo, lo más relevante era el hecho en sí. Debió de esconderlo en un lugar seguro, quizá porque el gobierno de España tramaba algo en lo que él mismo se vio envuelto. Para cualquiera con nociones básicas de historia no resultaría sorprendente algún retorcido plan de Franco al respecto. Incluso una traición a sus supuestos aliados americanos.

Mientras Olga preparaba café, que Ned finalmente había aceptado, él se quedó en el despacho, revisando cajas, carpetas y papeles. Sobre la mesa se alzaba una pila de informes que le llegaba hasta la barbilla. Abrumado, tenía la sensación cada vez más aguda de estar hasta cierto punto dando palos de ciego. Lo peor era su convencimiento de que Durán podría revelarle sin más dónde escondió el dichoso maletín. Pero era obvio que no iba a hacerlo. Y no por falta de lucidez, sino porque no quería. Cuando Ned habló con él percibió que, en cierto momento, entendió

perfectamente sus preguntas, pero también tuvo la clara impresión de que le asustaban y de que por eso fingió no enterarse de nada. El muro de la demencia o de su voluntad era igual de infranqueable.

Cuatro horas después, Ned se sentía desesperanzado. Había removido por completo el archivo de Antonio Durán. Había mirado y comprobado, uno a uno, cada documento. Pero allí no había nada que pudiera conducirle a descubrir el paradero del maletín con las cintas. O eso, o es que estaba tan oculto como el propio maletín.

Olga tosió al recibir en la nariz una nube de polvo que Ned acababa de levantar de un soplido. Muchas de aquellas carpetas no habían sido tocadas en años. Como la que Olga sostenía en sus manos. Era la última que faltaba por revisar.

—Mire, Ned —dijo ella—. Una comunicación del ejército a mi padre.

—¿Qué pone?

—«Se le informa de que ha sido relevado de todas sus actividades y pasa a la reserva.» Está fechado en septiembre de 1969.

—Entonces... No fue expulsado del ejército. Sólo relegado, por así decirlo.

—Eso parece, sí.

Las montañas de papeles ocupaban ahora por completo la parca mesa de la habitación. Hacía calor allí dentro. Un calor asfixiante que se sumaba a la atmósfera llena de polvo.

—Necesito que me dé un poco el aire —dijo Ned.

—Yo también —contestó Olga, dejando a un lado el documento que acababan de revisar— ¿Vamos afuera?

Nada más salir de la casa, Ned respiró hondo. Trataba de pensar qué hacer a continuación. Estaba en un atolladero. Reconsideró la idea de volver a la residencia de ancianos. Intentaba convencerse de que algo podría hacer para doblegar la voluntad de Durán que no hubiera intentado ya en su visita anterior. La esperanza es lo último que se pierde; eso es una gran verdad. Pero no es menos cierto que muchas veces acaba efectivamente perdiéndose.

En la oscuridad de la cochera, la voz de Olga resonó con un eco que parecía llegar de otra dimensión.

—Quizá mi madre conociera también el paradero del maletín, si es que la teoría de que lo guardaban para protegerse de algo es correcta. Aunque no nos sirve de nada ahora. Ella murió hace años de un ataque al corazón. Creo que mi padre empezó su caída en ese momento...

Las melancólicas palabras de Olga hicieron surgir una nueva idea en la siempre vivaz imaginación de Ned.

—Y ella, o quizá su propio padre cuando empezó a perder la memoria... ¿No dejarían algo escrito en algún sitio? ¿Algún indicio? ¿Una especie de mapa del tesoro?

—Que yo sepa, no. Pero, claro, eso no quiere decir que no sea así. Ya le he dicho varias veces que era algo a lo que se referían con mucha discreción. De todos modos, le falta por ver el despacho de mi padre. Él guardó allí también cosas de mi madre, aunque nunca he encontrado nada fuera de lo común que me llamara la atención. No hay cajones cerrados, ni libros huecos, ni ningún doble fondo oculto en un armario, como los que salen en las películas de espías.

La mujer esbozó una sonrisa. Parecía cansada. O puede que sencillamente se sintiera triste.

—Siento de veras todas estas molestias —dijo Ned, con sinceridad.

—No es ninguna molestia. Sabe que tengo tanto interés como usted en conocer el secreto que guardaba mi padre. Estoy convencida de que no se trata de nada malo de él, sino algo que comprometía al gobierno de Estados Unidos y, posiblemente, a las autoridades de la dictadura. Es como sacar a la luz los trapos sucios de una época indecente. No creo que haya nadie mejor que usted para hacerlo. ¿Quién sabe? Mi padre pudo ser la llave de algo que cambió la historia.

Si encontraban las cintas, tan celosamente ocultas, que propiciaron en 1969 el secuestro de un coronel de la inteligencia militar en suelo español por parte de los rusos, a Ned no le cabía duda de que lo que hallaran en ellas sería relevante para la historia de la humanidad. Pero ni él mismo, el gran investigador Ned Horton, podía imaginar —ni siquiera tener un atisbo de ello— hasta qué punto la cambiarían. Y hasta qué punto era crucial que la cambiaran.

—Un bonito despacho —dijo Ned desde el centro de la pequeña habitación, decorada con gusto y maderas nobles.

A su lado, Olga asintió con nostalgia. Evocaba para sí los momentos felices de su niñez junto a su padre.

—Los muebles son muy antiguos. Herencia de nuestros antepasados. Como la propia casa. A mi padre le encantaba encerrarse aquí y fumarse un puro mientras leía un libro y se tomaba un coñac. Mi madre no le dejaba apestar el resto de la casa con el humo, así que le daba la excusa perfecta para disfrutar de sus momentos de intimidad en esta habitación. Mire, ahí tiene una foto de ella conmigo en brazos.

—Era muy guapa —dijo Ned, acercándose al marco de plata que reposaba sobre la mesa del despacho—. Por cierto, no le he preguntado el nombre de su madre.

—Lucía. Se llamaba Lucía Antúnez.

Ned asintió y, tras un último vistazo, volvió a dejar en su sitio la fotografía. Al hacerlo, se fijó en la mesa. Era de caoba, con un precioso reborde labrado que la circundaba. Encima había un portafolios de piel marrón y una lámpara dorada con pantalla de pergamino, además de algunos otros marcos con más fotografías, un estuche acristalado, repleto de bolígrafos y estilográficas, y un viejo teléfono de baquelita.

Ned hizo un gesto a Olga indicando si podía sentarse en el sillón del despacho.

—Adelante.

El terciopelo púrpura del sillón estaba algo gastado, pero el mullido aún era perfecto. El respaldo mostraba dos columnas de madera retorcidas que lo hacían parecer la cátedra de un obispo. Ned levantó la tapa del portafolios. Estaba vacío. Luego abrió los cajones, mientras Olga revisaba los libros de la estantería que cubría por completo la pared opuesta.

—En esos cajones sólo hay pequeños objetos de mi padre —le dijo—. Ningún documento. Todo eso está abajo. Mi padre lo iba archivando con regularidad.

—Esos libros parecen muy valiosos —dijo Ned, levantando su mirada hacia Olga.

—Algunos deben de serlo. Por ejemplo este. —Olga extrajo uno de los volúmenes y comentó—: Es una edición de Odisea impresa en 1767. La mayoría no pertenecen a la herencia familiar. A mi padre le encantaba coleccionar libros y los compró casi todos él. Supongo que no me vendría mal venderlos, pero nunca he querido hacerlo. Sería como deshacerme de los recuerdos más felices de mi vida.

Desde su silla catedralicia, que le daba un aire antiguo muy chocante, Ned había terminado de comprobar el contenido de los cajones. Efectivamente no había en ellos nada de interés, nada que pudiera arrojar alguna luz sobre su búsqueda.

—¿Ha mirado bien en los libros? Entre sus páginas, entre ellas y el lomo, detrás de las guardas... No sé.

—¿Quiere comprobarlos todos, uno a uno? —preguntó Olga.

Eso iba a ser una tarea más laboriosa si cabe que revisar el archivo de su padre.

—Bueno. Si a usted no le importa...

Olga levantó las manos y negó con la cabeza.

—Para eso hemos venido aquí. Por mí no hay problema. Con que todo quede después como estaba, me basta.

—Manos a la obra, entonces —dijo Ned.

Colocaron la primera pila de libros sobre la mesa. Ned volvió a ocupar el sillón de Durán y Olga se sentó a un lado, en una silla.

—¿Le importa si enciendo la lámpara? —preguntó Ned, frotándose los ojos después de revisar la primera tanda de libros.

Se refería a la que se hallaba encima de la mesa.

—El interruptor está en el suelo, en el lado izquierdo. Lo que no sé es si la bombilla funcionará todavía. Hace muchos años que nadie enciende esa lámpara.

Ned palpó con el pie hasta dar con él y pulsarlo. Al instante, un cono de luz acogedora cubrió la mesa. Cada uno por su lado, fueron comprobando otra tanda de libros. Pero tampoco encontraron nada entre sus páginas. Ned se arrellanó en el sillón y suspiró largamente.

—Me fastidia tener algo tan claro, tan cerca, y no conseguir llegar a ello.

—¿No dijo en su conferencia que la perseverancia es capaz de vencer cualquier obstáculo? —dijo Olga, mirándolo con cierto amable reproche.

—Sí, algo así... Pero esto es como buscar una aguja en un pajar que ni siquiera sabemos si está ahí o no.

—Una vez, una amiga mía se clavó una aguja en un pajar de su pueblo. Me lo contó como si fuera un prodigio.

—Pues no nos vendría mal que esa amiga suya viniera a echarnos una mano. Puede que tenga algún tipo de magnetismo para encontrar cosas perdidas.

Olga sonrió mientras dirigía su mirada hacia la ventana del despacho. La lámpara de mesa estaba justo en medio de su línea de visión y no le permitía ver el recio castaño que se alzaba con sus ramas a un palmo de tocar el cristal. Olga se fijó entonces distraídamente en el grabado de su pantalla de pergamino. Algo en ella pareció llamar su atención. Se incorporó un poco para observarla más de cerca y, de pronto, dio un respingo en la silla.

—¿Qué ocurre? —dijo Ned, extrañado por su reacción.

Sin procesar en su mente la pregunta de Ned, Olga se levantó del todo, con la mirada fija en aquel punto concreto de la lámpara. Se inclinó muy lentamente hacia ella, como si tratara de disipar un espejismo cambiando de perspectiva.

—¿No dijo antes algo sobre un mapa del tesoro? —preguntó enigmáticamente—.
Pues creo que acabo de encontrarlo.

La pequeña vía comarcal unía las localidades de Villalba y El Escorial. A medio camino entre ellas se encontraba un lugar pintoresco, conocido como el Canto de Castrejón, una gigantesca roca situada a unos novecientos metros de altitud. Ned salió de la carretera en una desviación, siguió un tramo de grava y estacionó el coche lo más cerca posible de la mole granítica.

Era un paraje precioso, con una vista magnífica del monasterio de El Escorial que, no obstante, pronto desaparecería entre las sombras. El sol aún se alzaba sobre el horizonte, pero no tardaría en desaparecer, trayendo la noche. Quizá habría sido más sensato ir hasta allí al día siguiente, pero la excitación obligaba a no perder un minuto.

—No hará falta una linterna, maldita sea.

Ned abrió con ímpetu la guantera, que sólo contenía los papeles del vehículo de alquiler. Luego se dirigió a toda prisa al maletero.

—Aquí tampoco hay nada —dijo—. Sólo herramientas para cambiar las ruedas. Dejaremos las luces del coche encendidas. Tendremos que apañarnos con eso.

Olga había salido también del coche. Delante de un malhumorado Ned, extrajo del bolso una potente linterna que había traído de casa. Ned estaba tan exaltado que no había tenido tiempo ni de decírselo.

—¿Sabe que es usted un mujer magnífica?

Hacía escasamente un par de horas, Ned se lamentaba por la frustración. Todo había cambiado gracias a Olga y a un golpe de suerte. Como su amiga de la niñez, la que se había clavado una aguja en un pajar, una imagen se clavó en su retina. La lámpara del despacho de su padre tenía algo inusual. Una especie de clave oculta en el dibujo grabado en la pantalla. Algo que había estado delante de sus ojos durante toda la vida y en lo que nunca reparó, porque antes no tenía ningún significado especial para ella. Dentro del dibujo había un elemento que difícilmente podría ser casual: las letras DJ; las mismas que las iniciales del coronel Dominic Johnson.

Cuando Olga se lo dijo, Ned se quedó tan desconcertado que tardó un momento en reaccionar. Luego examinó la pantalla, junto a la hija de Durán, y comprendió que ella estaba en lo cierto: el dibujo era su particular mapa del tesoro. Contenía una línea que se bifurcaba, con dos círculos en los extremos de la bifurcación. En uno estaba escrito «VLLLB», y en el otro «SCRL». Aproximadamente a dos tercios de distancia entre ambos, más cerca del segundo, un nuevo círculo, éste con una X en su centro, tenía escrito «CNT CSTRJN» y unos números al lado. El extremo de la línea principal partía de una especie de nube inacabada con las letras «MDRD».

Una vez más fue Olga la que dio con la clave. Su padre había sido muy

aficionado a los crucigramas, y en ellos era muy habitual emplear sólo las consonantes de una palabra. La suposición fue acertada. Aun así, no les resultó sencillo averiguar el significado de cada término, y tardaron un buen rato en deducirlo. La pista fundamental para comprender el «mapa del tesoro» fueron las letras MDRD dentro de la nube cuyos confines excedían la pantalla de la lámpara. Era casi seguro que significaba MADRID. La línea que partía de Madrid debía de ser, por tanto, una de las vías de comunicación que unen la capital de España con las principales capitales de provincia. Después de varias pruebas, llegaron a la conclusión de que VLLLB se correspondía con las consonantes de VILLALBA, un pueblo cercano a la carretera de La Coruña, aunque su nombre completo era Collado Villalba. Y siguiendo la dirección de la línea secundaria que partía de allí, parecía evidente que SCRL correspondía a ESCORIAL, parte central del nombre de San Lorenzo de El Escorial.

Les costó todavía más descubrir el significado de CNT CSTRJN. Pero las maravillas de la era digital se aliaron en su favor. Accedieron a Google Earth, la herramienta de imágenes aéreas mundiales disponible en internet. Localizaron Villalba y El Escorial, y desde allí siguieron la vieja carretera que conectaba ambos municipios. En la posición relativa especificada en el plano de la lámpara apareció ante sus ojos el CANTO DE CASTREJÓN.

Y allí estaban. Pero aún no habían resuelto completamente el enigma. Les faltaba averiguar el significado de los números que también mostraba la lámpara y que, sin duda, debían de indicar el lugar exacto donde se hallaba oculto el maletín, en las inmediaciones del Canto. Esas cifras eran ya lo único que los separaba de él.

—Veamos... —dijo Ned, iluminando con la linterna el papel en que las habían copiado—. Son dos números: 27 y 19. Y al lado de cada uno hay una letra: N y E, respectivamente.

—Las letras podrían indicar direcciones —añadió Olga—. N es la inicial de norte y E de este.

—Me parece muy plausible... —Ned se frotó el mentón y miró alrededor desde lo alto—. Pero los números no pueden hacer referencia a coordenadas geográficas. Son demasiado imprecisos. Y, además, 27 grados norte y 19 grados este marcan algún punto en medio del desierto del Sahara. Tampoco puede tratarse de otra clase de coordenadas, como las UTM. En ese sistema los valores son muy diferentes.

—Quizá sea algo más sencillo, entonces.

—Es posible... Tenemos que mentalizarnos de que estamos ante un mapa como el de los antiguos piratas. ¿Cómo indicarían ellos la ubicación del tesoro? Yo creo que lo harían mediante pasos...

—¿Podría ser tan simple? Los pasos no resultan muy exactos. Cada persona tiene una zancada distinta.

—Sí, aunque...

La mirada de Ned se dirigía ahora al cielo. El crepúsculo dejaba ver sólo las estrellas más luminosas. Pero era casi verano, y en esa época del año el sol se pone cerca del punto cardinal oeste. Un paso medio podía suponer unos ochenta centímetros. Buscó el norte aproximado y, desde donde estaba, trató de proyectar mentalmente unos veinte metros en esa dirección y quince más hacia el este.

—¡Mire, Olga! Allí hay unas rocas solitarias, entre los árboles.

Los dos se apresuraron a bajarse del Canto. Casi corriendo, Ned llegó primero hasta la zona rocosa a la que se había referido. La noche empezaba a caer sobre ellos con su manto azul oscuro.

—Deme la linterna —dijo Ned.

Circundó las milenarias piedras con el haz de luz apuntando hacia ellas. En un primer vistazo, preso de la excitación, no vio nada anormal. Pero en un segundo examen descubrió lo que podría ser un hueco estrecho y alargado.

—Parece que lo han cegado con tierra —dijo Olga.

Probablemente, el simple paso del tiempo fuera el responsable de eso, pero Ned respondió con el mismo entusiasmo:

—¡Necesitamos algo con lo que escarbar!

Sin darle tiempo a responder, Ned la agarró de una mano y se lanzó con ella, a toda velocidad, hacia el lugar donde habían dejado el coche. Más de una vez se tropezaron y estuvieron a punto de caer al suelo, iluminado ahora sólo con la amarilla luz de la linterna.

En el maletero había una llave de tubo para aflojar los tornillos de las ruedas. Tenía forma de palanca y un extremo afilado. No sería fácil retirar la tierra acumulada con esa herramienta, pero era lo único que tenían a mano.

De vuelta a las rocas, Ned se arrodilló en el suelo sin importarle el dolor en sus rodillas provocado por las piedras disgregadas, que se le clavaban con sus aristas. Dio la linterna a Olga y le pidió que apuntara hacia el espacio entre las piedras. Él, con ambas manos, empezó a remover la tierra. Tardó varios minutos en conseguir algún resultado. Su frente y su pelo estaban empapados en sudor, al igual que la camisa, con dos grandes cercos húmedos en torno a las axilas.

—¡Está hueco! —gritó Ned como un deportista triunfador.

—Déjame seguir a mí —le pidió ella—. Estás agotado y has hecho la parte más dura.

Por primera vez, Olga se dirigió a él tuteándole. Estaban a punto de descubrir el secreto tan celosamente guardado por su padre. Eso les unía con un estrecho y robusto vínculo.

Intercambiaron sus posiciones. Ella siguió escarbando con ímpetu. Era una mujer fuerte. Pero, a cada golpe de la herramienta, la luz de la linterna se hacía más débil.

Prácticamente había conseguido dejar franco el hueco cuando las pilas dijeron basta, y languidecieron en un último brillo anaranjado.

Completamente a oscuras, Ned se negó a darse por vencido. Volvió a ocupar el puesto de Olga y alargó la mano hacia el interior de la oquedad. No alcanzaba. Era más profunda de lo que parecía. Ned se estrechó contra la roca para llegar más adentro.

—¿Hay algo? —preguntó ella, con un emoción nada contenida.

—Espera... Parece que...

Había algo, sí. Apenas consiguió rozarlo con la punta de los dedos. Se tumbó en el suelo y metió todo el brazo.

—¡Sí! ¡Es el asa de un maletín! ¡La tengo! ¡La tengo, Olga!

Ella estaba tan cerca de Ned, entre las sombras, que poco le faltaba para tumbarse a su lado. Le puso una mano en la espalda mientras él, de lado, tiraba del asa del maletín. Éste se trabó en algún saliente interior. Volvió a tirar, con más fuerza, y notó que salía un poco más. Pero no lograba superar el obstáculo.

Por unos momentos se quedó inmóvil, jadeando, en silencio. De repente, Olga acarició con dulzura el rostro sucio y desencajado de Ned. Los labios de ambos se rozaron fugazmente. Sólo el brillo de sus ojos, bajo la tenue luz de las estrellas, revelaba que no eran dos almas invisibles que se besan en medio de la nada.

Las energías volvieron al cuerpo del periodista como por arte de magia. Analizó por unos segundos la situación e hizo un nuevo intento. Empezó a mover la muñeca a un lado y a otro, a la vez que tiraba del maletín hasta que sus músculos y tendones parecieron romperse. Así, poco a poco, logró ir sacándolo del hueco. Un último tirón, donde ya no valía más la maña que la fuerza, lo dejó por fin ante ellos. Aunque eran incapaces de distinguirlo como algo diferente a una sombra entre sombras.

Se besaron de nuevo. Y esta vez el beso fue de auténtica pasión. Tanta que, durante un instante —sólo un breve instante—, se olvidaron del maletín que les revelaría por fin el enigma. El enigma de aquellos noventa y siete segundos que guardaban celosamente el auténtico misterio del viaje del Apolo XI a la Luna.

Aquella noche, después de encontrar el maletín que Antonio Durán había escondido en el Canto de Castrejón, Olga y Ned hicieron el amor. No fue algo premeditado, aunque él había querido hacerlo desde que vio por primera vez a aquella mujer tan hermosa, inteligente e inspiradora, en la facultad de periodismo. Resultó de la mejor manera posible. Con la naturalidad del deseo que se comparte y que coincide en un punto sin aditamentos.

—Ha sido maravilloso. Tú eres maravillosa —dijo Ned, tumbado en la cama.

Olga, a su lado, lo miraba y le acariciaba el pecho. No dijo nada. Sólo se aproximó aún más buscando su cobijo. Él le besó el cabello y volvió a embriagarse con su aroma de mujer.

—Me gustaría estar así toda la vida —dijo ella, por fin.

—A mí también.

—Pero tendremos que levantarnos en algún momento y abrir el maletín.

El sonido que hizo Ned con la boca denotó cierta duda.

—No me digas que ahora no quieres abrirlo.

—Claro que sí. Pero tengo la certeza de que ese maletín tiene alguna clase de protección de seguridad.

—Podríamos cortarlo —insistió Olga, que se incorporó sobre Ned, con su cara muy cerca de la suya.

—Eso seguramente haría que se accionase el sistema de seguridad.

—Entonces ¿qué hacemos?

Ned sonrió. Sabía más acerca de ese tipo de maletines de lo que le había dicho a Olga hasta el momento. Ahora iba a presumir de sus años de investigación.

—Los sistemas de seguridad de la época solían ser de varios tipos. El explosivo era uno de los más utilizados. Si alguien indebido trataba de abrir el maletín, éste explotaba y destruía, por ejemplo, los documentos que contuviera, a la vez que mataba al sujeto en cuestión.

—¡No me digas que ese maletín es una bomba!

—Tranquila... —dijo Ned, que notó el estremecimiento del cuerpo desnudo de Olga al apretarse contra el suyo, asustada—. Son muy seguros si no intentas forzarlos. Y nosotros no vamos a hacer eso, por lo menos sin tomar precauciones. Además, han pasado cuarenta años. No sé si aún será operativo el hipotético sistema de seguridad que se le instaló.

—Ya, pero por si acaso... Has dicho que había otros tipos.

—Sí. Otros contenían un frasco con un agente tóxico, que se convertía al cambiar de presión en un gas venenoso o corrosivo. Era muy efectivo para matar al sujeto que

no debía abrirlo, pero no destruía el contenido. El último tipo que conozco llevaba dentro unas ampollas de ácido que sí eran capaces de disolver el contenido. Me inclino a pensar que el nuestro es de esta clase, por la sencilla razón de que el ácido es muy efectivo con el material plástico de las cintas magnéticas.

Olga frunció el entrecejo y apretó los labios.

—¿Y si te equivocas y resulta ser uno de los otros dos?

—Pensaba que eras una mujer valiente —dijo Ned con cierta sorna.

—Y lo soy. Pero no tanto.

—Sólo estaba bromeando. Antes de abrirlo lo pasaremos por una máquina de rayos X. Eso nos mostrará el contenido, salvo que esté forrado de plomo, algo que no debemos descartar.

Después de ducharse y vestirse, Ned y Olga abandonaron la casa de ésta en dirección a la primera consulta médica privada que aceptó su extraña petición. Necesitaban unas placas radiográficas, lo cual era normal en la consulta de un radiólogo, pero no de una persona sino de un objeto. Tras varios intentos fallidos y más de una airada negativa, Ned consiguió por fin que una doctora accediera a lo que le pedían.

Como había sospechado, el maletín llevaba incorporadas dos planchas de plomo que cubrían sus laterales. Por fortuna, los bordes carecían de esa protección.

Ahora estaban en frente de cuatro radiografías, una por cada uno de los bordes del maletín. La propia doctora les ayudó a interpretarlas, lo cual no era fácil. En una de ellas apenas se apreciaba nada. Otra mostraba el contenido demasiado embarullado. Sólo las otras dos fueron útiles. En la primera se podían distinguir los ejes de las cintas, en torno a los cuales debía de estar enrollada la banda magnética. Al fondo también parecía haber algo con forma alargada. Fue la última de las placas la que les permitió comprender por fin de qué se trataba.

La teoría de Ned sobre el ácido era correcta. En la imagen aparecían dos botellas alargadas, unidas por una zona más estrecha a un elemento central con forma cuadrada. De éste partían varios cables que bordeaban la zona visible, y que con certeza debían estar repartidos por toda la extensión del maletín. Dos más parecían conectados con el sistema de cierre. Si se forzaba el maletín, a través de la cerradura o cortándolo, se accionaría un pequeño explosivo que rompería las botellas de ácido. El contenido sería historia en cuestión de segundos.

Tras agradecer su colaboración a la simpática doctora, Ned y Olga salieron de la consulta, con el maletín y las radiografías. Fueron a un bar cercano, para comer algo rápido y reflexionar sobre el siguiente paso. Era una taberna irlandesa llamada Finbars; allí se devanaron los sesos mientras bebían cerveza negra Guinness y picaban unas quesadillas que parecían todo menos irlandesas.

—¿Crees que sería posible cortar una parte del maletín sin tocar los cables? —

dijo Olga después de unos instantes de reflexión.

—No. Primero porque no tenemos imagen de los laterales. Y segundo, porque ya ves que la zona del borde sólo deja unos huecos mínimos. De nada serviría abrir un orificio. Si el contenido fuera muy pequeño, quizá sí. Hasta podríamos introducir una microcámara. Pero nosotros necesitamos sacar las cintas enteras, sin dañarlas.

—¿Y no habrá especialistas en hacer este tipo de cosas?

—Claro que los hay. En la CIA o en prisión. Pero me parece que no podremos encontrarlos en las páginas amarillas, como a la radióloga.

Los dos se quedaron de nuevo en silencio. Una camarera morena se les acercó para retirar sus vasos vacíos y les preguntó si querían algo más. Al poco rato regresó con dos nuevas pintas de cerveza.

—No podremos evitar que se libere el ácido... —suspiró Olga, dejando traslucir su desaliento.

Sus palabras, sin embargo, no afectaron a Ned, quien de repente abrió mucho los ojos. Olga creyó que estaba viendo algo a su espalda y se volvió. Pero allí sólo había un violín junto a un póster con los nombres de los más afamados escritores irlandeses.

—¡Olga! ¡Tienes razón!

—¿Eso es... bueno?

—¿Y si no evitamos que se rompan las ampollas de ácido?

—Entonces se disolverán las cintas. Tú mismo lo has dicho.

—Quizá no...

—¿A qué te refieres?

—Imagina que encontramos un producto, un líquido, capaz de neutralizar el ácido sin que ataque el plástico de las cintas. Si sumergimos el maletín en ese producto, al cortarlo...

—¡Se mezclaría con el ácido y anularía su efecto! ¡Es cierto! —casi gritó Olga, entusiasmada.

—Aunque tenemos otro problema... —dijo Ned.

—¿Cuál?

—Encontrar el producto adecuado. Pero yo sé dónde pueden ayudarnos. ¿Qué hora es?

—Las doce y cuarto.

—Entonces, vamos. Aún nos queda tiempo antes de que cierren.

El lugar al que Ned se refería era la tienda de productos químicos con más solera de todo Madrid: Manuel Riesgo. Además del nombre de su fundador, cuya familia había mantenido el negocio a lo largo de siglo y medio, conservaba el mismo aspecto de botica decimonónica.

Aparcaron el coche al lado de la tienda, en la calle Desengaño, una estrecha vía

en el corazón de un barrio venido a menos de la capital. Dentro había varias personas esperando turno. Tras el mostrador, un hombre de mediana edad y cabello rizado iba despachando los productos con destreza. Parecía increíble que pudiera recordar la ubicación de todos ellos, guardados en pequeños cajones de madera que cubrían por completo la pared del fondo y las dos laterales. Para llegar a los cajones más altos, justo por debajo del techo, usaba una pértiga provista de un gancho, que insertaba en los tiradores con gran pericia.

—Qué preciosidad de tienda —dijo Olga.

—A mí me sorprendió mucho cuando estuve aquí por primera vez, para comprar mirra.

—¿Mirra? ¿Como la mirra de los Reyes Magos?

—Justamente. Mi antigua ex se empeñó en hacer una especie de emplasto para la piel a base de esa resina bíblica. Yo tuve que buscarla y la encontré aquí.

Cuando les llegó el turno, explicaron al dependiente —uno de los dueños— lo que necesitaban. El hombre se frotó la incipiente calva y se quedó callado unos instantes.

—Eso... Necesitan ustedes... Eso es...

Parecía que le costaba expresarse, como si pensara en voz alta sin atender a las palabras que salían de su boca. Pero al fin organizó sus vagas ideas en una idea coherente.

—Necesitan una base fuerte. Más fuerte según el ácido a neutralizar. Y en mayor cantidad.

—¿Qué es exactamente una base? —preguntó Ned.

—Pues por ejemplo agua con bicarbonato sódico.

—¿Agua con bicarbonato sódico? ¿El que se toma para la acidez de estómago? ¿Tan sencillo? ¿Eso puede anular el efecto de un ácido?

El hombre lo miró como quien mira a un niño que pregunta una sarta de obviedades.

—El agua bicarbonatada es una base —dijo con tono de profesor paciente.

—¿Y que cantidad es necesaria? —intervino Olga.

—Pues eso depende. Si desconocen la potencia del ácido, lo mejor es saturar la disolución de bicarbonato.

Tanto Ned como Olga lo miraban con cara de no entender una palabra.

—Me refiero a que disuelvan en el agua todo el bicarbonato que sea posible. No sé ahora mismo qué cantidad exacta admite el agua por cada litro. Así es que les sugiero que prueben a ojo, removiendo el agua y añadiendo bicarbonato hasta que empiece a depositarse en el fondo. Yo echaría unos trescientos o cuatrocientos gramos de bicarbonato por litro.

—¿Y cuánto hace falta para llenar una bañera?

—¿Una bañera, ha dicho?! —El hombre debía de estar empezando a creer que eran un par de lunáticos—. Hombre... No sé cuántos litros puede tener una bañera. Calculo que unos doscientos. Eso hace... entre sesenta y ochenta kilos de bicarbonato.

La conclusión del dependiente sonó como la respuesta de un inquisidor ante una blasfemia. Pero Ned ya había tomado una decisión.

—¡Que sean cien, entonces! ¿Tiene usted esa cantidad disponible?

La bañera del cuarto de baño que había en el piso bajo, en casa de Olga, estaba prácticamente llena de agua moderadamente caliente. El vapor inundaba por completo la estancia aunque habían dejado abierta la puerta y todas las ventanas de la vivienda. Olga iba añadiendo poco a poco las bolsas de bicarbonato mientras Ned removía el agua con el palo de una escoba.

—¿Sabes qué? —dijo él—. Si un día te prendieses fuego por accidente en casa, podrías salvarte si tuvieras la bañera llena de agua. Eso le pasó a un criado de Alejandro Magno, que salvó la vida porque el rey estaba a punto de darse un baño.

Olga detuvo su tarea por un momento y le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres un poco raro? Aunque sea verdad lo que dices, ¿qué quieres hacer? ¿Tenerla siempre llena de agua por si acaso?

—No, claro... Es absurdo.

Aunque su expresión era muy seria, los ojos de Ned revelaban que estaba bromeando.

—¡Deja de tomarme el pelo!

—Anda, ven aquí...

Ned paró de remover el agua y atrajo a Olga hacia sí. Los dos se fundieron en un ardoroso beso, entre la nube de vapor que exhalaba el peculiar baño que estaban preparando. A Ned le habría gustado dejarlo todo para entregarse de nuevo a Olga, pero ambos deseaban aún más saber de una vez por todas lo que contenía el maletín. La droga de la curiosidad había inundado sus venas.

—Añade la última bolsa de bicarbonato. Yo creo que ya no se disuelve más, a pesar de la temperatura del agua.

Habían comprado en unos grandes almacenes una sierra de mano con mango ancho y hoja corta. No podían usar una sierra de calar eléctrica bajo el agua, y eso suponía un gran contratiempo. A mano sería más difícil cortar el recio maletín. Además, y esto era lo peor, durante todo el tiempo de más que tardaran en abrirlo, las cintas estarían expuestas a la acción del ácido. Para compensar eso en la medida de lo posible, a Ned se le ocurrió una estratagema. Como disponían de las radiografías de los márgenes del maletín, sabían con exactitud por dónde pasaban los cables en esas zonas. Gracias a ello serían capaces de abrir un pequeño orificio en el borde, sin interrumpir el circuito de seguridad. A través del agujero, y usando una jeringuilla, podrían llenar el maletín de agua con bicarbonato. Eso ayudaría a proteger las cintas cuando lo sumergieran en la bañera y liberaran el ácido al empezar a cortarlo. Una cantidad tan pequeña no sería suficiente para neutralizarlo por completo, pero les daría un poco más de tiempo.

—Esto ya está —dijo Ned, harto de remover el agua de la bañera.

Salió del cuarto de baño y regresó con el maletín, la jeringa, la sierra y la taladradora. Le puso a ésta una broca para metal y luego la enchufó en una toma eléctrica. Olga tenía en sus manos las radiografías. Eligieron la mejor posición y midieron el punto en el que practicar el orificio. Ned hizo el agujero con sumo cuidado, en la velocidad de giro más baja del aparato.

—¡Listo! La broca ha entrado hasta el fondo. Y gracias a Dios parece que no ha pasado nada. Olga, dame la jeringa, por favor.

Con el agua de la propia bañera, Ned fue cargando la jeringa y vaciándola dentro del maletín hasta que rebosó por el orificio.

—Ha llegado el momento —dijo Olga y emitió un suspiro de tensión.

Muy despacio, sumergió el maletín en la bañera mientras Ned preparaba la sierra. Por el agujero salieron algunas burbujas, de los restos de aire acumulados.

—Allá voy.

Los dos se miraron un momento con ilusión y temor en los ojos. Después, Ned se enrolló una toalla en la mano con que iba a sujetar el maletín y colocó la hoja de la sierra en una de sus esquinas, evitando las planchas de plomo. Apretó con todas sus fuerzas y empezó a mover la sierra hacia delante y hacia atrás.

En unos segundos, los dientes alcanzaron uno de los cables y lo seccionaron. El ruido sordo de una detonación interna hizo a Ned detenerse en seco y a Olga dar un grito.

—¡El ácido ha saltado! ¡Ahora hay que darse prisa!

Siguió cortando lo más rápido que pudo hasta casi la mitad del maletín. Luego metió las manos en el hueco y tiró hacia ambos lados con ímpetu. El maletín se abrió como la boca de un reptil. Olga fue quien sacó las cintas de sus entrañas. Ned soltó el maletín y abrió el grifo de la ducha.

—¡Hay que lavarlas bien!

Pusieron los dos gruesos rollos de cinta bajo el chorro de agua fría, con la presión al máximo durante varios minutos. No querían arriesgarse a que los restos del ácido tuvieran un efecto retardado capaz de destruir a la postre las bandas magnéticas.

Era suficiente. Y si no, ya no habría nada que hacer de todos modos. Exhausta, Olga se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra el frío alicatado.

—Creo que lo hemos conseguido—dijo—. Parece que las cintas están enteras.

Ned se sentó a su lado, igual de exhausto y con las ropas también empapadas. Tenía las cintas sobre su regazo. Las inspeccionó minuciosamente, como un niño pequeño a un bicho desconocido.

—Tenemos que dejarlas secar. Son de plástico y el agua no estaba demasiado caliente, así que no creo que se hayan dañado. Eso espero...

Por increíble que resultara, habían logrado sacar indemnes las cintas del maletín

trampa. Ahora bastaba encontrar una máquina Ampex con que visionarlas; una labor mucho más sencilla, aunque no tanto como podría parecer en principio. En lo que a tecnología se refería, el Ampex era un artefacto antediluviano.

—María Rojo, mi ex, es directora del archivo histórico de la facultad de periodismo. Quizá el archivo disponga de un Ampex compatible con estas cintas. No me parece imposible.

—¿Tienes acceso al archivo? —le preguntó Olga, dejando entrever que se refería a si su relación con María Rojo era lo bastante buena para recurrir a ella.

—No hay problema. Nos llevamos muy bien. María está ahora en Barcelona, en el jurado de un certamen. Voy a llamarla ahora mismo. Supongo que puede pedir al conserje que nos abra el archivo, si es que disponen de una de esas máquinas.

Ned sacó su móvil y buscó el número de María Rojo. Le explicó someramente la situación y le preguntó por el Ampex. Como había imaginado, el archivo disponía de uno, y ella no tuvo inconveniente en avisar a la facultad para que les dejasen acceder a él. Se quedó muy intrigada, pero tuvo que conformarse con una frase de Ned que conocía demasiado bien: «Confía en mí».

Las cintas tardaron casi una hora en secarse, colocadas junto a una ventana abierta, aunque separadas de la acción directa del sol tórrido. Ambos, Ned y Olga, ardían en deseos de llegar a la facultad de periodismo y descubrir qué ocultaban. La resolución del misterio estaba ahí, al alcance de sus manos, en las partículas magnéticas orientadas sobre el material plástico de las gruesas y viejas cintas. Era como tener ante los ojos un texto cifrado del que todavía se ignora la clave, o escrito en caracteres incomprensibles.

Cuando por fin quedaron completamente secas, las guardaron en una mochila y salieron a toda prisa hacia la Ciudad Universitaria. Olga tuvo que pedir a Ned en más de una ocasión que levantara un poco el pie del acelerador.

—Si tenemos un accidente —le dijo la última de las veces, inquieta— todo lo que hemos hecho hasta ahora se irá al garete.

Era un argumento de peso, más allá de la propia seguridad personal. De modo que Ned obedeció y, con gran esfuerzo, condujo más relajado en el tramo final hasta la facultad. Allí dejaron el coche mal aparcado delante de la puerta, en una zona reservada a profesores. Lo último que les importaba ahora era que llamaran a una grúa y se lo llevaran.

Recogieron la mochila y corrieron hacia la entrada. El edificio estaba desierto. El conserje se había quedado dormido en su cabina, a uno de los lados del recibidor. Ned dio unos golpes bruscos en el cristal traslúcido, y el hombre se sobresaltó al punto de casi caer de la silla.

—¿Qué pasa?! —dijo asustado, al ver la cara de Ned en el hueco de la ventanilla.

—Perdone el sobresalto —le contestó Ned, y puso su mejor sonrisa—. Hemos

venido a consultar el archivo. Tenemos permiso de la profesora María Rojo.

El conserje asintió y abrió una libreta. Fue consultando las anotaciones con el dedo como guía hasta llegar a la que Ned había mencionado. Dio dos golpecitos en la hoja y se volvió hacia un pequeño armario colgado en la pared, a su espalda. Lo abrió y cogió unas llaves. Mientras, Olga y Ned apenas lograban contener la impaciencia.

Precedidos por el conserje, bajaron unas escaleras hasta el sótano, donde se hallaba el archivo. En realidad no era más que un espacio diáfano, sin decoración de ninguna clase, poblado de armarios y estanterías con miles de periódicos, revistas, películas en celuloide, vídeos, discos, etc. En la única habitación independiente había varias mesas y una pantalla. Allí estaban, casi como en un museo, los antiguos sistemas de proyección en todas las anchuras de cinta.

—Cuando terminen —dijo el hombre, disponiéndose a volver a su siesta en la cabina—, avísenme para que cierre. Que no se les olvide.

—Sí, sí, no se preocupe —respondió Olga.

Ya solos, Ned se acercó a una especie de enorme buró con puertas en forma de cortina.

—Vamos a hacer magia —dijo.

—¿Dónde está el Ampex? —preguntó Olga.

La respuesta fue visual. Ned levantó una de las cortinas de listones y el vetusto Ampex apareció detrás.

—¡He aquí! —exclamó con gesto triunfal—. María me ha explicado cómo ponerlo en marcha. Hay que sacarlo y conectarlo a un proyector.

La mochila con las cintas esperó su turno encima de una de las mesas, mientras Ned cogía el Ampex y lo colocaba a su lado. Parecía pesar una tonelada. Las conexiones no eran complicadas. Las hizo al tiempo que Olga comprobaba que las cintas correspondían con el tipo de máquina. Así era, por suerte para ellos.

—¡Ajá! Perfecto. O, al menos, eso creo.

—Voy a rebobinar... —dijo Ned—. Déjame sólo un segundo para que termine de prepararlo.

A Olga le brillaban los ojos.

—Ojalá mi padre compartiera este momento con nosotros. Y su cerebro no estuviera tan mermado. Esto va a ser histórico y todo gracias a él. ¿Te das cuenta? ¿Lo hemos conseguido?

En vez de contestar, Ned besó a Olga y fue hasta el interruptor de la luz. Se quedaron un momento en penumbra, iluminados tan sólo por la bombilla de emergencia. Ned regresó a la mesa y oprimió el botón de puesta en marcha del Ampex. La fuente de vídeo estaba conectada a un proyector que lanzó su haz sobre la pantalla de la pared.

Al principio, lo que vieron no tenía nada de especial, si es que la llegada del

hombre a la Luna no era en sí misma poco menos que un milagro. Se veía a Armstrong y a Aldrin realizando sus tareas programadas en el satélite. A Olga le sorprendió la calidad de la imagen. Como Ned supuso, acertadamente, la emisión original era en color y con mucha mayor definición que la que se redifundió a las televisiones del mundo.

Pasaron unos quince minutos sin que nada de lo que veían pudiera calificarse tampoco de anormal. Entonces se escuchó que desde el control, en la base norteamericana de Houston, pedían a Armstrong pasar a un canal de comunicación seguro. Tras un pequeño silencio, un clic y un ruido de estática, la voz del astronauta jefe de la misión volvió a escucharse con claridad. También la del control. El que ahora hablaba era el mismo general Phillips en persona.

—Era el jefe de la misión Apolo XI —explicó Ned.

Le escucharon decir que una señal desconocida, y con un patrón inteligente, se había localizado cerca del módulo lunar, a pesar de que el alunizaje en aquel punto era fortuito. El general Phillips indicaba a Armstrong la localización exacta de la señal y le ordenaba dirigirse hacia ella. Él obedecía, flotando con sus pasos ligeros en la tenue gravedad lunar. Cada vez más atónitos y maravillados, vieron al astronauta encender la cámara portátil que llevaba consigo. La imagen era vibrante a cada paso que lo acercaba al origen de la señal...

Nunca en su vida algo había atraído la atención de Ned, hasta el punto de hacerle olvidar todo lo demás, como las imágenes que pasaban ahora ante sus ojos. Se sentía aislado del resto del universo, congelado en el tiempo de la grabación, que le pareció omnipresente y eterna. Una mirada fugaz le bastó para saber que Olga sentía justo lo mismo. Las mentes de los dos estaban al cien por cien inmersas en aquella película inimaginable aunque real.

Entonces lo vieron. Y experimentaron la misma fascinación que golpeó al propio Armstrong aquel histórico 20 de julio de 1969, a más de trescientos mil kilómetros de distancia de la Tierra. Era una forma rectangular, emergiendo de la superficie polvorienta, inerte como un chato monolito grisáceo.

Tanto Ned como Olga comprendieron que lo que estaban a punto de descubrir era muchísimo más importante y sobrecogedor que lo que habían imaginado. Más incluso que lo que sus mentes serían capaces de concebir. Y un escalofrío recorrió a la vez sus cuerpos, desde los talones hasta el vello de la nuca.

—Explícame qué demonios significa lo que acabamos de ver —dijo Ned cuando fue capaz de articular palabra, ya finalizada la proyección.

La pregunta era vana, porque era obvio que ni él ni Olga tenían ninguna respuesta.

—Todo eso no tiene sentido... —dijo ella.

Estaban tan aturridos que las ideas saturaban sus mentes. Intentar encontrarle una explicación a lo que acababan de ver era una tarea poco menos que imposible. Habían presenciado cómo Armstrong llegaba al origen de la señal, una pieza rectangular con forma de cubo; cómo retiraba el polvo lunar que había sobre ella y revelaba el sello de Estados Unidos grabado encima; cómo abría el cubo, una especie de cofre, y sacaba de él diversos objetos...

—El general Phillips dijo que la señal era desconocida —reflexionó Ned en voz alta—. Pero luego la caja tenía el sello americano. No lo entiendo. No entiendo nada.

—¿Y el ejemplar del New York Times...? —dijo Olga—. Era el del día siguiente al alunizaje.

Ned se mantuvo en silencio, tratando de sacar algo coherente en el mar tormentoso en que se hallaba sumido.

—No sé si es posible o imposible. Pero el hecho es que la grabación es auténtica y, lo que hemos visto, real, por más increíble que parezca. De eso podemos estar seguros. Eso es lo único cierto.

—¿Te has fijado en el sobre? Había un nombre escrito en él.

—Stephen Lightman. Sí, me he fijado.

—¿Quién sería ese hombre?

—Lo que yo me pregunto es, más bien, si el sobre contenía un mensaje de esa persona o para esa persona.

Olga le miró con extrañeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo podría alguien mandar un cofre a la Luna si se supone que Armstrong fue el primero que la pisó?

—Ignoramos por completo, y no es una simple forma de hablar, lo que significa esa caja. No debemos descartar ninguna posibilidad... Sólo se me ocurren dos personas que podrían ayudarnos a descifrar este misterio.

—¿Quiénes? —preguntó Olga, excitada.

—Pues obviamente quienes estuvieron allí: Neil Armstrong y Edwin Aldrin.

Ned comprendía ahora por qué Buzz Aldrin había dicho, en cierta ocasión, que revelar lo que sucedió en la Luna sería la mayor exclusiva de todos los tiempos. Lo que nunca imaginó es que eso fuera literal y dramáticamente cierto.

Su excitación alcanzó el punto máximo. De pronto, Olga y él se pusieron a gritar como locos, embriagados por el entusiasmo. Se habían zambullido en una investigación de importancia histórica. Y habían conseguido ya más de lo que nadie hubiera soñado.

—¡Tenemos que enviar una copia de estas cintas a los medios de prensa! — exclamó ella.

—No, Olga, no. Al menos, todavía. Primero hay que llegar al fondo del asunto. Comprendo lo que sientes. Yo lo he sentido antes muchas veces. Y sé por experiencia que las investigaciones han de expresarse hasta el final para que sean realmente valiosas.

—Sí, tienes razón. Esto no ha acabado todavía...

—Pero es nuestro. ¡Tuyo y mío! Es el descubrimiento periodístico del siglo. Esto vale un millón de Pulitzers. Aunque ahora que lo pienso tú no puedes ganarlo porque no eres americana. Pero ¿eso qué importa? —La exaltación le hacía divagar—. Aún no doy crédito a lo que hemos visto... Necesito copias fotográficas de algunas imágenes. Hace años entrevisté a Aldrin, con motivo del treinta aniversario de la llegada a la Luna. Tengo su contacto. Vive en California y no me será difícil llegar hasta él. Ahora anda metido en viajes espaciales privados y en poner un hotel en órbita. Es un hombre entusiasta y de carácter muy abierto.

—¿Y Armstrong? —dijo Olga—. Al fin y al cabo, fue él quien encontró y abrió el cofre.

Aunque Ned había mencionado antes a los dos astronautas, sabía que, con suerte, sólo Aldrin podría realmente estar dispuesto a ayudarles. Se hallaba con Armstrong allá arriba cuando encontró el cofre, y era un hombre mucho más accesible que su compañero.

—Armstrong no es amigo de entrevistas ni de comparecencias públicas. Es casi imposible hablar con él. Prefiero probar con Aldrin. Además, seguramente se acordará de mí porque durante la entrevista que le hice se produjo un pequeño accidente que no debe de haber olvidado.

Ned no entró en detalles ni Olga se los pidió. Estaba rebobinando las cintas para volver a proyectarlas y tomar las fotografías de la pantalla.

—¿Tienes ahí tu cámara? —le preguntó a Ned.

Él la sacó de la mochila, con una sonrisa satisfecha. No era precisamente una reflex de alta calidad, sino una compacta no demasiado cara. Pero bastaría para tomar unas buenas instantáneas.

—Yo voy pasando la cinta y tú haces las fotos —dijo Olga—. No sé si este chisme tiene pausa de imagen.

—Yo tampoco. Es la primera vez en mi vida que veo un Ampex.

—Entonces tendrás que cogerlas al vuelo. Si alguna sale mal, echamos para atrás

y la repites.

Las imágenes que Ned quería captar eran las de Armstrong aproximándose al cofre, el sello de Estados Unidos en su parte superior, y una de cada objeto que contenía. Eso sería más que suficiente como prueba irrefutable del hallazgo.

—Lo mejor será que te quedes tú con las cintas cuando yo vaya a California para entrevistarme con Aldrin, ¿no te parece? —dijo Ned, atento a la pantalla.

—Sí. Y tendré que encontrar un sitio bien seguro donde guardarlas...

Lo que ninguno de los dos sabía era que la seguridad de las cintas y la suya propia estaba ya comprometida. Desde la primera llamada de Ned a su amiga Sandra de la NSA, y cada vez que usaba su teléfono, un ordenador en la sede de esa agencia gubernamental de Estados Unidos iniciaba una secuencia de seguimiento, gracias a la huella sónica de la voz de Ned almacenada en el programa. Hasta el momento, sus comunicaciones telefónicas sólo habían sido objeto de vigilancia por simple precaución. Pero su llamada a Edwin Aldrin hizo saltar las alarmas.

Para muchos, la NSA era como Dios pero sin buenas intenciones. Una agencia que lo sabe, lo ve y lo oye todo gracias a su red Echelon, la Gran Oreja Mundial. Cualquier persona que hubiese hablado por teléfono, aunque fuera sólo una vez en los últimos veinte años, tenía grabada su huella sónica en las bases de datos de Echelon. Ésta es una especie de huella dactilar de la voz, que la NSA almacena en los ordenadores de la red junto con los datos personales de su dueño. Cada vez que esa persona vuelve a hablar por teléfono, desde un fijo o un móvil, suyo o ajeno, e incluso desde una cabina, la red detecta su huella sónica e identifica de modo unívoco al interlocutor de que se trate. Si se dice alguna palabra «sensible», como por ejemplo «bomba» o «atentado», un sistema informático experto se activa y deriva la transcripción de esa conversación a un operario humano. Algo similar al sistema que el FBI emplea con el correo electrónico.

Se trataba de algo real, no de ciencia-ficción. Y lo peor era que, de ser utilizado un móvil, el origen de la señal podía rastrearse trilaterando las antenas de telefonía que le daban cobertura. Los agentes de la NSA podían así conocer en tiempo real la localización exacta del objetivo en cualquier lugar de este pequeño mundo cada vez menos azul. Echelon era el auténtico Gran Hermano de las pesadillas de George Orwell. Un sistema capaz de controlarnos a todos, hasta un punto difícil de imaginar.

Según sus defensores, la temible red de la NSA podía prevenir actos terroristas y localizar a criminales antes de que pudieran actuar. Pero, aunque eso fuera cierto, Echelon suponía un ataque directo contra la libertad individual, pues no distinguía a priori entre culpables e inocentes. Para evitar este tipo de abusos se hizo Ned periodista. Ya que nadie puede luchar individualmente contra tan grandes poderes, lo mejor que podía hacerse era estar informado e informar. Para eso estaban ahí los periodistas: para exponer la verdad y permitirnos a todos actuar en consecuencia.

Por desgracia para Ned Horton, él era ahora, más que nunca, una presa del sistema. Había descubierto algo. Eso resultaba patente. En la sede de la NSA, situada en Fort Meade, Maryland, un informe sobre Ned estaba ya en la mesa de un general del servicio de inteligencia. Éste aún no lo había leído, porque acababa de regresar de su almuerzo. El agente que había traído el informe y le esperaba en su despacho dijo solamente tres palabras, nada más entrar el general:

—Noventa y siete.

Éste cambió su expresión amable por otra en la que se reflejaba una aguda preocupación.

—¿De quién se trata? —preguntó.

—Ned Horton. Un periodista de invest...

—Ya sé quién es —le cortó el general—. Un hombre notable. Sería una lástima que llegara a descubrir algo.

El viejo militar se sentó a la mesa y comenzó a leer el dossier. Era escueto. Tardó sólo unos minutos en tener una idea precisa del asunto.

—Comprendo —dijo—. Quizá sea una amenaza.

—Entonces... ¿Tengo su permiso para actuar?

—Por el momento límitese a seguir sus pasos y a tenerlo vigilado. Quiero que me tenga informado en todo momento. Le ordeno expresamente que solicite mi confirmación personal antes de tomar cualquier iniciativa contra Horton. Insisto en ello: antes de tomar cualquier iniciativa contra él.

El agente torció el gesto. Aunque no le quedaba más remedio que acatar las órdenes de aquel anciano timorato, al que juzgaba demasiado mayor para el cargo que ostentaba. Un hombre de acción aprende a ser resolutivo y tomar decisiones sobre la marcha. El general quizá fuera así en el pasado, cuando se había convertido en el más joven miembro de la comisión que estudió el cofre hallado en la Luna por Armstrong y Aldrin. Pero de eso hacía mucho tiempo.

—A la orden, señor —dijo el agente con los dientes apretados.

—Espero que nada de esto se nos vaya de las manos...

Ned consiguió a través de internet un billete de avión para el día siguiente, a primera hora de la mañana. Olga y él estaban en el hotel Plaza, preparando el equipaje. Ya había hablado con la asistente personal de Aldrin para solicitar la entrevista. Le dijo que trataría sobre sus negocios espaciales para millonarios excéntricos que han agotado los caprichos en la Tierra y quieren probar algo nuevo, sólo al alcance de sus bolsillos. Aunque a la asistente se lo dijo con más finura. Muy interesada en la petición de un periodista tan famoso como Ned Horton, aceptó sin reservas concederle una hora con el ex astronauta, en su propia casa, cercana a Los Ángeles.

Aldrin era todo un personaje. Después del viaje a la Luna tuvo problemas con el

alcohol y estuvo a punto de destruir su relación de pareja y su vida. Pero sus hondas convicciones religiosas le ayudaron a superar la crisis. Algunos decían que estaba loco; otros que era un visionario. En cualquier caso, se trataba sin duda de un hombre brillante, cuyos avances científicos en el campo de la navegación espacial posibilitaron el éxito de la misión Apolo XI.

—La contribución de Edwin Aldrin a la conquista del espacio no ha sido valorada lo bastante —dijo Ned a Olga, mientras encendía su ordenador—. Al menos por el público en general. Casi nadie sabe que es un importante científico e ingeniero, además del segundo hombre en pisar la Luna.

Por su labor de periodista de investigación y su propio carácter, Ned conocía todo tipo de datos y curiosidades, que le encantaba compartir con los demás.

—Yo creía que los astronautas eran pilotos de pruebas —dijo Olga—. Casi unos aventureros, amantes del riesgo, sin más.

—Nada de eso. Los primeros que fueron reclutados por la NASA, cuando era militar, quizá correspondían con ese perfil. Pero los que vinieron después ya no. La gente admira a los deportistas de élite y a los actores de Hollywood y se olvida de esos hombres y mujeres excepcionales que unen el entrenamiento físico de primer nivel con una formación intelectual sobresaliente. ¿A que me ha quedado bien el discurso?

—Se nota que eres escritor... El sistema operativo ya se ha cargado.

—Perfecto. Pues vamos a atar el último cabo suelto que nos queda por ahora: Stephen Lightman. El caso es que ese nombre me resulta familiar...

La conexión inalámbrica a internet estaba activa. Ned abrió Google, esa especie de Oráculo de Delfos moderno, y tecleó el nombre que aparecía en el sobre que Armstrong encontró en la Luna.

Casi al instante, aparecieron ciento ochenta y seis resultados. Habría sido suficiente con el que encabezaba la lista. Al verlo, Ned se quedó petrificado durante unos segundos. Olga le agarró del brazo y lo sacudió para que volviera en sí.

—¿Qué te pasa? ¿Es que has visto un fantasma?

Ned sacudió la cabeza y luego se volvió hacia ella, sentada a su lado.

—No he visto un fantasma, pero casi... Acabo de recordar de qué conozco el nombre de Stephen Lightman. Es un científico que trabaja en el viaje en el tiempo.

—¡Eso cuadra con el contenido de las cintas! —dijo Olga, entusiasmada; pero enseguida recapacitó para añadir—: Pero es imposible...

—A decir verdad, yo ya no sé qué es imposible y qué no. Hace un par de años conseguí infiltrarme en el Área 51. ¿Sabes de qué te hablo?

—Sí, claro, la base secreta de los extraterrestres. He visto Expediente X. Aunque es sólo un mito, ¿no?

—En absoluto. Lo de los extraterrestres, sí, pero la base existe en la realidad. Es

un complejo gigantesco en medio del desierto de Nevada. Antiguamente estaba borrada de los mapas, hasta que llegó Google Earth con sus imágenes aéreas, y los militares tuvieron que fastidiarse.

Ned accedió a la primera página en que se mencionaba al profesor Lightman. Sólo hacía referencia a una publicación antigua sobre la teoría de supercuerdas y la undécima dimensión, una parte de la física cuántica relacionada con la esencia íntima del espacio-tiempo. El resto de los enlaces eran referencias similares, o sobre datos académicos de varias universidades prestigiosas. Todas ellas tenían otro punto en común: ninguna decía a qué se había dedicado el genial investigador a partir de finales de los años noventa. Era como si Stephen Lightman se hubiera retirado por completo del mundo. Los enlaces de la segunda página de resultados contenían más de lo mismo. Hasta que Ned abrió el penúltimo.

—¡Oh, Dios mío...!

Se sintió como si le hubieran derramado encima un jarro de agua fría. La página mostraba un obituario en el que se recogía la noticia del fallecimiento del profesor. Fue poco después de los atentados del 11-S. Al parecer, Lightman había muerto en un accidente de automóvil en Massachusetts.

—Esto lo cambia todo. El hombre al que estaba dirigido el sobre ya no vive...

Ned estaba conmocionado por el golpe. No había contado siquiera con esa posibilidad.

—Eso no tiene sentido... —dijo Olga.

—¿A qué te refieres?

—Quienquiera que enviara el mensaje tenía que saber que Lightman estaría vivo para recibirlo.

—Sí, pero para recibirlo a partir de 1969, cuando fue hallado en la Luna.

—Ah, claro... ¿Sería ya entonces un científico importante?

—Buena pregunta. Aunque hay otra más inquietante: ¿Desde cuándo lo envió? Yo vi su nombre en un archivo del Área 51, y eso fue después del 11-S. Lo cual, pensándolo bien, no implica que estuviera vivo aún. Quizá hacía referencia a sus anteriores investigaciones. No lo sé...

—Esperemos que Aldrin tenga alguna respuesta.

—Sí, ojalá. Esto se está complicando cada vez más. Tengo la sensación de no entender nada. Y no me gusta.

Tercera parte

Hoy

26

El vuelo procedente de Madrid, con escala en Nueva York, llegó puntualmente y sin contratiempos al LAX, el aeropuerto internacional de Los Ángeles. Ned llevaba sólo una maleta pequeña, que recogió del portaequipajes superior. Encendió su móvil cuando el Boeing 777 se detuvo junto a la pasarela del punto de atraque. Olga le había pedido que le enviara un mensaje en cuanto llegara, sin importar la hora en España, y lo hizo mientras esperaba a que la tripulación abriera las puertas.

Como ciudadano de Estados Unidos tardó poco en traspasar la aduana. Abandonó la terminal y se encaminó directamente a la agencia de coches de alquiler Dollar, donde había reservado un Pontiac de tamaño medio, un coche cómodo sin excesivos lujos. Con él pensaba desplazarse hasta el hotel, en pleno centro de la caótica capital del estado de California, y luego a casa de Aldrin al día siguiente. Tras una discusión con la señorita del mostrador de la agencia, tuvo que aceptar a regañadientes un Jeep a cambio: era un tipo de vehículo que aborrecía.

Acababa de abandonar el aparcamiento de la agencia cuando el móvil emitió su melodía. Era Olga. En California estaba prohibido hablar por teléfono conduciendo, pero las autoridades no eran tan poco permisivas como en Europa, quizá porque casi todos los vehículos son automáticos y las velocidades máximas muy limitadas. Ned comprobó que no había policías a la vista y respondió a la llamada.

—¡Hola! —contestó en un tono animado.

Ya la echaba de menos.

—¿Has llegado bien?

—Sí. Todo perfecto. Estoy en el coche de alquiler, yendo hacia el hotel.

—Entonces hablamos luego. Llámame cuando te instales.

—OK. Un beso.

Antes de marcharse, Ned había regresado con Olga hasta el Canto de Castrejón para esconder de nuevo las cintas de la Luna. Habían comprado un nuevo maletín, éste sin sistemas de seguridad, metálico y con revestimiento impermeable. En su

interior colocaron las cintas, cubiertas con un grueso plástico, y lo dejaron en el mismo lugar en que Antonio Durán lo escondiera en el verano de 1969. Habían llegado a la conclusión de que era la mejor alternativa. Si el maletín original había estado allí oculto tantas décadas, sin ser descubierto, estaba claro que era un escondrijo perfecto. Además, sólo ellos dos conocían su localización exacta.

Ahora Ned llevaba en su maleta las fotografías tomadas de la proyección de las cintas en el archivo de la facultad de periodismo. Momentos culminantes e incontrovertibles del hallazgo. Ardía en deseos de mostrárselas a Aldrin para ver qué cara ponía. Quizá él no tuviera todas las respuestas a sus preguntas, pero sí muchas. Podría situarle en el camino de desentrañar por completo el misterio más increíble de la historia de la humanidad.

Atascado en el infernal tráfico de Los Ángeles, Ned sonrió recordando una vez más las historias de conspiraciones que giraban en torno a la conquista de la Luna: farsa grabada en un estudio con ayuda de Stanley Kubrick, encuentro de unas ruinas extraterrestres, naves alienígenas, fotos trucadas... Una combinación de varias de ellas desembocó en un reportaje moderno, absolutamente genial, un fake elaborado por un equipo francés que logró la colaboración de personalidades como Henry Kissinger, Donald Rumsfeld o Vernon Walters, e incluso de la propia viuda de Kubrick.

Si quienes creían en cualquiera de esas cosas supieran una décima parte de lo que sabía Ned... Como siempre, la realidad superaba a la ficción. Incluso dentro de la ficción.

El aparcamiento del hotel Sheraton era al aire libre. Ned dejó el automóvil cerca de la entrada y sacó su maleta. Tras registrarse en la recepción, subió a su cuarto y tomó una ducha relajante. Habían sido muchas horas de vuelo y de espera en los aeropuertos. Se sentía cansado y con los músculos doloridos. Su mente, por el contrario, estaba activa como nunca. Ned era incapaz de abstraerse un poco de la investigación y darse un saludable respiro.

Volvió a llamar a Olga. Estaba triste por no haber viajado con él a Los Ángeles, aunque supiese que era más prudente y operativo que Ned siguiera allí solo la investigación. Ya habría tiempo después de saborear juntos la gloria. Ned nunca había sido un hombre egoísta, de esos que tratan de acaparar todo para sí. Siempre le resultó mucho más gratificante compartir con personas como Olga, una mujer brillante que se lo merecía.

Ned comió algo y pasó el resto de la tarde en un cine, intentando no darle más vueltas al asunto y conceder un merecido descanso a su cerebro. No funcionó, claro está, y al final del día se encontraba agotado. Después de una cena frugal, se acostó muy pronto. Al día siguiente tendría una de las entrevistas más importantes de toda su vida profesional y personal. Una entrevista que cambiaría su vida y, quizá, la de toda

la humanidad.

El sol lucía espléndido sobre Los Ángeles cuando Ned se despertó por la mañana. La noche anterior había preparado su cuaderno de notas, su grabadora y el sobre con las fotografías tomadas de las cintas. Abrió los ojos como si hubiera estado durmiendo una semana y, de pronto, recobrarla la consciencia de un solo golpe. La energía renovada inundó sus venas y notó su mente despejada por completo. Estaba en forma para la entrevista con el viejo astronauta.

El trayecto hasta la residencia de Aldrin era relativamente largo, como todas las distancias en la vasta capital de California. Salió con una hora de adelanto por si tardaba más de lo previsto. Prefería esperar a llegar tarde. Tomó la calle Figueroa en dirección sur, para luego dirigirse hacia el este. Aldrin vivía en una bonita y lujosa zona residencial típicamente californiana. A Ned nunca le había atraído demasiado esa parte del país, aunque debía reconocer que poseía grandes encantos. Sobre todo por sus playas y en la forma de voluptuosas mujeres en biquini, bañándose, haciendo surf y tomando el sol.

Había hecho bien en salir con tiempo de sobra. El intenso tráfico no le permitió llegar a la urbanización hasta apenas diez minutos antes de la hora fijada para la entrevista. Había un control de seguridad. Se acreditó ante el guardia, que le indicó cómo llegar a la casa de Aldrin. Era un lugar vigilado, al que circundaba por completo una tapia para aislarlo del resto del mundo, pero resultaba acogedor. Dentro se veían muchos coches de lujo y algunos niños en bicicleta, entre las calles perfectamente rectilíneas y los jardines, todos idénticos y todos cuidados con esmero casi enfermizo.

Ned estacionó su automóvil junto a la rampa de la casa de Aldrin. Miró el reloj. Todavía le quedaban cinco minutos, y le habían enseñado que era más descortés llegar con antelación que con un ligero retraso. Esperó hasta la hora en punto, comprobando una vez más que llevaba consigo todo lo necesario, y se dirigió por fin a la entrada de la casa.

Una mujer vestida de asistenta le abrió la puerta y le hizo pasar a una salita. Segundos después apareció la ayudante personal del ex astronauta. Era joven y agradable. Una mujer rebotante de energía.

—Encantada de conocerle en persona, señor Horton. —Ella y Ned ya habían hablado antes por teléfono, para concertar esa cita—. El señor Aldrin lo recibirá enseguida. Si es tan amable de acompañarme...

Ned la siguió hasta un despacho muy espacioso y lleno de luz. Las estanterías y las paredes estaban repletas de recuerdos de la NASA, de diplomas y de imágenes del espacio. Lo que más llamó la atención de Ned fue una soberbia miniatura del cohete Saturno V, que llevó a los primeros hombres a la Luna con éxito. Aunque lo de miniatura era sólo relativo, ya que la maqueta debía de medir casi dos metros de alto.

—Querido Ned —oyó una voz tras él.

Era Edwin Aldrin, con sus profundos y expresivos ojos azules y aspecto de anciano bonachón; una de esas personas que inspiran confianza inmediata.

—Señor Aldrin, veo que me recuerda de la última entrevista que tuve el honor de hacerle.

—¿Cómo no me iba a acordar? Fue usted como una mosca cojonera... Lo digo en el buen sentido. Me gustan las preguntas difíciles. Aunque no tanto que me tiren encima el café.

Aquel había sido su pequeño incidente con Aldrin. Ned se tropezó al ir hacia él durante un desayuno-entrevista, y el contenido de su taza humeante acabó empapándole la camisa. Ned sonrió recordándolo. Y luego trató de imaginar la cara que pondría el viejo astronauta cuando le revelara el auténtico motivo de aquel encuentro.

—Pero sentémonos.

Aldrin dio a Ned un fuerte apretón de manos y le indicó que podía ocupar una de las butacas en torno a una mesa baja. Él se acomodó enfrente, en un sillón ancho.

—¿Le apetece tomar algo? ¿Café, un refresco...? Yo tomaré un poco de limonada.

—Me encanta la limonada.

La ayudante de Aldrin llamó a la criada y le pidió que llevara al despacho la bebida. Mientras esperaban, el ex astronauta preguntó a Ned por su trabajo actual. Estaba al tanto de su nuevo libro y se alegró sinceramente de que la aceptación entre el público y las ventas estuvieran marchando tan bien.

Cuando por fin se quedaron solos, con sus vasos de limonada en la mano, Ned sintió que ya no podía demorar más el momento de contar a Aldrin la verdad. Había ensayado mentalmente cómo empezar.

—El motivo de haber solicitado una entrevista con usted no tiene nada que ver con sus proyectos espaciales privados.

El gesto del anciano mostró sorpresa.

—Mi secretaria me dijo... Creí que...

—Ella no se ha equivocado. Le dije eso porque me pareció el modo más fácil de acceder a usted. Imagino que apreciará que no me pierda en rodeos y vaya al grano, así es que ahí va: sé lo que encontraron en la Luna.

Si antes Aldrin estaba sorprendido, ahora sus ojos se abrieron como platos y tomó una larga bocanada de aire por la impresión. Incluso se le derramó un poco de limonada al temblarle el pulso. Era la viva imagen de alguien que ha visto una aparición o un fantasma del pasado.

—¿A qué se refiere...? —dijo, tratando de recobrar la calma.

—Al cofre con el sello de Estados Unidos que Neil Armstrong recogió en un

cráter cercano a la posición del Águila.

—Usted se... confunde.

De nada iba a servirle a Aldrin negar lo evidente. Sabía que las palabras de Ned no eran un farol. Sólo podía conocer esos datos si realmente estaba al tanto del hallazgo. Lo cierto es que Aldrin llevaba décadas esperando que alguien le preguntara eso. Como ahora, de un modo inesperado, sin previo aviso. Por mucho que los servicios secretos intentaran ocultarla, la verdad siempre se acaba sabiendo. Es como un pedazo de madera. Aunque se sumerja a mil metros de profundidad en el mayor de los océanos, tarde o temprano sale a flote.

—Tengo pruebas de lo que afirmo —dijo Ned, y extrajo de su carpeta el sobre con las fotos.

—¿Qué es eso?

—Véalo usted mismo.

Con el rostro desenchajado y manos temblorosas, Aldrin fue pasando lentamente las fotografías.

—La entrevista ha terminado. Debe usted marcharse ahora mismo. No tengo nada que decir.

La voz de Aldrin era severa y su mirada expresaba dureza.

—¿Qué tiene que ver Stephen Lightman en todo esto? —insistió Ned.

—¡Le he dicho que se marche!

El ex astronauta se levantó e hizo un gesto vehemente con la mano, señalando la puerta. Ned dio un paso hacia allí, pero volvió a hablar.

—Stephen Lightman dirigió un proyecto secreto relacionado con los viajes en el tiempo.

—¡¿Qué?! ¿De dónde diablos ha sacado usted eso?

—De los archivos secretos del Área 51. Lightman trabajó allí.

El anciano parecía turbado. Eso era suficiente para Ned, por ahora. Aldrin había vuelto a sentarse, y su anterior enfado se disolvió en un gesto de duda y estupefacción.

—¿Cuándo? —dijo el astronauta, con voz cavernosa.

—No le comprendo...

—¿Cuándo estuvo Lightman trabajando en ese proyecto?

—Hace un par de años.

Ned jugó el farol de asumir que Lightman no estaba muerto cuando vio su ficha en la base de datos del Área 51.

—Eso... No, no puede ser...

La mirada de Aldrin se alzó como si lo hiciera desde una grieta muy profunda. Una grieta oscura y sobrecogedora, capaz de arrastrar hacia ella cualquier sentimiento de esperanza.

—Entonces no le hicieron caso... —añadió.

La imagen del ex astronauta era tan patética que Ned prefirió quedarse callado. No parecía capaz, en ese momento, de responder a ninguna pregunta de un modo coherente. Estaba abismado, con una mano en la frente y la otra caída a un lado.

—Juegan con fuego... —dijo—. No le hicieron caso...

Tras unos minutos en silencio, durante los cuales Aldrin repitió varias frases en tono desesperado y pronunció algunas otras sin aparente sentido o conexión entre ellas, Ned optó por intervenir de nuevo.

—Señor Aldrin. Está claro que se trata de algo grave. Y usted lo sabe.

—¿Algo grave? —suspiró—. Decir eso es muy poco. Creí que harían caso del mensaje, de la advertencia. Nos engañaron a todos. A Neil, a Michael, a mí...

—Pero... ¿De qué se trata?

—Del fin del mundo, hijo, del fin del mundo...

La enorme pizarra ocupaba por completo la pared más larga de la sala. Estaba repleta de símbolos imposibles de comprender para un profano. Delante de ella, sin notar siquiera la presencia de otra persona, un científico con bata blanca y aspecto desaliñado, de unos setenta años, escribía nuevos signos con la soltura de un mago que elucubra en sus artes arcanas.

—Profesor Lightman —dijo por fin la mujer que había entrado sin hacer ruido.

El científico se sobresaltó por la interrupción. Estaba agachado para escribir en la parte más baja de la pizarra. Se volvió, sin erguirse, y miró a la mujer por encima de sus estrechas gafas.

—Veo que está usted completamente sumergido en su trabajo —comentó ella.

—Eh, la verdad es que sí. Estoy haciendo unas comprobaciones... Creo que ya consigo vislumbrar la solución, pero...

—¿Pero?

—Nada. Son sólo cosas mías. Y dígame, ¿quién es usted?

—Comandante Demelza Taylor. Soy el enlace militar del proyecto con la administración. Acaban de trasladarme aquí desde Washington.

—Ya veo.

Lightman observó con disimulo el gesto endurecido de la mujer. No le inspiraba la menor confianza.

—Tenía el presentimiento de que hoy iba a ocurrir algo... especial. Y aquí está usted.

—Creía que los científicos no confiaban en los presentimientos.

—Al contrario —afirmó Lightman—. La intuición vale más que los conocimientos. Eso decía Einstein, y yo lo comparto. Hay que estar atento a todos los sentidos y no olvidarse de ninguno. Pero no se preocupe. Podremos cumplir el plazo de treinta días que se ha establecido.

Si no había contratiempos, el primer ensayo de salto temporal se llevaría a cabo en un mes. De ser exitoso, harían historia en un sentido muy distinto al habitual. Por primera vez, la historia se convertiría en variable. Dejaría de ser una roca inmutable para transformarse en barro, susceptible de ser modelado a voluntad.

—He recibido órdenes de unirme al equipo encargado de supervisar los preparativos y ultimar la puesta en marcha de la NTTA. Así es que vamos a vernos más a menudo a partir de ahora.

Las siglas a las que la militar hizo referencia correspondían a las palabras National Time Travel Agency, es decir, Agencia Nacional del Viaje en el Tiempo.

—Tan importante es la NTTA como el proyecto en sí mismo —dijo Lightman.

—La máxima autoridad está de acuerdo. Hemos de fijar los protocolos de actuación antes de poner en práctica el viaje en el tiempo. Le informo personalmente de que hay una reunión programada a las tres de la tarde de hoy. Está usted convocado como director científico.

—Muy bien. Allí estaré.

La reunión comenzó puntualmente. A ella asistían el secretario de Defensa, el general designado como jefe militar del proyecto, un doctor en filosofía y psicología, un coronel experto en antiterrorismo, la comandante Taylor y, por último, el doctor Stephen Lightman. Ellos compondrían la cúpula de la nueva agencia nacional encargada de velar por la ética y el buen uso de los viajes en el tiempo.

Se había establecido una estricta regla fundamental para evitar efectos indeseados en los saltos temporales. Aunque era muy tentador regresar al pasado y, por ejemplo, matar a Hitler antes de su ascenso al poder, esa clase de actuaciones llevaban consigo una cantidad de implicaciones y riesgos que debían tomarse en consideración muy seriamente. Nada podía asegurar que, introduciendo un cambio como ése, no se desencadenara algo aún peor —si es que resulta imaginable— que la Segunda Guerra Mundial y, por concatenación de sucesos, que ya no existiera la NTTA para evitarlo.

Viajar al pasado era comprometer el futuro sin capacidad de control. Por ello se estableció que todos los saltos temporales se efectuarían hacia el futuro. Sin excepciones. Primero, un grupo de exploradores del tiempo serían los encargados de analizar cada caso con un año de anticipación. Sólo se intervendría en los acontecimientos más graves, elegidos por mayoría entre los miembros directivos de la NTTA y corroborados personalmente por el presidente de Estados Unidos.

Actuar en el futuro ofrecía una importante ventaja en relación con interferir en el pasado. Una vez hecho un cambio, se podía viajar de nuevo hacia delante, con más distancia, para comprobar su efecto. Si no resultaba completamente satisfactorio era fácil deshacerlo, enviando a otro agente que abortara la misión en el propio futuro. De eso modo, todo quedaría como en origen.

—Aunque estamos casi listos para el primer ensayo efectivo —comenzó su intervención el jefe militar del proyecto—, todavía hemos de esperar hasta que podamos iniciar de hecho las actividades de nuestra agencia del viaje en el tiempo. Pero, dada la importancia del asunto, debemos tener preparado un modelo sin fisuras que regule con precisión su naturaleza y sus funciones.

—Los informes preliminares han sido aprobados ya por el presidente —intervino el secretario de defensa.

—Todos tienen delante un borrador de las directrices de nuestra agencia. Una vez definitivamente establecidas, su cumplimiento será obligatorio y no podrán violarse, bajo ninguna circunstancia.

El documento llevaba un encabezado en el que se recogía la necesidad de crear

ese conjunto de normas fundamentales. Apelaba también a la responsabilidad que todo poder implica, y más aún cuando ese poder supera con creces lo imaginado hasta el momento.

Regulación de la estructura y organización de la NTTA, constitución, atribuciones y seguridad

Objetivo: garantizar el cumplimiento de las directrices, la operatividad en la ejecución de las misiones, y la seguridad y mantenimiento del más absoluto secreto.

Normas directrices de los viajes en el tiempo

1. *Nunca realizar, bajo ningún concepto, saltos al pasado, entendiendo éste como una fecha anterior a la del inicio de cada viaje. No alterar el presente, es decir, los acontecimientos que permitieron o demostraron la necesidad de actuar corrigiendo hechos que debían evitarse o provocarse. Si un agente actúa en su futuro y regresa después (lo que no se considera viaje al pasado, sino un retorno a su propia época), al volver, nada de lo que conoce puede haber sufrido alteraciones, pues la acción aún no se ha efectuado en la línea temporal. Por el contrario, si ejerciese algún cambio en su pasado, su época ya no sería como antes de viajar, quizá levemente, quizá catastróficamente. En un sentido extremo, podría desencadenarse una guerra mundial u otra clase de conflicto y ya no existir la posibilidad del viaje en el tiempo para corregir el error.*

2. *Influir sólo en acontecimientos decisivos que afecten a una gran parte de la humanidad, directa o indirectamente. El viaje en el tiempo no debe esclavizar el futuro de la humanidad, a través de misiones arbitrarias o cuyo beneficio sea parcial. Un descubrimiento tan importante que puede alterar más que ningún otro el curso de la historia del ser humano ha de dirigirse inexcusablemente hacia el bien común, poniendo siempre los intereses generales por encima de los privados o arbitrarios.*

3. *Hacer incursiones hacia el futuro en un período de tiempo limitado a partir de la fecha de cada viaje. Dado que cada incursión temporal modificará el futuro, no tiene sentido explorar épocas muy alejadas que podrían experimentar cambios demasiado radicales. Esto invalidaría la información recogida y su posterior análisis. Los datos recabados en cada época han de ser lo suficientemente precisos para elaborar los planes de actuación, pero, a la vez, no deben producir una sobreabundancia que los haga inútiles en la práctica.*

4. *No establecer en el futuro contactos con personas ajenas a la agencia, salvo de carácter eventual y cuando resulte imprescindible. Como es obvio, un agente que viaja al futuro, mientras realiza su misión, tendrá contacto con las personas*

de la época en que se halla: en la calle, si se hospeda en un hotel, al tomar un taxi, en un restaurante... Pero todo esto debe hacerse sin llamar la atención, discretamente, evitando cualquier sospecha.

5. Nunca aportar elementos futuros a una época anterior a la que pertenecen, aunque esto suponga un adelanto tecnológico. Dado el carácter de beneficio común de la agencia, su personal, en los casos necesarios, puede disponer de tecnología futura recogida en las exploraciones. Sin embargo, la divulgación de la misma en épocas anteriores a su natural desarrollo perjudicaría a sus legítimos descubridores e incorporaría un elemento heterodoxo y anacrónico de consecuencias impredecibles.

Acabada la reunión, el profesor Lightman regresó a su despacho y llamó desde allí a su ayudante personal, el doctor en física cuántica Martin Lenard. Era su hombre de confianza, un científico sobresaliente que, a menudo, se adelantaba a sus propias ideas con soluciones imaginativas y brillantes.

—¿Cuándo piensas viajar a Suiza, Stephen?

Todos los trabajos sobre el viaje en el tiempo se habían hecho a caballo entre Estados Unidos y las instalaciones del Centro Europeo de Investigaciones Nucleares, CERN, establecido en Suiza, muy cerca de la frontera con Francia. Allí se había creado un laboratorio supuestamente civil, que servía de tapadera de las auténticas investigaciones que Lightman y su equipo llevaban a cabo bajo el control del gobierno y el ejército americanos. Utilizar unas instalaciones no militares, como las del CERN, implicaba un cierto riesgo, pero los científicos del viaje en el tiempo no podían prescindir de su gigantesco acelerador de partículas, el LHC, único en el mundo entero. Sólo así era posible comprobar la base esencial de la teoría que sustentaba la posibilidad del viaje en el tiempo.

—Aún quedan dos semanas para el ensayo final —dijo Lightman—. Mi vuelo a Suiza está programado para ese momento. Tengo mucho que hacer aquí antes de marcharme a supervisar las pruebas. Cuando yo me vaya, tú te quedarás a cargo de todo esto. Si conseguimos lo que pretendemos, el viaje en el tiempo será un hecho, Martin. Dentro de un mes. Entonces empezará la parte realmente dura...

—Me sorprende que digas eso, teniendo en cuenta que llevas más de cuatro décadas entregado por completo a tu labor de investigación.

El profesor Lightman sonrió sin demasiado entusiasmo. Su rostro delgado mostró al hacerlo todas sus arrugas, muchas de ellas reflejo de un alma entusiasta pero extenuada por el esfuerzo de tantos años.

—Primero crearemos la bestia. Luego tendremos que dominarla. Debo decir que hasta ahora estoy satisfecho de los pasos dados por el gobierno en esta cuestión. Somos la principal democracia del mundo y confío en el criterio de nuestros

dirigentes actuales. Pero las personas pueden cambiar. Los gobiernos y sus intenciones pueden cambiar. Y nuestra primera y más sagrada obligación es impedir que los viajes en el tiempo pueda caer algún día en malas manos o escaparse de nuestro control. Eso es algo que no debemos dejar al azar... —Lightman vaciló unos segundos antes de continuar—: Tengo un plan, Martin. He pensado que debes saberlo. Tú eres la persona en la que siempre he puesto mi absoluta confianza. Te considero un auténtico amigo y un hombre extraordinario. Puedo arriesgarme a revelarte lo que he ideado para garantizar que los viajes en el tiempo se utilicen con fines altruistas y pacíficos. Estoy seguro de que compartirás mi inquietud y mi deseo de guardarme, por así decirlo, ese as en la manga.

Ni en un millón de años Lightman podría haber imaginado la equivocación que suponía confiar en Martin Lenard. Lo que estaba a punto de contarle era como poner una tierna cabritilla ante un lobo hambriento.

—Amigo mío —prosiguió Lightman, agitando una de sus manos con el dedo extendido—, si se hiciera necesario, sí realizaríamos un viaje al pasado...

Conmocionado al entender por fin el engaño al que había sido sometido durante décadas y los inconcebibles peligros inherentes, Edwin Aldrin decidió revelar a Ned el contenido del cofre hallado por Armstrong en la Luna. Ya no tenía sentido seguir ocultándolo. Se trataba de un mensaje desesperado para evitar las investigaciones sobre los viajes en el tiempo, que traerían consigo la destrucción de toda la humanidad por culpa de un error científico. Un mensaje en una botella, enviado desde el futuro por el propio Stephen Lightman, responsable de ellas, para avisarse a sí mismo del peligro.

—Lo que no entiendo es cómo se envió ese mensaje y luego, en lugar de abandonarla, siguió con su investigación —dijo Ned.

Aldrin tenía una respuesta para esa incógnita que, en realidad, era evidente.

—No se lo dieron. El mensaje nunca llegó a su destinatario.

El rostro de Ned mostró una repugnancia inmediata ante esa idea que ahora también le resultaba obvia.

—Lightman eligió la Luna porque sabía exactamente quién hallaría el mensaje, cuándo y dónde —siguió Aldrin—. Debió de pensar que el gobierno de Estados Unidos y la NASA comprenderían la gravedad del asunto y cumplirían sus deseos. Pero está claro que atribuyó demasiada buena voluntad a quienes tenían que canalizar sus indicaciones para evitar el desastre.

—¿Qué les dijeron a ustedes?

—A nuestro regreso, en el portaviones que nos recogió en el Pacífico, nos pidieron que mantuviéramos el hallazgo en secreto y nos prometieron cumplir a rajatabla las recomendaciones de Lightman. Habíamos leído la libreta que había en el cofre durante el viaje de regreso. Lo sabíamos todo. El presidente Nixon incluso nos dirigió un mensaje en que nos felicitaba por haber cumplido una misión doble para con la humanidad. Hipócrita...

—Si Lightman ha participado en las investigaciones —dijo Ned, hilando por su cuenta más cabos—, sospecho que tratan de buscar una vía alternativa.

—La pregunta es si esa vía alternativa existe. Por lo que decía Lightman en su manuscrito, la causa del desastre era el viaje en el tiempo en sí mismo. Decía que era posible físicamente pero implicaba la destrucción del futuro.

—¿De qué modo?

—Por la generación de un agujero negro estable... ¿Conoce usted el CERN, Horton?

—Es el centro europeo de investigaciones nucleares.

—En efecto. Hace poco se inauguró un nuevo y gigantesco acelerador de

partículas, para poder experimentar con energías de un nivel hasta ahora inaudito. Ciertos renombrados científicos hicieron saltar las alarmas. Alguno de esos experimentos podría resultar catastrófico. Y precisamente en uno de ellos se cree que existe la posibilidad de generar un agujero negro en miniatura. En teoría se disipará en un tiempo infinitesimal. Pero si no fuera así, el resultado sería el mismo que anunciaba Lightman.

—El fin del mundo.

—El fin del mundo, del sistema solar y del recuerdo de la existencia humana. El único vestigio que quedaría de nosotros y nuestra historia son las emisiones radioeléctricas emitidas hacia el espacio. Ni siquiera las sondas Voyager escaparían a la irresistible atracción gravitatoria del agujero negro. Ésta alcanzaría las regiones más exteriores del sistema solar, como el Cinturón de Kuiper y los confines de la Nube de Oort. Incluso quizá llegara a absorber las estrellas más cercanas a la Tierra, en la constelación del Centauro.

—Puede que hayan dado realmente con el modo de evitarlo...

—Lo dudo. Como le he dicho, Lightman decía en su carta que era la esencia misma del salto temporal la que implicaba la destrucción. Afirmaba expresamente el motivo por el cual el viaje en el tiempo provocaría la catástrofe definitiva. No logro acordarme de sus palabras exactas, aunque lo explicaba con claridad... El problema guarda relación con un principio físico inviolable: la conservación de masa y energía en el universo. Al realizar un viaje en el tiempo con un objeto material, se produce un defecto de masa en nuestras coordenadas espacio-temporales y un aumento en las de destino. Al parecer, el universo lo compensaría generando una singularidad que iría aumentando su tamaño hasta alcanzar un punto estable. En ese proceso, toda la materia y la energía en un radio de miles de unidades astronómicas serían inevitablemente devoradas.

La mirada de Ned expresaba que no comprendía las palabras de Aldrin.

—Para usted estará muy claro eso de la masa y la energía, y la singularidad que lo devora todo, pero yo no he entendido una palabra de lo que significa.

—Discúlpeme. No había caído en la cuenta de que usted no es científico... Se lo explicaré con palabras sencillas. Cuando se efectúa un salto temporal, pongamos un viajero, una persona, ésta abandona su espacio-tiempo y aparece en otra época. Si usted viaja a este mismo despacho retrocediendo dos horas en el tiempo, deja de estar aquí y ahora para estar allí, en aquel momento y en un lugar distinto al que ocupa en este instante.

—Pero... ¿No dice que viajo a este mismo despacho? Entonces cambia mi tiempo, aunque no mi posición.

—Suposición errónea. Cambia su tiempo y cambia su posición. El planeta Tierra se mueve a más de treinta kilómetros por segundo. Se trata de un movimiento

inercial, es decir, sin aceleración, y por eso no lo notamos. Es como caminar por un vagón de tren cuando está en movimiento a una velocidad constante. Resulta igual que si estuviera parado. Pero no lo está. En el caso de su viaje hacia atrás, para regresar a este despacho el viajero tiene que retroceder dos horas en el tiempo y variar su posición espacial al lugar que ocupaba este despacho hace esas dos mismas horas, a miles de kilómetros de aquí. ¿Lo comprende?

—Creo que sí...

—Bien. Pues cuando se produce el salto, su materia, los átomos que forman su cuerpo, dejan de estar aquí y aparecen allí. Se produce una disminución de masa aquí y un aumento allí. Como le decía, existe una ley física que dice que el universo contiene una cantidad fija de materia-energía. La masa se transforma, pero no desaparece.

—Eso sí lo conozco. Ignoro el motivo, pero lo he leído.

—El motivo ahora es lo de menos. El hecho es que funciona así. Al darse el salto, la violación de esa ley provocará, según Lightman, una singularidad en el espacio tiempo. Dicho de otro modo: un agujero negro. Su campo gravitatorio es tan inmenso que lo atrae todo a su alrededor y lo engulle. Ni siquiera la luz puede escapar a él.

—Ya veo... ¿Y lo de las unidades astronómicas?

—Eso es una medida de tamaño. La unidad astronómica es la distancia media entre el Sol y la Tierra, 149,6 millones de kilómetros. Es menor que el año luz o el pársec. Equivale a unos ocho minutos luz.

—Comprendo.

Ambos hombres se miraron sin decir nada más. El peligro era tan grande que poco había ya que hablar. Fue Aldrin quien rompió el denso silencio.

—¡Malditos...! Nos engañaron con lo de la Luna. Con el hallazgo del cofre. Con el mensaje de Lightman.

Ned pensó que de nada servía lamentarse. También, que, más allá de descubrir la verdad sobre lo ocurrido en la Luna en 1969, tenía ahora una responsabilidad mucho más importante. Una que era crucial para la supervivencia de todos los seres humanos y que habría preferido no tener que cargar sobre sus hombros. Pero el destino nunca nos pide permiso para implicarnos en sus designios.

—Tengo que encontrar a Lightman —dijo Ned—. Si es que aún vive. Y debo convencerle de que abandone por completo sus investigaciones. Les engañaron a todos, sí, y a Lightman más que a nadie. Hay que hacerle saber lo que él mismo provocará. La humanidad entera necesita que lo sepa.

—Espero que lo consiga, Horton. Y que Lightman se detenga. Por el bien de todos. Encuéntrelo y muéstrole las fotografías que me ha enseñado a mí. Explíquele el contenido de su propio mensaje a la Luna. Aunque usted no entienda bien lo que significa, él sí lo comprenderá. Eso es lo único que importa. Si está usted en lo cierto,

que Dios le ayude. Porque si no logra que Lightman le haga caso, ya sabe lo que nos espera.

Cuando Ned se marchó de la residencia de Edwin Aldrin y cruzó la barrera de la urbanización, un coche oscuro apareció desde una esquina y comenzó a seguirlo a una distancia prudencial. Sus ocupantes fueron detrás de él hasta el centro de Los Ángeles. Allí observaron cómo dejaba su automóvil en el aparcamiento del hotel y entraba en la recepción. Esperaron en silencio unos minutos antes de poner en marcha su plan. Ned Horton había llegado demasiado lejos y eso era algo que no podían permitir.

Abandonaron el centro de la ciudad hacia los suburbios, hasta llegar a un edificio con aspecto destartado. Uno de los hombres se quedó esperando en el coche mientras su compañero subía unas escaleras exteriores y llamaba a una de las puertas del segundo piso. Una hermosa mujer le abrió poco después y ambos desaparecieron en el interior del apartamento.

—¿Sólo tengo que liarme con ese tipo? —dijo la mujer, vestida con un camisón semitransparente que dejaba a la vista unos senos voluptuosos y un minúsculo tanga negro.

—Y ponerle esto en la bebida.

El hombre de negro le mostró un pequeño frasco de plástico, alargado y con un tapón en el extremo.

—¿Qué es?

—Una droga. Cuando la ingiera, disuelta en el líquido, perderá toda noción de la realidad. Entonces lo llevarás hasta su habitación, lo desnudarás y luego te pondrás sobre él en la cama, también desnuda. Sólo queremos hacerle unas fotos comprometedoras. Nada más. Y tú te llevarás un buen dinero por este pequeño favor.

—No me dijeron nada de ponerle una droga. Eso cambia las cosas. ¿Cómo sé que esa mierda no es un veneno o algo por el estilo? Quiero el doble de pasta. Diez mil no es suficiente.

—¿Veinte mil? Bien, no hay problema. Aquí tienes cinco mil. Después del trabajo te daré el resto.

La mujer miró al agente con desconfianza. Ella ignoraba si era de la mafia, un espía, un detective privado al servicio de una esposa despechada, o cualquier otra cosa. Y poco le importaba. Sólo quería asegurarse de que cumpliría su parte del trato.

—Quiero diez mil como adelanto. Ni un centavo menos.

—No llevo esa cantidad encima. Pero hagamos una cosa. Acepta estos cinco mil y te daré veinte mil más al acabar.

En el fondo, al agente le daba lo mismo ofrecerle veinticinco mil dólares que un millón. Para cobrarlo y disfrutarlo hay que estar vivo. Y esa mujer no lo estaría en poco tiempo.

—De acuerdo —aceptó ella por fin, después de sopesar la oferta—. Veinticinco mil en total.

El doctor Martin Lenard se despidió de Stephen Lightman en el aeropuerto. Su vuelo partía hacia Ginebra en unos minutos, y el profesor debía aún pasar el control de seguridad. En Suiza le esperaba la gloria científica: un experimento de altas energías en el mayor acelerador de partículas del mundo, que demostraría la viabilidad de los viajes temporales.

—Nos veremos a la vuelta —dijo Lightman antes de cruzar el arco detector de metales—. Queda usted a cargo del proyecto.

—Lo esperaré ansioso.

La respuesta de Lenard era tan falsa como su lealtad. Si las investigaciones del profesor eran acertadas, y la prueba en el CERN resultaba satisfactoria, Lightman nunca volvería a ocupar su puesto. Ya no lo necesitarían, y sólo supondría una carga y una amenaza. Su idea para evitar un mal uso del viaje en el tiempo había firmado su propia sentencia.

Tras despedir al profesor, Lenard volvió al coche que lo esperaba estacionado en el exterior de la terminal. Pidió al conductor que lo llevara de regreso a la base. Tenía una reunión con la persona de confianza del jefe militar del proyecto, la comandante Demelza Taylor.

Nada más llegar al Área 51, el automóvil recorrió las instalaciones hasta uno de los edificios próximos a la inmensa extensión de sal conocida como Groom Lake, situada al norte. Lenard bajó del coche y atravesó caminando una explanada de hormigón. A un lado había varios aviones de caza cerca de sus hangares.

—La comandante Taylor me espera —dijo Lenard a un soldado que montaba guardia en el acceso.

Lenard no se había dado cuenta de que la comandante estaba muy cerca, de espaldas, frente a un prototipo de bombardero invisible. Al oírle se volvió hacia él.

—Sígueme —dijo en un tono que no admitía réplica.

No quería que hablaran allí. Incluso en el lugar más secreto del mundo, los secretos deben ser preservados. Y lo que estaban resueltos a hacer con Lightman estaba fuera del conocimiento del mismísimo presidente de la nación. Cruzaron juntos la nave hasta la zona del fondo, donde había varias pequeñas dependencias para los pilotos de pruebas. Entraron en una de ellas y Taylor cerró la puerta.

—Lightman ha salido ya hacia Suiza —dijo Lenard—. Acabo de dejarlo en el aeropuerto.

—Bien... Ahora explíqueme con detalle qué le contó.

La comandante no era una científica. Lenard necesitó unos segundos para encontrar el tono en que debía dar las explicaciones para que pudiera entenderlo.

—El profesor fue el primero en darse cuenta de que un viaje al pasado podría ser desastroso. Por eso ha quedado prohibido en las eventuales actividades de la NTTA. El resto de directrices garantizan que el uso de los viajes en el tiempo sea pacífico, altruista, justo...

—Todas esas buenas intenciones son cínicas. Nunca se cumplen, por necesidades superiores o razones de estado. A veces, incluso, por caprichos de quien tiene el mando.

—Estoy seguro de ello. Pero Lightman ha ideado un plan para anular esa posibilidad, contraviniendo su propia norma de no realizar nunca saltos al pasado. Si lo juzga necesario, su intención es hacer uno solo de esos saltos. A la época en que era un joven científico que aún no había iniciado sus verdaderas investigaciones sobre los viajes en el tiempo, pero sí reflexionado sobre ello lo bastante para comprender lo que, desde el futuro, se comunicaría a sí mismo. Se advertiría así del peligro antes de comenzar su trabajo, para que el viaje en el tiempo nunca llegara a convertirse en una realidad.

—No podemos someternos a esa amenaza. Eso ya está decidido. Sin embargo, el plan de Lightman es extremadamente brillante.

Como todo militar cargado de responsabilidades, la comandante Taylor encarnaba en sí misma una mezcla apabullante de ideal de servicio y falta de escrúpulos en el cumplimiento del deber. Lo que Lightman podía llegar a hacer era inaceptable. Y la mejor opción para evitarlo era, sin duda, eliminar al profesor.

—Debemos aprovechar las idas de Lightman en nuestro propio beneficio —dijo la comandante—. Informaré a mis superiores para que se establezca un protocolo que nos permita evitar, sin riesgos, el atentado del 11-S. Supone una vergüenza para Estados Unidos. Es el mayor golpe que hemos recibido en nuestro territorio en toda la existencia de la nación. Ese hecho debe ser borrado de la historia.

—Permítame una sugerencia al respecto, comandante. Si establecemos una base temporal antes de esa fecha fatídica, y exploramos desde allí el futuro para confirmar que no hay influencias significativas por nuestra mera presencia...

El científico iba demasiado rápido para la comandante. Le cortó para que le aclarara el significado de sus palabras.

—¿A qué se refiere con «influencias significativas»?

Lenard buscó en su memoria un ejemplo válido.

—¿Conoce usted la obra de Isaac Asimov? En uno de sus libros, un explorador del pasado mata por error a una mariposa. Eso, que parece trivial, muchos milenios después provoca cambios gigantescos.

—Algo he oído —dijo Taylor, con aire desdeñoso.

—Se denomina teoría del caos. Lo que nos parece un cambio despreciable, por lo ínfimo, puede desembocar, con la concatenación de sucesos, en alteraciones

imprescindibles y muy importantes.

—Comprendo... Explíqueme entonces otra vez cuál es su sugerencia.

—Establecer esa base en el pasado, con un mínimo equipo humano, explorar el futuro para comprobar si algo importante ha cambiado y, de no ser así, ejecutar quirúrgicamente un plan que evite los atentados. La base tendrá ese único objetivo. No alterará así el futuro, que, en realidad, es nuestro pasado. De otro modo, los cambios introducidos podrían ser demasiado peligrosos. Se trata de un poder virtualmente ilimitado.

La última frase de Lenard impactó en la mente de la comandante. Un poder ilimitado era justo lo que los militares llevaban buscando desde el inicio de los tiempos: la superioridad bélica, estratégica, táctica, moral, sobre cualquier enemigo. Interno o externo. Un afán, ahora, al alcance de la mano.

Tumbado en la cama de su habitación, en el hotel, Ned jugueteaba distraídamente con su teléfono móvil. Tenía la mirada fija en la lámpara de techo que pendía sobre su cabeza. También pendían sobre ella un chorro de ideas y reflexiones turbadoras y emocionantes a la vez. Por muy apasionante que fuera su investigación, ésta acababa de dar un giro brutal, que la había convertido en toda una aventura. Una auténtica misión vital, como la de un agente secreto, destinada a evitar la aniquilación completa de la humanidad.

No lograba asumir en toda su magnitud ese hecho. Era demasiada responsabilidad. Parecía un mal sueño, una pesadilla de la que uno ansía despertar para volver a la acogedora realidad en la que el mundo está lleno de amenazas e injusticias, pero no pelagra hasta el punto de poder destruirse por completo.

Durante varios minutos estuvo considerando llamar por teléfono a Olga y contárselo todo. Por un lado deseaba hacerlo, porque se lo debía, aunque por otro pensaba que era mejor para ella no saber lo mal que estaban las cosas. Finalmente tomó una decisión. Había prometido a Olga que hablaría con ella para explicarle cómo había ido su entrevista con Aldrin. Y eso es lo que hizo.

—Aldrin me ha confesado que les engañaron a él y a Armstrong —soltó Ned directamente, cuando ella contestó al teléfono con voz soñolienta—. Dentro del cofre había un mensaje para Lightman, pero él nunca lo recibió.

Al otro lado de la línea hubo un silencio. Olga trataba de procesar las palabras de Ned.

—¿Qué tipo de mensaje?

Aunque estaba medio dormida se daba cuenta de que Ned no parecía capaz de contarle los hechos de un modo ordenado e inteligible. Y siguió sin hacerlo.

—Sí, Olga. El cofre era como una botella con un mensaje en su interior. En lugar de lanzarlo al mar, Lightman se lo envió a sí mismo a través del espacio y el tiempo.

—¿Qué contenía el mensaje, Ned? ¿Por qué se lo envió a sí mismo al pasado? ¡Dímelo de una vez o me va a dar un infarto!

Las inconexas revelaciones de Ned no eran fortuitas. Las dudas sobre si revelarle o no toda la verdad a Olga lo habían asaltado de nuevo. Pero de nuevo también se decidió a compartirla con ella.

—No me preguntes cómo, porque yo mismo no lo entiendo, pero al parecer en sus experimentos sobre el viaje en el tiempo se creaba, o se creará, o ya se ha creado... ¡Maldita sea, no lo sé! Un agujero negro, Olga. ¡Un agujero negro va a destruirlo todo...!

—¡¿Cómo...?!

Había angustia en esa exclamación. Muchos elementos cobraron sentido de pronto para ella. Tartamudeó antes de seguir hablando.

—Pero... entonces... Si él continúa con su investigación, ¿eso volverá a ocurrir?

—Pasando por alto las paradojas que todo esto supone, sí. El futuro está condenado a repetirse, aunque todavía no haya sucedido.

—¿Y qué podemos hacer?

—Tengo un plan. Se lo he contado a Aldrin y él está de acuerdo. Hay que descubrir si Lightman sigue vivo, cosa que ya no dudo, localizarlo y darle el mensaje que debieron haberle entregado hace cuarenta años. Espero que Lightman no me tome por un loco. Menos mal que tenemos las cintas de la Luna como prueba.

—¿Y cómo vas a encontrar a Lightman?

—No lo sé... Pero ya se me ocurrirá algo. Tengo contactos y algunas pistas.

—Quiero ayudarte a hacerlo. Voy a comprar un billete de avión por internet ahora mis...

—¡De eso nada! —la cortó Ned—. Es demasiado peligroso. Tengo que hacerlo solo. Tú me servirás de apoyo a distancia. Me comunicaré contigo regularmente.

—Pero...

—En serio, Olga, esto es mucho más que un trabajo periodístico. Si me pasara algo a mí, aún quedarías tú para evitarlo, ¿no te das cuenta?

Ella se mantuvo en silencio unos segundos. Luego suspiró.

—Supongo que tienes razón —dijo, con voz triste y dulce a la vez.

—Tengo que conseguir que Lightman se entere de lo que siempre debió saber —repitió Ned, más para sí mismo que para Olga.

La conversación terminó con palabras mutuas de cariño. Ned colgó y, acto seguido, abrió su libreta para ir anotando los pasos que debía dar en la búsqueda de Stephen Lightman. Dado que las más altas esferas del poder debían estar involucradas en haberlo mantenido al margen de su propio mensaje de advertencia, Ned no podía recurrir a ninguno de sus contactos «oficiales». La única ayuda válida que se le ocurría era la de la persona que le ayudó a infiltrarse en el Área 51. Pero eso había sido dos años atrás y las cosas no acabaron demasiado bien. Ni siquiera sabía si ella aún tenía acceso a la base secreta del desierto de Nevada.

Buscó su número de teléfono en la agenda. Su nombre era Karen Carpenter, como la famosa cantante de Connecticut. Su relación con ella había sido tormentosa. No le agradaba en absoluto llamarla de nuevo, pero ¿qué otra cosa podía hacer en aquella situación?

En cualquier caso, no era bueno precipitarse. Miró la hora. Casi las ocho de la tarde. No había cenado ni tenía ganas de hacerlo, pero necesitaba despejarse y recuperar un poco la calma. Se recordó a sí mismo el dicho que recomienda ir despacio cuando se tiene prisa, para evitar pasos en falso. Guardó las fotos de la Luna

en la maleta, se aseó y bajó al restaurante.

Sin dejar de dar vueltas a las mismas ideas, buscando alternativas a Karen Carpenter, comió sin ganas algo más de medio sándwich. Luego, antes de regresar a la habitación, fue al bar del propio hotel y pidió un Jack Daniel's con Coca-Cola. Una joven, a la que había visto cenando en una mesa frente a la suya, se sentó en un taburete próximo. Se había fijado en que lo miraba a menudo. En otras circunstancias habría sido más que suficiente para que intentara ligar con ella. Ahora, con el recuerdo de Olga en su mente, unido a la gravedad de la situación, ni se le pasó por la cabeza hacerlo.

Pero fue ella la que dio el primer paso. Se cambió de taburete para estar más cerca de Ned.

—¿Está ocupado? —le preguntó.

—Puede sentarse —dijo Ned desviando la mirada para evitar la conversación.

No lo logró.

—¿Está usted en Los Ángeles en viaje de negocios?

—Lo cierto es que... Algo parecido, sí.

—¿A qué se dedica?

Ned la miró con impaciencia, pero contestó a la pregunta.

—Soy periodista.

—Qué interesante. A mí me habría gustado dedicarme al periodismo. Siempre fue una de mis profesiones favoritas. Ya sabe, por las emociones.

Aquella joven exuberante, con un deje algo vulgar en la voz, tenía todo el aspecto de ser una buscona. Ned conocía muy bien a esa clase de mujeres. Si le hubiera dicho que era contable, le habría respondido lo mismo.

—Señorita, estoy un poco cansado...

Ella no iba a desistir, por más claro que dejara Ned que no tenía ánimos para flirtear. Estaban en juego los veinticinco mil dólares que le habían prometido por llevárselo a la cama. Ya antes de acercarse a él, la joven tenía escondido en su mano el frasco con la droga. Esperaba el momento propicio para echársela en la bebida. Pero decidió pasar a la acción antes de que fuera imposible hacerlo. Sus notables encantos femeninos y su fácil aproximación no estaban dando resultado. Hizo un gesto con el brazo que deslizó la correa de su bolso desde el hombro hasta que éste cayó al suelo.

El movimiento de Ned fue instintivo. Se agachó para recogerlo y en ese momento ella vació el contenido del pequeño frasco en su vaso. Cuando Ned se incorporó, con el bolso en la mano, las finas partículas de la droga se habían disuelto por completo en el líquido.

—Es usted muy amable —le agradeció ella.

No dijo nada más. Se mantuvo en silencio mientras Ned apuraba de dos tragos su

bebida. Sólo al final, antes de que se marchara y para retenerlo hasta que la sustancia hiciera efecto, volvió a dirigirse a él.

—¿Qué clase de periodista es usted?

—De los buenos —contestó Ned secamente.

—Tengo que confesarle una cosa.

Su expresión seguía siendo seria, pero ella continuó hablando.

—Me he fijado en usted en el restaurante.

—He visto que me miraba, sí.

—También usted me ha mirado bastante. Sé que le agrado físicamente. Eso una mujer lo nota.

—Escúcheme, no quiero nada con usted. Y ahora debo irme.

Sin decir nada más, se levantó del taburete y se dirigió hacia la salida, que comunicaba el bar con la recepción del hotel. A la mujer le pareció que caminaba de un modo inseguro. Pero Ned desapareció en el interior de uno de los ascensores.

No suponía ningún problema. A la joven le habían dicho el número de su habitación. Era la 308, en el tercer piso. Esperó unos minutos y luego subió sin dejar de pensar en sus veinticinco mil dólares.

Llamó a la puerta con la palma de la mano. No se oía ningún movimiento en el interior. Quizá su presa masculina hubiera perdido ya el conocimiento. Repitió la llamada y entonces oyó unos pasos. La puerta se abrió y el rostro de Ned apareció ante ella. Tenía los ojos enrojecidos y los párpados pesados.

—¿Qué quiere? —dijo en tono áspero pero débil, como embotado.

—Montarme en ti —fue la respuesta de la mujer, al tiempo que empujaba la hoja de la puerta sin que Ned pudiera resistir su ímpetu.

Al entrar y obligarle a retroceder, Ned se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Tuvo que apoyarse en una cómoda para no caer. Ella lo empujó de nuevo, y esta vez se desplomó sobre la cama. Ned era ya incapaz de hablar de un modo inteligible. No hacía más que balbucear palabras inconexas con los ojos semicerrados.

La mujer cerró la puerta y empezó a quitarse la ropa. Luego desnudó a Ned, que había perdido por completo el contacto con la realidad. Antes de sentarse a horcajadas sobre él, marcó el número almacenado en la última memoria de su teléfono móvil. No esperó respuesta. Simplemente lo guardó en su bolso tras comprobar que la llamada había sido interrumpida por el destinatario de la misma. Como estaba convenido.

Ned sólo estaba seguro de dos cosas: él no la había matado y aquel cuchillo manchado de sangre no era suyo.

A veces uno despierta, pero la pesadilla es real. Ned Horton había abierto los ojos con dificultad. Le dolía terriblemente la cabeza y se sentía desorientado. Desde el suelo, sin incorporarse apenas, miró a su alrededor. Estaba desnudo en medio de la habitación. Vio sobre la cama a la chica muerta. Se levantó para contemplarla de cerca. La visión de su garganta cercenada le hizo contener una náusea. Había visto muchos cadáveres en las numerosas guerras que cubrió en sus años de reportero. Algunos descuartizados u horriblemente mutilados. Pero nada podía prepararle a uno para eso. La joven descansaba con los ojos muy abiertos y el rostro desencajado, completamente desnuda como él, sobre un charco de sangre que rodeaba todo su cuerpo y empapaba las sábanas. El cuchillo estaba a un lado.

Ned hizo un esfuerzo por recordar. Aquella mujer era la preciosa joven que se acercó a él la noche anterior, en el bar del hotel. Recordaba haber charlado con ella mientras tomaba una copa. Nada más. Si habían subido juntos a la habitación, si habían hecho el amor, si había pasado algo más allá del bar y la música de jazz, eso no estaba almacenado en su memoria.

En ese momento sonó el teléfono de la mesilla de noche. El zumbido resonó en su cabeza como la explosión de una bomba.

Tuvo miedo de responder. Pero debía hacerlo. Si no, quizá pensarán que no estaba en la habitación y se presentarán a limpiar y cambiarle las sábanas. Se encontrarían un bonito panorama...

Casi a gatas, alcanzó el teléfono. Carraspeó antes de descolgarlo y luego trató de hablar con la voz lo más firme que fue capaz. Aún así, sonó débil y temblorosa.

—¿Sí?

—¿El señor Horton?

—Sí, soy yo.

—Le llamo de recepción. Están aquí dos agentes del FBI que desean hablar con usted.

La chica muerta. Dos agentes del FBI.

De pronto, Ned lo comprendió todo. Ahora sabía que aquello era una trampa. De algún modo habían averiguado que conocía la verdad sobre lo que los astronautas del Apolo XI encontraron en la Luna. Por eso le habían tendido aquella emboscada. Por eso le dolía tanto la cabeza y no era capaz de recordar lo que sucedió durante la pasada noche. Debieron de drogarle y luego asesinarla a ella. Ignoraba quién estaba detrás de aquello, pero, quienquiera que fuese, era capaz de matar para preservar el

secreto.

Ahora la policía iba por él. El FBI. Tenía que pensar rápido. Estaba acorralado.

—Dícales que bajo enseguida, por favor.

La voz que sonó ahora al otro lado no era la perfectamente modulada de la recepcionista, sino una muy destemplada y grave, de un hombre.

—Horton, espérenos ahí. Nosotros subiremos.

Una súbita imagen inundó la mente de Ned mientras soltaba el auricular. Se vio tumbado en la cama, con la joven a horcajadas, haciendo el amor. Ella estaba con la espalda arqueada hacia atrás. Sus pechos sobresalían del resto de su cuerpo como cañones dispuestos para el combate. Dio un grito cuando él eyaculó, y después se arrojó hacia delante, sobre su torso.

Luego, el vacío total.

¿Debía quedarse o intentar huir? La indecisión lo dejó paralizado un instante. No era capaz de sopesar la mejor opción. Ambas eran malas. Quedarse suponía ser detenido y procesado. Huir, convertirse en un fugitivo. Si escapaba de los agentes... Sería como aceptar la culpa. Lo primero al menos le daría la opción de demostrar su inocencia, pero ¿quién le creería ante pruebas en apariencia tan apabullantes? Tenía que huir, sí.

Los pensamientos se entremezclaban atropellándose. Nuevas sensaciones e imágenes le llegaban como flases de cámara fotográfica: los labios dulces de la chica en los suyos, su ropa interior semitransparente, dos cuerpos que se entrelazan entre las sábanas, el aroma del placer, el tórrido calor de la pasión, la repentina oscuridad...

Echó un último vistazo a la habitación mientras se ponía a toda prisa los pantalones. No había tiempo de coger la maleta. Metió su documentación y las copias fotográficas de las grabaciones lunares en su mochila y salió al pasillo con la camisa a medio abotonar. Corrió hacia las escaleras. Estaban junto a una de las cajas de ascensores. Los otros quedaban enfrente. Se agachó detrás de la puerta, con la hoja ligeramente abierta para poder ver sin ser visto.

La campanilla de uno de los ascensores precedió a la aparición de un tipo trajeado. Lo vio de espaldas, avanzando hacia el pasillo en que quedaba su habitación. Seguramente era uno de los agentes del FBI. Eso fue lo que le extrañó. Sólo era uno. ¿Dónde estaba el otro? Si esperaba abajo a su compañero, le sería imposible abandonar el hotel sin que lo descubriera.

El agente, que avanzaba con paso decidido, se detuvo en seco. Levantó una mano y se tocó la oreja. Llevaba un comunicador.

—¡HORTON! —gritó mientras se giraba en redondo—. ¡Sé que está ahí!

El sistema de vigilancia del hotel debía de haber captado cómo Ned abandonaba la habitación. Era probable que el otro agente se hubiera quedado abajo precisamente por si intentaba huir.

A Ned sólo se le ocurrió hacer una cosa. A la desesperada. Sabía por experiencia propia que las decisiones impulsivas sólo tenían dos resultados posibles: o un éxito total o un fracaso estrepitoso. Descendió al piso inferior y buscó el hueco por el que el personal de limpieza arrojaba la ropa sucia a la lavandería. Levantó la puerta corredera y saltó dentro. Las cámaras del hotel lo habrían captado, por supuesto, pero aún así tendría una oportunidad de escapar desde el nivel inferior a algún callejón, antes de que pudieran cubrir esa salida.

El viaje hasta una pila de sábanas duró apenas unos segundos. En la caída se golpeó una rodilla con algún objeto metálico, y sintió un agudo dolor al aterrizar en el carro, a pesar de lo mullido de su contenido. Si no fuera por el golpe y porque estaba huyendo del FBI, le habría hecho soltar una carcajada la expresión del rostro de una gruesa mujer oriental que recogía la ropa sucia, y que quedó horrorizada ante su súbita aparición.

Ned aprovechó que estaba conmocionada para salir del carro. Éste era alto y su rodilla, aún dolorida, se resintió. Ned cayó de lado y rodó por el suelo. Se incorporó a toda velocidad.

—¿Dónde está la salida? —preguntó a la mujer, que fue incapaz de articular palabra pero al menos le indicó con la mirada la dirección correcta.

Ned corrió a trompicones por un pasillo que comunicaba con una sala llena de lavadoras, que hacían girar sus tambores en medio de un rumor afónico. Al fondo vio una puerta que daba a la calle. Estaba abierta.

Llegó jadeando hasta allí. Ante sus ojos apareció un callejón mugriento. Hacía calor. No tenía idea de la hora, pero el sol anunciaba que el mediodía debía de estar próximo. El extremo izquierdo estaba cerrado con una verja contra la que se apoyaba un gran contenedor de basura. El otro lado del callejón comunicaba con la calle Figueroa y el aparcamiento del hotel. Su coche de alquiler estaba allí aparcado, pero no se le ocurriría ni remotamente tratar de ir a buscarlo.

Caminó hacia la derecha, pegado a la pared. El dolor de su pierna había remitido ya casi por completo, aunque supuso que le quedaría un buen hematoma. Pero su suerte se acabó ahí. Apenas había dado tres pasos cuando una figura apareció en la boca del callejón. Era el otro agente del FBI, que cubría la única vía de escape.

—¡No se mueva, Horton! ¡No empeore aún más las cosas!

Llevaba su pistola reglamentaria en la mano, y estaba apuntándole. Pero la luz incidía en su dirección y le impedía tener un objetivo claro.

Ned se dio la vuelta y corrió hacia el otro lado, hasta la verja que cortaba el paso.

—¡No me obligue a disparar! —gritó el agente.

El primer tiro fue al aire. Ned saltó sobre el contenedor de basura y rodó sobre su cubierta. El segundo proyectil se incrustó en el metal, a poco más de un palmo por debajo de él. Se incorporó sobre la pierna sana y se aferró a la barra que cruzaba la

verja en su parte superior. De otro salto logró izar medio cuerpo sobre ella.

El agente corría en su dirección. Pero se detuvo un instante para apuntar mejor. Su tercera bala rozó el cuerpo de Ned. Por muy poco no atravesó su costado o impactó en su espalda. Se dejó caer al otro lado. Su propio peso le aplastó contra el suelo. Las manos se le despellejaron contra el asfalto al tratar de amortiguar el golpe.

Mientras el agente del FBI avisaba a su compañero y salía del callejón por el otro lado, Ned alcanzó una zona de aparcamiento de vehículos. Vio una furgoneta de reparto con la puerta abierta y el motor en marcha. Su dueño debía de estar entregando un pedido. Subió a ella, accionó el cambio y apretó a fondo el acelerador sin molestarse siquiera en cerrar la puerta. Las ruedas chillaron sobre el asfalto y la furgoneta reculó al salir a la vía principal.

Los agentes del FBI, ya juntos, quedaron atrás. Ned los vio por el retrovisor, corriendo tras él. Hicieron un par de disparos a las ruedas. Pero la distancia era demasiado grande y no las alcanzaron.

Había logrado huir por el momento. Estaba a salvo de los hombres del FBI, si es que lo eran en realidad. Aunque tenía que alejarse lo suficiente del hotel, abandonar esa furgoneta y desaparecer. No tardarían en poner a toda la policía de la ciudad tras él. Su única esperanza era llegar hasta el hombre, casi anciano, que poseía la clave del enigma en que estaba envuelto. El enigma de aquellos 97 segundos grabados en la Luna que nunca se hicieron públicos. Un lapso de tiempo muy breve que, sin embargo, anunciaba el final de los tiempos.

Ned era incapaz de olvidarse de las imágenes de la chica muerta. De la sangre que lo cubría todo. De su cuerpo masacrado. Fuerzas muy poderosas no iban a permitir que él, un simple periodista, famoso o no, truncara sus planes de dominar el viaje en el tiempo. Pero ¿quiénes eran exactamente sus enemigos? ¿Quién le había preparado aquella emboscada? Aunque la verdadera pregunta era cómo habían sabido que estaba sobre la pista de lo sucedido en 1969 en la Luna. Y la respuesta estaba clara como el agua para Ned.

Él mismo había investigado ampliamente el funcionamiento de la red Echelon de la NSA, el registro de todas las llamadas de teléfono mundiales y la detección de las huellas sónicas correspondientes a cada voz diferente, que permitían reconocer al dueño de esa voz e incluso localizar su posición. Sin darse cuenta, había mencionado palabras clave en varias de sus conversaciones. Pero sobre todo fue su llamada a la residencia de Edwin Aldrin la que debió de levantar las sospechas definitivas. Había sido un incauto y ahora estaba pagando por ello. Él y esa pobre chica.

Si antes ya era complicado de por sí localizar a Lightman y llegar hasta él, ahora lo sería doblemente, con todas las agencias policiales siguiendo su rastro. No volvería a cometer los mismos errores. Lo primero sería evitar a toda costa cualquier elemento que les permitiera localizarlo: tarjetas de crédito, teléfono móvil, documentación. Y obviamente la furgoneta. Su intenso color azul y sus letras doradas eran poco menos que llevar un disfraz de venado en una reunión de cazadores.

—¡Maldita sea! —gritó al tiempo que daba un puñetazo en el volante.

Se metió por un callejón y abandonó el vehículo. Apagó el teléfono móvil para que nadie fuera capaz de localizar su posición. Luego comprobó que no había policías cerca y salió caminando a la vía principal con toda la que calma que pudo aparentar. Un poco más adelante vio una peluquería. Necesitaba cambiar su aspecto. Carteles con su foto estarían pronto en todas partes.

Pidió que lo raparan al cero. Siempre había querido hacerlo por curiosidad, pero nunca creyó que lo haría por obligación. Era la mejor manera de cambiar su apariencia de un modo radical.

Además, en una óptica cercana, compró unas gafas de sol voluminosas. Unas Ray-Ban de piloto, con montura plateada y cristales negros. Finalizó su transformación adquiriendo una camisa floreada en una tienda de ropa. Ahora, ni él mismo era capaz de reconocerse.

Todo ello lo pagó en metálico. Pero se estaba quedando sin dinero en efectivo. No le quedaba más remedio que arriesgarse a utilizar sus tarjetas una última vez. Fue a un cajero automático y las usó todas para sacar la máxima cantidad posible con cada

una de ellas. Después las retorció y las arrojó a una papelera. Lo último que le restaba era solucionar el problema de comunicarse con seguridad, algo que sin duda iba a necesitar. Lo hizo comprando diez teléfonos móviles baratos con tarjeta prepago. No los registró a su nombre. Sólo pensaba utilizar cada uno de ellos una única vez. Así, aunque le detectaran por la huella sónica de su voz, les sería imposible rastrearle.

Más tranquilo gracias a todos estos preparativos, cogió un taxi que lo llevó hasta un parque, al otro lado de la ciudad. Allí, sentado en un banco, se dedicó a copiar la agenda de la tarjeta de su móvil en cada una de las memorias de los que había adquirido. Después se deshizo de la tarjeta y del aparato. No le servía ya, porque aunque la cambiara por otra distinta, el propio teléfono emitía un código interno que permitía localizarlo.

En ese momento se dio cuenta de que era un fugitivo en toda regla. Por desgracia, no conocía a nadie en Los Ángeles que pudiera falsificarle unos documentos de identidad. Le bastaba con un carné de conducir. Decidió comprar un billete de autocar a Las Vegas, en Nevada. De todos modos pensaba dirigirse a ese estado, en el que se hallaba el Área 51, aunque no en un transporte tan lento. Allí le resultaría fácil conseguir los documentos a través de un tipo al que conocía.

No tenía más opciones. Con suerte, el viaje duraba unas seis horas. Había perdido el autocar de las 18.30. El próximo partía a las 20.00. Si lo tomaba, llegaría a Las Vegas antes del amanecer. Adquirió un billete de ida y se sentó a esperar en una de las incómodas sillas de la estación. Tenía más de una hora por delante. Tiempo suficiente para ordenar sus ideas.

Todo se estaba complicando, pero él no podía fallar. Su misión era demasiado importante. Nunca en su vida imaginó que se vería en una situación ni remotamente parecida. Ahora debía demostrar quién era. De qué pasta estaba hecho.

El automóvil negro se detuvo frente a un amplio edificio de una sola planta. Sus dos ocupantes descendieron y, en silencio, se encaminaron hacia la puerta de entrada. Ambos exhibieron sus carnés ante un soldado que la custodiaba y luego los introdujeron, uno primero y el otro después, en la ranura de una máquina que reconoció las bandas magnéticas y les franqueó el paso, abriendo una gruesa puerta metálica.

Los dos hombres atravesaron el vestíbulo hacia los ascensores. Bajaron en uno de ellos varios niveles, hacia las profundidades subterráneas. Ya en su destino, tuvieron que mostrar de nuevo sus credenciales a un soldado que vigilaba detrás de una mesa, con el arma a mano.

—Les están esperando —dijo el soldado, y oprimió un botón en la consola que tenía ante sí.

Un zumbido anunció la apertura de la puerta que daba acceso a las instalaciones de la planta. Los dos agentes entraron y se dirigieron, por un largo pasillo sin adorno

alguno, hacia una de las salas laterales. Allí los esperaba, en efecto, la comandante Demelza Taylor.

—Acabo de revisar su informe —dijo la militar en tono áspero y sin pedirles que tomaran asiento—. Han fallado y eso no puede volver a ocurrir. Ned Horton ha desaparecido de nuestros sistemas de seguimiento.

El rostro de la mujer era tan frío y severo como si estuviera tallado en mármol.

—Estuvimos a punto de detenerlo...

La comandante golpeó con fuerza la mesa cortando de inmediato al agente y sus banales explicaciones.

—El plan era perfecto. Pero ustedes han sido incapaces de cazar a un periodista sin entrenamiento militar. Deberían estar avergonzados... ¡Deberían quitarse la vida como hacían esos malditos japoneses!

El plan consistía en capturar a Horton después de hacerle unas fotografías comprometedoras con una prostituta, a la que supuestamente él había asesinado en su habitación del hotel. En un centro de detención, los dos militares, bajo la falsa identidad de agentes del FBI, le instarían a abandonar sus investigaciones y entregarles todo el material que hubiera encontrado hasta el momento, a cambio de olvidar el «incidente». El general responsable militar del proyecto, e inmediato superior de Taylor, optó por eso en vez de eliminar directamente a Horton. Era un periodista conocido y una figura demasiado popular para que nadie se preocupara por hacer averiguaciones acerca de su muerte.

Además, quedaba otro cabo suelto: una mujer española, Olga Durán, con la que Horton había hablado desde Los Ángeles y que, al parecer, estaba al tanto de todo. La transcripción de su conversación estaba recogida en el informe sobre el que la comandante tenía sus puños crispados.

—No podemos recurrir a las distintas policías estatales o federales —dijo—. Comprometerían nuestras actividades si Horton se va de la lengua. Hay que cazarlo cuanto antes. Y tenemos que hacerlo nosotros mismos.

Las duras palabras anteriores de la comandante Taylor habían puesto de manifiesto que ya no tenía la menor confianza en aquellos dos hombres. No le bastaba con saber que habían resuelto decenas de casos muy complejos con precisión quirúrgica. Les ordenó que salieran e hizo una rápida llamada para que asignaran unos nuevos agentes que prosiguieran la búsqueda de Ned. Luego, volvió a descolgar el teléfono y marcó esta vez el número de su superior, el general.

—Horton es un tipo inteligente —dijo Taylor, después de ponerle al tanto de las malas noticias y proponer un nuevo plan de acción—. El hecho de que no haya dado más señales de vida y burlado nuestros dispositivos de control lo demuestra.

—Tiene razón, comandante —escuchó al otro lado de la línea—. Pero lo que usted sugiere es demasiado arriesgado...

—Y sin embargo es también nuestra mejor opción: dejar al cordero que se meta él solo en la guarida del lobo.

En el autocar que lo llevaba hacia Las Vegas, Ned preparó uno de los teléfonos móviles que había comprado por la tarde. Había estado dándole vueltas a cómo avisar sin riesgos a Olga del peligro que seguramente también ella corría. Necesitaba idear algún tipo de clave que sólo ellos fueran capaces de entender y con la que ir transmitiéndole los sucesivos números anónimos de sus nuevos teléfonos. Únicamente así podrían seguir comunicándose y eludir al mismo tiempo a sus perseguidores. No era un problema fácil de resolver, pues sus enemigos tenían todos los medios del mundo a su disposición para descubrirle, pero creía haber dado con una solución.

Aprovechó la primera parada de descanso para llamar a Olga. Si ella no estaba ya en la mira de aquellos malnacidos, muy pronto lo estaría. Los tentáculos del poder americano llegaban a cualquier rincón del planeta. Mientras esperaba a que Olga cogiera el teléfono, Ned rogó a Dios en silencio que su advertencia no llegara demasiado tarde.

—Hola, Ned. ¿Qué te pasaba en el móvil? Te he llamado varias veces. Este número no es el de siempre.

—¡Olga, ¿eres tú de verdad?! Gracias a Dios que estás bien —exclamó Ned aliviado. Al darse cuenta de que no debía entretenerse, añadió con brusquedad—: No hables y escúchame. Es importante. Sal de Madrid y vete con alguien que conozcas de fuera, donde no puedan seguirte. No le llames por teléfono. Preséntate en su casa sin avisar. Y no te lleves tu móvil. Cómprate uno de tarjeta sin dar tu nombre real en la factura. Ahora anota este otro número. Es seguro, pero tengo que decírtelo en clave. Recuerda que los móviles americanos tienen diez dígitos. No te preocupes. Lo entenderás fácilmente.

Ned explicó a la atónita y preocupada Olga que tomara como base los números escritos en el plano de su padre; aquellos que los habían conducido hasta el maletín del coronel Johnson, oculto en la sierra de Madrid. Esos números no eran conocidos por nadie más que ellos, de modo que resultaban indescifrables.

—Apunta el primer valor del mapa. Los tres primeros dígitos son la multiplicación de esa cifra por 11, más 13. Ahora apunta el segundo valor del mapa. Los tres siguientes dígitos son ese valor por 21, más 14. Luego suma los dos valores del mapa, multiplica el resultado por 153 y réstale 4 al resultado. Esos son los últimos cuatro dígitos.

Cuando terminó de darle las cifras y las reglas para calcular el número de su móvil, Ned repitió a Olga todos los pasos para asegurarse de que los entendía. Un único error los dejaría aislados sin remedio.

—Si necesitas comunicarte conmigo, mándame un mensaje escrito al móvil. Yo

haré lo mismo. No pongas mi nombre o algo que haga referencia a la investigación. Ni me llames nunca, bajo ninguna circunstancia. Podrían reconocerte por la voz.

—¿Qué sucede? —preguntó Olga, muy asustada, a pesar de que Ned le había pedido que se limitara escucharle.

—Todo se ha complicado. Pero confía en mí, voy a solucionarlo. No tengas miedo. Sólo haz lo que te he dicho y estarás a salvo. Hazlo ahora mismo. ¡Ya!

Sin esperar contestación, Ned cortó la llamada y tiró a una papelera el móvil que había usado. Después regresó al autocar y esperó a que éste siguiera su camino. Era consciente de que podían haber detectado su posición y deducir de ese modo hacia dónde se dirigía. Por eso había tenido la cautela de llamar desde una encrucijada de caminos. Ned confiaba en que eso le diera una pequeña ventaja sobre sus perseguidores.

El soldado llamó levemente con los nudillos a la puerta del despacho de la comandante Taylor.

—Señora —anunció el soldado cuando se le permitió el acceso—. Ha llegado esta comunicación.

Le tendió un sobre cerrado que debía entregarse en mano, hizo el saludo militar y abandonó la estancia. Ella abrió inmediatamente el sobre y extrajo su contenido. Era la transcripción de la llamada que Ned acababa de hacer a Olga. Iba acompañada de dos imágenes aéreas con las coordenadas desde las que se había originado y recibido la comunicación: una encrucijada de carreteras en el estado de California y el norte de la ciudad de Madrid, en España.

La comandante sonrió y se frotó las manos. Ned no había conseguido engañarla. No a ella. Horton estaba desplazándose justo hacia donde lo quería. Sus previsiones parecían ser correctas. Dentro de poco, lo tendría entre sus afiladas garras.

Rumbo hacia Las Vegas, ya muy cerca de la ciudad, Ned volvió a pensar en la mujer que le ayudó a infiltrarse en el Área 51, Karen Carpenter. Si en algún momento dudó acerca de la conveniencia de ponerse en contacto con ella, ahora tenía más claro que nunca que no debía hacerlo. No era seguro. Sin embargo, podía repetir los pasos que dio con ella y que le permitieron acceder a los archivos secretos en que, precisamente, se mencionaba el nombre de Stephen Lightman.

Llegó a la mayor ciudad del estado de Nevada, y capital mundial del juego, en mitad de la noche. Pero la entrada a aquel lugar, rebosante de casinos, era tan luminosa que casi parecía obra de un sortilegio contra la oscuridad. Si había realmente en el mundo una ciudad que nunca duerme, esa no era Nueva York, sino Las Vegas.

Ned salió de la estación de autobuses y tomó un taxi. Éste lo dejó en la puerta de uno de los locales con peor aspecto de toda la ciudad: una tienda de ropa alternativa y tatuajes, abierta las veinticuatro horas del día. Aunque lo que a él le interesaba era la trastienda, donde un tipo grueso hasta reventar, barbudo y malhablado se dedicaba a labores tan poco recomendables como convenientes para alguien en la situación de Ned. Lo había conocido también cuando se infiltró en el Área 51. Esperaba que aún estuviera allí y no en la cárcel o blanqueando sus huesos en el desierto.

—¿Qué desea, amigo? —le saludó una jovencita con aspecto de Barbie al estilo punkie.

—Busco a Rocambole.

Ese era el «artístico» apelativo con que se hacía llamar el dueño del establecimiento, en honor al héroe de folletín francés que dio nombre a todo lo

rocambolesco.

—¿Y tú eres...?

—Dile que soy un cliente de sus servicios especiales. Él lo entenderá.

—Vale. Un momento, tío —dijo la joven mientras salía por una puerta cubierta de tiras de colores.

El tono de la joven era una perfecta mezcla de desgana y amabilidad. Algo tan extraño como su aspecto. El caso es que tenía un cuerpo para quitar el hipo, se dijo Ned. Y entonces pensó en Olga y su lujuriosa reflexión se disipó como una bocanada de humo.

—Rocambole dice que pases.

Ned atravesó las cintas multicolores y se vio inmerso en un espacio oscuro que le recordó al final de la película *Apocalypse Now*. Rocambole estaba sentado al fondo, en una especie de taburete estrecho. Le costó un momento distinguirlo, a pesar de su oronda figura y sus casi dos metros de altura.

—¿Eres tú? —preguntó Ned a la gigantesca sombra que yacía inmóvil contra la pared, aunque la respuesta era obvia.

—Yo soy —respondió el interpelado con tono solemne—. ¿Qué se te ofrece?

—Necesito tu ayuda. Tus servicios...

—No pienso acostarme contigo, si eso es lo que estás pensando. Mis ejercicios de meditación, el pudor y las buenas costumbres me lo impiden.

La paciencia de Ned estaba muy mermada. Las bromas de Rocambole, que en otras circunstancias le habrían hecho reír, ahora le producían una desagradable sensación de agobio.

—No, no quiero acostarme contigo —respondió con desgana y de forma mecánica—. No eres mi tipo. Necesito otra de tus habilidades. Unos documentos.

—Entiendo...

—Bien —dijo Ned aliviado.

—Pero antes...

La pausa teatral volvió a irritarle.

—Antes, ¿qué?

—Debes pasar la prueba. Sólo un hombre de corazón puro será capaz de superarla.

No convenía enfadarse con aquel tipo. Ned siempre había pensado que estaba realmente desequilibrado, y que podía pasar de la amabilidad a la hostilidad en cuestión de segundos.

—Estoy preparado.

—Pues ahí va... ¿Cuál es la mejor motocicleta que jamás se ha construido?

La respuesta era fácil. Rocambole había sostenido con Ned una agria y absurda polémica acerca de ese asunto cuando se conocieron. El gigante afirmaba que la

mejor motocicleta que se había fabricado era la Indian Chief de 1947. Justo uno de los modelos que él poseía, completamente roja y llena de cromados.

—La Indian Chief del 47.

—¡Respuesta correcta! Me alegra ver que has renegado de esas porquerías europeas, como las Triumph. ¡Vaya nombre ridículo!

Y eso lo decía un gordo inmenso que se hacía llamar Rocambole. Pero Ned no tenía ánimos para llevarle la contraria.

—Bueno, ¿qué necesitas exactamente?

—Documentos. Un carné de conducir. Con eso me basta por ahora.

—¿Sólo eso? ¿No quieres también un pasaporte?

Ned reflexionó unos segundos.

—De acuerdo: carné de conducir y pasaporte.

—Te aplicaré la tarifa reducida. Tengo ofertas para los amigos, ¿sabes? Sobre todo para quienes aprecian el arte verdadero, como tú... Pero dejémonos de charlas y pongámonos a trabajar. Detrás de ti hay un interruptor de la luz. Voy a preparar la cámara de fotos y la imprenta.

—Ah, por cierto —dijo Ned—, también necesitaré un vehículo discreto. ¿Conoces a alguien para eso?

—Me conozco a mí mismo. Aunque no tanto como me gustaría... Yo puedo alquilarte una de mis motos, si me das tu palabra de que me la devolverás entera.

Después de hacer un trabajo casi perfecto con los documentos falsos que Ned le pidió, el gordo gigantesco le llevó hasta el garaje que tenía en el sótano de su heterodoxo establecimiento. Allí guardaba una decena de motocicletas, todas ellas de estilo custom o chopper. No podía decirse de ninguna que fuera precisamente discreta. De todos modos era una oferta que Ned no podía rechazar, así que optó por la más sencilla de todas, una Harley Davidson Sportster.

En menos de una hora, subido en la moto y envuelto en el ronco sonido de su motor, abandonó la ciudad en dirección norte. El perímetro exterior de seguridad del Área 51 distaba unos cien kilómetros. Paró a repostar en una gasolinera y luego siguió por la carretera estatal 93 hasta el lago Pahrnagat. Desde allí tomó la carretera del desierto, hacia el oeste.

Sólo había un modo de acceder al Área 51 sin ser interceptado. Y él lo conocía.

El día era espléndido en Madrid, pero Olga no reparó siquiera en ello. Estaba fuera de su casa, observando escondida detrás de unos setos al otro lado de la calle. Siguiendo las instrucciones de Ned, acababa de salir cuando aparecieron dos tipos con pinta de testigos de Jehová y llamaron a su puerta. Faltó poco para que la encontraran aún dentro. El tiempo de cerrar la puerta y cruzar la calle. Los vio desde el pequeño parque en el que ahora estaba escondida. Tenían toda la pinta de ser agentes secretos. Y ella sabía bien de lo que hablaba; su padre había sido uno de

ellos.

Ned tenía razón cuando la alertó del peligro con tanta vehemencia. Por no hacerle caso y abandonar el domicilio inmediatamente, había estado a punto de que la atraparan. Se había entretenido preparando una pequeña maleta. Pero a partir de ahora se andaría con más cuidado.

Uno de los hombres llamó insistentemente al timbre. Tras varios intentos, miró a su compañero y éste asintió. Mientras el primero vigilaba, el otro sacó algo de un bolsillo y lo introdujo en la cerradura. La puerta se abrió segundos después y ambos entraron en la casa. Olga esperó oculta entre las ramas a que los hombres salieran de nuevo. Vio a uno de ellos pasar ante una de las ventanas del piso superior. Sólo estuvieron dentro un par de minutos. El tiempo suficiente para comprobar que ella no estaba en casa.

Como robots, uno al lado de otro, casi marcando el paso, caminaron por la acera hasta un coche que habían estacionado un poco más adelante. Olga respiró con cierto alivio y trató de hacer que su corazón volviera al ritmo normal. Había estado cerca. Demasiado cerca. Entonces abandonó ella también el lugar. Fue a la boca de metro más próxima e hizo varios trasbordos hasta la estación de Chamartín. No había querido reservar el billete por teléfono, por si esa comunicación era interceptada. Como le pidió Ned, y en eso sí estaba siguiendo sus instrucciones con exactitud, pensaba comprar directamente en la estación un pasaje para el AVE Madrid-Valladolid con destino a Segovia.

Antes de hacerlo se detuvo en una tienda de telefonía móvil de la propia estación. Debía conseguir un nuevo teléfono que nadie pudiera asociar con ella. En el impreso de la factura escribió un nombre falso y un DNI inventado. Por suerte, la vendedora no introdujo en ese momento los datos en el ordenador, ya que se hubiera percatado de que la letra del documento no se correspondía con el número.

Con el nuevo aparato, Olga fue a un bar y pidió permiso para cargar la batería lo bastante para poder encenderlo. Tomó un café y esperó unos minutos. Luego lo activó y, cuando la línea estuvo preparada, pulsó las teclas del número de Ned. Lo había calculado siguiendo sus instrucciones, a través de operaciones aritméticas simples sobre los valores escritos en el mapa de su padre: 27 y 19. No le costó deducir las cifras, que sólo ellos dos conocían.

Guardó el número en la memoria y buscó en el menú el acceso a los mensajes de texto. Únicamente tecleó el número de Ned y oprimió la tecla de envío, sin escribir nada. Eso bastaría para que el teléfono de él registrara su nuevo número.

Olga pagó su consumición y salió de la cafetería. La oficina de billetes estaba cerca. No tuvo problemas para conseguir uno a Segovia en el primer AVE, que partía en poco menos de media hora. Se sentó a esperar en uno de los bancos metálicos del andén. Un pitido la sacó de sus pensamientos. Era el teléfono, anunciando la

recepción de un mensaje. La respuesta de Ned mostraba dos únicas letras: OK.

La rutina es el mayor enemigo de la seguridad. Ned lo sabía muy bien. La primera y única vez que se infiltró en el Área 51, aprovechó esa realidad. Y ahora pensaba volver a hacerlo.

A un par de kilómetros por la carretera del desierto, apareció ante sus ojos un pequeño pueblo, que parecía una versión moderna de los que retrataban las míticas películas del salvaje Oeste. Era el lugar que buscaba. Dejó la moto detrás de la estación de servicio y se encaminó hacia uno de los bonitos chalés que jalonaban la única vía transitable, en medio de la nada. En aquellas viviendas residían algunos de los miembros civiles del personal investigador del Área 51. Ayudantes de laboratorio en su mayoría, sin una alta acreditación de seguridad, pero que acudían diariamente a sus puestos de trabajo en la base.

Ésa era su baza. Dos años atrás, Karen Carpenter era una de esas ayudantes de laboratorio. La reclutó para sus investigaciones después de que ella misma se pusiera en contacto con él para ofrecerle información. Quería que se supieran algunas de las actividades que se llevaban a cabo en el Área 51. Él no tuvo más que esconderse en el maletero de su coche. Al pasar por la barrera de uno de los puntos de acceso a la base, los soldados de guardia únicamente comprobaron su tarjeta de acceso. La conocían bien y no registraron el automóvil a fondo como era su obligación. Rutina.

Posteriormente, en el interior de las instalaciones, Karen dejó el vehículo en uno de los aparcamientos subterráneos. Ella misma abrió el maletero y le hizo una seña convenida tras comprobar que Ned podía salir sin ser visto. Karen conocía la posición de las cámaras de vigilancia y, por ello, los puntos muertos a los que no llegaba su cobertura y por los que era posible avanzar con seguridad. Ahora Ned pretendía repetir todo aquello, aunque con otro de los trabajadores de la base que residían en aquel poblado y sin que él lo supiera.

Lo primero que hizo fue comprobar qué casas tenían un coche aparcado fuera del garaje. Contó tres. Por la hora, alguno de sus dueños debía de estar a punto de salir hacia el trabajo. Se colocó entre los dos más próximos entre sí y esperó. Desde su posición podía ver la planta baja de las casas a través de las ventanas.

Transcurrieron varios minutos sin que pasara nada. Luego, tras una de las ventanas, Ned detectó movimiento. Un hombre trajeado se acercó al cristal mientras bebía de su taza humeante. Era un tipo de aspecto gris, anodino. Lo vio mirar la hora en su reloj y desaparecer de nuevo hacia el interior de la vivienda.

Ese hombre desconocido sería su pasaporte al interior del Área 51. Se colocó detrás de su coche y esperó, agachado, a que el hombre saliera a la calle. Cuando el tipo abrió con el mando a distancia los seguros del automóvil, Ned oprimió el tirador

del maletero y lo sujetó. Necesitaba sólo unos segundos para colarse en su interior, pero debía asegurarse de que el dueño del coche no le descubriera. Para eso había dejado un billete de diez dólares junto a la puerta del conductor, en el suelo.

El hombre pareció no verlo. Pero luego se quedó un momento quieto, mirando hacia abajo, y por fin se agachó a recoger el billete.

—¡Qué suerte! —exclamó—. Diez pavos.

Ned aprovechó ese lapso para deslizarse en el maletero. Lo hizo limpiamente. El hombre no se apercibió de nada. Instantes después arrancó el motor e inició la marcha.

La primera parte del plan de Ned había dado resultado. Aunque era la más fácil de cuantas le esperaban.

El profesor Lightman llegó al CERN en un coche que habían enviado al aeropuerto de Ginebra para recogerlo. Durante el trayecto, estuvo pensando en la gigantesca obra de ingeniería que significaban aquellas instalaciones. Componían el laboratorio científico más grande del mundo, y uno de los centros de investigación más famosos e importantes, capaz de recrear situaciones del inicio del universo.

Su gestación había comenzado a mediados del siglo XX, como un consorcio entre varias naciones europeas. Pronto se unieron al proyecto otros países, incluido Estados Unidos. Hoy día, veinte naciones y cerca de quinientos institutos científicos y universidades lo utilizaban para su investigación más puntera en el campo de la física de partículas.

Algunos experimentos, como el que Lightman se disponía a realizar, sólo podían llevarse a cabo en el CERN. No había otro lugar sobre la faz de la tierra capaz de llevar a las partículas subatómicas hasta los niveles de energía que él necesitaba. El tejido mismo del universo podía quedar al descubierto a esos niveles, mostrando su urdimbre más íntima, la que entrelaza misteriosamente el espacio y el tiempo como un todo continuo e inseparable.

Las posibilidades eran inmensas. Sin embargo, existían voces en la comunidad científica que se alzaron contra algunos de los experimentos del CERN. Auguraban desastres inimaginables si se seguía investigando por ese camino, y los recelos habían llegado incluso a convertirse en demandas ante los tribunales de justicia en Estados Unidos, aunque ningún juez las admitió. Si todos esos detractores del CERN supieran lo que Lightman se proponía...

Desde luego no le faltaba razón a alguno de ellos. Lightman había conocido a un científico muy respetado que defendía esas ideas catastrofistas. Su nombre era Richard Wilson, profesor de física en la prestigiosa Universidad de Harvard. Consideró seriamente que en los grandes aceleradores de partículas pudiera generarse materia densa en un estado desconocido, capaz de atraer hacia sí la materia circundante hasta convertirse en un agujero negro.

El mismo profesor Wilson realizó los cálculos para establecer un modelo matemático, y llegó a la conclusión de que el peligro, aunque real, era improbable. Lo mismo pensaba Lightman. Se trataba de un peligro inferior en probabilidad al de que la Tierra sufriera un suceso ELE[1] o que el cambio climático llevara al planeta al borde del desastre.

Los riesgos eran pequeños y las posibilidades gigantescas. ¿Quién no habría seguido adelante?

En la oscuridad del maletero, Ned apretó el puño y musitó un «¡bien!» inaudible. Lo había conseguido. Estaba dentro. Oyó las voces del soldado de guardia en el control de acceso y del científico acreditándose. La rutina se había aliado de nuevo con él, como dos años antes. El dueño del coche debía de ir a la base a diario y eso hacía que los soldados bajaran la guardia. Nadie habría imaginado que llevaba en el maletero un polizón como Ned.

Ahora sólo tenía que esperar a que estacionara en el aparcamiento y luego, en el momento propicio, salir del maletero. Conocía lo bastante las instalaciones. No le sería difícil conseguir un uniforme y confundirse entre los centenares de hombres y mujeres que poblaban la base.

El automóvil frenó bruscamente. Ned rodó en el maletero hasta chocar con el asiento por su parte interior. Qué forma de conducir, se quejó mentalmente. Oyó cómo el motor se apagaba y luego el ruido de la puerta al cerrarse. Estaban en el aparcamiento. Ned había tenido la precaución de entreabrir un poco el maletero antes de que el hombre pulsara el mando a distancia. De otro modo se habría quedado allí dentro encerrado. Después de un tiempo prudencial, empujó levemente el portón y echó una ojeada a su alrededor. El aparcamiento parecía desierto y, de haber cámaras de seguridad, no lograba verlas. Tenía que jugársela a todo o nada.

Justo al bajar del maletero, antes de empezar a moverse agachado hacia una de las puertas de salida, una voz le inmovilizó. El corazón de Ned se desbocó.

—¡No se mueva, Horton!

Su sonido fue autoritario pero tranquilo al mismo tiempo. Era una voz de mujer, nada dulce, capaz de helar la sangre, y que a Ned no le resultaba en absoluto desconocida.

—Dese la vuelta y ponga las manos sobre la cabeza.

Ned obedeció. Al volverse, vio por fin a la dueña de la voz.

—¡Ka... Karen! ¡Eres tú...! —exclamó sorprendido, y un movimiento involuntario de su garganta ahogó sus palabras.

El rostro de la mujer estaba más arrugado de lo que sugería su edad, y su expresión era terriblemente dura. Ned la recordaba más joven y menos aterradora. A su lado estaban dos soldados apuntándole con sus armas. Y también el hombre en cuyo maletero había entrado en la base. Sonreía maliciosamente.

Eso hizo que Ned lo comprendiese todo al instante. Lo que dijo la comandante Taylor no sirvió más que para corroborarlo.

—Sí, para ti soy Karen Carpenter. Pero mi verdadero nombre es Demelza Taylor, comandante de la fuerza aérea de Estados Unidos. Has hecho justo lo que yo sabía que ibas a hacer. Con precisión militar. Pobre iluso... ¿Creías que la otra ocasión en que estuviste aquí nosotros no lo sabíamos? Nosotros lo sabemos todo. Queríamos que accedieras a la base. Yo misma me encargué de ello. Nos interesaba desinformar a través de un periodista prestigioso. Ahora te has metido tú solito en nuestras fauces.

A un gesto de la mujer, los soldados se aproximaron a Ned. Uno de ellos lo esposó y el otro le dio un empujón en la espalda para que caminara.

—Luego iré a hacerte una pequeña visita a tus aposentos —añadió la comandante en tono burlesco—. Espero que sepas apreciar nuestra hospitalidad.

El descenso hacia las profundidades del Área 51 no duró mucho. Ned iba esposado y custodiado por los dos soldados que lo habían detenido. Aún no había salido de su asombro. Se preguntó cómo había podido ser tan estúpido. Tenía que haberse dado cuenta de que todo había sido demasiado fácil cuando, dos años atrás, logró traspasar la seguridad de la base más segura y vigilada del mundo. Pero ya era tarde para lamentaciones.

—Hemos llegado—dijo uno de los militares, con voz autoritaria—. Salga.

Ned dio un paso y se vio en medio de un pasillo gigantesco y completamente blanco, que se extendía a ambos lados como las entrañas de un gusano sin fin. Las lámparas de neón, integradas en el techo, lo hacían parecer aún más frío.

—Hacia la derecha —volvió a hablar el soldado.

Avanzaron unos cien metros por el corredor, jalonado de puertas casi invisibles, también blancas. No había ninguna ventana, ningún adorno. Sólo el piso, de color negro, marcaba una especie de carretera hacia lo desconocido.

Pero sí tenía un final. Al aproximarse a la compuerta metálica que cortaba el camino, ésta emitió un quejido metálico y se abrió lentamente. Al otro lado el panorama era muy distinto. Un enorme espacio se hallaba dividido por muros cuya parte superior era por entero de vidrio ahumado. Se podía ver a través de los cristales a un numeroso grupo de personas trabajando, todas ellas vestidas con trajes blancos y las cabezas cubiertas con gorros del mismo color.

A Ned no le dio tiempo a descubrir lo que hacían, pero algunos se inclinaban junto a máquinas que parecían robots de cadena de montaje, con brazos diversos y lámparas por todas partes. También había muchos monitores encendidos y otra clase de pantallas e indicadores.

Los soldados condujeron a Ned hasta una zona separada del resto y lo dejaron confinado en una pequeña habitación, a modo de celda, en la que únicamente había un camastro, un lavabo y dos neones en el techo. Le quitaron las esposas y lo dejaron solo.

Tras unos momentos en que estuvo recorriendo la exigua estancia como un animal enjaulado, Ned se sentó en el camastro, adherido a la pared como un saliente.

Sólo entonces tomó verdadera conciencia de que todo estaba perdido.

Olga se sentía muy intranquila. Había estado enviando a Ned un mensaje cada hora, pero él no había contestado a ninguno de ellos. Su amiga de Segovia también estaba preocupada. La había sorprendido mucho la visita de Olga, su mejor amiga del instituto con la que, sin embargo, no hablaba desde hacía más de diez años. Ignoraba qué le sucedía, y Olga no quería contárselo. Simplemente se había limitado a pedirle

que la acogiera unos días en su casa.

La angustia de Olga aumentaba poco a poco. Ned le había dicho que no le llamara bajo ninguna circunstancia. Si quería ponerse en contacto con él, debía hacerlo empleando únicamente mensajes de texto y sin utilizar palabras demasiado específicas, para evitar que pudieran interceptarlas y reconocer su procedencia. Pero estaba tan alterada que, finalmente, no pudo aguantar más la tensión y optó por contravenir aquellas sensatas instrucciones de seguridad.

Marcó el número de Ned y pulsó la tecla de llamada. Cada segundo pareció durar diez veces más de lo habitual, mientras su corazón latía acelerado. Sólo se escuchaba un silencio sucio, como si la red tratara de establecer la comunicación pero resultara imposible. Quizá ese retardo se debiera a la distancia, pensó Olga. Aunque la duda quedó resuelta cuando una voz pregrabada dijo, en inglés, que el teléfono no se hallaba disponible.

La precaución de Ned de dejar su mochila y el teléfono apagado en una de las alforjas de la Harley Davidson había sido acertada. De otro modo, la comandante Taylor y aquellos para los que trabajaba tendrían ahora el número de Olga y el modo de localizarla. Sin saber esto, por la imaginación de Olga cruzaron, con la fugacidad de un resplandor, decenas de ideas funestas. Que no iban del todo desencaminadas...

El ruido de la puerta al abrirse sobresaltó a Ned. Estaba tan agotado por el nerviosismo que había quedado sumido en una duermevela delirante. Las imágenes más extrañas ocupaban su mente, en la frontera entre el sueño y la vigilia. Imágenes turbadoras y llenas de malos presagios.

—¿Estás cómodo en nuestra suite? —dijo la comandante Taylor desde el umbral de la celda.

Ned se incorporó sudoroso. Miró a aquella mujer en la que había confiado en otro tiempo, dudando acerca de lo que le iba a ocurrir.

—Has sido un pobre estúpido... ¿Creías que ibas a poder penetrar la seguridad de esta base impunemente? Los que lo intentaron están muertos o aún siguen aquí. Los muertos tuvieron más suerte.

—Karen... O como sea su nombre... No estoy llevando a cabo una investigación. Esto es mucho más importante.

La única posibilidad era poner todas las cartas sobre la mesa, tratar de convencer a aquella mujer de aspecto gélido de que estaba en juego algo mucho más importante que la seguridad nacional, o que cualquier secreto del pasado.

—No nos subestimes. Como te he dicho, lo sabemos todo. Y tú no vas a interponerte en nuestros planes.

Una duda aún mayor asaltó a Ned, y se convirtió casi instantáneamente en turbación.

—Pero... Entonces... ¿Conocen el peligro que...?

—No hay ningún peligro. Hemos hecho todo lo necesario para evitarlo. Hay caminos indirectos para lograr lo...

Ahora fue Ned quien cortó a la comandante. Ella le dedicó una mirada asesina.

—¡No hay caminos indirectos! ¡Ése es el error!

—¡Ya basta! Preocúpate de ti mismo y déjanos a nosotros que nos ocupemos de cuestiones más allá de tu comprensión. Nuestros científicos están a punto de lograr el objetivo de Lightman. Y tú, entrometido, no habrías logrado nada aunque no te hubiéramos atrapado. —La mujer esbozó entonces una sonrisa que habría resultado maternal en un rostro menos inquietante—. Lightman está en Suiza ultimando los preparativos de su último experimento.

—¿En Suiza...? —dijo Ned para sí. Lightman estaba vivo.

—En cuanto termine ese experimento, si es que tiene éxito, volverá y nos dará la llave para dominar el tiempo. El sueño de la humanidad en nuestras manos. Y sólo en las nuestras.

—Eso es... inmoral. Horrible.

—Desahógate cuanto quieras. Te garantizo que en unas horas pensarás todo lo contrario.

El tono de la última frase fue enigmático. Por la expresión de Ned, la comandante supo que lo había captado.

—Resulta irónico, pero serás precisamente tú quien nos preste un servicio inestimable. El idealista profesor Lightman tiene la ilusa idea de que los saltos temporales se regirán por una lista de normas que parece elaborada por un personaje de Walt Disney. No será así. Aunque antes tendremos que librarnos de su molesta carga. El pobre hombre sufrirá un desgraciado accidente, del que tú serás testigo para contarlo al mundo. Puedo asegurarte que te convertirás en un fiel servidor nuestro. Para eso te he hecho traer a este laboratorio.

—¿Qué van a hacerme?

—Apenas nada. Un pequeño implante en la médula ósea. Sólo una minúscula joya tecnológica que navegará por tu columna vertebral hasta situarse en la base de tu cerebro. A partir de ahí, te transformarás en un chico obediente. Es una suerte que hayas venido. Un periodista tan respetado como tú nos será muy útil. Ya lo fuiste una vez. Pero ahora seguirás nuestras instrucciones tan fielmente como un perro detrás de su amo. Si supieras una pequeña parte de lo que realmente hacemos aquí...

Una náusea de pánico ahogó la voz de Ned. Aún así, logró decir:

—Alguien me buscará...

—Pero si no vas a desaparecer. Sólo desaparecerá tu voluntad y esas tontas ideas que se te han metido en la cabeza. En el fondo es mejor para ti. Serás mucho más feliz.

Sin decir nada más, la comandante se aproximó a Ned y le cruzó la cara de un

bofetón.

—Eso por haberte atrevido a interrumpirme cuando te estaba hablando.

Sólo al darse la vuelta, sin mirarle, se detuvo en el umbral de la celda y añadió mientras Ned se acariciaba la mejilla donde había recibido la bofetada:

—No te preocupes, dentro de muy poco no recordarás nada de esto.

Ned se quedó solo otra vez. La comandante abandonó la estancia y un soldado cerró la puerta, protegida por una cerradura electrónica. No había modo de escapar de allí. Incluso a un comando, con entrenamiento militar, le sería imposible. Aunque no podía dejar que le hicieran lo que había dicho la comandante ni permitir que Lightman llevara a cabo su experimento.

La militar había mencionado que el profesor estaba en Suiza. Era extraño que fuera a realizar su experimento en un país extranjero. Tenía que ser por una buena razón. A Ned sólo se le ocurría un lugar en Suiza donde pudiera llevarse a cabo un experimento tan especial y relacionado con la física: el CERN.

Aún estaba dándole vueltas a eso cuando la puerta de su celda se abrió de nuevo. Entraron dos soldados, acompañados de un hombre con aspecto de médico y preparado para entrar en quirófano. Los soldados agarraron a Ned por los brazos y lo pusieron en pie. El otro hombre lo contemplaba como un naturalista frente a un raro espécimen al que estuviera a punto de diseccionar. Su mirada era tan fría como la de la comandante.

—Llévenlo al laboratorio A-1 —dijo sin ninguna muestra de emoción.

En aquel momento, Ned comprendió lo que sienten los condenados cuando los conducen hacia el patíbulo. Porque eso era justo lo que sentía: que lo llevaban a un lugar del que ya nunca iba a regresar, al menos como Ned Horton. No había ninguna dignidad en aceptar ese destino. Él era un inocente en manos de personas sin escrúpulos, dispuestas a todo para conseguir sus fines.

Opuso resistencia, pero fue inútil. Los dos soldados eran mucho más fuertes que él y su tenaza inflexible. Lo levantaron por las axilas y lo llevaron casi a rastras por los pasillos de la planta hasta el laboratorio A-1. Allí lo tumbaron boca abajo en una mesa de operaciones, iluminada por dos grandes lámparas. Mientras uno de los soldados oprimía su espalda con todo su peso para inmovilizarlo, el otro comenzó a atarle los pies a la camilla con las correas fijadas al bastidor de la mesa de operaciones.

Ned no podía verla, pero la comandante entró en el laboratorio y contempló durante unos segundos la escena. Luego recorrió el espacio que había entre la puerta y la cabecera de la mesa de operaciones y se situó frente a él. Sólo podía ver sus pantorrillas y sus pies.

—La resistencia es inútil —sentenció.

Los gritos de Ned no la conmovieron en absoluto. Al contrario, la hacían

disfrutar. A un lado, sobre una plataforma metálica con ruedas, había varios instrumentos médicos y una especie de cápsula transparente sobre un platillo. Ned volvió la cabeza y pudo ver a la comandante empujando la plataforma, hasta que quedó delante de sus ojos. Quería que Ned fuera capaz de distinguir el objeto del interior de la cápsula. Se trataba de una minúscula pastilla alargada de color oscuro, de la mitad de tamaño que un grano de arroz.

—Este microchip es el último desarrollo de nuestros científicos. Una maravilla que se inyecta en la médula, recorre por ella el espacio que la separa del cerebro, y se une a él como un parásito. Entonces puede causar placer o dolor, modificar el cóctel de sustancias químicas que lo vuelven a uno agresivo y rebelde o tranquilo y pacífico. En suma, es capaz de anular la voluntad y transformar al individuo en un juguete de control remoto. Lo mejor es que el sujeto portador ignora que su pensamiento está siendo controlado.

El soldado que aferraba las piernas de Ned se dispuso ahora a sujetarle la cabeza. Antes de que pudiera inmovilizarla con otra correa, la comandante le hizo un gesto para que esperara un momento. Realmente estaba disfrutando con aquello, llena de soberbia y complacencia.

Ése fue su error. Nunca habría imaginado que Ned se atreviera a obrar con tanta audacia. Subestimaba el peligro ante un animal herido. Aunque ese animal fuera aparentemente inofensivo.

Si meterse en la boca del lobo era lo que Ned había hecho para que lo atraparan, no había otra salida que usar al propio lobo como escudo. Con un movimiento en el que empleó toda la fuerza de que su cuerpo fue capaz, logró hacer que el soldado que lo sujetaba se desequilibrara. Ese instante inesperado le dio una fracción de segundo para agarrar a la comandante por la guerrera y atraerla hacia sí, haciéndola hincar las rodillas en el suelo. Cuando los soldados reaccionaron, Ned ya había cogido un bistorí de la mesa en que se hallaba el microchip y lo tenía en el cuello de la mujer.

—¡Soltadme o la mato! ¡Vamos!

Un hilo de sangre recorrió la garganta de la militar. Ned estaba dispuesto a matarla de verdad si no lo liberaban. Aunque él también resultara muerto, el mundo se libraría de un ser diabólico como Demelza Taylor.

—Haced lo que dice —les ordenó ella.

Sus ojos ahora mostraban al menos una emoción: miedo.

Sin dejar un instante de aferrarla, Ned esperó a que los soldados aflojaran las correas de sus piernas. Se incorporó de un salto sobre la mesa de operaciones y atrajo aún más hacia sí a la comandante. Después se puso en pie y se colocó detrás de ella.

Los soldados le apuntaban con sus armas.

—Tirad las pistolas y no se os ocurra salir de aquí; de lo contrario, ya sabéis lo que haré.

Una nueva presión en el cuello de la comandante bastó para que obedecieran.

—Tú y yo nos vamos juntos —dijo al oído de la mujer—. ¡Camina!

Siempre de cara a los soldados, Ned salió de la estancia y cerró la puerta con su mano libre, rompiendo luego de una patada el cerrojo electrónico. La comandante trató de zafarse, pero no era tan fuerte como él y no lo consiguió.

En el pasillo no había nadie más. Ned estaba seguro, sin embargo, de que el lugar estaba repleto de cámaras de vigilancia. Atravesaron varios controles de seguridad, usando la tarjeta magnética de la comandante, hasta llegar al núcleo de los ascensores.

—Ahora vamos a salir al exterior. Espero por tu bien que nadie intente impedirnoslo.

Las cámaras de vigilancia siguieron el camino de Ned y la comandante Taylor a lo largo del pasillo que desembocaba en los ascensores. Quienes vigilaban todos sus pasos le permitieron llegar a la zona superior sin intervenir. Pero arriba esperaba una legión de hombres armados, que apuntaron las armas a su cabeza en cuanto se abrieron las puertas.

—¡Bajad las armas si no queréis que ella muera! —gritó, escudándose con el cuerpo de la comandante, y apuntándoles a su vez con la pistola que había cogido de su cinto.

Ninguno de los soldados movió un músculo. Todos se mantuvieron con pulso firme apuntando hacia la cabina del elevador. Afuera, únicamente se oía el sonido de un avión despegando.

Ned apretó un poco más el filo del bisturí contra el cuello de la mujer y un nuevo reguero de sangre lo recorrió hasta el cuello del uniforme.

—¡Obedecedle, maldita sea! —dijo la comandante.

En otras circunstancias, el jefe de la base habría dado orden de abatir a Ned, aunque para ello tuviera que arriesgar la vida de su escudo humano. Pero la comandante Taylor era demasiado importante. La necesitaba para poner en marcha el programa de viajes en el tiempo.

Por el intercomunicador que llevaban en su oído, los soldados recibieron la orden de bajar las armas y apartarse. Pero Ned seguía acorralado. Poco importaba que tratara de huir, o incluso que consiguiera salir de la base. La cacería podía prolongarse un poco más o un poco menos, pero el resultado sería el mismo. Un solo hombre sin entrenamiento militar jamás lograría vencer una batalla como ésa.

Aunque eso era justo lo que él pretendía. Cuando Ned se vio libre de las armas que habían estado apuntándole, abandonó la cabina del ascensor con la comandante siempre por delante de él. Caminó muy despacio, pegado a ella y con la espalda contra una de las paredes, hasta la entrada del edificio. Allí volvió a usar la tarjeta de la comandante para superar el último control de seguridad.

Afuera lucía el sol del atardecer, próximo al horizonte. A un lado se encontraba una estación de comunicaciones, con su gran antena girando en lo alto. Enfrente había un hangar, separado por una vía de dos carriles del edificio que acababan de abandonar. Ned observó la zona tratando de descubrir con rapidez un modo de cruzar la carretera sin ofrecer un blanco fácil a un posible francotirador. Aprovechó el momento en que un camión la atravesaba para empujar a la comandante hacia el vehículo, a su paso.

Una detonación precedió al impacto de un proyectil en la pared del hangar. Ned

notó el silbido muy cerca de su oído. Había estado a punto de alcanzarle. Aun así consiguió llegar al otro lado y situarse de nuevo con la comandante como escudo.

—¡Hijos de puta! —gritó Ned al invisible francotirador, y dio un tiro al aire.

No había tiempo para más precauciones. Allí fuera sólo era cuestión de tiempo que lo abatieran. Corrió de lado, con la comandante ante él, hasta la parte delantera del hangar. Por su boca asomaba el morro ancho y chato de una aeronave extraña. Sólo al entrar, a cubierto del fuego exterior, Ned pudo verla en su totalidad. Se trataba de un WEAV,[2] un aparato que conocía bien aunque era la primera vez que lo veía físicamente. Lo recogió en su último libro, en el capítulo dedicado a armas secretas, y podría definirse propiamente como un «platillo volante»: forma lenticular, abultada en su centro y afilada en los extremos. Pero su tecnología no era extraterrestre, ni mucho menos, sino que se basaba en un prototipo diseñado por la Universidad de Florida, y que empleaba el novedoso sistema de propulsión de plasma. Como sospechaba, habían construido un modelo plenamente operativo.

El piloto estaba debajo, vestido con el traje y a punto de subir por la escalerilla para realizar un vuelo de prueba. Ned le apuntó con la pistola y amartilló el gatillo.

—¡Quieto!

El piloto se volvió y levantó las manos.

—Nunca lo conseguirás —dijo la comandante entre dientes.

Ella parecía haber leído en la mente de Ned la loca idea que acababa de ocurrírsele.

—Eso lo veremos... Tú, entra en la nave —ordenó al piloto.

Ned lo siguió con la comandante firmemente asida. La cabina, situada en su centro, sólo disponía de dos plazas. Tenía que tomar una decisión. Si soltaba a la mujer, perdería su mejor seguro de vida. Pero necesitaba al piloto para salir de la base.

—Enciende los motores, o lo que coño sean...

El piloto cruzó una mirada con la comandante y obedeció. Después de pulsar varios controles en el cuadro de mandos, empezó a escucharse una especie de zumbido eléctrico que incrementó su intensidad rápidamente.

—Es hora de despedirnos, Karen —dijo Ned con desprecio, sobre todo al pronunciar la última palabra.

Antes de empujar a la comandante fuera de la cabina, le dio un bofetón como el que había recibido de ella cuando estaba en la celda.

—Espero que éste no se te olvide nunca —le dijo; y luego, dirigiéndose al piloto con el cañón de la pistola sobre su cabeza, añadió—: ¡Vamos, levanta este trasto y pisa el acelerador a fondo!

El WEAV se elevó, flotando en el aire como por arte de magia. Retrajo sus apoyos del suelo y salió del hangar a toda velocidad, entre destellos de aire ionizado.

La comandante corrió afuera, con los ojos encendidos de cólera y gritó como si su voz emergiera del Averno:

—¡Disparaaaad!

A su espalda, una nube de soldados emergió de todas partes y abrió fuego contra la aeronave. Pero ésta se encontraba ya fuera de su alcance. A diferencia de la comandante, el piloto, e incluso el prototipo, sí debían de ser prescindibles.

Si todo lo que Ned había averiguado sobre aquella aeronave para su libro era cierto, su capacidad de maniobra y su velocidad superaban a las de cualquier avión convencional, hasta la de los más avanzados cazas.

—Pon rumbo a Las Vegas. Y no hagas ninguna tontería. No pienso dejar que me cojan vivo.

A miles kilómetros de allí, en Suiza, el profesor Stephen Lightman terminaba su almuerzo. Esa misma tarde iban a comenzar los ensayos que podrían confirmar sus teorías o desterrarlas para siempre. Un momento culminante de por sí, que, de resultar exitoso, culminaría a su vez dentro de tres días, cuando el profesor llevara hasta el extremo de su capacidad al acelerador de partículas LHC.

Entonces, y sólo entonces, casi a la velocidad de la luz, dos partículas muy especiales se harían colisionar. La energía liberada en semejante choque podría equipararse a la de un Boeing 747 impactando con un Airbus A-380 a cien veces su velocidad máxima de vuelo. Eso debería provocar la aparición de una nueva partícula. La partícula que Lightman estaba buscando; tan extraña que estaba libre de las clásicas limitaciones del espacio y el tiempo, en la más amplia extensión del concepto.

Si tal partícula existía en realidad, daría la llave capaz de abrir una puerta en la última frontera: la que liga la materia a su lugar en el universo y a su fecha temporal determinada.

El científico había comido a solas en uno de los comedores de las instalaciones del CERN. Dejó su bandeja en un carrito y se dirigió hacia el exterior. Afuera, un paisaje intensamente verde se entendía entre las fronteras de Suiza y Francia. Su corazón se llenó de gozo en la contemplación. No podía saber que su experimento era capaz de destruir toda aquella hermosura. Destruir su espacio y su tiempo y convertirlos en una singularidad de la que, ni siquiera una luz tan hermosa como aquella, podría escapar.

La carretera atravesaba el desierto como una línea gris en un océano pajizo. Sólo circulaba por ella, en varios kilómetros a la redonda, un viejo camión cisterna que se encargaba de abastecer varias estaciones de servicio en aquel paraje yermo y desolado. El conductor era un hombre casi anciano, que había nacido en México muchos años atrás, pero tuvo que emigrar a Estados Unidos en busca de una vida menos mala que la de sus padres.

De la radio emergía una ranchera de Vicente Fernández. El hombre la canturreaba con su voz rota por los cientos de miles de cigarrillos que había consumido, y que ahora le consumían a él, poco a poco pero con la misma avidez. Echó un trago de agua y encendió otro cigarrillo.

—Yo sé bien que estoy afuera, pero el día que yo me muera, sé que tendrás que lloraaar...

Tenía la mirada perdida en el horizonte. Primero vio un pequeño punto oscuro sobre el cielo anaranjado del atardecer, que se hizo más grande rápidamente hasta convertirse en un disco aplastado.

No pudo evitar callarse y torcer el gesto al pensar en las historias de ovnis y hombrecillos verdes que corrían por toda la región. Él no creía en esas majaderías. Carecía de estudios, pero no era tonto.

Sin embargo, el disco en el cielo seguía creciendo de tamaño y aproximándose a su posición. La pequeña imagen de la Virgen de Guadalupe, adherida al salpicadero del camión, vibró con un pequeño bache. El hombre la miró un momento, asustado. Encomendándose a ella, nada malo le podía ocurrir.

Sin darse cuenta, invadió el carril contrario. Por fortuna, no venía nadie, y siguió avanzando sin percances. Sólo cuando el platillo volante llegó a su altura y lo superó, el hombre perdió el control del vehículo por un momento. Lo mismo le ocurrió cuando dos cazas pasaron justo después sobre su cabeza, a toda velocidad. Su estruendo anuló el sonido de la radio y del motor.

El hombre siguió a las aeronaves por el retrovisor, con ojos muy abiertos y pasmados, hasta que los intensos botes de la suspensión fuera de la vía asfaltada le hicieron volver en sí. Pisó a fondo el pedal del freno y las ruedas patinaron en la tierra seca. Estuvo a punto de volcar, pero logró en el último momento dominar el camión, que quedó detenido entre una enorme nube de polvo.

El hombre bajó de la cabina a toda prisa y oteó el horizonte por donde había desaparecido la extraña nave perseguida por los cazas de la fuerza aérea. Se santiguó tres veces seguidas y pronunció un balbuciente «Jesús, María y José». Ya no pudo ver nada. Sólo apareció ante sus ojos, en el horizonte, la lejana figura de la ciudad de Las Vegas. El sol, en el oeste, se hallaba próximo al ocaso.

—¿Este cacharro no puede ir más deprisa?!

La pregunta de Ned estaba envuelta en pánico. Los cazas que perseguían al WEAV trataban de derribarlo sin ninguna contemplación. Ahora, el piloto y Ned compartían destino. Al menos por el momento.

—¡Es sólo un prototipo! —gritó el piloto, mientras maniobraba para esquivar las ametralladoras.

—¿Y tampoco es posible responder al fuego?

—No dispone de armamento: ¡es sólo un jodido prototipo!

Estaban en una situación desesperada. El impacto de una ráfaga no hizo sino confirmar esa realidad. Los disparos atravesaron una parte del fuselaje y alteraron el campo magnético del WEAV. La nave se inclinó hacia un lado y descendió hasta casi rozar el suelo. El piloto logró compensarlo y recuperar altura, pero la aeronave se movía como un disco de vinilo alabeado surcando el cielo del crepúsculo.

—Debo tomar tierra o nos estrellaremos —dijo el piloto.

—¡No!

—No le estoy engañando. No podré mantenerlo mucho más tiempo en el aire.

Eso era una opción impensable para Ned. Si aterrizaban en medio del desierto, sus pocas posibilidades de huida se reducirían a cero. Entonces, la refulgente ciudad de Las Vegas surgió frente a ellos.

—Ponga rumbo a la ciudad. Allí no se atreverán a disparar contra nosotros.

Ned no estaba seguro de que fuera cierto lo que acababa de decir. Pero más valía una opción improbable de salvarse que una muerte segura.

—No quiero hacerle daño —añadió—. Lo crea o no, yo soy el bueno de esta historia.

El piloto obedeció sin oponer resistencia. Estaba empezando a pensar que lo que Ned decía era cierto. Sus propios compañeros seguían intentando derribarlo. Los cazas describieron a su alrededor una amplia trayectoria para colocarse de nuevo en posición de ataque. A pesar de los daños, los giros del WEAV seguían siendo más rápidos, lo que había conseguido salvarles hasta el momento. Pero eso no evitó que una nueva andanada de proyectiles les pasara rozando.

Las Vegas estaba a un tiro de piedra de distancia a su velocidad actual. En el Área 51, el control de los cazas tomó una decisión y les ordenó que usaran cualquier medio para derribarlo, sin reparar en los posibles daños colaterales.

—¡Nos sigue un misil! —gritó el piloto del WEAV—. Nos alcanzará en cinco segundos. No podré esquivarlo.

Ned miraba la pantalla de radar, en la que se veía un indicador luminoso que

representaba al cohete, aproximándose rápidamente.

—¡Haga algo! —le gritó a su vez al piloto.

El hombre dio un bandazo tan seco que a Ned se le subió a la cabeza toda la sangre del cuerpo. Los ojos le estallaban y el mareo lo invadió. Pero con esa maniobra casi suicida había logrado esquivar el misil. El piloto consiguió interponer una torre de alta tensión entre ellos y su trayectoria. La explosión la destrozó, aunque también alcanzó una parte del fuselaje del WEAV con la onda expansiva.

—¡Tengo que aterrizar! —repitió el piloto, angustiado.

—Busque una intersección entre calles.

Acababan de sobrepasar el límite norte de la ciudad. El piloto vio una vía ancha y se dirigió por ella hasta su confluencia con otra igual de amplia. Ya era de noche. Los automóviles que circulaban en ese momento se desbandaron como hormigas al verlo aparecer. Algunos colisionaron entre ellos o se salieron de la vía. Un surtidor de agua se elevó al cielo cuando un autobús destrozó la boca de riego. La gente que llenaba las aceras se dispersó y buscó un lugar seguro desde el que contemplar, embobada, la aparición de lo que, a todas luces, parecía un auténtico ovni.

Ned y el piloto se prepararon para el impacto contra el suelo. Aún así saltaron como muñecos en el interior de la cabina cuando el artilugio volador chocó contra el asfalto. La aeronave se deslizó a lo largo produciendo un quejido metálico ensordecedor. Como en un sueño, Ned vio a los incautos espectadores corriendo otra vez para ponerse a cubierto y alzando sus brazos en un intento de protegerse de aquella bestia llegada del cielo.

Después de arrollar varios coches, el WEAV por fin se detuvo. Por unos segundos, Ned no fue capaz de moverse. Le dolían todas las partes de su cuerpo y la cabeza le daba vueltas, amenazando con hacerle vomitar. El rugido cercano de los cazas le obligó a volver en sí. Con una voz tan fuerte que le sorprendió a él mismo, gritó:

—¡Abra esta maldita cabina!

Los dos hombres se precipitaron por la escalerilla abajo y empezaron a correr en direcciones opuestas. De repente, Ned sintió una detonación y luego una terrible oleada de calor que impactó contra su espalda y lo lanzó hacia delante contra el suelo. El WEAV quedó totalmente destruido. Se había salvado por muy poco. A pesar del dolor se levantó a toda prisa y empezó a correr de nuevo sin plantearse siquiera adónde iba. Su único deseo era confundirse con la gente atónita y convertirse en una sombra más de la auténtica ciudad de las luces.

—¡Maldita sea! ¡Maldito Ned Horton!

El jefe militar del Área 51 dio un puñetazo en la mesa que hizo temblar todos los objetos que había encima. Frente a él estaba la comandante Taylor, con un apósito en el cuello. La herida no tardaría en curarse, pero la militar nunca podría olvidar ni

perdonar las heridas que Ned había infligido en su orgullo.

—General, le doy mi palabra de que Horton será mío pronto. Y entonces sólo le ruego que no me pida explicaciones sobre lo que voy a hacer con él.

Cuando lo cogiera, pensaba disfrutar de cada segundo que pasara haciéndole sufrir. Y ella sabía cómo prolongar el dolor.

—La única prioridad —dijo el general, más calmado— es evitar que llegue a establecer contacto con Lightman. Todo lo demás no importa. Ni tampoco lo que usted haga con él. No debía haber cedido a su petición de implantarle el microchip de control mental...

Había un reproche muy duro en esas palabras, aunque no era momento para discutir ni expresar sus argumentos. La comandante estaba dispuesta a aceptar su parte de responsabilidad en todo aquello. Le repugnaba que otros no hicieran lo mismo. Sus pensamientos al completo, como los soldados de un ejército, estaban enfocados en Ned. Se le había escapado dos veces. No lo lograría una tercera.

—¡Gracias a Dios!

La voz de Olga se quebró al recibir por fin un mensaje de Ned en su teléfono móvil. Sus ojos se llenaron de lágrimas por la tensión acumulada y la alegría de la noticia. En el mensaje le decía que estaba bien y que iba a llamarla enseguida, pero que ella no debía decir nada, sólo escuchar. Tenían que ser más cautos que nunca para evitar que interceptaran sus huellas sónicas.

El móvil de Olga sonó y ella se apresuró a cogerlo, aún con lágrimas en los ojos. No dijo nada al descolgar, como Ned le había pedido, pero su gesto fue suficientemente locuaz al oír la voz de un desconocido que empezó a hablarle en inglés. Su voz sonaba nerviosa, por razones que Olga no podía sospechar.

—Él no puede hablar directamente contigo para que no le reconozcan. Pero me pide que te recuerde la noche en que hicisteis el amor después de encontrar el maletín. Así sabrás que esto no es ninguna trampa.

Ya lejos del lugar donde el WEAV aterrizó forzosamente y fue destruido, Ned se había topado con un hombre que paseaba a su pequeño caniche por un parque. Cuando estuvo en una zona oscura, fuera de la vista de otras personas, le apuntó con la pistola y le pidió que lo acompañara hasta un lugar apartado. El animal ladró un par de veces, pero el dueño lo calmó. Ned le dijo que no pretendía hacerle nada malo. Sólo necesitaba su teléfono y su voz.

Olga estuvo a punto de preguntar al desconocido qué era lo que había pasado, pero se mordió a tiempo la lengua.

—Él me dice que no debes preocuparte. Cumple estas instrucciones tal y como siguen. Toma nota. El tiempo corre. Debes comprar un billete de avión al país de los relojes y el chocolate. No le es posible usar palabras más específicas. También es el país de la Cruz Roja y de las cuentas bancarias secretas. Comprueba qué aeropuerto

está más cerca del centro científico más importante del país. Es un laboratorio gigantesco y muy importante. Hay un túnel subterráneo de varios kilómetros de perímetro. Saca lo que tú sabes de su escondite. Pero no pases por tu casa. Llévalo contigo. Cuando tengas localizada la ciudad, busca su ayuntamiento. Hospédate en el hotel que esté más cerca de él, sea cual sea. Él te buscará allí en cuanto llegue. Y, sobre todo, no digas a nadie nada de lo que vas a hacer. Te manda besos. Volverá a ponerse en contacto contigo en cuanto le sea posible.

Olga lo anotó todo en una libreta. Estaba claro que el país era Suiza, y el centro de investigación, el CERN. Ella sabía esto último porque últimamente habían aparecido numerosas noticias en los medios sobre la puesta en marcha del gran acelerador de partículas.

El desconocido interrumpió la llamada sin decir nada más. Olga ardía en deseos de hablar con Ned. De decirle que le quería y que tuviera cuidado. Pero no lo hizo.

—Necesito pedirle otro favor... —dijo Ned al hombre cuando éste finalizó la comunicación.

El favor era quitarse la camisa y cambiársela por la suya. La que llevaba puesta la conocía quien iba a tras él y era demasiado florida para que no la reconocieran. El desconocido obedeció a regañadientes. Después ya no tuvo tiempo de cruzar ninguna otra frase con Ned. Éste desapareció entre los arbustos como si nunca hubiera estado allí.

Hasta el momento, Ned había conseguido evitar que le frieran el cerebro, había escapado de la inexpugnable Área 51 y hasta se había estrellado en plena ciudad de Las Vegas en un aparato que parecía un objeto volante no identificado. Eran demasiadas emociones para un mismo día. Incluso para una vida entera, pero su misión aún no había acabado. Tenía que pensar cómo salir cuanto antes de Estados Unidos para llegar a Suiza y al profesor Stephen Lightman. Iba a ser complicado, pues carecía de dinero y de documentos de identidad. Todo eso seguía, esperaba Ned, en las alforjas de la Harley Davidson de Rocambole, en el pueblo del desierto donde la dejó escondida; pero no podía volver a buscarla y no tenía nadie a quien recurrir salvo al propio Rocambole.

Aquel tipo era de fiar o, en todo caso, Ned se fiaba de él. Pero acudir de nuevo a Rocambole tenía sus riesgos. Si los militares habían encontrado la Harley, ahora estarían en la tienda del gordo falsificador, haciendo averiguaciones. Debía pensar rápido. Si hubiera un modo de contactar con Rocambole sin exponerse a ser detenido...

—¡Qué estúpido soy! —exclamó entre dientes, reprendiéndose a sí mismo.

Claro que había un modo de conseguirlo. Era tan sencillo que le parecía increíble no haberlo pensando antes. La clave estaba en provocar una vacilación de Rocambole que éste no pudiera controlar. Ned había leído muchas veces la obra Hamlet, de

William Shakespeare. No es que pensara calzarse unos leotardos negros y aparecer en la tienda de Rocambole con una calavera en la mano. Hamlet usaba a unos comediantes para representar una obra teatral en la que su padre, el rey, moría envenenado por su propio hermano, compinchado con la reina. Eso era exactamente lo que había sucedido, si las revelaciones del espectro eran auténticas. Así, al verse el hermano, y nuevo rey, frente a su propio crimen recreado en la ficción, Hamlet pudo comprobar que su reacción involuntaria le delataba.

Con Rocambole, el plan no tendría por qué ser tan aparatoso. Le bastaba con llamar por teléfono a su tienda desde un teléfono público, distorsionar mucho su voz para impedir su reconocimiento, y ponerle el cebo que había ideado. Pero antes le convenía alejarse un poco más de la zona. Los agentes del gobierno no tardarían en establecer un cerco de seguridad y, como le había dicho al general la comandante Taylor, no iban a permitir que Ned se les escapara una tercera vez.

Caminó a paso ligero por las calles más concurridas, mezclándose con la gente. Muchos comentaban el aterrizaje del ovni y se dirigían hacia la confluencia de las calles en que había ocurrido el suceso. Ned se detuvo frente al escaparate de una tienda de electrónica. Varias pantallas mostraban las mismas imágenes: las fuerzas de seguridad acordonando los restos del supuesto ovni con decenas de coches que tenían sus sirenas luminosas encendidas, varios camiones de bomberos y un sinfín de personas apelotonadas fuera del perímetro policial. Parecía la escena de una película de Hollywood.

Ned siguió su camino durante media hora más. Al lado de un parque había una fila de cabinas telefónicas. Todas ellas exhibían pegatinas diversas con números de telefonía a través de internet. Se colocó en la que estaba en el medio. No había nadie más usándolas. Descolgó el auricular y se metió mecánicamente la mano en un bolsillo. Entonces recordó que no tenía dinero; ni tan siquiera una humilde moneda.

—¡Maldita sea!

Tendría que conseguirlo a la vieja usanza. Atravesó el parque y esperó al otro lado, oculto detrás de unos arbustos raquíticos. La zona estaba desierta y escasamente iluminada. En varios minutos sólo pasaron algunos transeúntes, que no fueron de su agrado. Hasta que apareció una señora mayor y pequeña, con aspecto frágil. Le repugnaba de veras lo que iba a hacer, pero no era momento para remilgos morales. Sólo esperaba que a la pobre vieja no le diera un infarto por la impresión.

—¡Alto ahí! ¡Estoy loco! Necesito un dólar en monedas.

Ned se plantó delante de ella de un salto. La mujer paró en seco, levantó la vista hacia Ned y abrió mucho los ojos. Durante unos segundos pareció haberse quedado petrificada. Pero sólo fue una impresión. Y extremadamente errónea, además.

—¡¿Que estás loco?! —le replicó ella—. ¡Te voy a curar yo la locura!

La anciana se abalanzó sobre Ned con los brazos en alto, al tiempo que lanzaba

una de sus piernas, con inesperada agilidad, contra la entrepierna de su agresor. La patada fue seca y certera. Ned se aovilló con ambas manos en los testículos. La mujer aprovechó ese movimiento para agarrarle de una oreja y propinarle una bofetada en pleno rostro.

—¡Yo... no!

Ned cayó al suelo dolorido y desconcertado. Por encima de él, la vieja apretó el puño y lo agitó en señal de triunfo.

—¿Creías que ibas a poder conmigo, eh? Debes saber, miserable ratero, que fui campeona de kárate en mi juventud.

—Lo... siento... —dijo Ned, aún retorciéndose de dolor.

—¿Un dólar...? ¡Qué vergüenza! Pues aquí lo tienes.

La mujer metió la mano en su bolso y cogió un monedero, del que extrajo siete u ocho monedas de veinticinco centavos y las dejó caer sobre Ned.

—Y no vuelvas a atemorizar a la gente decente, rufián.

Después de hacerle esa última recriminación, la mujer se atusó el pelo y siguió su camino. No era el modo en que Ned había imaginado que conseguiría el dinero para la llamada, pero el caso es que lo tenía.

Respiró hondo y se levantó, torcido por el dolor. Recogió las monedas desparramadas, como si él fuera realmente el anciano, y luego fue andando con pasitos de geisha de vuelta hacia las cabinas de teléfono. Desde que era un muchacho y jugaba al béisbol en el equipo del instituto, no le habían dado semejante golpe en sus partes.

A pesar de todo, pensó, sería el menor de los tormentos que iba a padecer a manos de la comandante Taylor y sus secuaces.

—Hola, deseo hablar con el señor Rocambole —dijo Ned al auricular del teléfono público, tapado con un trozo de tela y con la voz impostada.

No estaba seguro de que haciendo eso evitara ser reconocido por los sistemas automáticos de Echelon, pero tenía que correr el riesgo. La dependienta de la tienda que servía de fachada al falsificador se mostraba tranquila. Eso era una buena señal. Le pidió que esperara un momento mientras avisaba a su jefe, que estaba —cómo no— en la trastienda.

—Rocambole al aparato.

Hasta en la forma de contestar al teléfono aquel hombre era peculiar.

—Hemos encontrado una motocicleta abandonada. La matrícula está a su nombre. Es una Harley Davidson Sportster de color rojo y marfil.

Ése era el plan de Ned; el cebo que le haría saber si la policía había encontrado realmente la moto y llegado hasta Rocambole.

—¡Ese maldito cabrón de...! —gritó el gigante con voz atronadora.

Ned se separó el auricular del oído y colgó de inmediato. Le bastaba esa reacción para sacar sus conclusiones. No quería que aquel tipo empezara a soltar improperios contra él y acabara mencionando su nombre, como había estado a punto de hacer. Si había reaccionado así era porque nadie le había visitado y los perseguidores de Ned no habían encontrado la moto.

—¿Dónde estoy...? —se preguntó a sí mismo, y miró en derredor.

No conocía demasiado bien Las Vegas, pero sabía que estaba en el norte y la tienda de Rocambole también. No podía costarle demasiado encontrarla. Cuando la necesidad aprieta, todo es más fácil.

Preguntó a una pareja por la dirección y agradeció que, en un día tan duro y complicado, la tienda del gigante estuviera más cerca de lo que había pensado. En diez minutos se plantó ante la puerta, aunque antes comprobó a cierta distancia que no había nada extraño en las proximidades.

Cuando entró, la dependienta abrió los ojos y pareció despertarse en ese momento de un sobresalto. No hizo falta que Ned dijera nada.

—Rocambole está...

—... en la trastienda, como siempre, sí.

Ned atravesó la cortina multicolor y volvió a imbuirse en el ambiente brumoso y de penumbra en que Rocambole se sentía a gusto. Miró en todas direcciones, pero no logró verlo entre las sombras. Fue su voz la que le indicó dónde estaba. Emergió de un apartado lateral como un toro bravo a punto de embestir.

—¡Tuuú, malnacido! —le imprecó, agitando el dedo.

—Espera, espera —dijo Ned, al tiempo que retrocedía un paso—. Era yo el que llamó antes. Tenía que cambiar la voz para que no la detectaran.

Rocamble se detuvo. Frunció las cejas y apretó los labios.

—¿Cómo? ¿Que eras tú? ¿Que no detecten tu voz...? ¿De qué coño estás hablando? ¿Te has vuelto majara?

El gigante no entendía nada. Y era lógico. Nadie lo habría entendido sin conocer la historia. Aunque Ned no pensaba contarle la verdad. Al menos, no toda.

—Estoy en un lío. Me persiguen los militares.

La indignación volvió al rostro de Rocamble. Pero esta vez no iba dirigida contra Ned.

—Esos fascistas hijos de mala madre... Has descubierto alguno de sus fregados, ¿verdad?

—Por eso necesito tu ayuda.

—¿Y qué es? Estamos muy cerca del Área 51. Déjame adivinar... Seguro que se trata de extraterrestres, naves alienígenas... ¡Claro, joder! ¡Ha salido en la televisión!

—No saques conclusiones precipitadas...

Los ojos de Rocamble estaban redondos como platos.

—A mí no puedes engañarme. Todo coincide: el accidente del ovni en medio de la ciudad, tu llamada secreta, la persecución de los militares...

—Es muy complicado. Ahora no puedo entrar en detalles. Si me ayudas a escapar, te prometo que algún día te lo contaré todo. Te doy mi palabra.

—¿Y hablarás de mí en tu próximo libro?

—Lo prometo.

—Entonces, cuenta conmigo. ¿Qué necesitas?

—Dinero y nuevos documentos. Y un cambio de cara —dijo Ned.

—Lo primero puedo dártelo —respondió el gigante—. Pero lo último...

—¿No trabajaste en un estudio de efectos especiales?

—Sí, pero como carpintero. No sé nada de caracterizaciones.

Ned estaba al tanto de que los aeropuertos disponían de sistemas de reconocimiento facial capaces de dar la alarma en cuanto apareciera un sospechoso incluido en sus bases de datos. No bastaba simplemente con ir rapado y con gafas oscuras. En cuanto pasara el control de aduanas, le obligarían a quitárselas y el sistema lo reconocería al instante.

—¿Cuánto dinero necesitas?

—Me bastará con un par de miles de pavos.

—¿Y los documentos? ¿Qué has hecho con los que te hice ayer? Ya sé, ya sé, es complicado. Está bien.

—Primero hay que cambiar mi cara de algún modo... Ahora me basta con un pasaporte. Tengo que coger un avión.

—Y yo tengo una idea —dijo Rocambole—. La base del reconocimiento facial automático es un modelo tridimensional que destaca los rasgos y las expresiones.

—¿Cómo sabes tú eso?

Ned estaba perplejo ante la elaborada explicación del gigante.

—Estoy informado de las cosas que atentan contra nuestra libertad individual. ¿Crees que soy un palurdo?

—Jamás habría pensado eso —reconoció Ned, y no mentía. Pensaba que estaba loco, pero no que fuera un ignorante.

—Bien. Podemos cambiar la forma de tus cejas. Colocar algodón en tu boca para deformar las mejillas y en tus fosas nasales para ensancharlas. Oscurecerte los pómulos con maquillaje. Usar unas lentillas para cambiar el color de tus ojos... ¿Se te ocurre algo más?

—Mis orejas están muy pegadas a la cabeza. ¿Se podrían separar un poco?

—Sí, con unas gafas sin graduar que tengan muy abultados los extremos de las patillas.

—¿Será todo eso suficiente?

—Y yo qué coño sé. Pero no tienes muchas más alternativas, salvo ponerte una máscara de Barack Obama y esperar que te tomen por él.

—Tienes razón. Pero ¿no has dicho que no tenías ni idea de maquillaje?

—Yo no, pero Jenny sí.

Jenny era el nombre de la Barbie punky asistente de Rocambole. Envió a la dependienta en busca de las lentillas, las gafas y el maquillaje y echó el cierre de la tienda. Mientras, el propio falsificador se dedicó lo mejor que pudo a perfilar las cejas de Ned. Luego le dio unas bolas de algodón de distintos tamaños para que se las metiera en la boca, entre los mofletes y la dentadura inferior, y otras más pequeñas para los orificios de la nariz.

—No puedo respirar con esto... —se quejó Ned.

—Es cierto. No había contado con ese problema. Será mejor utilizar algo rígido y hueco... Por ejemplo, unos capuchones de bolígrafo recortados.

La joven dependienta regresó al poco tiempo con el material que le había encargado su jefe. Rocambole le dijo entonces lo que pretendían de ella y la joven se puso manos a la obra sin discutir o preguntar en ningún momento la razón de algo tan inusual. Retocó las cejas de Ned, que habían quedado fatal, y usó el maquillaje para extenderlas y crearle sombras en diversas partes de la cara. Las lentillas convirtieron los ojos azules de Ned en marrones. Y las gafas, además de alterar un poco más su aspecto, levantaron sus orejas gracias a la cinta adhesiva que Rocambole colocó en el extremo de las patillas.

—Listo —dijo la chica, diez minutos más tarde.

Ned se levantó para ver su nuevo yo en un espejo del cuarto de baño que había en

la trastienda. Había quedado perfecto. Ni su propia madre sería capaz de reconocerlo.

—Gracias, Jenny.

—De nada, guapetón. ¿Puedo irme ya? —preguntó a su jefe.

Él asintió y la joven los dejó de nuevo a solas. Ned seguía inspeccionando su cara en el espejo.

—Acabo de caer en la cuenta de que ahora saben que voy rapado —comentó.

—Entonces necesitarás una peluca. Lo que no sé es de dónde vamos a sacarla... O sí. Espera un momento.

Ante la mirada atónita de Ned, Rocambole salió de la estancia y regresó al cabo de unos segundos con una especie de mofeta entre sus manos.

—Tendrás que pegártela al cráneo. Tengo goma arábica. No te hará daño en el cuero cabelludo. Digo yo.

—¿De dónde has sacado... eso? —preguntó Ned, mirando la peluca negra y lisa que Rocambole le había lanzado para que se la probara.

—Es de Jenny. Habrá que recortarla, o si no parecerás un cantante heavy.

Varios agentes de la inteligencia militar registraban el pueblo donde Ned había dejado la Harley de Rocambole. Uno de ellos acabó descubriéndola detrás de una casa, entre los setos de arizónicas. Al acercarse se clavó un pincho de una chumbera en el dorso de la mano. Soltó una maldición y siguió hasta alcanzar la motocicleta. Abrió las alforjas y encontró la documentación falsa de Ned. El nombre era otro, y aparecía muy distinto en la foto. Pero el agente estaba entrenado para reconocer a un hombre o una mujer por los ojos. Los ojos no pueden mentir...

—Tengo algo —dijo al intercomunicador que portaba en la muñeca, y se frotó la herida dejada por la gruesa aguja.

Segundos más tarde, un soldado entraba a toda prisa en la parte de atrás del vehículo militar en que se hallaba la comandante Taylor. Llevaba un informe en sus manos. En él se especificaban las acciones para la localización y detención de Ned Horton. En una de las hojas se mostraban los datos del dueño de la motocicleta en que se había encontrado su documentación.

—Placa de Nevada NCI-692 —leyó la comandante para sí, mascullando las palabras—. A nombre de Jeremiah Orvil Pyatt. Dueño de un negocio de tatuajes en Las Vegas. Condenado en 1997 por falsificación...

El tono de su voz había ido incrementándose a medida que leía los datos del informe. Miró a su asistente, sentado junto a ella en el vehículo. Apretó los dientes y se golpeó en una pierna con el puño.

—¡Ya es nuestro!

Cuando terminó de colocarse la peluca, Ned se miró otra vez al espejo y no pudo evitar una maldición.

—¡Joder! Parezco un travestí.

—Lo importante —dijo Rocambole— es que nadie te reconozca.

—Con esta facha no me reconozco ni yo mismo...

—Eso era lo que querías y eso es lo que tienes.

Rocambole sacó una foto al nuevo Ned y se dispuso a falsificar el pasaporte que necesitaba para abandonar Estados Unidos. En eso era un auténtico maestro. Lo tuvo listo en pocos minutos, con los sellos oficiales correspondientes, la banda magnética grabada e incluso algunas hojas con la estampación aduanera de varios países supuestamente visitados.

—Aquí lo tienes. Voy por el dinero que me has pedido. Espero recuperarlo, con intereses y con el pago de todo el trabajo de hoy.

—En cuanto me sea posible. Y gracias, amigo.

—Todo para joder a los que quieren controlarnos. Bastardos...

Rocambole salió de nuevo de la trastienda. Poco después regresó corriendo, con el rostro desencajado. En la mano sostenía el fajo de billetes que iba a dar a Ned.

—¡Te han descubierto!

—¡¿Qué...?!

—La policía esta fuera. Tienes que salir de aquí.

—¿Por dónde? —preguntó Ned, visiblemente alterado.

—¡Sígueme, deprisa!

Los dos hombres bajaron por una escalera que conectaba la tienda con el sótano. Atravesaron el garaje de Rocambole, con sus motos y sus trastos, y siguieron hasta una portezuela escondida detrás de un mueble con herramientas.

—Es un pasadizo que discurre por debajo de la calle. Este local perteneció a unos mafiosos, y lo usaban para huir de la policía. Justo como tú ahora.

El gigante descorrió un cerrojo y abrió la puerta metálica. Los goznes, sin engrasar en años, emitieron un chirrido.

—¡Vamos, apresúrate! —dijo Rocambole al tiempo que le daba una linterna.

En cuanto desapareció por el interior, a gatas, el gigante cerró la puerta y la ocultó de nuevo tras el mueble. Arriba se escuchó un fuerte golpe. Rocambole manchó sus manos de grasa y cogió un trapo mugriento y una llave inglesa, y se colocó agachado junto a una de las motos, como si estuviera arreglándola.

Los agentes de paisano aparecieron enseguida por la escalera, apuntándole con sus armas.

—¡Al suelo! —gritó uno de ellos.

Rocambole soltó lo que tenía entre manos y se incorporó.

—¡Al suelo, he dicho!

El falsificador obedeció mientras el agente se aproximaba a él con cuidado.

—¿Dónde está Ned Horton? ¡Conteste!

—No conozco a nadie con ese nombre.

Un reguero de sangre sucedió a las palabras de Rocambole. El agente le había dado una patada en la boca sin contemplaciones. Su misión era encontrar el fugitivo y no iba a perder el tiempo con buenos modales.

Desde el túnel por el que avanzaba en su huida, Ned escuchó los gritos, retumbando en las paredes desnudas del agujero. Se detuvo un instante, temiendo por la vida del hombre que tanto le había ayudado. Pero debía continuar. El objetivo de llegar hasta Lightman y alertarle del peligro superaba cualquier otra consideración.

Trató de dejar su mente en blanco y ocuparla por entero con lo que estaba haciendo: la necesidad inmediata de escapar de sus perseguidores, llegar al aeropuerto y volar de Las Vegas hacia la vieja Europa.

La salida del túnel parecía obstruida. Ned empujó la portezuela con todas sus fuerzas. Se dio la vuelta, agachado en el pequeño agujero, y colocó las plantas de sus pies en ella. No tenía dónde cargar el peso de su cuerpo ni quería dar patadas, por si el ruido alertaba a quienquiera que pudiera estar al otro lado. Le faltaba una de las bases de la palanca: el punto de apoyo.

Aun así, logró hacer más fuerza que antes y la vetusta portezuela cedió un poco, oyó un agudo chirrido y un leve haz de luz se coló en la oscura galería. Ya no importaba hacer más ruido. Tumbado en el suelo, levantó una de sus piernas y lanzó una patada. La luz aumentó. La siguiente patada coincidió con el sonido de alguna clase de objeto desmoronándose.

Ned se dio la vuelta de nuevo. Terminó de abrir el hueco con los brazos. Al otro lado apareció una especie de jardín. Lo que había producido el sonido era una montaña de paquetes de abono al caer. Estaban apilados encima de la trampilla y por eso le había costado tanto abrirla.

Salió al exterior, entre los arbustos. Era incapaz de estimar la longitud de la galería por la que había gateado desde el sótano de la tienda de Rocambole. Quizá cien metros. Quizá sólo cincuenta. En todo caso, debía tener mucho cuidado y mantenerse oculto hasta estar seguro de que nadie se fijaba en él. Miró desde donde estaba hacia el otro lado de la calle. Todo parecía normal y él ya no se parecía sí mismo.

Esperó unos segundos, hasta calmarse un poco y normalizar su respiración, y luego salió de su escondrijo. Atravesó la zona verde y después caminó por la acera hasta que vio pasar un taxi. Tenía dinero y documentos. Lo paró y pidió al conductor que lo llevara directamente al aeropuerto, aunque nada más empezar la carrera se dio cuenta de que ésa no era una buena idea. Pensó en la ciudad más próxima que contara con un aeropuerto internacional importante. Sólo se le ocurría una: Phoenix, en el vecino estado de Arizona, a más de cuatrocientos kilómetros de Las Vegas.

—¿Cuánto me costaría que me llevara hasta Phoenix? —dijo Ned al taxista.

A través del retrovisor, pudo ver su cara de pez.

—¿A Phoenix, jefe? ¿Phoenix, en Arizona? Pero eso está muy lejos...

—Sí, ya sé que está lejos. Pero ¿puede usted llevarme hasta allí o no?

—Son varias horas de viaje. Y luego el regreso a Las Vegas... Sí, puedo llevarle, pero será caro. ¿No prefiere ir en avión?

—Me da miedo volar.

El gesto del hombre se hizo paternal.

—Ah, eso lo explica todo. Bueno, déjeme calcular un momento... Creo que con

cuatrocientos pavos será suficiente.

—Le daré quinientos si conduce rápido.

—Todo lo rápido que las circunstancias permitan, jefe.

—¡Maldita sea! ¡Malditos incompetentes!

En la parte trasera del vehículo de mando la comandante Taylor dio un golpe sobre una de las consolas electrónicas que hizo saltar chispas. El chisporroteo eléctrico fue acompañado del apagón de uno de los monitores.

—Señora, trate de compren...

—¿¿Cómo ha podido escapárseles?! ¡Lo tenían en las manos!

El bufido de la comandante era continuo. Su asistente no trató de dar nuevas explicaciones. Se limitó a llamar a un técnico para que reparase de inmediato el sistema averiado.

Mientras, la comandante imaginaba ya lo que iba a hacer con ese gordo repugnante que había ayudado a Ned Horton. Había ordenado que lo llevaran a cierto lugar perdido en mitad del desierto, donde tendría una conversación privada con él.

—Lo que sucede en Las Vegas se queda en Las Vegas —musitó la militar.

Su asistente la miró inquisitivamente. Apenas había oído sus palabras. Ella le devolvió la mirada con la dureza habitual. Sonrió gélidamente.

—Que nadie toque al señor Pyatt hasta que yo llegue. Quiero interrogarlo personalmente.

El vehículo se puso en movimiento en cuanto el técnico sustituyó la consola destrozada por el golpe. La noche era muy oscura. Sobre el cielo de Nevada, sin una sola nube, se veían algunas estrellas que ni la exuberante luz de la ciudad del juego lograba ofuscar.

El trayecto duró pocos minutos. Frente a una loma desnuda y apartada, a la que se accedía por un camino de tierra, el vehículo de la comandante se detuvo. Ella descendió acompañada de su asistente. A pocos metros se hallaba estacionado otro vehículo militar. Dos agentes esperaban fuera. Ambos se cuadraron al verla aparecer ante ellos.

—Quiero charlar un momento con el detenido —dijo, sin ocultar la ironía de sus palabras.

Uno de los agentes sacó a Rocambole de la parte trasera y lo puso delante de la comandante. Su rostro exhibía varios cortes y contusiones. Era incapaz de mantenerse totalmente erguido por los golpes que le habían propinado al detenerlo y realizarle el primer interrogatorio. Su formidable envergadura había quedado reducida a una especie de monigote asustado y dolorido.

—Conozco mis derechos... —dijo con voz trémula.

—Yo también los conozco —respondió la comandante—. Y ya ves por dónde me los paso. —Hizo una pausa—. Podemos hacer esto fácil o difícil. Tú decides.

—¿Qué quiere de mí?

—Saber lo que tú sabes. En tu local ha sido encontrado material para falsificar documentos. Has estado en la cárcel por falsificación. ¿Qué identidad usa Ned Horton ahora? ¿Cuál es su aspecto?

—Yo no he...

—¡No! No trates de engañarme. Por tu bien.

La comandante sacó la pistola reglamentaria del cinto. Se acercó a Rocambole hasta que pudo notar su respiración en el cuello encogido. Ella también podía notar la respiración entrecortada de su presa. Y oler su miedo. Le colocó el cañón del arma en el mentón y, sin especificar hasta dónde llegaría antes de apretar el gatillo, empezó a contar.

—Uno, dos...

—Lleva una peluca negra y lisa. Las cejas casi depiladas. Algodones en la boca. Lentillas marrones. También lleva gafas, y las orejas levantadas. La piel con maquillaje, más oscura —dijo Rocambole atropelladamente, aterrorizado.

—¿Y su nueva identidad?

—Escojo los nombres al azar de una lista. No lo recuerdo...

—No te creo.

—¡Le juro que es cierto!

Rocambole se puso a llorar como un niño. Aquel gigantón encorvado daba lástima en manos de sus captores. La comandante apretó aún más el cañón de su pistola.

—¡No te creo!

—¡Se lo juro por Dios! ¡No lo recuerdo!

Seguramente no mentía. Pero la comandante tenía que asegurarse. Volvió a contar otra vez. Pero en esta ocasión avisó a Rocambole del momento en que dispararía si no confesaba.

—Voy a contar hasta tres. Lo haré muy despacio. Te daré tiempo para responder. Si no lo haces, tus sesos quedarán desparramados por este puto desierto para que se los coman los buitres.

Rocambole seguía lloriqueando y suplicando.

—Uno... Dos...

—No lo sé...

—Tres.

La detonación fue seca. Su sonido se perdió en la noche. Un reguero de sangre y pedazos de hueso saltaron como de un surtidor de la cabeza de Rocambole. Sus ojos se quedaron abiertos completamente. Cuando se desplomó, todavía mostraban la expresión de pánico que ahora ya no podía sentir. Porque estaba muerto.

—Háganlo desaparecer —dijo la comandante a los agentes mientras guardaba el

arma.

Luego regresó en silencio a su vehículo.

Apenas amanecía cuando el taxi en que viajaba Ned llegó a las estribaciones de Phoenix. El conductor le preguntó dónde quería que lo dejara. Ned no había estado nunca en esa ciudad, salvo en una escala técnica en su aeropuerto internacional.

—Siga adelante por aquí —dijo al conductor.

Al ver una tienda de telefonía, le pidió que se detuviera. Necesitaba un nuevo móvil para contactar con Olga a través de mensajes de texto. Antes de bajarse del coche, pagó al taxista el precio convenido más los cien dólares extra por superar los límites de velocidad.

—Si me espera aquí cinco minutos, puede llevarme al aeropuerto.

—Claro, jefe.

Ned entró en la tienda y adquirió un terminal sencillo, con la batería de mayor duración. Imaginaba que en los últimos tiempos se había convertido en uno de los mejores clientes de las empresas de telefonía celular. Salió de nuevo a la calle, donde le llegó un olor delicioso desde un sitio indeterminado. Estaba hambriento, y de buena gana habría entrado en cualquier restaurante a comer algo, pero no había tiempo para eso. Cada segundo que pasara en suelo americano reducía sus opciones de salir con vida de aquello. Volvió al taxi.

—Al aeropuerto, por favor.

Ya en la terminal internacional, pagó al simpático taxista y se despidió. Nada más quedarse solo, se apoderó de él un gran nerviosismo. Sabía que todas aquellas cámaras de seguridad habían ya empezado a escudriñarlo, al igual que al resto de personas que se disponían a entrar en el aeropuerto. Sólo que él sí tenía algo que ocultar. Si el sistema de identificación facial lograba reconocerlo a pesar de su disfraz, sería detenido al instante. Pero no podía hacer nada más que rezar para que no fuera así.

De momento todo parecía ir bien. Se dirigió a la ventanilla de información. Por desgracia, no había vuelos sin escalas a Ginebra de ninguna de las compañías aéreas que operaban en el aeropuerto. Era una contrariedad, aunque ya imaginaba que no sería fácil dar con un vuelo directo de la capital de Arizona a la ciudad suiza. De hecho, no había vuelos directos a ninguna ciudad europea.

En todo caso, Ned quería salir de Estados Unidos sin hacer escalas domésticas para evitar riesgos. Optó por comprar un billete con destino a Montreal, en Canadá. Desde allí podría tomar otro avión que lo llevara por fin a Ginebra. Su vuelo salía dentro de tres cuartos de hora. Ned sacó el teléfono móvil nuevo y escribió un mensaje dirigido a Olga:

Estoy bien. En cuanto llegue a nuestro punto de encuentro, te enviaré otro mensaje. Sólo contéstame con un OK si todo va bien.

El agudo pitido del mensaje de respuesta de ella no se hizo esperar. En él, Olga había escrito obedientemente las letras OK.

El suspiro de alivio de Ned no fue lo profundo que le habría gustado. Le quedaba pasar la prueba más difícil: el control de pasaportes. Si Rocambole había hecho bien su trabajo, no habría contratiempos. De lo contrario, todo acabaría en cuestión de segundos.

Ahora sólo dependía del destino. Y de sus inextricables hilos.

Olga recibió el mensaje de Ned en el aeropuerto de Ginebra. Su vuelo, procedente de Madrid, acababa de aterrizar y ella estaba saliendo ya de la terminal para tomar un taxi que la llevara al centro de la ciudad. Antes de partir, en España, había recogido las cintas del maletín oculto en el Canto de Castrejón. Las llevaba consigo en una pequeña maleta de mano.

Ned le había dado instrucciones para que se alojara en el hotel más cercano al ayuntamiento de Ginebra. Olga pidió al conductor que la llevara hasta allí. Su francés era algo rudimentario, pero sabía defenderse gracias a un curso de esa lengua que había hecho en su adolescencia y algún que otro viaje romántico a París.

—El hotel que está más cerca del ayuntamiento es el Metropole —dijo el taxista sin dudar—. Pero es muy caro, señora. Déjeme que le recomiende el Excelsior. Es más barato, muy acogedor, y está casi igual de cerca del ayuntamiento que el Metropole.

—Le agradezco su amabilidad —dijo Olga al solícito taxista—. Pero tengo que hospedarme en el más próximo. Es una especie de juego...

—Ah, comprendo. C'est l'amour...

Olga sonrió ante el comentario del hombre, y le devolvió la sonrisa a través del retrovisor.

El hotel Metropole apareció como un imponente edificio clásico en medio de la avenida del General Guisan. La ancha calle separaba el hotel de un precioso jardín que lindaba con el gran lago de Ginebra. Olga nunca había estado en Suiza, pero se sentía abrumada por la belleza del entorno.

El taxista le abrió la puerta trasera y se despidió de ella con un guiño.

—Espero que disfrute de su estancia.

La recepción del Metropole no desmerecía su aspecto exterior. Había sido reformada sin estridencias, para mantener un aire elegante, lujoso y sobrio a la vez. Olga se acercó al mostrador y pidió una habitación. El empleado analizó de arriba abajo su aspecto algo desaliñado y sus ropas descuidadas. No le parecía que los vaqueros gastados y la chaqueta de corte militar concordaran con la clientela habitual del elegante hotel.

—Disponemos de habitaciones simples y dobles. Supongo que no desea una suite especial...

—No —dijo Olga un poco molesta por el descarado escrutinio del hombre y su actitud ofensiva—. Con una habitación doble normal bastará.

—Bien. Déjeme ver... Puedo ofrecerle una habitación en el primer piso. Serán seiscientos diez francos suizos por noche. Al cambio, cuatrocientos veinte euros.

El empleado dijo el precio ralentizando las palabras. Luego volvió a mirar a Olga para comprobar su reacción. Era realmente caro hospedarse allí, pero ella mantuvo su expresión neutra.

—Bien. Aquí tiene mi tarjeta de crédito y mi documentación.

Al hombre pareció molestarle la displicencia de aquella mujer extranjera. Aunque al ver que era española cambió su actitud.

—Oh, mi padre es español. Vino a trabajar a Suiza, conoció a mi madre y se estableció aquí... Un momento. Tengo una habitación mejor por el mismo precio, con magníficas vistas al lago Ginebra.

La habitación estaba en el piso superior. Olga subió inmediatamente. Dejó su maleta sobre la cama y miró por la ventana. Numerosas embarcaciones surcaban las tranquilas aguas del lago.

Estuvo un rato allí, sin soltar el teléfono móvil. Quería poder comunicarse con Ned, y ardía en deseos de verlo en persona. Estaba muy preocupada. Desde que se marchó a Estados Unidos para entrevistarse con Aldrin, todo se había complicado de un modo que ella aún no comprendía.

Ned no llevaba equipaje de ninguna clase. Dejó sus objetos personales en una bandeja del control de pasaportes y esperó pacientemente en la fila de viajeros. Cuando le llegó el turno, colocó la bandeja en la cinta del detector de metales y pasó bajo el arco. Le sudaba todo el cuerpo y temía que su rostro mostrara una delatora expresión de desasosiego. Así era. El agente de seguridad le dedicó una mirada aviesa, pero la máquina no emitió ningún pitido y le dejó seguir sin mayores consecuencias.

Ned volvió a pasar un mal rato mientras otro agente comprobaba su pasaporte. Notó que se detenía más tiempo del habitual, escrutando la fotografía y contrastándola varias veces con su cara. Hizo un gesto de desagrado. Ned estaba cada vez más nervioso. El agente lo miró fijamente un instante, con expresión severa. ¿Lo habría descubierto? ¿Habrían captado las cámaras su imagen reconociéndolo? Ned dejó por un momento de respirar.

—¿Le sucede algo? —dijo el agente.

—No, nada —contestó, obligándose a soltar el aire y con el corazón a punto de estallar—. ¿Hay algún problema?

—Ninguno. Sólo que se le ve muy nervioso.

—Tengo pánico a volar.

Recurrió otra vez a la misma excusa que empleó con el taxista. No se le ocurría otro modo de explicar su estado alterado.

—Sin embargo, veo que ha visitado usted muchos países.

El agente pasaba las hojas del pasaporte una a una, con la misma parsimonia con la que hablaba. Ned maldijo a Rocambole por haber estampado todos esos sellos en el

documento.

—Sí... Bueno... No hay más remedio que tomar un avión cuando se necesita...

—¿A qué se dedica usted?

La pregunta lo cogió por sorpresa. En su mente se formó una de las ideas más absurdas que había tenido en toda su vida. No sabía por qué, pero sólo se le ocurría decir «piloto; soy piloto de aviones». Pero logró apartar esa especie de acceso de locura, motivado por la tensión.

—Soy periodista.

Era la verdad, sin entrar en detalles, y servía para aclarar cualquier duda del agente.

—Ah, periodista... Bien. Todo está en orden. Debería tomarse algo que lo relaje un poco.

—Gracias. Lo haré —dijo Ned, aliviado aunque, al mismo tiempo, a punto de estallar.

El avión despegó con media hora de retraso. Pero lo había logrado. Estaba dejando el suelo estadounidense, aunque habrían de pasar varias horas hasta abandonar su espacio aéreo.

Y eso implicaba que aún no pudiera considerarse a salvo de la comandante Taylor y sus secuaces.

La amplia sala estaba casi a oscuras. Unas grandes pantallas de plasma cubrían por completo tres de sus cuatro paredes. La comandante Taylor se encontraba de pie, en medio, contemplándolas con la boca torcida. Varios técnicos tecleaban en las consolas, a ritmo desenfrenado, notando en sus nuca la amenazadora presencia de la comandante.

—Lo siento —dijo el técnico jefe—. El sistema es incapaz de arrojar un resultado positivo.

—¿Un billón de dólares gastado y esto es todo lo que puede hacer?

La crítica de la comandante fue seca. Aquel sistema de seguimiento era la joya de la corona del espionaje norteamericano. Se basaba en tres premisas: Determinar, localizar y neutralizar. Espiar todas las comunicaciones mundiales era sólo el primer paso. Con ello se determinaba qué personas resultaban de un interés especial, por la razón que fuera. Si alguna de ellas pasaba a un estado de peligrosidad más elevado, la segunda fase del sistema se encargaba de localizarla, no sólo a través de la señal de su teléfono móvil, la ubicación de un teléfono fijo que estuviera utilizando el uso de una tarjeta de crédito, sino también por medio de una infinidad de cámaras de seguridad repartidas por todo el país. Éste era su mayor potencial: el acceso invisible e ilimitado a cualquier cámara conectada a un sistema informático. Por último, localizado el objetivo, bastaba con seleccionar un medio de anulación, que podía ir desde el envío de agentes de policía hasta un bombardeo selectivo, en función de las circunstancias.

Pero ahora todo ese poder casi divino, ese ojo y ese oído capaz de verlo y escucharlo todo, se mostraba ineficaz frente a un simple civil sin adiestramiento especial de ninguna clase. Un simple periodista de investigación que, no obstante, había sido hasta el momento capaz de burlarlo.

—Señora —titubeó el técnico jefe—, el sistema ha encontrado algunas coincidencias superiores al cincuenta por ciento de probabilidad.

La comandante acentuó el gesto de desprecio dirigido hacia su personal.

—Conozco el funcionamiento del sistema tan bien como usted. Una coincidencia inferior al noventa por ciento resulta inútil. Lo contrario es dar palos de ciego.

—Tiene razón —aceptó el hombre—. Pero creo que, de todos modos, debería comprobar los resultados.

Sin decir nada más, la comandante asintió. El técnico jefe hizo a su vez un gesto a sus subordinados y las pantallas mostraron cinco rostros, captados por el sistema.

—No es ninguno de ellos —dijo la militar sin atisbo de duda.

—Creemos que el número 1 podría...

—¡No es Horton!

El grito hizo que el técnico jefe agachara la cabeza.

—Seguiremos trabajando, señora.

—Esto ha sido una pérdida de tiempo —le respondió ella. Y luego para sí, mientras abandonaba la sala, añadió—: Pero yo sé lo que hay que hacer.

La llamada sonó varias veces en el despacho del profesor Stephen Lightman. A no mucha distancia, poco después, otro teléfono emitió su desagradable zumbido. Lo cogió uno de los científicos del proyecto.

—Soy Lenard —le dijo el ayudante personal de Lightman a quien había descolgado—. Tengo que hablar inmediatamente con el profesor.

—Lo siento, pero eso va a ser imposible. Ahora mismo está en mitad de un experimento.

—¿Cuánto tardará?

—Sólo unos pocos minutos, está a punto de finalizar. ¿Quiere que le diga que lo llame después?

—No. Prefiero esperar a que vuelva el profesor. Es muy urgente.

El científico dejó el auricular descolgado sobre la mesa. A través de una cristalera vio cómo el profesor Lightman apretaba los puños, cargado de tensión. Poco después, su rostro mostró una gran sonrisa y levantó los brazos. Felicitó a los demás por el éxito en el ensayo y salió de la sala de experimentación. Estaba quitándose la bata cuando el científico le avisó de la llamada.

—Martin, ¿eres tú? —dijo, ya al teléfono—. Acabamos de conseguir un éxito total en la penúltima prueba. Ya sólo nos queda efectuar la definitiva. Estamos a un paso, amigo mío...

—Es una gran noticia, Stephen. La trasladaré inmediatamente al mando. Pero yo te llamo por otra cosa. Me han dado permiso para estar allí contigo, en el CERN, durante el último experimento.

—Esa sí que es una buena noticia, Martin. Te esperaré con los brazos abiertos. ¿Cuándo llegarás?

—Mañana a primera hora. Por cierto, Stephen, no te alarmes, pero creo que debes saber que han decidido reforzar las medidas de seguridad y asignarte una escolta.

—¿Por qué motivo? ¿Sucedo algo que yo deba saber?

—No. No tienes de qué preocuparte. Es sólo una medida de precaución. Estás a las puertas de un descubrimiento de proporciones gaussianas, y las altas esferas han creído que es conveniente. Nada más.

—No me gusta tener sombras pisándome los talones.

—Lo sé. Pero tendrás que adaptarte. Oh, conmigo viajará alguien que creo que ya conoces, la comandante Demelza Taylor. Es una mujer con muchos talentos.

Lightman se quedó en silencio unos segundos. La conocía y no le gustaba en absoluto. Había oído hablar mucho de ella en el Área 51. Y nunca cosas buenas.

—¿Estás seguro de que no sucede nada, Martin?

—Te doy mi palabra de que únicamente es una cuestión de seguridad reforzada. Puedes estar tranquilo.

—Bien. Entonces, nos veremos mañana.

El profesor colgó el teléfono y se quedó unos momentos reflexionando. No quería que nada interfiriera en su trabajo. Aquellas medidas inesperadas le ponían nervioso. No por su seguridad, sino por la seguridad del viaje en el tiempo. A menudo pensaba en las consecuencias que tendría su descubrimiento. Las garantías que le habían ofrecido parecían suficientes. Pero sólo el propio tiempo, inexorable, demostraría si aquello era realmente cierto.

Cuarta parte

Hoy

Una llamada al teléfono de su habitación despertó a Olga del inquieto letargo en que se había sumido, tumbada en la cama de la lujosa habitación del hotel Metropole. Saltó como un resorte y se lanzó hacia el auricular. Tenía los nervios desquiciados y deseaba con toda su alma que quien llamaba fuera Ned.

—¡Dígame! —contestó en español.

—Aquí hay un caballero que pregunta por usted —dijo el recepcionista en francés. Y luego en voz más baja añadió—: Tiene un aspecto algo peculiar. Dice que se llama Antonio Durán.

Olga sólo dudó una fracción de segundo. Tenía que ser Ned bajo la identidad de su padre. No pudo evitar proferir un grito de alegría, que sobresaltó al estirado recepcionista. El corazón de Olga estaba desbocado y sólo acertó a decir, en un vehemente hilo de voz:

—¡Dígale que suba!

El encuentro fue apasionado. Por un momento, todo lo que no fueran ellos dos, fundiéndose en un beso y un abrazo, quedó olvidado. Nadie que los hubiera visto habría podido pensar que se trataba de otra cosa que el reencuentro de una pareja de enamorados. Y, en cierto modo, era verdad. Aunque había mucho más.

—Qué alegría —dijo Olga, separando sus labios de los de Ned.

—Creí que no lo lograría. Pero aquí estoy al fin.

—Sí. Aquí estás. ¿Qué ha pasado? He estado tan preocupada por ti. Menuda pinta tienes.

—Es muy largo de explicar... He tenido que usar documentos falsos y disfrazarme de este modo. Lo único que importa es que he descubierto que Lightman sigue vivo y que está aquí, cerca de Ginebra. Él desconoce las consecuencias de sus investigaciones. Nunca le entregaron la carta que había en el cofre de la Luna.

Eso le había contado ya Ned, pero a Olga seguía pareciéndole increíble.

—¿Cómo pudieron hacer algo así? —dijo—. Es una auténtica locura.

—Supongo que no quisieron aceptar la gravedad de la advertencia. Viajar en el tiempo es algo demasiado poderoso para desdeñarlo. Por eso se han dedicado a buscar vías alternativas que eviten un agujero negro. Aunque si Lightman tenía razón, hagan lo que hagan se generará de todos modos y eso será el fin de la película humana.

—¿Cuándo crees que sucederá? ¿Aún estaremos a tiempo de evitarlo?

—No lo sé. Pero Lightman trabaja en el CERN preparando el ensayo definitivo. Puede que eso sea lo que desencadene el agujero.

—¡Entonces hay que avisarle lo antes posible!

—Para eso estamos aquí. ¿Has traído las cintas?

—Están en mi maleta.

—Bien. Espero que basten para convencerle de que todo esto es cierto.

—Vamos a necesitar un Ampex o algo similar para enseñárselas.

—Sí, es verdad. Y me temo que no va a ser fácil llegar hasta Lightman. Saben que voy tras él y estoy seguro de que ahora lo tendrán vigilado, si es que no lo estaba ya antes. Quiero que te quedes en el hotel y que no salgas hasta que yo vuelva.

Olga se levantó bruscamente de la cama, donde estaban los dos sentados.

—¡No! Se acabó eso de que vayas tú solo por ahí como un caballero andante. Yo no soy ninguna princesa mojigata que necesite que la rescaten de un castillo.

—Ya lo sé. Pero no pienso dejar que arriesgues tu vida.

—Si nos enfrentamos a un hipotético agujero negro, creo que mi vida ya está en peligro. Además, soy capaz de elegir por mí misma. Y elijo acompañarte. Los dos juntos tendremos más posibilidades de éxito.

Ned no tenía argumentos con los que discutir nada de eso. Se le veía completamente agotado. Olga volvió a sentarse en la cama y le besó con dulzura.

—Deberías dormir un poco.

—Ojalá pudiera. Esa gente es muy peligrosa, Olga. Muy peligrosa... —La voz de Ned se convirtió en un susurro—. Sólo necesito tumbarme un... momento.

Recostado en la cama, Ned no tardó ni un minuto en quedarse dormido. Olga decidió despertarle sólo al cabo de un par de horas. Dijera lo que dijese, necesitaba recuperar las fuerzas. Lo tapó con una manta y se dirigió a la ventana con vistas al lago. Allí, un pensamiento terrible la estremeció: quizá el mundo ya no existiera dentro de dos horas.

Martin Lenard y la comandante Taylor entraron en uno de los edificios del CERN. Vestían de paisano. Con esas ropas, la Comandante incluso parecía una atractiva mujer madura. Aunque su mirada era como la de Medusa, capaz de convertirle a uno en piedra.

El profesor Lightman los esperaba en su despacho. Estaba ubicado en una zona restringida de las instalaciones. Un supuesto proyecto privado era la fachada bajo la que se escondían los experimentos fundamentales de viajes en el tiempo, que no podían hacerse en ningún otro lugar salvo en el acelerador de partículas LHC.

—Me alegro de verlo, profesor —dijo Lenard, respetuosamente de usted, como hacía siempre en presencia de otros, y estrechó la mano de su mentor.

Lightman notó que había algo forzado en su sonrisa, pero lo achacó a la presencia de la Comandante. Ella también le estrechó la mano.

—Quiero que sepa —dijo el profesor— que no apruebo su presencia aquí.

—Siento oírle decir eso —respondió la comandante, en un tono que dejaba patente que no lo sentía en absoluto—. Es imprescindible que garanticemos su

seguridad. Y para eso precisamente he venido yo.

—¿Mi seguridad? ¿Frente a qué o frente a quién?

Lightman escrutó a Lenard en busca de algún tipo de apoyo a sus palabras. No lo hubo. Fue la comandante quien habló otra vez.

—Usted dedíquese a su trabajo y no se preocupe por nada más. He establecido un turno doble de vigilancia a tiempo completo, tanto aquí como en su residencia fuera del CERN. Estará permanentemente custodiado por un par de agentes secretos. Usted no los verá a ellos, pero ellos siempre lo tendrán controlado y protegido.

—Ejem... Y bien, Stephen —intervino Lenard para rebajar la tensión—, ¿cuándo se llevará a cabo el ensayo definitivo?

—Mañana. Todo está listo, pero me gustaría que revisaras el proceso. Yo necesito descansar. Pasaré la tarde solo en casa. Quiero decir, todo lo solo que pueda estar...

—Bien, Stephen. Comprobaré todos los cálculos. Mañana será un gran día.

—Eso espero, Martin. Eso espero.

El profesor entregó a su ayudante una gruesa carpeta y le dio la clave del ordenador en que había estado trabajando. Luego recogió su maletín y se marchó del despacho sin mirar atrás.

—Es un hombre peculiar —dijo la comandante cuando Lightman hubo abandonado la estancia.

—No debe preocuparse por él. Es un científico de los pies a la cabeza. Vive en un mundo ajeno al nuestro.

—Eso es justo lo que me preocupa. Si Horton consigue hablar con él, podría hacernos mucho daño. Aunque esa posibilidad es remota.

—¿Está segura?

La pregunta de Lenard provocó una nueva mirada de desprecio en la militar.

—Horton puede haber escapado de nosotros en Estados Unidos. Pero nunca llegará hasta el profesor Lightman. Si lo intenta, ése será su fin. Ya nos ha causado demasiadas molestias.

—Es aquí —dijo Ned.

Había tomado un baño en el hotel y recuperado su aspecto habitual. Después de un par de horas de sueño se sentía revigorizado. Todos los segundos contaban ahora, pero no tuvo valor de recriminar a Olga que le hubiera dejado dormir. Tampoco que insistiera en acompañarle hasta aquel edificio cochambroso que parecía impropio de una ciudad como Ginebra.

—¡Uf! —exclamó Olga—. Espero que por dentro sea mejor.

No lo era. La entrada del portal daba acceso a una especie de túnel de paredes desconchadas y llenas de mugre. En uno de los buzones de correo, herrumbrosos y desvencijados como la dentadura de un anciano, comprobaron que la dirección era correcta

BENOIT MARÇAIS.

CONVERSIÓN DE FORMATOS AUDIOVISUALES.

—Esperemos que tenga realmente un Ampex, como ponía en el anuncio —dijo Ned.

Habían encontrado en internet aquel pintoresco lugar. Ni se les pasó por la cabeza llamar por teléfono para confirmarlo, por el mismo temor de siempre a que los localizaran. No les había quedado más remedio que acudir en persona.

El letrero del pequeño negocio estaba tan sucio como el resto. Ned apartó la vista para encontrar el modo de bajar al sótano, donde aquél se encontraba. Olga señaló unas escaleras que se adivinaban al fondo y parecían descender.

—Vamos. No perdamos más tiempo.

Ella encabezó la marcha, aunque mirando más al suelo que hacia delante, por temor a cruzarse con algo rastroso y asqueroso.

En la zona inferior había una única puerta. El timbre sobresalía de un lateral como un punto blanco en medio de un sinfín de capas de pintura marrón, mal repartidas. Ned llamó. El sonido de una campanilla provocó un extraño eco en el interior, hasta desaparecer. A los pocos segundos, un ojo emergió detrás de la mirilla.

—¿Qué desean? —dijo el hombre que abrió acto seguido la puerta.

—Necesitamos utilizar su Ampex. ¿Tiene uno, verdad?

—En efecto. Casi nunca se usa ya, pero cuando se necesita, Benoit Marçais es uno de los pocos que aún lo mantienen en funcionamiento. Pasen, por favor.

El interior era prácticamente diáfano. Algunas columnas cruzaban el gran espacio abierto. A un lado había dos sillones que no combinaban entre ellos, junto a una mesa ovalada y una cocina americana repleta de cacharros.

—Es por aquí. Síganme.

El hombre tenía aspecto pajaresco, muy alto y delgado, y con una prominente nariz aguileña en su cabeza calva, pequeña y muy redonda. Cruzó el piso hasta el otro lado, donde una mampara hacía de separación entre la vivienda y algo parecido a una sala de máquinas. Varias estanterías y mesas se mostraban repletas de aparatos diversos, monitores, ordenadores, cintas de todos los tamaños y muchas herramientas aparentemente descolocadas.

—Aquí tienen esta joya de los sesenta.

—Por ahora sólo queremos probarlo —dijo Ned—. Saber que funciona.

—¿No desean hacer una conversión de formato en DVD o Blue-ray?

—No, gracias. Pero le pagaremos generosamente por usar el Ampex. Sólo necesitamos saber si podría usted hacer un pase privado para una persona, con la que pretendemos regresar aquí para que vea el contenido de unas cintas.

El hombre se encorvó y puso cara de desconfianza.

—No será para alguna clase de chantaje, ¿verdad?

La pregunta fue inesperada. Pero no era del todo absurda.

—En absoluto —se apresuró a decir Olga—. El hombre con quien pretendemos venir es un científico. Las cintas contienen material... Son unas investigaciones de los años sesenta que necesitamos que nos explique. Somos periodistas y esto es parte de un reportaje en el que trabajamos.

Las mujeres siempre son más convincentes que los hombres a la hora de mentir, y las falsas explicaciones de Olga lograron tranquilizarlo de inmediato.

—Ah, bien. Entonces no hay ningún problema. ¿Quieren probar el Ampex ahora?

—Para eso hemos venido.

Olga sacó una de las cintas de su bolso y se la dio al hombre. Él la dejó sobre una mesa y luego sacó el Ampex de una caja que estaba debajo de una de las estanterías. Lo puso encima de la mesa y lo conectó a un monitor.

—¿No tiene un monitor más grande? —preguntó Ned, al ver que se trataba de un modelo pequeño, usual en la edición de vídeo pero no del todo adecuado para lo que ellos pretendían.

—Lo siento. Con esta clase de conexiones, no. Éste es el único que tengo adaptado.

Ned asintió y le entregó la cinta. El hombre la insertó en el eje de la bobina y puso en marcha el aparato. La imagen apareció en el monitor. El principio de la grabación no era relevante.

—Con eso basta —dijeron Ned y Olga a la vez.

Apenas habían visto las archiconocidas evoluciones de Armstrong por la Luna, pero fueron suficientes para dejar al hombre embobado. Le sorprendió la calidad de la imagen y que fuera en color. Apagó el Ampex y miró a Ned y a Olga con una sonrisa pícara.

—Ya sé qué están ustedes investigando —dijo, agitando el dedo—. Estas imágenes parecen de un estudio de televisión. Quieren demostrar que la llegada del hombre a la Luna fue un engaño.

De nuevo fue Olga quien mintió convincentemente. Era obvio que no podían contarle la verdad, y si el hombre les había puesto en bandeja esa excusa, ¿por qué no aprovecharla?

—Nos ha pillado. Es usted muy sagaz.

—¡Lo sabía! Siempre lo sospeché: fotos imposibles, errores en las imágenes, sombras que no se corresponden con la falta de atmósfera en la Luna...

—Todo un complot —dijo Ned, añadiendo más leña al fuego.

—Es alucinante... ¿Y las grabaciones son auténticas?

Esta vez fue Olga la que respondió, divertida:

—Eso es justo lo que queremos averiguar con el científico que tiene que

visionarlas.

—¡Qué emocionante! ¿Y hablarán de mí en su reportaje?

—Por supuesto —afirmó Ned—. Estamos confeccionado una lista de colaboradores, y usted aparecerá en ella. Sólo nos queda hablar del precio...

—Uy, no, no. No tienen que pagarme nada. Les ayudaré gustoso a desvelar esa gran farsa. ¿Cuándo vendrán con el científico?

—Cuanto antes. Aunque primero tenemos que convencerle.

El tono de Ned en la última frase fue algo cáustico. Si no lograban hacerlo, tendrían que llevarlo hasta allí por la fuerza.

—Pues entonces yo no saldré de casa para nada. Estaré listo las veinticuatro horas del día o de la noche. ¡Qué emoción...!

Ned y Olga consultaron el sitio web del CERN desde un cibercafé. En la lista de proyectos asociados aparecía el nombre de Stephen Lightman. La primera vez que trataron de localizarlo en Google no sabían dónde buscar, y además Ned desistió demasiado pronto, al encontrar su obituario, que obviamente era falso. Pero allí estaba ahora, registrado como director científico de uno de los laboratorios que financiaba, en teoría, un organismo privado de Estados Unidos. En la página se mostraban diversos datos profesionales, el número de teléfono de su despacho, el del laboratorio asociado al proyecto y otros científicos que participaban en él. Aunque, por supuesto, ni una palabra sobre los viajes en el tiempo.

—Por fin le ponemos rostro al profesor —dijo Ned, con su fotografía en la pantalla.

Olga escrutó su imagen con atención.

—Es bastante atractivo, a pesar de la edad.

—¿Tú crees...?

Lightman parecía una buena persona. Había algo en su expresión que transmitía confianza, y sus ojos brillaban con inteligencia. Pero era un hombre demasiado delgado, de cabello blanco y vaporoso.

—Con esta información no nos basta —dijo Olga—. Tenemos que averiguar dónde reside, fuera del CERN. Será más fácil colarnos en su casa que entrar en el laboratorio más avanzado del mundo.

—Desde luego que sí. Y lo digo por experiencia...

Olga no lo dudaba. Ned le había contado sus peripecias en el Área 51, su persecución por parte de la comandante Taylor, la huida por las calles de Las Vegas y todo lo demás.

—¿Y qué vamos a hacer?

Durante unos segundos, Ned se quedó con la cabeza agachada mirando sus dedos, que tamborileaban sobre la mesa del cibercafé.

—Podemos esperar a que abandone el laboratorio y simplemente seguirle hasta su casa. Aunque será peligroso. Seguro que lo tienen vigilado.

—Pues seremos discretos. Y a mí no me conocen. No saben cómo es mi cara. Te buscan a ti, no a una mujer atractiva y desenvuelta como yo.

Ambos rieron. La tensión estaba presente, pero al menos tenían un plan.

El taxi del profesor Lightman lo dejó junto a su vivienda en Ginebra, un pequeño chalé adosado de dos plantas y sótano, alquilado en un elegante barrio situado a las afueras de la ciudad. Al bajar, se detuvo un instante, mirando alrededor. Vio un coche azul oscuro que se detenía en las proximidades, al otro lado de la avenida. Dentro

había dos hombres. Tenían que ser los agentes secretos encargados de su custodia.

—Esto no me gusta —musitó, y luego entró refunfuñado en la casa.

La comandante le había asegurado que los agentes lo verían a él pero él no los vería a ellos. Que no fuera así y que Lightman se hubiera apercebido de sus nuevos escoltas, no fue, sin embargo, por que cometieran un error o un desliz. En realidad, ella quería que pudiera notar su presencia. Su presencia constante.

Dentro de la casa, Lightman se sirvió un poco de coñac y tomó un puro de la cigarrera. A su edad, esos placeres eran ya los únicos que se permitía. Se sentó en uno de los sillones cerca del ventanal del salón. Quedaba muy poco para culminar sus investigaciones de toda una vida dedicada a la ciencia.

Había dejado un libro sobre la mesilla. Lo cogió entre sus manos y lo abrió por la página que tenía marcada. Era la Bhagavad-Gita. El mismo texto de la tradición hindú que tanto apreció Robert Oppenheimer mientras desarrollaba la bomba atómica en Nuevo México durante la Segunda Guerra Mundial. Lightman leyó uno de los versos sin evitar personalizarlo.

Todos estamos forzados a actuar conforme a las cualidades que hemos adquirido.

Nadie puede dejar de hacer algo, ni siquiera por un momento.

Afuera, no sólo los dos agentes enviados por la comandante Taylor vigilaban la casa del profesor. También Ned y Olga estaban allí, aunque más lejos. El olfato de Ned le había hecho ser muy cauteloso. Cuando vieron salir a Lightman del CERN, comprobaron también que otro automóvil lo seguía. Un coche azul oscuro con dos hombres serios y trajeados en su interior. Ahora se hallaba estacionado cerca de la casa del profesor.

Ellos habían podido alquilar un vehículo gracias a la identidad falsa de Ned. Pero era ella quien lo conducía. Ned prefería mantenerse parcialmente oculto en la parte de atrás y evitar sospechas. Al fin y al cabo, los agentes de la comandante no habían visto la cara de Olga, pero sin duda debían de conocer la suya.

—No te detengas todavía —dijo Ned desde el asiento posterior—. Sigue un poco y para en la calle perpendicular.

Olga obedeció. Conducía de un modo algo brusco. Tenía el carné desde hacía más de diez años, pero nunca le habían gustado los coches. Detuvo por fin el auto a unos cien metros de la casa. Desde atrás, Ned examinó los alrededores antes de incorporarse.

—No sé cómo vamos a burlar a esos dos sabuesos.

Ned se abrazó desde atrás al reposacabezas del asiento del copiloto. De nuevo fue Olga quien propuso una idea.

—Yo puedo distraerles.

—¡De ningún modo! —exclamó Ned con voz firme—. Ya te estás arriesgando demasiado en todo esto.

Ella lo miró con seriedad.

—Ya hemos discutido eso antes —dijo.

—Sí. Y sigue pareciéndome que tenías que haberte quedado en el hotel. Habrá que pensar otra manera de apartarlos de Lightman. Está empezando a anochecer, así que hagámoslo rápido.

Ambos se quedaron en silencio. Ella no iba a darse por vencida tan fácilmente, aunque se contuvo por el momento.

—No se me ocurre nada —aceptó Ned al rato.

—A mí sí. Yo los distraigo haciéndome la borracha. Tú aprovechas para colarte en la casa de Lightman. Al pasar he visto que hay una escalera a un lado. Parece el acceso de una vieja carbonera. Debe de estar conectada al sótano. No creo que te cueste mucho forzarla y entrar en él. Una vez dentro, le cuentas todo y llamas a un taxi desde allí. Bueno, que lo llame él para que no reconozcan tu voz. Debe darle instrucciones al taxista para que me recoja antes a mí en otro sitio.

—¿Cómo voy a subir yo en el taxi cuando venga a buscar al profesor?

—Tú no irás con él. Los agentes lo seguirán y podrás salir tranquilamente. Yo le diré al taxista que me lleve hasta un aparcamiento de la casa. Tú estarás allí con el coche de alquiler, esperándome.

Ned sintió un orgullo por aquella resuelta mujer que le subió hasta la nuca como un cálido escalofrío. Empezaba a creer que estaba realmente enamorado de ella. Si había un mañana, quería que pasaran juntos el resto de sus vidas.

—Veo que lo tienes todo pensado...

—Es nuestra única esperanza.

—Eso lo dicen en La guerra de las galaxias. Está bien, Princesa Leia, hagámoslo como dices. Pero no me convence lo último. Los taxis nunca entran en un parking. Además, podrían vernos cambiando de coche o preguntar al taxista.

—A ver —dijo Olga, que seguía comprobando mentalmente su plan—. Una variante: El taxi lleva al profesor, dando un rodeo, hasta el hotel Metropole. Él entra, coge un ascensor y baja hasta el aparcamiento. Tú lo estarás esperando allí y lo llevas hasta el tipo del Ampex. Yo habré llegado antes en el mismo taxi del profesor.

—Mucho mejor. Pero aún falla algo. Recapitulemos. Tú distraes a los agentes. Yo entro en la casa del profesor. Llamamos un taxi desde allí. Ese taxi no te recoge a ti, sólo a Lightman. Cuando él se vaya, dando un rodeo, al Metropole, nosotros nos reunimos en el coche de alquiler y vamos juntos al aparcamiento. Allí recogemos al profesor y nos vamos.

—¡Perfecto!

—No sé si perfecto es el calificativo adecuado. Aunque, como has dicho, es nuestra única esperanza.

La noche empezaba a caer en la ciudad suiza. Martin Lenard aún seguía en las instalaciones del CERN, repasando los últimos cálculos de Lightman. La comandante Taylor se había ausentado un par de horas antes, para hacer las comprobaciones de seguridad y enterarse de las actividades de Lightman a lo largo de aquel día, por medio de los agentes encargados de custodiarlo. Ahora volvió al despacho en que Lenard no paraba de beber café negro.

—¿Algún problema? —preguntó al científico.

—Ninguno. Acabo de revisar todos los cálculos y son correctos.

—¿Era realmente necesario repetirlos otra vez?

—Supongo que no...

—Cálmese. El experimento de mañana tendrá éxito. Ya sabe lo que le sucederá entonces al profesor; un desafortunado accidente. Y usted tendrá todo en sus manos.

Lenard levantó la vista de los papeles. A un lado, la pantalla del ordenador mostraba una gráfica de trayectorias de partículas subatómicas, incomprensible para un profano.

—Tiene usted razón, comandante. No tiene sentido darle más vueltas a algo que hemos repasado una y mil veces.

—Como le dijo usted mismo hoy al profesor, mañana será un gran día.

—El día en que se romperá la barrera del espacio-tiempo y dejaremos de estar prisioneros de la cuarta dimensión. El gran sueño de muchos científicos y pensadores.

La comandante sonrió, pero su boca era incapaz de mostrar auténtico humor.

—Y de algunos hombres y mujeres poderosos, Lenard. No lo olvide. Porque ellos serán, con nosotros, quienes dominarán esa cuarta dimensión de la que habla.

Las farolas arrojaban su luz amarillenta sobre la calle. A un lado, la casa de Lightman cobraba un aspecto irreal, como si perteneciera a otra época. Enfrente, el coche con los hombres enviados por la comandante Taylor se mantenía firme en su puesto. Olga apareció por la calle dando tumbos. Lo hizo de modo que pudieran verla durante todo su tambaleante camino hasta ellos.

Cuando estaba ya muy cerca, se agarró a una farola y dejó sus pies deslizarse sobre el suelo. Luego cambió de posición hacia ellos, simulando que se desequilibraba hasta desplomarse en el capó del automóvil. Ned, oculto entre las sombras, esperaba el momento de correr hacia la trampilla de la antigua carbonera.

Según lo planeado, los agentes observaban a Olga desde su vehículo. Uno de ellos tenía un café entre las manos, que se le derramó parcialmente encima cuando ella se lanzó sobre el coche. El agente farfulló una maldición y salió. El otro, sentado al volante, mantuvo la vista entre la joven y la casa del profesor, como si asistiera a un partido de tenis.

Olga era consciente de que tenía que hacerlo salir a él también. Cuando el otro la agarró para ver cómo estaba, se puso a darle golpes y patadas.

—¡Socorro! ¡Quieren violarme! —gritó en francés, imitando la voz de una borracha histérica cerca de un coma etílico.

El primer agente la zarandeó sin saber qué hacer. Su compañero puso una mueca de contrariedad y salió por fin del coche. Ambos estaban allí de incógnito y armados. Si aparecía la policía suiza, les sería muy difícil dar explicaciones.

—Señorita, está usted ebria. ¿Quiere que llame a un taxi para que la lleve a su casa?

Era el momento. Ned dudó un instante y luego corrió sin hacer ruido, agachado junto a las paredes, hasta alcanzar la escalera que conducía a la antigua carbonera de la vivienda de Lightman. Allí se agachó fuera ya del campo visual de los agentes.

Olga lo vio con el rabillo del ojo. Pero aún no había terminado su actuación. Debía darle tiempo a Ned para forzar la cerradura y entrar en el sótano. Se puso a cantar la Marsellesa a voz en cuello.

—¡Vamos, hijos de la Patria, el día de gloria ha llegado ...!

—¡Ya basta! —dijo el agente que la tenía agarrada—. Lárguese o se arrepentirá.

—¿Sabe que es usted... muy guapo?

El rostro de aquel hombre, de mirada ojijunta y enorme boca, era una mezcla perfecta entre un bull terrier y un gorila albino. Podía dar miedo, pero en ningún caso ser hermoso. Y su compañero no le iba a la zaga.

—¡Le he dicho que se marche y deje de hacer ruido!

—Está bien —respondió ella, agitando la cabeza y empezando a alejarse—. Ya, ya me voy. ¡A las armas, ciudadanos, formad los batallones...!

Había forzado la situación hasta el límite. Se dio cuenta de que los agentes estaban a punto de tomar una medida drástica, como meterla en el coche y hacer que se callara por la fuerza.

Ojalá Ned hubiera conseguido su objetivo. No tenía modo de saberlo. Siguió dando tumbos hacia el lado contrario de la calle, cruzó la vía y desapareció. Ahora tenía que regresar al coche de alquiler y esperar con los dedos cruzados que nada fallara. Si rezar tenía sentido, ése era sin duda un buen momento para hacerlo.

Un leve ruido despertó repentinamente al profesor Lightman. Estaba muy cansado por el intenso trabajo de las últimas semanas. Se había quedado transpuesto en su sillón, leyendo la Bhagavad-Gita y con la mente llena de imágenes que surgían como funestos presagios.

Todavía desorientado, aguzó el oído. ¿Habría sido fruto de su imaginación? ¿O eran los agentes enviados por la comandante Taylor, no contentos con custodiarlo desde el exterior de su casa?

Oyó otro ruido. Ahora estaba seguro de que lo había escuchado realmente. Dejó el libro sobre la mesilla y se levantó. El sonido parecía provenir del sótano. Avanzó lentamente por el pasillo hasta la puerta que daba a él. Se detuvo justo delante, con la oreja pegada a la madera. Al otro lado se oía una cadencia regular, como de pasos sigilosos. Alguien estaba subiendo por la escalera.

No iba a dejarse amedrentar. Abrió la puerta de un golpe y gritó hacia la oscuridad:

—¿Quién anda ahí?!

La puerta se abría hacia el interior del sótano. Al empujarla con fuerza, ésta rebotó con algo y volvió a su posición. El profesor evitó que se cerrara, deteniéndola con ambas manos. Un ahogado grito de dolor le llegó con claridad en ese momento.

—¡Cielo Santo! ¿Quién es usted?

Ned se cubría el rostro con las manos. La hoja de la puerta le había alcanzado de lleno. Un reguero de sangre brotaba de su nariz y se deslizaba hacia la barbilla. La luz del corredor le iluminó débilmente.

—No tema, profesor Lightman —dijo como pudo—. Soy periodista. Mi nombre es Ned Horton.

—¿Un periodista? ¿Y acostumbra a allanar las viviendas ajenas?

—No estoy aquí como periodista, profesor. Se trata de un asunto muy grave del que debo advertirle. He tenido que burlar a los agentes que están afuera.

—¿Un asunto muy grave? ¿Advertirme? Explíquese antes de que los llame. Y tome, límpiese la sangre.

Lightman dio a Ned su pañuelo. Éste se limpió la cara y luego lo mantuvo en la nariz, presionándola para cortar la hemorragia.

—Sé que usted trabaja en los viajes en el tiempo —dijo Ned al profesor, que abrió los ojos con incredulidad. Su actividad era del máximo secreto—. Está a punto de conseguirlo, pero hay un error en sus cálculos y eso va a provocar una catástrofe sin precedentes. La destrucción del planeta.

—¿Cómo sabe usted eso? ¿Es científico? ¿Ha tenido acceso a mis

investigaciones?

—No, profesor. No soy científico ni he tenido acceso a sus investigaciones. La verdad es más compleja. Pero debe creerme si le digo que no puede realizar su último experimento en el CERN. Eso generará un agujero negro.

La expresión de Lightman cambió.

—Eso no debe preocuparle. Hay una sola posibilidad entre un millón de que ocurra algo así. Sería más fácil que un asteroide impactara contra la Tierra que...

—Se equivoca —le cortó Ned—. Y puedo demostrárselo. Conseguiré efectivamente realizar saltos temporales. Eso es justo lo que creará el agujero negro. Y entonces usted mismo enviará un mensaje al pasado para alertar del peligro. Pero nunca llegarán a entregárselo.

—¿Está usted loco...? Quédese ahí quieto. Voy a avisar ahora mismo a los agentes.

Ned dio un salto y cortó el paso al profesor.

—¡Por favor, deme sólo la oportunidad de probarle que no estoy mintiendo! Tengo unas grabaciones en vídeo que debería ver. Muestran que usted se enviará ese mensaje desde el futuro como última esperanza, cuando todo esté ya perdido.

—¿A qué viene toda esta locura...?

—Es una historia muy larga, que no tengo tiempo de contarle... Vea las imágenes y juzgue por usted mismo. Se convencerá de que digo la verdad. Reflexione, profesor. Usted trabaja en los viajes en el tiempo. Eso hace que no sea imposible lo que le he dicho.

—Ha mencionado usted unas imágenes...

—Su mensaje fue hallado en la Luna, el 20 de julio de 1969. Usted eligió ese lugar y esa fecha porque quería asegurarse de que nadie lo encontraría, excepto los astronautas de la misión Apolo XI. He descubierto las grabaciones originales. Las que no se emitieron al mundo cuando la comunicación fue interrumpida entre el satélite y el control de la misión.

—¿Dónde están esas grabaciones?

—Las tiene mi compañera. Hemos localizado un sitio en la ciudad donde poder visionarlas. Se trata de un sistema de vídeo arcaico. Le ruego que las vea y luego tome una decisión.

Los segundos transcurrieron como horas hasta que Lightman respondió:

—Está bien. Lo haré. Pero no sé cómo podremos librarnos de los agentes que me vigilan. En realidad, ignoro cómo ha podido usted entrar aquí sin que lo hayan detenido.

—No se preocupe. Ya hemos pensado en eso.

El taxi se detuvo frente a la casa del profesor Lightman. Casi en ese mismo momento, el científico salió y subió a él. Los agentes, desde el otro lado de la calle,

avisaron al control. Sus instrucciones eran seguirlo permanentemente y no perderlo nunca de vista, hiciera lo que hiciese.

El profesor indicó al taxista que diera una vuelta turística por la ciudad, para apreciar sus encantos nocturnos. Le dijo que quería ver desde el coche esos lugares de interés. Mientras, Ned esperó un par de minutos para asegurarse de que los agentes se habían marchado, y salió a su vez de la casa del profesor. Según lo previsto, se encontró con Olga en el coche de alquiler, que habían estacionado en la calle perpendicular y donde ella ya lo esperaba.

—¡Vamos! —dijo al ocupar el asiento del conductor—. Tenemos que darnos prisa.

Ned condujo hasta el aparcamiento del hotel Metropole. Éste tenía varias plantas. Habían convenido encontrarse en media hora con el profesor en la última de todas. Era tiempo suficiente para que ellos dos llegaran allí y lo esperaran discretamente.

—¿Has conseguido convencerle? —preguntó Olga, con el coche enfilando ya la calle principal a toda velocidad.

—Sólo en parte. Y hasta me parece demasiado, la verdad. Hay que tener en cuenta que todo este asunto es difícil de creer. Ha accedido a ver las imágenes de la Luna. Cuando lo haga, ya no tendrá dudas.

—Esperemos que sea así.

El tráfico era denso ahora y Ned tuvo que reducir la marcha. En un cruce, pitó con ímpetu a una furgoneta que le impedía el pasó. Estaba nervioso y alterado. Olga también, aunque se mostrara algo más contenida.

—Tranquilízate —le dijo ella—. Estamos a punto de conseguirlo.

Ned chasqueó la lengua y suspiró.

—Hay algo que no hemos tenido en cuenta y que es fundamental.

—¿El qué?

—Hemos dado por supuesto que el profesor Lightman puede detener el experimento.

—Bueno... Es el padre de la criatura, por así decirlo, ¿no?

—Sí. Pero no creo que los militares que controlan todo el proyecto estén dispuestos a permitir que interfiera para anularlo.

La expresión de Olga se hizo sombría.

—Es cierto... Y más que probable.

—Bueno, primero convenzamos a Lightman y luego ya veremos.

Llegaron a la embocadura del aparcamiento, entraron y fueron descendiendo por las rampas que conducían al nivel inferior. Había un sitio cerca de los ascensores. Ned aparcó marcha atrás para facilitar la maniobra de salida. Ambos se quedaron en el automóvil. No había aún rastro del profesor.

—Espero que no se arrepienta y se eche atrás... —dijo Ned entre dientes.

El profesor Lightman miró la hora en su magnífico reloj alemán Lange & Söhne. Un hombre que pretendía dominar el tiempo merecía llevar en la muñeca el mejor cronómetro del mundo. Ya casi había transcurrido la media hora que convino con aquel hombre misterioso, que se había presentado en su casa como una aparición, con datos de un futuro que quizá por su culpa no llegaría a existir.

Indicó al taxista que lo llevara al Metropole. Pagó la carrera y bajó junto a la entrada. Ned le había descrito el interior. Aunque nunca había estado allí con anterioridad, pudo orientarse por las indicaciones y fue directamente hasta los ascensores. Tomó el primero que se abrió. Acababa de llegar con una señora que dejó un denso tufo a perfume. Oprimió el botón del último sótano y esperó a que las puertas se cerraran.

Arriba, los agentes habían detenido su coche cerca de la entrada del hotel. Uno de ellos bajó para seguir al profesor dentro del edificio. Pero no llegó a verle desaparecer en uno de los ascensores. Se acercó al mostrador de la recepción y preguntó a un empleado por él, dándole su descripción básica.

—Sí, creo que acabo de verlo tomar un ascensor —dijo el joven.

—¿Ha preguntado por algún huésped?

—No, señor.

El agente se dio la vuelta sin darle siquiera las gracias y caminó raudo hacia el exterior.

—Mierda... —musitó.

Ned acababa de decirle a Olga, cada vez más nervioso, que el profesor se retrasaba, cuando éste apareció ante ellos. También él se mostraba serio y alterado.

—Aquí estoy. Espero que lo que van a enseñarme valga la pena. ¿Usted debe de ser Olga, verdad señorita?

—Sí. Pero no hay tiempo para presentaciones, profesor. Debemos irnos antes de que nos encuentren sus dos sombras.

Los tres subieron al coche y Ned recorrió de nuevo, en sentido inverso, las rampas hasta la salida. Introdujo su tarjeta del hotel en la máquina y la barrera se abrió automáticamente.

—Será mejor que se agache para que no le vean, profesor.

Era una medida necesaria. Los agentes que seguían a Lightman estaban arriba, como sabuesos que han perdido el rastro de su presa. Pero la suerte se alió con ellos. El que había entrado en el hotel estaba cruzando la calle cuando pasaron a su lado. No vio a Lightman, tumbado en el asiento trasero, pero reconoció a Olga cuando su rostro quedó iluminado por la luz de una farola.

—¿Ésa no es la mujer de antes...? —se preguntó.

No le costó atar cabos. Para eso estaba entrenado. No podía tratarse de una casualidad. Ignoraba cómo o por qué, pero el profesor Lightman debía de estar

también en ese coche. Y eso implicaba que el conductor era...

—¡Ned Horton! ¡Vamos! —gritó a su compañero mientras corría hacia el vehículo.

Éste arrancó y lo recogió casi en marcha, en medio de la calle.

—¿Qué pasa? —dijo el otro hombre.

—¡Sigue a ese Renault gris!

Ned se dio cuenta al instante de que los habían descubierto. Pisó el acelerador a fondo y notó cómo el pequeño motor del utilitario bufaba como un gato constipado.

—¡Esto no tira! —gritó, quejándose de la escasa potencia del vehículo.

Llevaban una mínima ventaja a sus perseguidores. Ned torció por una callejuela adoquinada. La vibración les hacía botar en los asientos. Al desembocar en una vía más ancha, derraparon y un ciclista se lanzó a la acera entre imprecaciones. Otros coches les dirigían ráfagas de luz, hacían sonar el claxon y se apartaban de su camino.

Los agentes, a la zaga, no les perdían de vista. Su vehículo era más potente y no les costaba seguirlos. También derraparon en la calle donde varias personas ayudaban a levantarse al ciclista. Todos ahora se pegaron a la pared. El segundo coche les pasó rozando.

—¿Por dónde vamos?! —dijo Ned a Olga.

—¡No lo sé! —respondió ella, asustada, con una mano en el asidero de la puerta y la otra sobre el salpicadero.

Atravesaban las calles sin rumbo. Giraron varias veces, pero los agentes seguían tras ellos. La luz roja de un semáforo se encendió justo cuando cruzaban. Sus perseguidores tampoco la respetaron. Ambos automóviles tomaron una vía de sentido prohibido. Esquivaban los coches que venían de frente como si fuera un videojuego. El profesor iba de un lado a otro en el asiento de atrás.

De pronto, una sirena de policía empezó a sonar a su espalda. Un coche celular los vio pasar como centellas y se unió a la persecución.

—¡Joder! Lo que nos faltaba... —exclamó Ned, mirando por el retrovisor.

Sus perseguidores tampoco se alegraron de la imprevista aparición de los policías. Si obligaban al coche de Horton a detenerse, él y los demás quedarían fuera de su alcance. Llamaron al control. La comandante Taylor les ordenó que abandonaran la persecución de inmediato. Cuando obedecieron, los seguían ya dos coches de policía. Tomaron una salida de la ciudad en dirección a la autopista. Allí, su potente BMW logró dejar atrás al que fue tras ellos. Pero Ned, Olga y el profesor Lightman continuaban por las calles de Ginebra, sembrando el pánico entre los demás vehículos y los transeúntes.

—¡No consigo despistarlos! —gritó Ned.

—¡Gira por ahí a la izquierda!

Olga reconoció uno de los puentes por los que había estado paseando el día

anterior, cuando esperaba a Ned. En la parte inferior había un paso que daba a un amarradero del lago.

—¡Hacia abajo! —le indicó de nuevo.

El coche saltó sobre un escalón y Ned estuvo a poco de perder el control. Atravesaron el pequeño túnel oscuro y llegaron al borde del agua. El frenazo hizo que el vehículo hiciera un trompo junto a las embarcaciones.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Ned, que ignoraba las intenciones de Olga para haberlos hecho llegar hasta allí.

—Cojamos una de esas lanchas. Si cruzamos el lago, la policía no tendrá tiempo de alcanzarnos.

Los tres subieron a una de las pequeñas embarcaciones, de un solo motor. El profesor se sentó junto a Olga, que tomó el volante, mientras Ned tiraba con todas sus fuerzas del arranque del motor fueraborda. Éste ronroneó un instante y al fin se puso en marcha. Luego soltó la amarra que lo unía al embarcadero. Olga empujó la palanca del acelerador a tope. Muy cerca se oían los gritos de alto de los policías, que corrían hacia ellos por el muelle.

La lancha cabeceó en las tranquilas aguas. Ned miró atrás. Distinguía en la penumbra a uno de los policías usando su intercomunicador. Estaba pidiendo refuerzos.

—¡Hay que llegar al otro lado cuanto antes! —le gritó a Olga por encima del ruido del motor.

La joven sorteó otras embarcaciones que cruzaban el lago y siguió hacia un puente al otro lado. Ya muy cerca, se volvió hacia Ned con angustia. Iban muy rápido.

—¡No sé frenar!

Ned tomó el volante e invirtió la posición de la palanca de aceleración. La hélice del fueraborda se puso en contramarcha. Pero seguían avanzando demasiado deprisa. En el último momento, Ned dio un golpe de volante. La lancha se cruzó en el agua. Una ola bañó una de las zapatas del puente antes de que impactaran contra ella.

—Olga, ¿estás bien? ¿Y usted, profesor?

Ambos se hallaban algo aturridos por el golpe, pero no estaban heridos. Una columna de humo emergía del motor. El combustible salía del depósito roto.

—Esto va a incendiarse —dijo Ned.

Saltaron a la zapata del puente desde lo que quedaba de la embarcación y corrieron luego hacia el lado contrario para protegerse de la explosión inminente. El profesor se había hecho daño en una pierna y tuvieron que ayudarlo a avanzar.

Mientras subían por una escalera de piedra, les llegó el destello luminoso que precedió a una gran detonación. La lancha quedó reducida a un amasijo informe, entre llamaradas y una densa nube de humo negro que se alzaba hacia el cielo de la

noche.

—Por si no nos habían visto... —dijo Ned en voz baja. Y luego más alto, añadió —: ¡Rápido, hay que alejarse de aquí!

Los agentes que se vieron obligados a abandonar la persecución de Lightman estaban ahora ocultos cerca de una granja, en una pequeña localidad al norte de Ginebra. Se aseguraron de que la policía les había perdido el rastro y llamaron otra vez al control.

—Lobo Gris llamando a Madre. Cambio.

Usaban nombres en clave, a pesar de que el canal de comunicación estaba encriptado, como protección adicional.

—Aquí Madre —respondió una voz masculina—. Cambio.

—Hemos evitado interceptación Cantantes de Blues. Oso Pardo fuera de la madriguera. Caballo Blanco está con él. Repito: Caballo Blanco está con él. Esperamos instrucciones. Corto.

La comandante Taylor recibió de inmediato la información. Una vez más, los agentes le habían fallado. Su asistente personal se lo comunicó.

—Señora, han perdido el rastro del profesor Lightman y de Ned Horton.

Estaba rodeada de incompetentes, pero aún guardaba un as en la manga.

—Ellos han perdido el rastro. Yo no. Hice bien en no confiarme demasiado —dijo enigmáticamente. Y sonrió como solía hacerlo, con la frialdad de un glaciar.

El timbre del mugriento sótano en que vivía y trabajaba Benoit Marçais resonaba en el interior como un aullido. Ned lo oprimió con más fuerza a medida que su desesperación iba en aumento.

—Maldita sea —masculló, temiendo que aquel extraño hombre no estuviera en casa como les había prometido.

—Ya va, ya va... Se va a quemar el timbre.

La voz de Benoit se fundió con el sonido. Aunque a Ned aquella disfonía le pareció casi melódica.

—¡Ya están ustedes aquí! —dijo al abrir la puerta, y sonrió como un niño—. Pasen, pasen. Lo tengo todo preparado.

Benoit les condujo de nuevo hasta su sala de máquinas. El profesor se mostraba taciturno, como si las reflexiones de su mente lo llenaran por completo. Caminaba, absorto, detrás de los otros.

—Me he procurado un monitor más grande, como querían —dijo Benoit, mostrando la especie de sala de proyecciones que había instalado, con varias sillas en hilera. Estaba excitado por descubrir, también él, el contenido de las cintas. Y, en realidad, ya no había ninguna razón para evitar que las viera.

Olga sacó del bolso las cintas y se las dio a Benoit, que colocó la primera en el Ampex.

—Usted siéntese aquí delante, profesor —le dijo Ned a Lightman.

—¿Cómo...? —respondió éste, saliendo de su trance—. Ah, sí, sí.

Mientras Benoit colocaba la cinta en el Ampex, el profesor ocupó una de las sillas de la primera fila. Ned y Olga se sentaron detrás, expectantes.

Cuando el profesor viera las imágenes, y comprendiera su trascendencia, ya no le quedaría ninguna duda de que todo lo que le habían contado era cierto.

—El localizador indica que estamos a menos de cien metros, señora.

El asistente de la comandante Taylor comprobó en una pantalla la ubicación del profesor Lightman. La idea de instalarle en secreto localizadores en todos sus zapatos había sido de la comandante. Así garantizaban que no pudiera escabullirse, aunque los agentes encargados de su vigilancia fallaran y perdieran su rastro.

—¿Está quieto o en movimiento? —preguntó la comandante.

—Lleva algunos minutos detenido, señora.

La señal indicaba un punto de los arrabales de la ciudad.

—Awise a los hombres. Ha llegado el momento de actuar.

—¿Nos cree ahora, profesor?

La proyección de la cinta acababa de terminar. La pantalla, ahora desnuda de imágenes, enmarcaba el rostro cansado y expectante de Ned. Sus palabras se disiparon en el silencio. Lightman no respondió. Tenía la mirada fija en el suelo desde el final de la película. Había juntado las manos, con los dedos extendidos. Su expresión era grave.

—Santo Dios —susurró por fin—. ¿Qué he hecho?

Eso respondía a la pregunta de Ned. Pero por si tuvieran dudas al respecto, el desolado Lightman añadió:

—Sí, claro que les creo... Aunque no sé qué podemos hacer... —El profesor dirigió hacia Ned y Olga unos ojos atormentados—. El mundo va a destruirse y el único responsable de ello soy yo.

Los peores temores de Ned se habían hecho realidad. Si Lightman no sabía cómo detener aquella locura, ¿qué esperanzas les restaban?

—Usted es el científico que lo ha ideado todo, ¿no es así? —dijo Olga.

—En efecto, señorita. Pero no está en mis manos... —El profesor se detuvo. Luego hizo un gesto vehemente—. Primero deben comprender el peligro al que nos enfrentamos. ¿Hay un ordenador aquí con conexión a internet?

Ned miró a Benoit. Éste no tenía ni idea de lo que estaban hablando y por eso se mostraba entusiasmado en lugar de compungido y al borde del pánico. Desde que acabó la proyección estaba mudo, aunque su mente bullía en preguntas tan imposibles como sus hipotéticas respuestas.

—Pueden usar mi portátil —dijo, y salió a toda prisa en busca del equipo.

—Un agujero negro es la fuerza más irresistible del universo —afirmó Lightman

con voz sombría—. Ni siquiera la más sutil de las energías, la radiación electromagnética, la luz, puede escapar a él. Absorbe todo lo que está en su campo de acción y no existe modo de neutralizarlo. Si una de estas singularidades cósmicas se generase durante el experimento... Dios mío, no quiero ni pensar en lo que ocurriría. Un agujero negro no sólo destruiría la Tierra y a todos nosotros, sino que haría desaparecer cualquier vestigio de que los seres humanos hemos existido. Destruiría el pasado y el futuro, que ya nunca llegaría a existir... ¿Lo comprenden?

Los ojos del profesor estaban ahora trémulos por las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—¡Es horrible! —dijo Olga, en un grito ahogado. También ella estaba llorando.

Benoit regresó con el portátil. Había escuchado desde la zona contigua la explicación del profesor.

Ahora empezaba a comprender lo que los otros ya sabían. En un instante, su exaltación se tornó en un miedo que le hizo palidecer.

—Quiero que vean una recreación de este peligro —dijo Lightman mientras accedía a una página de Youtube—. Algunos científicos han alzado su voz contra los experimentos que estamos llevando a cabo en el acelerador de partículas del CERN. Todos creímos que se trataba de alarmismos exagerados y erróneos, una posibilidad entre un millón...

En Youtube el profesor escribió las palabras «AGUJERO NEGRO LHC». Cuando aparecieron los resultados de la búsqueda, pinchó en uno que mostraba una imagen de la Tierra sobre la ubicación del CERN.

El vídeo era una simulación digital de los efectos de un agujero negro que se generara en el acelerador LHC. Comenzaba con una especie de embudo parecido a un sumidero. Luego iba haciéndose mayor rápidamente. En veinte segundos había devorado Europa. En medio minuto, casi la mitad de la Tierra. A los cuarenta segundos, ya no había otra cosa que oscuridad y silencio.

Los gestos de asombro de todos duraron el tiempo que tardan los ojos en parpadear.

Un ruido siniestro inundó la vivienda. Sin apenas darse cuenta ni poder reaccionar, Ned, Olga, el profesor y Benoit se quedaron como estatuas bajo los haces cruzados de una decena de miras láser.

Al poco, apareció la comandante Taylor.

—Volvemos a vernos, Horton —dijo.

Su rostro brillaba de satisfacción, aunque nunca había dudado de que ese momento llegaría.

—A usted le llevarán de nuevo a su casa, profesor. Le conviene descansar. Hoy tiene mucho trabajo que hacer. Una labor crucial que marcará un antes y un después en la historia de la humanidad.

—¡Pero hay que abortar la prueba, comandante! ¡Va a provocar un agujero negro que devorará todo el planeta! Nuestro propio gobierno nos ha estado engañando. Esas cintas lo prueban. ¡Tiene que verlas! —dijo Lightman, y señaló el Ampex.

La militar se aproximó al aparato y cogió las cintas.

—¿Se refiere a estas cintas?

—¡Sí! Contienen unas grabac...

—¡Basta! No quiero saber nada de eso. Son engaños de un periodista falsario y truculento.

Ante la mirada de todos, la comandante arrojó las cintas a una papelera, en medio del montón de papeles que la llenaban, y les prendió fuego.

—¡Nooo...! —gritó Ned, y corrió para intentar apagarlo.

Un culatazo en la nuca le hizo perder el conocimiento. Las cintas se consumieron entre llamas anaranjadas y un humo pestilente.

—Llevad al profesor, a la mujer y a Horton a la furgoneta —ordenó la comandante a sus hombres—. A ese otro atadlo a una de las mesas.

Se refería a Benoit. No les hacía falta llevarlo con ellos. Cuando estuvo bien amarrado, la comandante en persona lo amordazó. Cerca de la entrada había visto una bien nutrida estantería con botellas de licor. Pidió a sus hombres que la dejaran sola. Luego cogió dos botellas de whisky y las vació sobre el cuerpo de Benoit. Éste ni siquiera pudo gritar cuando las llamas empezaron a consumirlo también a él.

—Ha sido un accidente —musitó la coronel, abandonando la casa—. El accidente de conocer a las personas equivocadas en el momento equivocado.

Fuera esperaban dos vehículos, un furgón de gran tamaño y un automóvil normal. El primero estaba camuflado con los distintivos de la compañía ficticia que servía de tapadera a los experimentos del ejército y el gobierno norteamericanos en el CERN.

—¿Qué vamos a hacer con Lightman, señora? —preguntó el asistente a su superior— ¿Y con Horton y esa mujer?

Estaba empezando a salir el sol.

—Necesitamos al profesor. Los otros serán su incentivo para hacerle colaborar. No voy a permitir que nadie nos ponga más obstáculos. Antes de que vuelva a anochecer, todos ellos habrán dejado para siempre de ser un problema...

El sol de la mañana lucía ya, espléndido, sobre la amplia extensión en que estaba situado el CERN. A un lado, la frontera entre Suiza y Francia dividía el paisaje de un modo caprichoso. En un día despejado como aquél, podía vislumbrarse con un par de prismáticos la cima del Montblanc, la cumbre más alta de toda Europa, a unos ochenta kilómetros de Ginebra.

La comitiva de tres vehículos entró en el recinto. Ned y Olga seguían en la parte de atrás del furgón, y el profesor Lightman ocupaba uno de los asientos traseros del coche en que también viajaba la comandante Taylor. Un último automóvil, tipo monovolumen, transportaba a varios agentes militares de incógnito.

—Recuerde, profesor, que la vida de sus amigos depende de usted —dijo la comandante.

Lightman no contestó. Se mantenía callado y con expresión severa. Únicamente miró a la mujer un momento antes de volver a dirigir su vista al frente.

Los vehículos fueron avanzando por las descomunales instalaciones hasta el edificio en que se hallaba su laboratorio-tapadera. Una vez allí, la comandante hizo que llevaran a Lightman, Ned y Olga a la zona más amplia donde quedaron custodiados por dos agentes armados, mientras ella iba en busca de Lenard para conocer el estado del experimento.

Los tres mostraban consternación en sus semblantes. Ned habló en voz baja con el profesor.

—No permitiré que...

Lightman le interrumpió, levantando las manos.

—¡Por supuesto que no! —dijo, comprendiendo muy bien lo que Ned quería expresar—. Pero no es momento de hablar de eso. Sé lo que tengo que hacer. Yo he confiado en ustedes. Ahora deben confiar en mí.

Ned y Olga asintieron. Cerca de ellos había un artefacto del tamaño de un coche pequeño, aunque el doble de alto, con varias consolas a su alrededor, que ocupaba el centro de la gran habitación. A ambos lados había ordenadores y una estantería con diversas clases de material. Una de las repisas la ocupaban cofres similares al que los astronautas del Apolo XI habían hallado en la Luna.

Lightman contestó a sus preguntas antes de que las formularan.

—Esto es lo que podríamos denominar, impropriamente, la máquina del tiempo.

—Pero... —empezó a decir Ned— no parece que tenga ninguna puerta.

El profesor sonrió sin que eso deshiciera la amargura de su rostro.

—Esa idea le debe venir a usted de la ciencia-ficción y el cine. En realidad, lo que viaja en el tiempo no se halla físicamente dentro de la máquina. El mismo concepto

de espacio-tiempo, de hecho, se quiebra gracias a ella. En palabras sencillas, se puede enfocar un fragmento del espacio-tiempo y alterar sus coordenadas espacio-temporales. Cambiarlas por las de otro lugar y otro momento.

Olga le miraba con cara de que su explicación no era tan sencilla como él había asegurado.

—¿Por qué dice usted siempre «espacio-tiempo», profesor?

—Porque el espacio y el tiempo son un todo.

—Entonces, profesor —intervino Ned—, si se quiere enviar un objeto de esta habitación al pasado o al futuro, hay que tener en cuenta que el lugar que ocupará es distinto al del presente.

—Eso es —asintió Lightman—. Por eso la máquina dispone de una computadora cuántica, capaz de realizar en un tiempo aceptable los millones de cálculos necesarios para establecer las coordenadas espacio-temporales de destino. Sin ella, el salto sería algo descontrolado. Podríamos enviar un objeto al espacio, o que apareciera en una montaña. Es una mera cuestión de capacidad y potencia de cálculo. Con todo, cuanto más lejos del punto de origen se envíe, en el espacio o en el tiempo, la precisión será menor.

—¿Como por ejemplo la Luna en 1969? —dijo Olga.

—Eso es, señorita. Por eso, en las imágenes que me han mostrado, se ve que el cofre hallado por Armstrong está algo alejado de la posición del módulo lunar.

—Yo sigo teniendo una duda, profesor —dijo Ned, con los ojos clavados en la máquina—. ¿En qué consiste exactamente ese maldito experimento?

—Pretendemos hacer colisionar dos protones a una energía inconmensurable en relación a su masa. Eso simulará las condiciones primigenias del universo, del propio Big-Bang y nos permitirá comprender cómo se generaron el espacio y el tiempo, que no existían inicialmente. Fueron generándose a medida que el universo nacía y se expandía. Eso es lo que necesitamos dilucidar para que la máquina pueda ser calibrada. No lo tomen a mal, pero la base tecnológica es tan compleja que no voy a tratar siquiera de exponérsela.

Los agentes les observaban desde la puerta, con gesto impasible. El profesor bajó la voz para añadir:

—Si no conseguimos detener la prueba, tendremos que volver a enviar un mensaje al pasado. Quizá esta vez la diosa Fortuna nos sonría...

—No se fíe de esa furcia —dijo Ned, y Olga asintió—. Lo que debe hacer es negarse a colaborar. Aunque nos maten. Moriremos de todas formas si lo lleva a cabo.

—Para el experimento en sí no me necesitan. Mis cálculos están en manos de mi colaborador más estrecho, Martin Lenard. Él puede efectuarlo sin mí. Para lo que me necesitan es para calibrar la máquina. Por eso no me opuse a que nos trajeran aquí. Si

el agujero negro se genera, al menos tendremos la oportunidad de enviar de nuevo un mensaje de alerta al pasado.

El sonido de la puerta de la estancia, al abrirse, hizo que todos se volvieran. Era la comandante Taylor, acompañada de Lenard. Ambos se aproximaron a ellos. Verlos juntos en estas circunstancias lo decía todo. Lenard, el hombre al que el profesor consideraba su amigo, le había traicionado. O peor aún: quizá nunca había estado de su lado. No era necesario recriminárselo en voz alta. La mirada que Lightman clavó en su discípulo le hizo desviar la suya. Puede que por vergüenza, si es que a aquel hombre le restaba alguna pizca de integridad.

—El experimento está listo para ser ejecutado —dijo la comandante—. El señor Lenard le asistirá, profesor. Espero que no intente hacer ninguna tontería. Y eso vale también para vosotros dos —añadió mirando a Ned y a Olga.

La sala de control estaba en el subsuelo. Descendieron seis niveles, hasta la profundidad del gran acelerador de partículas. Tuvieron que recorrer un estrecho pasillo hasta el lugar desde el que conducirían cada una de las fases de la prueba. Lightman ocupó su puesto frente a una gran consola, similar en su aspecto a las de las centrales nucleares. Delante había una pantalla que mostraba infinidad de datos, que a Ned y Olga les parecieron jeroglíficos.

Antes de comenzar, Lenard se volvió hacia Lightman.

—Espero que sus cálculos sean correctos, profesor.

—Mis cálculos son correctos. Ese es justamente el problema.

La comandante se había situado justo detrás. Se interpuso entre ambos hombres con rudeza.

—Ya hemos hablado de esto, profesor. No crea que va a engañarme. ¡Comience el experimento!

—A usted tampoco le han contado toda la verdad, ¿no es así?

—¿Qué verdad? ¿Que el experimento es peligroso? Ningún científico serio lo cree así. Y el control del tiempo es demasiado importante para mostrar remilgos infundados.

—¿No comprende que el mensaje que debieron entregarme me alertaba contra esto?! —dijo el profesor.

—Lo comprendo mejor de lo que usted cree. Por eso le han vigilado durante todos estos años. Por eso han comprobado sus cálculos las más sesudas mentes. Por eso colocamos a Lenard a su lado. Para que no pudiera cometer errores. ¡Basta de charla! Inicien de una vez la prueba. De lo contrario...

Lightman pensó que no podría convencer a Lenard de que el peligro era real. Únicamente quedaba entonces seguir adelante. Si le mataban ahora, no sólo se generaría el agujero negro, sino que ya nadie podría enviar un nuevo mensaje de advertencia al pasado.

Aunque tal vez hubiera otra posibilidad...

Quizá Lenard no estuviera tan completamente ciego como la militar. En ese caso, aún podía obtener ayuda de él. Era jugárselo todo a una carta, pero ya no había más en la baraja.

—¡No lo haga, profesor! —gritó Ned, a su espalda, ignorante de sus verdaderas intenciones.

La comandante se encargó de hacerle callar. No dijo una palabra. La que habló fue la culata de su pistola reglamentaria, que impactó con locuaz furia contra su cara.

Olga se agachó para ayudarle a levantarse. Una de sus cejas sangraba y la mejilla empezaba a inflamarse.

—¡Es usted una zorra sádica! —incurrió a la militar, que ni siquiera se dignó mirarla.

—Ustedes sigan con lo suyo —dijo a Lightman y Lenard.

El profesor estaba ajustando los valores del experimento en la consola. Si estaba en lo cierto, y Lenard aún tenía algo de sensatez en su espíritu, no alertaría a la comandante de que estaba introduciendo valores incorrectos.

Y no lo hizo. Pero una simple mirada suya bastó para delatarlo. Lightman pretendía generar una sobrecarga del acelerador que sacara de línea los potentes electroimanes encargados de acelerar las partículas atómicas hasta velocidades infinitamente próximas a la de la luz. La comandante no tardó en darse cuenta de que algo iba mal. Lo vio en los ojos de Lenard. Cuando le interpeló, éste negó sus sospechas.

—¡Apártese de la consola, Lightman! —ordenó la militar al profesor, con la pistola en la mano—. Y usted, Lenard, haga los ajustes adecuados o será el primero en sufrir las consecuencias.

Lenard no era un hombre valiente. Empezó a introducir las correcciones cuando los valores alterados estaban casi listos. Por eso Lightman hizo algo que no debió hacer. Se arrojó sobre la consola, tratando desesperadamente de poner en marcha el acelerador y averiarlo.

La detonación fue seca. El arma de la comandante escupió una bala, cuyo ruido fue amortiguado por el silenciador. Todo sucedió como a cámara lenta. El profesor se desplomó, herido en la espalda, a un lado de la consola.

Ned, aún aturdido por el golpe que había recibido, se levantó tambaleándose.

—¿Qué ha hecho?! —gritó con todas sus fuerzas, aunque su voz quedó ahogada por la angustia.

—Vamos, Lenard, continúe. Y usted —dijo la comandante a otro de los científicos— compruebe que todo está en orden y ocupe el puesto de Lightman.

En un hilo de voz, el profesor repetía desde el suelo la palabra «no», con uno de sus brazos tratando inútilmente de levantarse hacia la consola.

—Los ajustes están completos —anunció el otro hombre que ahora asistía a Lenard.

Tras unos segundos que parecieron eternos, la comandante pronunció un lánguido:

—Procedan.

Comenzó a escucharse un sonido ronco y débil. Poco a poco aumentó de intensidad hasta inundar el laboratorio, haciéndose cada vez más agudo. Los protones habían sido impulsados en un acelerador menor, para avanzar ahora en círculo por el interior de los monstruosos veintisiete kilómetros del LHC. Antes de colisionar, eran capaces de dar una vuelta completa en menos de cien millonésimas de segundo.

El momento clave llegó. La suerte estaba echada. Las partículas atómicas chocaron en el punto exacto del acelerador. Al principio sólo se detuvo el ruido que hasta ese momento producían los sistemas eléctricos. Luego, fue sustituido por una leve vibración.

—¡Ha sido un éxito! —gritó Lenard, con auténtico júbilo—. ¡Un éxito completo!

Sudaba como un colegial antes del examen de su vida. También la comandante dejó escapar una bocanada de aire después de la tensión contenida.

Pero toda esa alegría duró un instante. Después, las caras de asombro dieron paso a la preocupación. La vibración inicial quedó amortiguada y pareció desaparecer, aunque no fue así. Ahora regresaba con mayor y creciente intensidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó la militar.

—No lo sé... —contestó Lenard sin despegarse de los controles y con la mirada puesta en la pantalla—. Algo va mal.

En el interior del túnel del LHC, una temible bestia, en la forma de un minúsculo punto imposiblemente negro, dio rienda suelta a su insaciable voracidad. En un entorno cada vez mayor, empezó a atraer hacia sí la energía que lo circundaba. Lentamente, pero sin pausa.

—Creo que... —murmuró Lenard—. Creo que... El profesor tenía razón. ¡Es un agujero negro!

—¿Cómo puede estar seguro? —dijo la comandante.

—Las lecturas indican que está creciendo en masa de un modo exponencial. Dentro de poco alcanzará el tamaño de una bola de golf. Luego... Estaremos condenados.

La situación era crítica. Sólo disponían de unos minutos para enviar otro desesperado mensaje en el espacio y el tiempo. Y ojalá esta vez diera resultado. Antes de actuar, a Ned le asaltó fugazmente la idea de que quizá estaban destinados a repetir todo aquello infinitas veces, sin ser capaces de evitarlo ninguna de ellas. A entrar en un bucle sin fin. Pero logró volver a la acuciante realidad.

—¡Comandante! —gritó con una mano en el rostro herido—. ¿Comprende ahora lo que ha provocado? Déjenos llevar al profesor a la otra sala. Él es nuestra única esperanza.

La mujer que hasta entonces había sido como una pantera, siempre alerta y desafiante, ahora parecía aturdida hasta el extremo de ser incapaz de reaccionar.

Entre Ned, Olga y Lenard llevaron al profesor en brazos hasta su máquina del tiempo. Estaba muy débil. No podría realizar los ajustes por sí mismo.

—Martin... —dijo en un susurro—. Tendrás que hacerlo tú por mí.

—Sí, profesor. Perdóneme...

—Eso no importa ya. Haz lo que yo te diga... Al pie de la letra. Necesito las lecturas del acelerador... en el momento de la colisión.

Lenard fue hasta uno de los ordenadores y encontró lo que el profesor le pedía. Lightman seguía perdiendo sangre, a pesar de que Olga presionaba su herida con un pañuelo. Ned le hablaba para evitar que perdiera el conocimiento.

—Ahora, Martin... Introduce estos datos en la computadora de la máquina —dijo, señalándolos en las hojas—. Hay que... preparar la caja y el mensaje...

Ésas fueron las últimas palabras del profesor. La conciencia abandonó su mente con un último destello de sus ojos vidriosos. Los mantuvo muy abiertos durante un segundo y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas como queriendo escapar de la negrura.

—¿Ha muerto? —casi gritó Olga.

—Sólo ha perdido el conocimiento —respondió Ned, con los dedos en el cuello del profesor. Luego se volvió hacia Lenard—. ¿Tiene ya los datos?

—Sí. Pero tardaré un poco en introducirlos.

—¡Dese toda la prisa que pueda, por el amor de Dios!

Olga seguía sujetando el cuerpo de Lightman. Como la comandante Taylor, ella también se mostraba ausente. Ned corrió hacia los cofres con el sello de Estados Unidos grabado en sus tapas. Estaba a punto de repetir la historia de Lightman en la línea temporal que él mismo alteró al enviar su mensaje a la Luna. Pero se detuvo en seco antes de tomar una de ellas.

La iluminación le llegó como un destello. Su mente había estado desmenuzando

lo que Lightman les había contado sobre el viaje en el espacio-tiempo y todo lo que había descubierto hasta entonces acerca de él. En ese preciso momento, una idea afloró con el ímpetu de un torrente.

—¡Lo tengo! —gritó, y se echó las manos a la cabeza.

Olga lo miró con esperanza, aunque no tenía la menor idea de lo que pasaba por su cabeza. Ned corrió hacia Lenard y se puso a su lado. Éste no dejaba de introducir datos en la consola del ordenador cuántico.

—El profesor nos explicó que la máquina podía enfocarse en un punto concreto y cambiar su posición en el espacio y el tiempo —dijo Ned.

—Sí, pero...

—¡Déjeme terminar! Si eso es así, podemos hacer algo mejor que enviar otro mensaje al pasado, donde no sabemos si servirá de algo. ¿Es posible establecer las coordenadas del agujero negro?

—Supongo que... ¡Tiene usted razón! —exclamó Lenard, al comprender lo que Ned se proponía—. ¡Eso es! ¡Podemos enviarlo a un tiempo y un espacio remotos! Aunque...

Una sombra oscureció su rostro, que justo antes brillaba de emoción.

—¿Qué?! —dijo Ned con angustia.

—Sólo podremos hacerlo si el agujero no crece demasiado. Si llega a superar los límites de capacidad de la máquina...

—¡Entonces no pare, maldita sea!

—En ese ordenador —le indicó Lenard—. Hay un plano completo del CERN. Busque el anillo del LHC y, dentro de él, localice un elemento llamado ATLAS.

A Ned le sudaban las manos. Accedió al esquema de las instalaciones y lo siguió hasta el anillo más grande, que correspondía al LHC. En él había varios puntos marcados con siglas: CMS, ALICE, LHCb y, por fin, ATLAS.

—¿Cómo obtengo las coordenadas?

—Pinche con el puntero en el ATLAS.

—Lo tengo.

—Espere un poco... ya casi he terminado.

Las vibraciones se habían convertido en sacudidas mucho más fuertes. Varias placas del techo falso se desplomaron. Una tubería reventó, liberando una nube de vapor hirviente a la que siguieron unos gritos sobrecogedores de dolor. Por todas partes, los monitores de los equipos informáticos caían al suelo y se despedazaban entre chispazos.

—¡Ya está! —dijo Lenard—. Las coordenadas. ¡Rápido!

—46° 14' 08" 717 norte y 6° 03' 18" 605 este.

—Dios quiera que no sea tarde...

Lenard ajustó la máquina del tiempo para su amplitud máxima, en torno a un

metro de diámetro. Si el agujero negro había crecido ya hasta superar ese tamaño, sólo ralentizarían ligeramente lo inevitable.

—¿Adónde lo enviamos?

—¡Hacia el futuro! —dijo Ned, con el rostro desencajado—. ¡Lo más alejado posible de la Tierra!

Ahora todo el laboratorio se estremecía como si estuviera en una montaña rusa fuera de control. Científicos y militares trataban desesperadamente de escapar. Al fondo, una enorme mampara de cristal que lo atravesaba estalló en mil pedazos. La lluvia letal se extendió por el aire igual que una plaga de langostas.

—¡Cuidado! —gritó Olga.

Lo hizo justo a tiempo para que los otros se lanzaran al suelo, a cubierto detrás de la consola. Los cristales se estrellaron contra el otro lado, con un repiqueteo siniestro. Nadie que estuviera entre la mampara y la consola podía haber sobrevivido a eso. Cuando se levantaron otra vez, vieron media docena de cuerpos inertes, salpicados con cientos de pequeños cristales ensangrentados.

—¡Oh, Dios mío!

Ned apenas logró entender a Olga. Sus dientes castañeteaban por las salvajes vibraciones. Lenard volvió al panel de control. Los demás sólo podían mirar. Le temblaban las manos mientras completaba la secuencia de datos. Una sacudida colosal los lanzó de nuevo al suelo justo cuando terminó de hacerlo. Esta vez les resultó casi imposible ponerse en pie. Sólo la consola principal resistía aún los embates. Ned se incorporó como pudo y ayudó a Lenard a levantarse. Ambos se agarraron a la consola con todas sus fuerzas, mientras Olga y la comandante seguían debatiéndose en el suelo.

—¡Hágalo! —gritó Ned por encima del ruido infernal.

Lenard pulsó un botón que a Ned le pareció igual que los demás.

En cuestión de segundos, todo quedó de nuevo en calma. El silencio era denso, sepulcral. Bien podía ser la calma que precede a la tempestad o el signo de que lo habían conseguido.

Apretaron los dientes, esperando lo peor. Si la idea de Ned no había tenido éxito, pronto serían arrojados a un pozo sin fondo del que ni la luz podía escapar.

—Creo que... lo hemos conseguido —dijo Lenard en voz apenas audible.

Durante unos instantes nada sucedió. El agujero negro parecía extirpado por completo y lanzado a las infinitas distancias del espacio-tiempo. Creyeron que el viejo mensaje de Stephen Lightman, que yacía sin sentido en el frío suelo, había logrado su objetivo. Había conseguido que el pasado, el presente y el futuro de la humanidad siguieran existiendo.

Pero se equivocaban. Las vibraciones empezaron otra vez. El agujero negro había superado el radio de acción de la máquina. Ya no había modo de detenerlo. Era

demasiado tarde.

Olga miró a Ned con terror en los ojos. Estaba agachada junto al profesor Lightman. Dio un grito cuando éste alzó de repente un brazo por el que escurría la sangre. De algún modo había recobrado el conocimiento. Todos se pusieron a su alrededor. Lightman intentaba hablar, pero su voz era demasiado débil para escucharla por encima del ruido creciente.

—¿Qué quiere decirnos, profesor? —dijo Olga.

Ned se arrodilló y acercó la oreja a dos centímetros de su boca. En un hilo de voz entrecortado, creyó distinguir lo suficiente.

—¿Quiere que destruyamos el mensaje que envió a la Luna?

Tirado en el suelo, en medio de su propia sangre y pequeños cristales, Lightman sólo logró asentir con la cabeza antes de morir. La comandante Taylor, que parecía haberse quedado muda, habló entonces.

—¿Y qué vamos a conseguir con eso?

Olga se respondió más a sí misma que a ella. Acarició el rostro del profesor y le cerró los párpados.

—Si Armstrong no encuentra el mensaje en la Luna, en 1969, nunca existirá esta investigación sobre el viaje en el tiempo. Nada de esto llegará a ocurrir.

—¡Eso es! —dijo Ned—. Necesitamos una bomba.

Por una vez, la militar hizo algo positivo. Al final iba a ser una suerte tenerla a su lado. Los caminos del destino son tortuosos.

—Yo puedo conseguirla. Hay varias granadas en el furgón.

—Traiga todas las que pueda —le apremió Ned.

Ella salió corriendo del laboratorio. Al poco regresó con una pequeña bolsa. Introdujeron cinco granadas en uno de los cofres del laboratorio. Mientras, Lenard estableció a toda prisa los datos para enviarlo al Mar de la Tranquilidad, el 20 de julio de 1969.

—La máquina está lista.

La comandante agarró una granada y Ned otra.

—Cuando cuente tres, retiraremos las anillas y soltaremos las bombas dentro del cofre. Y usted, Lenard, activará la máquina —ordenó Ned.

—Las granadas estallan pasados seis u ocho segundos —dijo la comandante—. Si no desaparecen antes, saldremos volando nosotros.

Ned asintió. Ésa era la menor de sus preocupaciones.

—Bien. Vamos allá: uno... dos... ¡tres!

Ned y Taylor soltaron en medio de las otras sus granadas, ya sin la anilla. Casi al mismo tiempo, Lenard oprimió un conmutador en la máquina y un destello de luz inundó la sala. Los cuatro se apartaron del cofre cuanto era posible.

—Si todo sale bien, ninguno de nosotros recordará nada de esto —dijo Ned.

Los ojos de Olga estaban clavados en los suyos, aún medio cegados por el resplandor.

—Entonces, tú y yo no nos conoceremos... —dijo.

—Quién sabe...

—Siempre te querré, Ned Horton. Aunque nunca llegue a conocerte.

Ned y Olga se besaron apasionadamente en el momento en que la caja con las bombas desaparecía, para reaparecer cuarenta años atrás y a millones de kilómetros de distancia, en el lugar que ocupó la Luna en el universo cuando el ser humano llegó a ella por primera vez en la historia.

20 de julio de 1969

La explosión en la ausencia de atmósfera lunar no produjo ningún sonido, aunque sí una vibración que llegó hasta los pies de Armstrong y Aldrin. Ambos miraron hacia el lugar en que se había levantado una gran nube de polvo, junto a un cráter próximo al punto de alunizaje.

—Houston, ¿han captado eso? —dijo Neil Armstrong, comunicando de inmediato con el control en la Tierra.

—Sí, comandante. Ha debido de tratarse de un meteorito.

En la Luna, los meteoritos o asteroides caían sin previo aviso, como surgidos de la nada. No creaban centelleantes estrellas fugaces, sino que aparecían desde la negrura cósmica como proyectiles inertes y silenciosos.

—Ha estado cerca... —suspiró Edwin Aldrin—. Por poco nos cae encima.

Armstrong pidió permiso para explorar la zona del impacto. Por precaución, la señal de televisión fue interrumpida. Había algo que Armstrong y Aldrin ignoraban, y que en ese preciso instante se estaba analizando en tierra.

Un técnico de la estación de Houston creía haber captado una señal con cadencia regular. Apenas duró unos segundos, para luego desaparecer, justo cuando los astronautas informaban del suceso que los había alertado.

Debía de tratarse de un error. Un eco captado por una de las antenas dirigidas hacia la Luna en las estaciones de seguimiento que daban la vuelta al mundo.

Sin embargo, el técnico informó a sus superiores. El general Phillips, jefe de la misión, decidió analizar la señal. Enseguida llegó a la conclusión de que, en efecto, tuvo que ser una onda emitida desde algún satélite. Resultaba impensable que, en la infinita soledad lunar, pudiera generarse una señal con patrón lógico y artificial.

Horas más tarde, el módulo Águila despegaba sin contratiempos de la superficie de la Luna. Ahora se hallaba en órbita por la cara oculta del satélite, en espera de encontrarse de nuevo con el Columbia, donde Michael Collins aguardaba su regreso. En esa zona de sombra, las comunicaciones con la Tierra quedaban interrumpidas. Nadie podía ver ni oír lo que Armstrong y Aldrin hacían en la minúscula nave.

—Buzz —dijo Armstrong a su compañero.

—¿Sí? Llevas un buen rato callado. ¿Te ocurre algo?

—¿Recuerdas el meteorito que casi nos cae encima?

—Claro. ¿Qué pasa con él?

—Que no creo que fuera un meteorito.

Aldrin enarcó las cejas y sacudió la cabeza.

—¿Y qué crees que pudo ser entonces?

—No lo sé... Pero ¿has visto alguna vez un meteorito que indique de dónde

procede?

Ante la mirada atónita de Aldrin, Armstrong extrajo de un bolsillo un pedazo de metal, retorcido y quemado. Lo lanzó hacia su compañero en la ingravidez de la cápsula. La chapa atravesó el aire, girando lentamente como una minúscula bailarina de ballet.

Sobre ella podía distinguirse un fragmento del sello de los Estados Unidos de América: una de las patas del águila, con una rama de olivo sujeta en su garra.

Epílogo

El salón de actos de la Facultad de Periodismo seguía aún repleto de estudiantes. La conferencia de Ned Horton acababa de finalizar entre aplausos y vítores. En su viaje a España, para presentar su último libro, había aceptado la invitación de ofrecerles una charla sobre periodismo de investigación.

Ned les habló de muchas cuestiones polémicas, de grandes enigmas y proyectos secretos. Más de un corazón y una mente, de alguno de aquellos centenares de chicos, cayeron rendidos ante esa área del periodismo que trata de arrojar luz sobre lo más oculto. Lo que quizá nunca deba saberse, porque descubrirlo podría cambiar el curso de la historia.

Al terminar, Ned abandonó el salón de actos y se despidió de los profesores que habían intervenido en la conferencia y de los alumnos de la asociación de estudiantes que la organizó. Acababa de salir del edificio principal, en dirección al aparcamiento, cuando una voz a su espalda le hizo volverse.

—Discúlpeme...

La voz pertenecía a una hermosa mujer, que lo miraba con un gesto extraño. Con los ojos entornados, como si tratara de recordar algo.

—¿Sí? —contestó Ned.

Él también experimentó una aguda sensación de familiaridad. Pero no lograba acordarse de dónde ni cuándo la había visto antes.

—¿Nos conocemos, señorita...?

—Olga. Olga Durán.

—Ned Horton. Encantado.

Ella seguía mirándolo con su gesto dubitativo.

—Respondiendo a su pregunta, creo que no, no nos conocemos. Aunque... — Olga se mordió el labio inferior y agitó la cabeza—. Es una tontería, pero estoy teniendo una especie de déjà vu.

—Yo también. Se lo aseguro...

Ned tuvo la certeza de que algo los unía. No podía saber el qué. Sin embargo, era algo fuerte y profundo.

—La verdad es que ni siquiera sé qué hago aquí —dijo Olga—. Ha sido un impulso. Creo que nunca antes había estado en esta facultad.

—Entonces... —dijo Ned—. Entonces debe haber sido el Destino.